

Dos historias de amor
con un final de Kiss Cam

LA
KISS
CAM
DE

Centre Bell

LAURA C. AMAYA

Contents

[Prólogo](#)

[River y Susan](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Harper y Walker](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)

LA
KISS
CAM
DE
Centre Bell

LAURA C. AMAYA

PLAYLIST



- | | |
|---|--|
|  Moral of the Story
Ashe |  Until I Found You
Stephen Sanchez, Em Beihold |
|  Nothing Else Matters
Metallica |  Happier Than Ever
Billie Eilish |
|  Somewhere Only We Know
Keane |  Enchanted
Taylor Swift |
|  drivers license
Olivia Rodrigo |  Water Under the Bridge
Adele |
|  I Wanna Be Yours
Arctic Monkeys |  mariposas
sangiovanni, Aitana |
|  Before You Go
Lewis Capaldi |  Dinamita
La Bien Querida |
|  Flowers
Miley Cyrus |  La gent que estimo
Oques Grasses, Rita Payés |



Primera edición: abril de 2023
Título original: La Kiss Cam de Centre Bell

© Laura C. Amaya
Maquetación: Laura Cruz
Corrección: Natalia Ortiz
Diseño de la portada: Laura Cruz
Imagen de la portada: Dmytro Aksonov de Getty Images Signature

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito de la titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Prólogo

A principios de los años 80, en California, se originó una nueva forma de llenar descansos de los partidos de béisbol profesional, aprovechando algo tan nuevo como eran las pantallas gigantes.

La famosa *Kiss Cam*.

Cuando esta se pone en marcha, la emoción del público se hace cada vez más grande, aunque siempre hay alguna persona a la que le entusiasma al mismo nivel que el apareamiento del mejillón. El estadio se llena de risas y bromas, aplausos y vítores cuando la pareja que sale en la imagen de la pantalla se besa, abucheos y los silbidos cuando estos se niegan a hacerlo...

Las personas protagonistas de esa gran pantalla no siempre son parejas; muchas veces son familiares, amigos, desconocidos... Y eso es lo que lo hace más divertido. El momento de nerviosismo y negación de esas personas digo, no que se besen dos personas con parentesco.

Esta historia no va de eso.

Historias, debería decir.

Porque el 14 de febrero, en el Centre Bell, el estadio de hockey de los Montreal Canadiens, muchas parejas pasaban la tarde. Nadie quería perderse el gran espectáculo que iba a ser el partido contra los Boston Bruins, y con razón. Históricamente, sus encuentros siempre eran intensos como pocos y eran considerados unos de los equipos con la rivalidad más acérrima de la NHL. *Todos* querían verlo. *Todos* querían vivirlo.

Los partidos de hockey se dividían en tres tiempos, con dos descansos de diecisiete minutos cada uno. Y, como no podía ser de otra forma, en el segundo parón la pantalla dejó de emitir el resultado (empate a dos goles) y la imagen del plano general de las gradas con un marco en forma de corazón apareció en ella. Algunas personas que se veían en ella saludaron y levantaron los brazos hacia la cámara. La imagen se amplió poco a poco y comenzó a moverse rápidamente, buscando por todo el estadio a las primeras víctimas de la tarde.

Y, al fin, la imagen se detuvo.

En la pantalla apareció una pareja joven que podrían haber pasado por una pareja normal y corriente, pero...

River y Susan

Moral of the Story (Ashe)

0:32 - 0:40

Capítulo 1

Susan

Volver a Chambly después de mi ruptura con Xavier no era del todo fácil.

Desde entonces (seis meses y doce días), no había vuelto a Chambly más que durante un par de horas para comer con mi madre y mis abuelos cada fin de semana. Luego, volvía a Montreal, donde vivía y trabajaba. No había tenido que pasearme para que todo el mundo me mirara con lástima y susurrara a su acompañante el típico: «pobrecita, con lo felices que parecían, ¿no ha engordado un poco?», y pensarán que no me daba cuenta.

Sí, éramos felices. Y sí, había engordado un total de cuatro kilos y trescientos gramos (los cuales me sentaban mejor de lo que pensaba).

Pero eso era solo cosa mía.

Iba a pasar una semana de mi mes de vacaciones en la ciudad que me vio crecer y, ojo, sin haber sido chantajeada o coaccionada por mi familia. Acepté voluntariamente y de buena gana la oferta de mi madre de descansar una semana en casa, junto a ella y con los abuelos en la casa de al lado. Era un gran plan, salvo por la parte de la lástima a la que posiblemente debería enfrentarme. Aun así, en algún momento debía hacerlo, y mejor que fuera pronto. O relativamente pronto.

Recorrí la larga calle Colbert con el coche sin demasiada prisa; todos los residentes de ese lugar sabíamos que por allí se debía conducir a velocidades bajas porque siempre había niños jugando, incluso cuando el frío de diciembre acechaba de la forma en la que lo hacía en esos momentos.

Un total de veinte viviendas formaban la calle Colbert, la cual tenía forma ovalada, y en medio de esta había una glorieta bastante alargada en la que muchos de los niños solían jugar con el balón. Estaba en medio de la ciudad, mas no circulaba nadie por allí que no fuera residente, ya que era una calle sin salida. Entrabas por donde salías y viceversa. Ideal para familias con hijos.

Aparqué en el camino asfaltado del 1432, detrás del coche de mi madre, y todavía tardé medio minuto exacto en salir; necesitaba acabar de escuchar la canción que sonaba en esos momentos. Era un sacrilegio dejar las canciones a medias.

Abrí con mi llave, la cual hacía mucho tiempo que no usaba, ya que solía olvidarla cada domingo.

—Creo que estoy soñando —escuché que gritó mamá cuando entré al salón arrastrando mi maleta de viaje.

Ella no estaba allí, así que supuse que la voz venía de la cocina. Se pasaba allí la mitad del día, probando recetas nuevas, innovando y grabando para su canal de YouTube. Debo presumir de ello; no todo el mundo puede decir que su madre es la *youtuber* de cocina más conocida de habla inglesa.

—Eso, o el bizcocho de marihuana que hice hace dos semanas sigue en mi organismo.

—Mamá, no me digas que has grabado una receta con marihuana.

—No, solo fue para experimentar, tranquila.

Apareció, efectivamente, desde la cocina, con su delantal negro que tenía el logo de su canal estampado en el pecho, y se acercó a mí con una sonrisa que casi le daba la vuelta a la cabeza. Me abrazó con fuerza, como siempre, y yo besé su mejilla, feliz de estar allí.

Hacía solo cinco días que había estado en casa, pero no era lo mismo saber que iba a quedarme una semana con ella.

—Digo que creo que estoy soñando porque has abierto con tu llave —me hizo saber cuando nos separamos.

Puse mis ojos en blanco sin poder reprimir una sonrisa.

—¿Qué estás cocinando?

—El almuerzo.

—Mm... ¿Y qué es?

Sonrió.

Entonces lo supe.

—Macarrones con queso. —Casi gemí.

—Venga, ve a dejar tus cosas arriba y pon la mesa cuando bajes, ¿sí?

—Marchando.

Subí corriendo, medio arrastrando mi maleta de viaje por las escaleras, y fui a mi habitación, la cual seguía decorada por mi yo de diecisiete años. Esa pobre estancia había sufrido mil y un cambios, y eso que llegamos cuando yo tenía catorce. En mi defensa diré que una adolescente pasa por muchas etapas en muy poco tiempo. Aunque seis años atrás mi gusto por el rosa era excesivo, el estilo con el que había decorado el dormitorio era bastante cuco. No era horrible.

Metí mi ropa en el armario, coloqué las cosas de mi mochila en el escritorio y bajé mientras recogía mi rizada melena en un moño. Veintitrés años y todavía no sabía cómo domarla.

En el momento en el que tendí el mantel en la mesa, mamá llegó con una fuente de macarrones con queso que olía a gloria, paraíso, cielo.

«Bendito el día en el que la obligué a experimentar con la cocina», pensé mientras me relamía.

Y es que incluso las recetas de los platos más básicos del mundo tenían su toque. Ni siquiera unos simples macarrones con queso estaban exentos de la magia Alice (así lo llamaba ella). Siempre ponía un *nosequé* que lograba que supiera diferente, delicioso.

—¿Qué tal la chica nueva? ¿Se las ha apañado bien estas últimas semanas? —preguntó mi madre durante el almuerzo.

—No es nueva, mamá. Lleva en la tienda el mismo tiempo que yo, solo que los fines de semana.

—Ah. ¡Oh! ¿Es Lorraine?

—Ajá.

—Anda que me dice nada tu abuelo.

—El abuelo va a la suya, ya lo sabes.

De repente, se llevó la mano a la frente con los ojos muy abiertos como si se le hubiese ocurrido algo. Inclino su cuerpo un poco hacia adelante y entonces supe lo que tocaba: chisme.

—¿Sabes quién le tiró la caña al abuelo anteayer?

—¿Quién? —pregunté sorprendida.

—La señora West.

Jadeé sorprendida.

—¿La del 1420?

—La misma.

—Joder, no pierde el tiempo, ¿eh?

—Habla bien —susurró como si me pudiera escuchar alguien—. Se le acercó en el súper y le dijo, con todo el descaro del mundo, que cada día lo veía más guapo y que cuando quisiera lo

invitaba a un café, que se ha comprado una cafetera nueva de esas caras o yo qué sé.

—Pero si esta mujer conoce a la abuela y sabe que no están separados, ¿no?

—Claro que lo sabe.

—¿Y la abuela no ha hecho nada?

Mamá se rio.

—¿Lo dudas?

—Ay, madre. ¿Qué ha hecho?

—Fue a su casa y se autoinvitó a ese café que le había ofrecido a tu abuelo.

Lancé una carcajada y una sensación muy reconfortante me invadió el pecho. Cómo echaba de menos escuchar las anécdotas protagonizadas por los abuelos junto a mamá y reírnos de ellas.



La casa de los abuelos estaba justo al lado de la de mamá, a solo diez pasos. Una bonita casa beige, gris y con toques rojos de dos plantas y un sótano que a mí siempre me ha maravillado. Había vivido allí durante un año antes de que mamá comprara la casa vecina. Me encantaba el jardín trasero que con tanto ahínco la abuela cuidaba y el pequeño cobertizo en el que el abuelo construía cajas de música.

Hacia allí me dirigí nada más llegar a la casa y ver que estaba vacía. Ambos estaban en el cobertizo. El abuelo, construyendo cajitas musicales. La abuela, pintando las que ya estaban listas. Trabajo en equipo durante cincuenta años.

—Me han contado que el café de la señora West no está nada mal, ¿no es cierto?

—Ay, niña. Qué café más malo. Y encima presume de cafetera por todos lados —protestó la abuela—. ¿Te puedes creer que le dijo a tu abuelo que cada día está más guapo? Eso es obvio, ¿pero que lo diga con ese tonito suyo de «el botox me sienta de maravilla, parece que tengo cuarenta y no sesenta y nueve, ven conmigo que tu mujer está vieja»? No, no, no.

Tuve que aguantarme la risa porque sabía que si estallaba a carcajadas, probablemente me llevaría un golpe de bastón en el trasero. Y lo apreciaba bastante, la verdad.

—Tú le das mil vueltas, abuela.

—Eso lo sé. Mira qué piel, niña. Setenta y siete años, ¿eh? ¿Sabes por qué la tengo tan bien?

—Por ponerte protector solar cada día durante los últimos sesenta años —respondimos al unísono el abuelo y yo.

Me sonrió cómplice y la abuela chasqueó su lengua.

Pasé con ellos toda la tarde y los ayudé a poner los sellos bajo las cajas musicales.

El padre del abuelo ya las hacía, y le transmitió su amor por la música y por la artesanía desde que nació. Por ello, llevaba haciéndolas desde que aprendió a usar las manos correctamente. Todas las que hacía iban directamente a Sounds of Hughes, la tienda de música en la que yo trabajaba y de la cual él era el propietario. Y se vendían mucho; a la gente le encantaban.

Cuando a las cinco recibí un mensaje de mi madre pidiéndome que por favor fuera a comprar arroz bomba y zumaque a la tienda de Meena antes de volver a casa, me despedí de los abuelos para irme, no sin antes preguntarles qué leñes era zumaque. Una de esas especias raras de las que usa mamá, por lo visto.

De camino a la tienda, que estaba justo donde acababa la calle Colbert y comenzaba la

Lapalme, me encontré con cinco vecinos que me entretuvieron un par de minutos cada uno. No faltaron las miradas de lástima, ni el comentario sobre mi peso de la señora Sullivan, la cual me hizo saber que cuando su marido la dejó, engordó veintidós kilos. Qué bonito volver a casa, ¿verdad?

Por fin llegué a la tienda de Meena, una mujer india que llevaba quince años viviendo fuera de su país natal y de la que siempre me había parecido fascinante su forma de contar historias. Cuando era más joven, pasaba todas las tardes por su tienda con la excusa de ir a buscar merienda solo para que me contara alguna leyenda hindú que incluyera dioses como Brahma, Shiva, Hanuman, entre otros. Ya había pasado mi época curiosa, pero Meena me seguía pareciendo una pasada.

—Mira qué nos traen los vientos del noroeste —dijo con una sonrisa cuando me vio aparecer. Sonreí, feliz de verla, porque a ella sí que hacía más tiempo que no la visitaba.

—Hola, Meena.

—¿Cómo estás, bonita? Qué bien verte después de tanto tiempo.

—Muy bien. ¿Tú cómo estás?

—Bien, feliz. Dice tu madre que te quedas unos días por aquí, ¿no?

—Así es.

—¡Cómo me alegra! Espero que pases a verme algún día más.

—Dalo por hecho. —Sonreí—. Vengo a buscar arroz bomba y zumaque. No sé qué quiere probar mi madre.

—Cualquier barbaridad que al final sabrá riquísimo, seguramente. —Rio mientras se ponía a rebuscar por los estantes de las especias que tenía detrás—. Tienes el arroz justo a la derecha, cielo.

—Oh, sí —dije al verlo de reojo.

Agarré un paquete y lo dejé encima del mostrador justo cuando ella dejó el botecito de zumaque, el cual era de un color granate muy potente. Mientras lo iba metiendo todo en un bolsita de papel, me fue contando todos los beneficios que esa especia tenía (que si antiinflamatorio, diurético, antiséptico, digestivo, alivia los dolores menstruales...). ¿Se puede ser fan de una especia? Porque Meena lo parecía.

Me despedí de ella con un corto abrazo y me dirigí a casa, cruzando los dedos para que nadie me interrumpiera por el camino.

Mientras enrollaba mi bufanda alrededor del cuello para refugiarme un poco del frío, escuché que alguien dijo mi nombre a unos pasos de distancia de mí. Me giré poco a poco y se me escapó una maldición en voz baja.

Marilyn McDaniels.

La madre de Xavier.

Capítulo 2

Susan

«¿Y si salgo corriendo?», pensé durante un segundo, sabiendo que era inútil, puesto que ya me había visto. Y muy bien.

Decidí ser la adulta madura que se suponía que era y me acabé de dar la vuelta, sonriendo en dirección a Marilyn. Hacía prácticamente siete meses que no nos veíamos. Ella sonreía sorprendida de verme. Aceleré el paso hacia mí.

—Oh, Susan, cielo. Cuánto tiempo sin verte. Qué guapa estás.

Me dio un abrazo que le devolví al momento. No quería que notara que le tenía un poco de asco a su hijo pequeño. Ella no me había hecho nada; al contrario, siempre había sido un amor conmigo.

—Hola, Marilyn. ¿Cómo estás? Me alegra verte.

—Yo estoy muy bien. ¿Tienes prisa? ¿Te vas ya de vuelta a Montreal?

—No, no. Me quedo aquí una semanita, estoy de vacaciones.

—¡Qué bien! Me ha dicho tu madre que has estado hasta arriba de trabajo estos meses.

—Sí, el abuelo ha ampliado un poco la tienda y hemos estado de aquí para allá. Sin parar.

—No era del todo mentira.

—Bueno, siempre es una alegría que haya trabajo. ¿Por qué no vienes a casa a cenar?

Casi me dio un paro cardíaco.

—No te preocupes, Xavier está en Ottawa. Ahora trabaja en la sede de allí.

—Ah, qué bien. Yo...

—Venga, así nos ponemos al día las dos. Ryan no va a llegar a cenar hoy, tiene la cena de empresa de Navidad. No dejarás que me coma yo sola el Tourtière, ¿verdad?

Tenía muy pocos segundos de margen de pensamiento, así que no me dio tiempo a poder hacer una lista de ventajas y desventajas de ir a cenar a casa de mi exsuegra. Me vi acorralada por su metro cincuenta y sus ojos saltones que me pedían que dijera que sí.

—Vale, sí, está bien. Pero antes debería pasar por mi casa a dejarle esto a mi madre y decirle que no ceno en casa.

—¡Ningún problema! ¿Nos vemos en mi casa entonces?

—Por supuesto. Hasta ahora, Marilyn.

—Hasta ahora, cielo.

Y se fue, más feliz que una perdiz, hacia su casa, que estaba cruzando la calle. Solo a cinco casas de la mía.

«Supongo que es algo que debía hacer tarde o temprano», me dije de camino a casa.

Al llegar y contarle a mi madre que había aceptado cenar con Marilyn, primero se preocupó un poco, pero después me regañó. No por ir, sino por no saberme negar. Nunca aprendería a decir que no a nada. Sin demorar mucho más, crucé la calle hasta la casa de los McDaniels. La única de madera, la que más cantaba de toda la calle, pero preciosa.

Sentí el corazón latir en mi garganta y como si el estómago me diera una voltereta en cuanto pisé el camino asfaltado hacia la puerta. Lo único que había cambiado desde la última vez que fui a esa casa era la decoración de Navidad que Ryan y Marilyn habían colocado; a ambos les encantaba la Navidad y siempre decoraban su casa y jardín de una forma maravillosa.

Marilyn me abrió la puerta unos pocos segundos después de que llamara al timbre. La casa me recibió con su característico aroma, sumado al del Tourtière. Me guio hacia el interior, no sin antes pedirme que dejara mi chaqueta en el perchero de la entrada.

—De postre he hecho un flan de huevo y coco que le vi a tu madre el otro día en un vídeo. Creo que me ha salido bien.

—Seguro que sí —dije con una pequeña sonrisa.

—Siempre que algo me sale de forma fácil pienso que he hecho algo mal. No debería resultarme tan sencillo, ¿no?

Me reí por lo bajo y me guiñó un poco.

—En caso de este flan, sí, es fácil. Yo también lo hice. Y para que a mí me saliera medianamente bien, ya debe ser fácil.

Ella se rio conmigo. Ambas sabíamos que a mí no se me daba demasiado bien la cocina.

—¿Quieres que vaya poniendo la mesa?

—Mm... Sí, está bien. Así yo saco la cena del horno, que la he dejado allí dentro para que no perdiera el calor. Sabes dónde está todo, ¿verdad?

—Sí, sí, no te preocupes.

Marilyn me dio un apretón cariñoso en el brazo antes de marcharse del salón. En cuanto me di la vuelta para ir al mueble en el que guardaban el mantel, por segunda vez en el día casi me dio un infarto al encontrarme de frente con unos pectorales que para nada del mundo esperaba encontrar.

River McDaniels.

Lo que me faltaba.

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó.

—Hola a ti también, River. Cuánto tiempo sin saber de ti.

—¿Debo repetirlo?

—Tu madre me ha invitado —espeté. Y me reprimí un «borde de los cojones».

Frunció el ceño. Mis ojos se fueron directamente a su rodilla, que tenía tres cintas kinesiológicas pegadas en ella. Entonces lo recordé.

—Oh, ¿cómo vas con la lesión? ¿Has vuelto al hielo? No tiene mala pinta esto —me atreví a decir, señalando su rodilla.

—No finjas interés por mi rodilla.

—No estoy...

—¿Por qué te ha invitado mi madre?

—Eso deberás preguntárselo a ella. Quiere que cenemos, a mí me parece bien, y aquí estoy.

No le di opción a seguir recriminando algo de lo que no tenía culpa y lo rodeé para ir a buscar el mantel. Lo saqué del cajón y, al volver hacia la mesa, él me seguía mirando. Sintiendo sus ojos puestos en mí, tendí el mantel. Marilyn llegó en ese momento, mientras quitaba una arruga para matar el tiempo.

—Oh, River, ¿cenas con nosotras?

—No, mamá. Voy a ducharme.

—Perfecto. ¿Ha ido bien la sesión de rehabilitación?

—Sí, perfectamente. Nos vemos luego.

Y, sin más, se fue escaleras arriba. Al trote.

—¿Se recupera bien de la lesión? —le pregunté a Marilyn, ya que no había obtenido información de River.

—Sí —respondió dejando la cena ya emplatada encima de la mesa—, más que bien. Volverá

a jugar en enero si todo va bien. Febrero como muy tarde.

—Cómo me alegra.

Y lo dije de verdad.

River McDaniels había sido el jugador revelación de los Montreal Canadiens. Había empezado a jugar con veintidós años y a los veinticinco lo habían considerado el mejor extremo derecho de la NHL en dos ocasiones. Un gran jugador, joven, que sufrió una lesión grave a finales de la temporada pasada.

Yo lo admiraba mucho (en secreto, porque Xavier se ponía celoso con absolutamente todo), como gran aficionada del hockey sobre hielo que era, y la lesión me supo fatal. Me alegraba saber que se recuperaba bien.

Nos sentamos a comer y en el primer bocado tuve que reprimir un gemido.

—Qué bueno te ha quedado, Marilyn, por Dios.

Ella se rio, feliz de escuchar mis palabras.

—Me alegra que te guste.

Supe que el interrogatorio no tardaría en llegar. Y para que no resultaran incómodos los minutos previos, decidí hablar yo sobre el tema.

—Siento no haberme pasado antes a verte, Marilyn. A parte del trabajo que he tenido estos meses, ha sido un poco complicado para mí.

Sonrió con ternura.

—No te preocupes. Lo entiendo. Las rupturas siempre son difíciles y más cuando la relación ha durado tanto. Yo solo espero que estés bien.

—Lo estoy. Los primeros meses fueron extraños, pero creo que ahora estoy... muy bien.

—Me hace muy feliz escucharte decir eso. Me dijo Xavier que cuando te comunicó que necesitaba ese tiempo, no te lo tomaste demasiado bien. Temí que hubiese sido brusco y, por ende, te hubiese hecho daño.

«¿Tiempo? ¿Cómo?».

—No te preocupes, está todo bien.

—Menos mal. No he educado a mis hijos para que sean irrespetuosos y me decepcionaría mucho que no hubiese mantenido las formas.

«Ay, Marilyn. Que tu hijo pequeño ha dejado preñada a la secretaria de su padre, con la que me estuvo engañando dos años, y el mayor es un borde de cojones que casi me echa de tu casa. De esta no te levantas».

Por suerte, no le dimos demasiadas vueltas más al tema de Xavier y me contó algunos cotilleos de la calle, entre ellos el de mis abuelos y la señora West. Pero yo no pude dejar de darle vueltas a la cabeza. ¿Qué le habría contado Xavier a su familia?

El pequeño de los McDaniels y yo empezamos a salir el día de mi decimoctavo cumpleaños. Bueno, no, ese día nos enrollamos por primera vez y al siguiente comenzó nuestra relación. Nos conocíamos desde pequeños, ya que solía ser muy amiga de River dado nuestro amor por el hockey sobre hielo, y cada vez que iba a visitar a la abuela, iba con ellos a patinar o a jugar. No me hizo mucho caso hasta que me salieron tetas, lo cual, pensándolo en frío, eso ya era un indicativo de *red flag*.

Nuestra relación comenzó y poco a poco mi amistad con River se fue disolviendo. Y no por mí, sino por él y por Xavier. Entre que se fue a la universidad y comenzó a dedicarse más en serio al hockey, y que Xavier se ponía celoso cada vez que hablaba con su hermano, todo fue en declive. Aunque debo admitir mi parte de culpa, ya que podría haberlo evitado.

Los dos primeros años fueron de lujo, pero en el tercero ya comencé a notar los efectos de la

infidelidad. Y ya el cuarto fue un desastre. Mi mejor (y única) amiga ya lo decía: «mucho has tardado». Y así era.

—¿Vives todavía con Harper o has dado el paso? —preguntó curiosa.

—Ya vivo sola desde hace un par de meses. Y muy bien. Pensé que me resultaría más complicado, pero no. Es prácticamente lo mismo, pero pagando más y con el baño para mí sola. —Reí.

—Eso está bien. Lo del baño, no lo de pagar más, pero es lo que toca. —Sonrió—. ¿Cerca de la tienda?

—Sí, justo en la misma calle, así no me complico demasiado. Si algún fin de semana pasas por allí, avísame y te enseño el apartamento.

—Oh, me encantaría.

Me sonrió con ternura y el estómago me dio un pequeño vuelco. Lo buena mujer que era Marilyn y lo capullos que eran sus hijos (alguno más que otro). No iba a contarle la verdad; no merecía pasarlo mal por la gilipollez de su hijo. Mejor vivir en la ignorancia, en ese caso. Me anoté mentalmente decirle a mi madre y a mis abuelos que no le dijeran nada. Aunque me extrañaba que ya no lo hubiesen hecho, pues si algo tenía mi abuela era que le gustaba más un chisme que a mamá las especias raras.

Acabamos de comer (flan incluido) y la ayudé a recoger. Pero en cuanto apareció River, ya duchado e invadiendo mis sentidos con el aroma a jabón de vainilla, le pidió que acabara de recoger la mesa conmigo en lo que ella iba a sacar la basura al contenedor de la calle, pues no faltaba mucho para que pasaran a recogerla. Casi le grité que ya sacaba yo la basura, pero no me dio tiempo.

—A mí se me caería la cara de vergüenza.

—¿Disculpa? —Miré a River mientras él se marchaba con los cubiertos y los vasos hacia la cocina. Lo seguí con los platos en las manos—. ¿Por qué se me debería caer la cara de vergüenza según tú?

—Te plantas en nuestra casa después de haber despotricado de nosotros lo más grande. Y encima te comes mi trozo de flan.

—¿Pero qué te has fumado, River?

—No soy tonto, Susan. Sabes que nunca me he tragado una mentira tuya, así que esta no será la primera. Vete de aquí y haz tu vida, por favor. Si mi madre se enterara de esto y encima supiera que tú has aceptado su oferta de venir a cenar sin poner objeciones...

—Creo que estás muy equivocado. Joder, ¿cuándo he hablado mal de vosotros? Jamás. En la vida.

—Mira, no...

—Ya estoy, ya estoy —dijo Marilyn apareciendo en la cocina. Me sonrió—. Gracias por venir y por ayudarme a recoger, cielo. Esta es también tu casa, puedes venir cuando quieras.

—Lo mismo digo, Marilyn. Me mandas un mensaje cuando estés por Montreal y te invito un café a la mía. Seguro que está más bueno que el de la señora West —bromeé haciéndola reír.

—Gracias, Susan. Te acompaño a la puerta.

—Ya la acompaño yo, mamá.

—Perfecto, cariño.

Reprimí un quejido antes de despedirme de Marilyn con un abrazo e irme hacia la salida. Me puse la chaqueta a toda prisa, esperando que River no me alcanzara, pero no tuve suerte. Salió conmigo de la casa. Su mano se aferró a mi codo para que no me fuera y la mirada que le dediqué fue bastante fea.

—Suéltame el brazo. Estás comportándote como un capullo, River. No sé qué mierda te pasa conmigo, pero nada de lo que has dicho tiene sentido. ¿No dices que no te tragas mis mentiras? Entonces escúchame. No he hablado mal de vosotros en la vida, aunque tú y tu hermano me hayáis dado motivos para escribir ocho hojas; no os debo nada, salvo a tus padres que siempre han sido unos amores conmigo. Así que déjame en paz, tú a lo tuyo y yo a lo mío. Y si me he comido tu trozo de flan, te jodes.

Y no le di ni un segundo más de mi tiempo. Me fui de allí, pisando con fuerza la nieve para no resbalar y pasar vergüenza delante de un capullo como River. No quería que me lo restregara toda la vida.

Capítulo 3

Susan

A la nieve de los últimos días no le fueron suficientes cuarenta y ocho horas para derretirse por completo antes de que otro pequeño temporal cubriera la ciudad durante la noche. Estaba acostumbrada, aun así me encantaba correr la cortina rosa de mi habitación y ver las aceras nevadas, la máquina quitanieves deshaciéndose de toda la que había caído en la carretera y los vecinos con palas despejando los caminos de sus casas. Maravilloso y nostálgico a la vez.

Consulté la temperatura que hacía fuera todavía en la cama para saber qué me pondría.

«1°C, el día se ha despertado generoso con nosotros», pensé mientras me sentaba en la cama.

Decidí no vestirme todavía, pues no tenía planes de ir a ningún lado por la mañana, así que me limité a hacerme una coleta en el pelo y a calzarme unas zapatillas calentitas antes de bajar a la cocina. Allí estaba mamá colocando el trípode, seguramente para comenzar a grabar en los próximos minutos.

—Buenos días, mamá —murmuré antes de carraspear para ahuyentar la ronquera mañanera.

—Buenos días, cielo. ¿Sabes cómo colocar la cámara aquí? Me compré este trípode hace dos días y todavía no sé cómo...

Me acerqué para echarle un vistazo y entonces vi que encima de la isla había dejado una pieza que probablemente no sabía para qué se usaba. La cogí, la enrosqué en la parte superior y puse la cámara en su sitio.

—Listo.

—Oh.

—Si hay una pieza que sobra, algo estás haciendo mal. Siempre.

—Es que esa rosca no tenía forma de encajar aquí, así que ni siquiera lo probé. —Sonrió culpable y me reí por lo bajo.

—¿Vas a empezar ahora?

—En un rato, sí.

—Espera a que desayune y te ayudo haciendo algunos planos de cerca, si quieres.

—Me parece estupendo.

Desayuné sentada en la encimera, viendo cómo mamá preparaba todos los ingredientes, iPad en mano para que no se le olvidara absolutamente nada. Siempre me había gustado mucho verla grabar, pero más ayudarla, porque sabía que le hacía ilusión que sus vídeos tuvieran planos de cerca y a ella no se le daba del todo bien hacerlos.

Pasamos gran parte de la mañana grabando la receta del fricasé de pollo que más tarde, cuando hubimos acabado, nos comimos, pues ya era la hora del almuerzo. Y estaba riquísimo, como todo lo que mamá cocinaba.

—¿Qué tal ayer con Marilyn?

—Muy bien, solo que... Xavier les ha contado una mentira.

—¿Cómo?

—Creo que les ha dicho a sus padres que me pidió un tiempo y al final no quiso volver conmigo, o algo así. Y a su hermano le ha contado que yo hablaba mal de ellos.

—¡Será sinvergüenza! Encima de infiel, capullo —espetó enfadada.

—No les digas nada a Ryan o Marilyn, ¿vale? No quiero que se lleven una mala imagen de

él. Sus motivos tendrá para no contarles la verdad.

—Sí, no quedar como el gilipollas que es.

—Por favor, mamá.

—Está bien, está bien. Pero, aviso, si oigo algún mal comentario hacia ti proveniente de los McDaniels, no me voy a quedar callada.

—No esperaba menos. —Sonreí. Ella me guiñó un ojo.

Tras la comida, mamá se encargó de limpiar todo lo usado durante el vídeo y yo me encargué de despejar la nieve de la entrada, así que me abrigué bien y me calcé unas botas altas antes de salir con una pala.

Creo que a cualquier persona normal y corriente le resultaría un tedio tener que pasar largos minutos sacando nieve, pero a mí me relajaba, así que me tomé más tiempo del necesario en hacerlo.



Justo antes de la hora de la cena, cuando el sol ya se había escondido por completo y el cielo se había teñido de un azul tan oscuro que podía confundirse perfectamente con el negro, me abrigué más de lo normal y salí de casa con la bolsa de mis patines colgada a mi espalda.

Detrás de nuestra calle, entre la escuela y el parque para niños, había un estanque que se congelaba durante gran parte del año. Allí solía ir a patinar hacía pocos años y me encantaba; no solía haber gente y era un lugar silencioso, en el que no me hacían falta los auriculares para escuchar música.

Al llegar, saqué el foco de luz de la bolsa, lo coloqué bien en el suelo apuntando al estanque y lo encendí. Sonreí aliviada al ver que se habían encargado de quitar la nieve que debió cubrir la pequeña pista durante la noche. Tras darle al *play* a mi lista de reproducción de confianza, me calcé los patines, quité las protecciones de las cuchillas y bajé el hielo. Cometí el error de no comprobar antes la firmeza de este, pero por suerte no hubo ningún inconveniente.

Me deslicé con lentitud por el hielo y recorrí el borde del estanque entero. Si esas zonas estaban firmes, también lo estaría el centro.

Cuando comencé a coger velocidad, tras cinco minutos de recorrido, una figura delante del foco hizo que todo se sumiera en la oscuridad de la noche. Creo que estuve a punto de sufrir el tercer casi infarto desde que había llegado a Chambly. Jadeé asustada, pero la persona que estaba tapando la luz se movió hacia un lado.

—Perdón.

River.

—Entiendo que me tengas un poco de tirria, pero provocarme un paro cardíaco ya es otro nivel, ¿no crees?

—Pensé que el foco estaba más a la derecha y me puse delante sin querer, perdona.

Extrañada por su amabilidad, o intento de ella, no pude evitar activar mi modo curiosa.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, ¿por qué no debería?

—Estás siendo amable. Bueno, «amable». —Señalé con las comillas al aire.

Por culpa de estar colocado a contraluz, no pude ver sus expresiones, pero me apostaba mi caja musical con la banda sonora de Harry Potter que había puesto los ojos en blanco.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—¿No puede ser en un momento en el que no esté ocupada y, además, en la calle a -3°C?

—Puedo esperar.

Y, sin más, se sentó en una de las rocas que bordeaban el estanque.

«Tiene que estar de broma», pensé mientras lo miraba incrédula.

Hubiese seguido patinando sin problema, pero sentir su mirada en mí mientras lo hacía era una de las cosas más incómodas del mundo. Pensé en volver al día siguiente, cuando ya me hubiese librado de él; por lo que me acerqué a donde estaba mi bolsa, donde estaba él. Se levantó de la roca en cuanto vio que iba a salir del hielo y, sorprendentemente, me tendió una mano.

No fui tonta y la tomé, impulsándome hacia el pasto totalmente cubierto de nieve.

Le quité el sitio en la roca y allí me deshice de los patines. Lo miré de reojo.

—Habla.

—Ayer dijiste que no hablaste mal de mi familia —dijo con cautela.

Bufé mientras metía mis patines en la bolsa.

—Jamás podría. De Xavier, sí. Y de ti, al menos ahora, también. Te has comportado como un capullo de categoría.

—Creo que... —carraspeó, negando con la cabeza—, creo que Xavier me ha contado algo que no era.

—Ya me lo imagino.

Me subí la cremallera de la chaqueta hasta el cuello, me envolví bien la bufanda y me coloqué la capucha. River se agachó a coger mi bolsa y me la dio.

—En serio, ¿te encuentras bien, River? La lesión era en la pierna, no en la cabeza, ¿no?

—Cállate y cógela.

—Ahora mejor.

Me la colgué de un hombro y me dirigí hacia el pino que daba a la parte trasera de mi casa. River me siguió de cerca.

—¿Me vas a preguntar qué nos ha contado Xavier o...?

—No pensé que hiciera falta.

—Eres imposible.

—Desembucha —pedí. Lo miré de reojo—. Por favor.

—A mis padres les dijo que te había pedido un tiempo, pero que al final decidió no volver contigo. —Se me escapó una risa en cuanto lo dijo. Me miró—. Y a mí, que no quiso soportar que hablaras mal de nosotros delante de él sin cortarte ni un pelo.

—No sabía que se había pasado a la comedia. ¿Lo suyo no era el marketing?

—¿Qué pasó realmente?

—¿Por qué ibas a crearme por encima de tu hermano?

—Ayer te lo dije: sé verte todas las mentiras. Y ayer no me mentiste.

—Y tu hermano es un mentiroso patológico, dilo.

—Susan... —insistió. Me encogí de hombros.

—Katherine Score —me limité a decir.

—¿La secretaria de mi padre? ¿Qué...? Oh. Oh, joder. No me digas que...

Asentí con la cabeza mientras me metía entre los dos pinos para salir. River me ayudó, apartando un par de ramas, y cuando llegamos a la parte trasera de mi casa, comenzamos a rodearla para salir a nuestra calle.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos.

—¿Meses?

—Años.

—La hostia —susurró y aun maldijo un par de veces más por lo bajo—. Y lo dejaste tú.

—Ajá.

Se quedó en silencio todo el camino hasta que llegamos al camino de mi casa.

Entendía que le hubiese chocado, pues siempre había estado muy unido a su hermano. Todos sabíamos que Xavier era el rey de las excusas, sin embargo, pensábamos que estas no las utilizaba con nosotros. Al fin y al cabo, esas excusas eran mentiras y nos las habíamos tragado todas. No solo yo.

—Oye, entiendo que te duela que te haya mentido, pero es tu hermano.

—Sí, por eso duele más. Pero... —Negó con la cabeza y no acabó de decir lo que quería—. Voy a hablar con él.

—Que sea a partir del domingo, cuando yo me haya ido de nuevo a Montreal, por favor.

—¿Todavía...?

—¿Siento algo por él? Este último año ha sido una mierda, hace tiempo que lo dejé de querer, pero todavía le tengo un poco de rabia. Un puñetazo sí que le daría —admití—. No les digas nada a tus padres.

—Pero...

—Os tienen a los dos en un pedestal, River. Con lo sentida que es tu madre, no quisiera que lo pasara mal solo porque tu hermano es un imbécil.

Asintió lentamente con la cabeza, aunque sabía que le daría un par de vueltas antes de decidir definitivamente qué hacer. Al fin y al cabo, era su familia.

—Gracias por dejarme explicar. Yo... me voy ya. —Señalé mi casa.

—Sí. Gracias a ti. Y siento haberme comportado como un gilipollas.

—No es nada nuevo —murmuré con una media sonrisa, echando a andar de espaldas.

Sonrió con clara ironía y me despedí con la mano.

—Feliz recuperación, River. Nos vemos.

—Adiós.

Al cerrar la puerta de casa no me dio ni tiempo a encender las luces cuando apareció mamá. En su mejilla derecha tenía una marca, la cual asocié rápidamente al marco de nuestra ventana. Había estado espiando. Me gustaría poder decir que me sorprendió, pero no lo hizo, ni un poco.

—¿De qué habéis hablado River y tú?

—A cotilla no te gana nadie, ¿eh, mamá?

—Venga —insistió, ansiosa.

Capítulo 4

Susan

El miércoles salí a patinar y allí estaba él.

River se deslizaba por el hielo tranquilo, con la vista al frente y flexionando sus piernas para hacer estocadas cada pocos segundos. Parecía estar ejercitando la pierna en la que sufrió la lesión. Me senté en la misma roca en la que él lo hizo la tarde anterior, pero sin cortar el trayecto de la luz del foco que había colocado en una de las ramas del pino más cercano. Él no se dio cuenta de mi presencia, ni siquiera me escuchó, y eso me hizo creer que sus instintos eran, probablemente, una mierda. Si al pobre lo dejaban unas horas en el bosque solo, se lo comían por no estar atento.

Estuve alrededor de cinco minutos allí, mirándole. En situaciones normales ya me habría puesto los patines y habría dado cincuenta vueltas al estanque, pero no pude. Y tenía una excusa (de mierda, pero excusa): River era fascinante cuando patinaba.

Siempre me había parecido que lo hacía con una elegancia muy poco propia de un jugador de hockey, que acostumbran a ser agresivos y morían por espachurrar el cuerpo de sus oponentes contra los cristales de protección de las pistas de hielo. En los partidos era uno más, pero fuera siempre me había causado una fascinación imposible de hacer desaparecer. Xavier siempre bromeaba diciendo que debería haberse puesto unas mallas y no el casco, las espinilleras y las hombreras, haciendo referencia a que valdría más como patinador artístico que como jugador.

No sé si me quería imaginar a River en mallas.

Aunque pensándolo bien...

Como el trasero ya se me empezaba a congelar y a fusionar con la roca, decidí que era hora de ponerme en marcha. Abrí mi bolsa y comencé a ponerme los patines.

—Imagina que llego a ser alguien que quiere hacerte daño. Estarías muerto y enterrado cuatro veces, mínimo.

—¡Jesús!

Vi que se detuvo de golpe y me buscó con la mirada, pero al tener el foco justo al lado, le costó encontrarme a contraluz. Me quité las protecciones y avancé dos pasos por la nieve hasta llegar al estanque. Bajé al hielo y me deslicé hacia el lado opuesto del que él se encontraba.

—Si no me matan en el hockey, lo harás tú dándome un infarto. Joder, Susan.

—Llevo más de cinco minutos sentada esperando a que te dieras cuenta de que no estabas solo. Ya era aburrido mirarte —mentí. Podría haberlo observado muchos minutos más.

—Estoy haciendo rehabilitación y necesito fijarme en absolutamente todos los tendones y músculos que se me tensan, por eso estaba tan concentrado.

—Ah. Y... ¿cómo lo llevas?

En ese punto, ya nos habíamos intercambiado los sitios, patinando lentamente.

—Mejor de lo que pensaba. Los médicos me dijeron que me perdería esta temporada entera, pero en la última revisión ya me dijeron que en enero volvería a jugar.

—Me alegra mucho —dije de corazón—. ¿Has empezado a entrenar con el equipo o todavía no?

—Estoy haciendo trabajo individual, y el martes, si no recuerdo mal, vuelvo con el equipo, pero no podré hacer lo mismo que todos. Poco a poco.

—Paso a paso, está bien.

Pasamos muy cerca el uno del otro y nos miramos. Él con los ojos entrecerrados, con sospecha.

—No me mires así. Y tampoco digas lo que estás pensando.

—¿Qué estoy pensando? —En su tono de voz se reflejó una diversión que no se veía en su rostro.

—No lo sé, pero siempre que miras de esa forma es porque algo se te está pasando por la cabeza. Probablemente algo sobre mi amabilidad hacia ti, pero yo siempre soy amable contigo incluso cuando has sido un gilipollas.

—Cierto.

—¿Qué parte?

—Todas.

—Pues claro.

Su comisura derecha se estiró en una media sonrisa.

—He llamado a Xavier y le he pedido que venga el lunes porque quiero charlar con él.

—No tenías que...

—Me debe explicaciones. Y a ti unas disculpas, pero eso ya debe salir de ti el pedirselas o no.

—No le voy a pedir que se disculpe. ¿Para qué?

—No por haberte puesto los cuernos, imagino que una disculpa ya no vale cuando el daño es tan grande y ya está hecho, sino por haber mentido sobre ti con la intención de quedar bien y dejarte como la mala. Es bastante...

—¿Deleznable? —sugerí.

—Exacto.

El silencio reinó entre nosotros y él siguió su recorrido, todavía haciendo los ejercicios para la pierna. Yo no me pude tomar la libertad de patinar con los ojos cerrados, arriesgándome a comerme la nieve si no calculaba bien. A veces acababa con la barbilla congelada, pero me gustaba hacerlo desde bien pequeña; la libertad ciega era una de mis cosas favoritas.

Patiné observándolo de vez en cuando, a veces, de espaldas; otras, haciendo cruzados... Poco a poco todos los músculos de mi cuerpo se fueron destensando; el efecto del patinaje.

Era increíble cómo me gustaba patinar, lo bien que se me había dado siempre y las pocas veces que se me había pasado por la cabeza ponerme en serio con ello. Siempre que mi madre me sugería apuntarme a algún equipo de hockey o patinaje, cuando era niña, me negaba. Prefería las clases de piano de la señora Kingston y los talleres privados que el abuelo me hacía en el cobertizo sobre cómo construir cajas musicales o barnizar la madera correctamente para que durara más tiempo en buen estado.

Estaba tan metida en mis asuntos que casi me estampé contra el hielo. Al menos solo fue contra River y pudo sujetarme.

—Patinas de culo.

—Me he distraído, calla —bufé, enderezándome de nuevo.

Lo miré y vi que sonreía con burla. Le di un pequeño codazo antes de despegarme de él.

—Siempre tienes cara de haber pisado un charco con cada pie y solo sonríes cuando tienes que burlarte. Deberías hacerte mirar eso.

—¿Quieres besar el hielo esta vez de verdad? —preguntó alzando sus cejas.

Alcé mi dedo pidiendo silencio y reprimiendo una sonrisa, y seguí con lo mío.

Y él con lo suyo.

Él fue el primero en retirarse, pero no se marchó. Se quedó sentado en la roca, esperándome por alguna razón que desconocía. Por ello, no alargué mucho mi rato en el hielo; hacía un frío de cuidado y estar quieto allí más de diez minutos era un poco descabellado, de persona que no aprecia lo suficiente su vida. Patiné en su dirección y, como el día anterior, me ofreció la mano para salir.

No le pregunté sus razones para esperarme.

Creo que no hacía falta.

—¿Cuántos días llevas viniendo a patinar?

—Desde que se solidificó del todo. Hará un par de semanas.

—Ayer no patinaste.

—Era más importante hablar contigo.

—A todo esto, ¿cómo supiste que estaba aquí?

—Te seguí —admitió—. Fui a sacar la basura fuera, te vi ir entre los árboles y supe que vendrías aquí.

Asentí con la cabeza y me senté a su lado. Antes de que me quitara los patines, River alcanzó mi bolsa y me la dio, así que coloqué las protecciones para no lastimarme y me los quité. Lo miré de reojo mientras me calzaba.

Estaba siendo sospechosamente demasiado amable, lo cual me extrañaba.

«Huele a vino», diría mi abuelo.

Como el día anterior, comenzamos a caminar hacia la salida, hacia el segundo pino.

—Me ha dicho mi madre que te has mudado sola. Pensé que seguías viviendo con... ¿Harper?

—Harper, sí. Hace poco quise mudarme sola y su novio se ha mudado con ella ahora.

—En Montreal, ¿no?

—Ajá.

Asintió con la cabeza.

Rodeamos mi casa por atrás en silencio. No fui consciente hasta ese momento de lo alto que era River a mi lado. A ver, que sin estar yo a su lado ya medía casi metro noventa y era bastante evidente, pero viéndonos en la sombra que se reflejaba en el suelo gracias a la luz de las farolas, pude ver que realmente me sacaba unos cuantos (muchos) centímetros. Con faena le llegaba al hombro.

Justo antes de llegar al caminito que había limpiado de nieve esa misma mañana, igual que la anterior, miré a River.

—Oye, voy a aprovecharme un poco de esta amabilidad tuya tan repentina.

—¿Cómo? —Frunció el ceño.

—Dame entradas para el partido en el que vuelvas a ser convocado, ¿no? —Su sonrisa divertida no me pasó desapercibida—. En cuanto haya rumores de tu regreso, se van a agotar todas en un momento.

Sin perder esa minisonrisa, sacó el móvil de su bolsillo de la chaqueta y la tira de la bolsa que tenía colgada en el brazo se le bajó, así que me apresuré a detenerla antes de que lo hiciera y los patines cayeran al suelo.

—Gracias —dijo rápidamente, antes de colocársela bien y darme su móvil encendido—. Apúntame tu correo electrónico, anda. Te mandaré la entrada en cuanto sepa el día.

Agarré el móvil, feliz por no haber tenido que insistir y tampoco pagar la entrada, y...

«Espera».

Le devolví el móvil con mi correo apuntado y me fui caminando a mi casa, de espaldas, para

mirarlo a él.

—No te la voy a pagar, ¿eh?

Carcajeó.

—Me lo suponía. Es un regalo, tonta.

—Perfecto. Gracias. —Sonreí y me despedí de él con la mano.

Y con un asentimiento de cabeza, se despidió de mí antes de que entrara en mi casa.

Por suerte, ese día mamá no estaba espiando desde la ventana; estaba muy ocupada editando algunos vídeos para Tik Tok que quería subir a su nueva cuenta. Para YouTube ya tenía a Martha, una chica de casi mi edad, estudiante de audiovisuales, que le editaba todos los vídeos y con la que estaba encantada. Aun así, no faltó la pregunta:

—¿Hoy también te ha acompañado a casa River? —preguntó con ese tonito de burla, restregándome que ayer sí lo hizo.

—Lo ha hecho, sí —respondí mientras me dirigía a las escaleras. Sonreí antes de escucharla.

—¿Cómo?!

No pude evitar echarme a reír, subiendo las escaleras y escuchando sus reproches por no estar allí a su lado contándoselo.

Al llegar a mi habitación me deshice de todas las capas de ropa que me había puesto para aislarme del frío y me metí en la ducha, donde permanecí más de los minutos necesarios. Salí con la espalda abrasada después de haberme descongelado hasta el último milímetro de piel y lavado bien el pelo. Mientras me ponía el pijama, recibí una llamada de Harper, mi mejor amiga.

Llevábamos juntas desde que nos conocimos en la uni, a los dieciocho, el tercer día de clase. Ella, en arte dramático. Yo, en música. Coincidimos en coro, pues ella apuntaba hacia los musicales por ese entonces. Creo que nos entendimos a la perfección justo en el momento en el que todo el mundo se juntó en grupitos para hablar cuando la señora Jules se marchó unos minutos, y nosotras nos quedamos solas. Como dos imanes en polos opuestos, fuimos la una hacia la otra al vernos solas.

Su primeras palabras hacia mí, fueron:

—*¿Eres hispana? Pareces hispana.*

—*Los tatarabuelos de mis abuelos lo eran.*

—*Lo sabía, no se me escapa ni una. Encantada, soy Harper.*

Y, a partir de entonces, no nos separamos.

—Hola, hola —saludó en un canturreo. Puse el altavoz para poder seguir poniéndome el pijama.

—¡Hola! ¿Qué tal ha ido el día?

—Mal. He estado ensayando toda la tarde y tengo la garganta hecha mierda, Su —se quejó.

—Una infusión de jengibre con un poco de miel y una rodajita de limón, con...

—Con agua no muy caliente, sí, lo sé.

Sonreí negando con la cabeza.

Se lo decía siempre que se quedaba sin voz o estaba camino a ello.

—Tómatela.

—La tengo delante. Huele fatal.

—Me dices siempre lo mismo.

—Porque siempre huele fatal. Pero bueno, ¿tú qué tal? ¿Has vuelto a ver a River McBuenorro?

—Sí.

—¿Sí?

—Sí.

—Pero sí de sí o sí de no.

—Harper, ¿desde cuándo un sí significa no?

Agarré el móvil y me lo llevé a la cama cuando ya me hube puesto el pijama. Alcancé un esmalte rojo de mi cajón de la mesita de noche y aproveché ese rato para pintarme las uñas de los pies.

—Yo qué sé. ¿Cómo que lo has visto? ¿De lejos o de cerca?

—De cerca. Hemos estado patinando en el estanque.

Jadeó. Sonreí divertida. Harper tendría material para montarse cinco películas, la conocía.

—Dios, me encanta esto; es de libro. ¿Te ha dicho algo importante?

—Nada. Solo hemos hablado de cosas... normales, cotidianas.

—¿Con tonos sugerente-sexuales?

—Noooo.

—Pues vaya mierda.

Lancé una carcajada que me siguió al unísono.

—Por cierto, que casi se me olvida. Dile a tu madre que mañana voy a almorzar con vosotras, que no tengo ensayos.

—Vale, yo se lo digo. Creo que mañana va a hacer pasta.

Gimió.

Entendía esa reacción perfectamente.

—Voy a repetir —afirmó antes de que le preguntara nada.

—Lo sé. Mamá también.

—Adoro a tu madre un poco más que a ti. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sospechaba. Pues no me pidas que te preste ni un mísero top. Que te deje ella los vestidos *hippies* que usa, entonces.

Se quedó en silencio y me reí por lo bajo, cambiando de pie para pintarme las uñas del otro.

—Tengo que pensar mucho si quiero cambiar de estilo.

—No quieres.

—No, la verdad.

—Venga, te dejo, que tengo que acabar de pintarme las uñas y bajar a cenar. Nos vemos mañana. No vengas muy temprano que no te abriré la puerta.

—Hasta las once no pienso despertarme. Esta noche voy a hacer maratón de Juego de Tronos con mi señor novio.

—Pasadlo bien, anda.

—Un beso donde quieras, guapa —me dijo antes de lanzar un par de besos al aire.

Capítulo 5

Susan

El jueves cuando llegué al estanque nevaba un poco. Pero River estaba allí.

Al contrario que el día anterior, me vio.

—Cógelo.

Yo, que ya me había puesto los patines y estaba a punto de poner un pie en el hielo, me giré para ver lo que me señalaba. Allí, a un par de metros a mi derecha, había un *stick*. Sonreí y lo miré. River se agachó a coger el suyo, junto a un disco.

—Hace mil años que no cojo un *stick*.

—Ha llegado el momento.

Fui a por él y, cuando lo tuve en las manos, sentí que pesaba menos que la última vez que cogí uno. Pero, teniendo en cuenta que tendría diecisiete la última vez que lo hice, era normal que con veintitrés me costara menos sostenerlo.

—¿Sabes cuál fue el último que tuve entre mis manos? —pregunté mientras me deslizaba hacia él. Me miró interrogante—. El que usaste en tu primer partido profesional con los Canadiens.

—Cuando te lo di, te faltó poco para desmayarte —se burló.

—Porque tenía gotas de sangre de Carey Price y a mí ese hombre me encanta. No por ti.

—¿Recuerdas que te pillo todas las mentiras?

Al notar todavía la burla en su voz, le saqué el dedo de enmedio y, sin que lo esperara, le quité el disco de entre los pies con el *stick*. Bufó mientras me veía irme con él.

—Has perdido reflejos, McDaniels.

—Más quisieras.

Y en menos de un segundo el disco pasó a ser posesión de River sin que me diera cuenta. Reprimí una maldición y lo perseguí para quitárselo.

Fueron unos minutos muy bonitos a pesar de haber quedado humillada (normal, él era un jugador profesional y yo me dedicaba a vender discos e instrumentos en la tienda de mi abuelo). Fue como volver a mi adolescencia cuando, después de hacer los deberes, corría al estanque a jugar con River y sus amigos, o a los veranos en los que alquilábamos entre muchos la pista de hockey del pueblo, ya que los lagos y estanques de la ciudad ya volvían a su estado natural. A pesar de que River y sus amigos muchas veces me consideraron una lapa (lo era), nos lo pasábamos bien. A mí me encantaba aprender y a ellos usarme como obstáculo para entrenar; todos felices.

Y hasta ese momento no me di cuenta de cuánto lo había echado de menos.

Tanto a esas tardes de hockey como al River adolescente que estaba siendo esos días.

—Dijiste que te ibas el domingo, ¿no?

—Sí.

Asintió con la cabeza y trató de quitarme el disco que en esos momentos estaba bajo mi posesión. Lo esquivé con una maniobra que ni yo supe cómo hice.

—Por cierto —dijo antes de quitármelo al fin. Comencé a perseguirlo—, esta mañana me he encontrado con la señora West y me ha invitado a tomar café.

Lancé una carcajada que me hizo aflojar un poco la velocidad y él sonrió divertido.

—Me contó mi madre que le coqueteó a tu abuelo y le invitó a tomar el café. Pues ya sabemos que no ha sido la única víctima de la señora West.

—Lo siento mucho por ti.

—El café estaba malísimo.

—¿Has ido?! —Carcajeé.

—¿Qué iba a hacer? Es muy inteligente. Me interceptó de camino a casa después de haber salido a correr. Me dijo que no hiciera muchos esfuerzos con la pierna y yo le comenté que iba a echarme al sofá a ver la tele, y ahí fue cuando me invitó.

—No sé si es que ella es muy inteligente o tú muy burro. ¿Sabes lo fácil que era decir «no, tranquila, me estoy cuidando mucho»? Pero bueno, el daño a tu estómago ya está hecho. ¿Ha coqueteado contigo?

—A ver, creo que no.

—¿No te ha dicho que cada día estás más guapo?

—Sí, pero...

—Ha coqueteado contigo. —Lancé una carcajada y él me dio un leve codazo que casi me tiró al suelo por la velocidad a la que íbamos.

Giré de golpe levantando un poco de hielo y comencé a patinar de espaldas y más poco a poco, mirándolo mientras él también se daba la vuelta y comenzaba a patinar hacia mí al mismo ritmo.

—¿Eso es coquetear? Es amabilidad, Su... san.

—Puedes llamarme Su, ya no te odio como el lunes. —Él sonrió poniendo los ojos en blanco—. ¿Tú le llamas guapa a toda chica que te encuentras por amabilidad?

—No —admitió.

—Ahí lo tienes. Cuando yo llamo guapo a algún chico... —Me quedé callada unos segundos, pensando—. Vale, bueno, no he llamado guapo a ningún chico salvo a tu hermano. Pero si llamara guapo a algún chico, directamente a la cara, no a sus espaldas, ojo, sería para coquetear con él.

—A ti te he llamado guapa más de una vez.

—Con diecisiete, cuando te gustaba.

—Tú no me...

—Venga ya, River —me burlé y me detuve de golpe, quitándole el disco, pillándole totalmente desprevenido.

—No te vengas arriba. No me gustabas.

—Engáñate a ti mismo, adelante.

—Y ahora también me parece que eres muy guapa. Y no estoy coqueteando contigo.

Como él había reducido considerablemente la velocidad, me acerqué a él. Con una mano sujeté bien el *stick* para conducir el disco y la otra la usé para pasarla por sus hombros cuando lo rodeé.

—¿Estás ligando conmigo, River McDaniels? —bromeé haciéndole reír.

Me dio un empujoncito que me desplazó un metro y se alejó de mí. Sonreí con descaro y le pasé el disco sin mucha fuerza. Lo interceptó con facilidad.

—Eres más tonta cuando quieres...

No pasaron muchos minutos hasta que decidimos retirarnos del hielo. Habíamos estado jugando más rato que de costumbre y era la hora de cenar tanto en su casa como en la mía. Había dejado de nevar hacía unos veinte minutos, así que a nuestras cosas no les había dado tiempo a cubrirse de nieve. Nos calzamos sin mucha prisa, pero él fue el primero en acabar; mucha

práctica. Fue a por el foco que había colocado en el árbol, igual que el otro día, y lo colocó sobre nuestras cabezas para que yo pudiera ver bien mis pies. Se lo agradecí con una sonrisa.

Cuando estuve lista, cargamos las cosas a nuestras espaldas y nos fuimos hacia el segundo pino.

—Mañana vendré a las nueve.

—¿De la noche? —pregunté extrañada.

—No, de la mañana. Me han cambiado la hora del fisio de mañana y debo ir por la tarde.

Asentí con la cabeza.

No tuve que decirle nada. Ambos sabíamos que iría a la misma hora que él.

—Ha sido divertido.

No me miró, pero sonrió un poco y asintió con la cabeza.

—Por los viejos tiempos —dijo antes de mirarme de reojo—, ¿no?

—Sí. Lo echaba de menos.

—Faltan Bennet y John para usarte de cono.

—Miden dos metros de alto y parecen armarios, ¿crees que echo de menos que me usen de cono? No, ni un poco.

—Eras un buen cono.

—Casi me partís en dos una vez.

—Pero estás sana y salva, y ahora tienes el placer de decir que tres de los mejores jugadores de la NHL te usaron como cono.

—Vaya un egocéntrico, oye. Que te den. —Reí.

Al llegar, le di un pequeño empujón antes de desviarme hacia el camino asfaltado que me llevaba a la puerta. Me despedí con la mano.

—Hasta mañana —dijo imitando mi gesto.

—Adiós, McDaniels.

Y nada más entrar en mi casa, otro mini infarto casi me mató.

—Cuenta.

—Joder, mamá —me quejé.



Esa noche, después de cenar en casa de los abuelos, me metí en el cobertizo junto al abuelo mientras mamá y la abuela se quedaban dentro comiendo flan de café y cotilleando sobre algunos vecinos.

—¿Qué le pasa a esta? —le pregunté cuando saqué una caja musical de la caja de reparaciones.

—¿Qué número tiene?

Miré el número de serie que el abuelo grababa en todas las cajitas y se lo dicté. Él miró en su bloc de notas, con las gafas sujetándose a duras penas sobre la punta de su nariz.

—Al peine se le ha saltado una púa. Debe cambiarse por uno nuevo.

—Perfecto.

Me senté en el suelo con los materiales que me hacían falta y comencé a destornillar el peine para cambiarlo.

Arreglar las cajas musicales me relajaba más que un baño de espuma. Desde pequeña me

había encantado hacerlo. Recuerdo que mi regalo del abuelo cuando cumplí los seis años fue un kit de montura y reparación de cajas musicales que me hizo él mismo. Lo usé hasta bien entrada la adolescencia. Montaba y desmontaba mil y una veces cada caja para que ese kit me durara eternamente. Todavía lo tenía, pero ya no disponía de tanto tiempo para hacerlo, pues suficiente faena tenía trabajando en la tienda toda la mañana y parte de la tarde. Todas las que arreglaba ya eran de clientes de Sounds of Hughes.

—Dice tu madre que llevas unos días volviendo del estanque con el mayor de los McDaniels.

—Mi madre es una cotilla.

—¿Pero es verdad?

—Y tú también.

—No me des largas, niña.

—Sí, es verdad —respondí quejumbrosa—. ¿Quejas o reclamaciones al respecto? Me he dejado la hoja en casa.

—Qué graciosa. —Me dio un golpecito con su pie, pues estaba a mi lado, pero sentado en la silla que él mismo había construido veinte años atrás.

—¿Preferís que vuelva sola a casa, a merced de los osos y los depredadores sexuales que pueda haber?

Volvió a darme un golpe, haciéndome reír.

—¿Cómo es que te acompaña a casa?

—Porque le viene de camino. —Otro golpecito—. Patinamos a la misma hora, así que volvemos juntos.

Asintió con la cabeza, aunque sabía que quería que me explayara más, cosa imposible porque no había mucho que contar.

—Siempre me ha gustado más que Xavier.

—Todo el mundo te gusta más que Xavier, abuelo.

Me miró y sonrió con descaro.

—No te falta razón. A mí no me gusta nadie que le haga daño a mi nieta favorita.

—Soy la única que tienes.

—Eso digo, mi favorita. No te quejes, encima.

—A dramático no te gana nadie.

Capítulo 6

Susan

—¿Te siguen pagando incluso estando lesionado? —pregunté curiosa mientras conducía el disco lejos de River.

—Claro.

—¿Lo mismo?

—No, algo menos. Me pagan por día lesionado, pero obviamente con una reducción.

—Y encima cobrarás una millonada de todas formas. Qué asco.

—¿Te crees que cobramos medio millón por mes o qué? —Se rio y me quitó el disco en un abrir y cerrar de ojos—. Debería cobrarlo si quitara a todo el mundo el disco como a ti.

—Rebaja el ego, amigo. Estás jugando contra una dependienta de una tienda de música —me burlé—. Como apuntes tan bajo, no esperes una renovación de contrato.

Obviamente, solo bromeaba. Era uno de los mejores jugadores de la NHL y los Canadiens lo habían renovado incluso estando lesionado y sin saber con certeza su nivel al volver. Todo el mundo lo quería en su equipo, incluso en el estado en el que se encontraba, para que os hagáis una idea.

—Del uno al diez, ¿cuánto te duele ahora la pierna? —pregunté curiosa.

—Uno si lo consideramos molestia. Hace ya meses que no siento dolor, solo alguna molestia si hago un sobreesfuerzo. Aun así, es una molestia parecida a la que sentía cuando tenía agujetas, por lo que no es preocupante.

Asentí con la cabeza y aproveché su distracción para robarle el disco y huir de él. No me dio tiempo a hacerlo, porque cuando me di cuenta, sus manos volaron a mi cintura y, dos segundos después, me había cargado sobre su hombro como si de un saco de patatas me tratara. Me cayó el *stick* al suelo y se me escapó un grito.

—¿Pero qué haces, animal?! —exclamé asustada, aferrándome con fuerza a sus caderas y con visión plena de su trasero.

No moví ni un poco mis pies, pues era consciente de que podría cortarle con las cuchillas.

Él solo se rio. Solo me sujetaba con una mano y con la otra controlaba el disco mientras nos movíamos por el estanque. Me sentía más cerca de la muerte que nunca.

—¿Quieres matarme? Joder, qué fijación tienes con hacerme bailar entre la línea de la vida y la muerte, River.

—Eres una dramática de cuidado. Pensé que era tu amiga la que hacía teatro, no tú.

—Dios, cállate y bájame.

Sus hombros se sacudieron un poco. Se estaba riendo, el muy capullo. Y yo a punto de infartar.

Vi su *stick* caer al suelo cuando dejó de patinar. Subió sus manos hacia mi cintura y no negaré que un escalofrío me recorrió de pies a cabeza a consecuencia de la delicadeza con la que me bajó de su hombro. Cuando mis patines tocaron el hielo, River me miró con un pequeño reflejo de burla en su mirada, y alzó las manos hacia mi pelo. Seguí sus movimientos con la mirada y me llevé una gran sorpresa cuando me colocó algunos mechones de pelo en su sitio.

—Me gustaría saber... —empezó a decir antes de hacer una pausa de dos segundos al pasarme uno de mis mechones por detrás de la oreja— cómo logras peinar esto cada día. Qué

montón de pelo.

Se me escapó la risa; fue inevitable.

—No me peino —admití.

—Oh.

—Sí, oh —murmuré divertida.

Le di un empujoncito que lo deslizó medio metro de mí.

Se había creado una tensión extraña que no acababa de gustarme. O, bueno, no sabía exactamente qué opinar de ella.

Lo señalé con el dedo mientras me alejaba más de él.

—No vuelvas a hacer eso. Podría haberte cortado con las cuchillas, irresponsable.

Rodó los ojos y señaló la cicatriz que cruzaba su sien. Era bastante grande.

Siempre iba a recordar el día que le hicieron esa herida en un partido contra los Maple Leafs. Casi me desmayé. Cayó al suelo después de un empujón bastante bestia y uno de los defensas que le pasó por el lado le cortó sin querer en la sien, justo al lado del ojo. Cuando se levantó del suelo con la cara sangrando, creí que me moría; pensé que le habían cortado el ojo. Fue, probablemente, uno de los días que más miedo pasé de toda mi vida. Por un momento pensé que ahí se acababa su carrera. Dos horas después salía con puntos y una cara de enfadado que no le quitaron hasta dos semanas después, cuando pudo volver al hielo.

—No sería la primera vez.

—Lo sé, pero ojalá fuera la última. Joder, qué mal me lo hiciste pasar.

—No fue nada.

—¿Qué opinarías tú si me ves levantarme del suelo con la cara completamente ensangrentada? No te daría un infarto, te darían dos.

—Bueno...

Sonreí.

Sabía que también se preocupaba por mí. Habíamos sido amigos ,además de vecinos y cuñados, muchos años.

—¿Qué haces mañana por la mañana?

Por razones que desconozco y que quise ignorar, el corazón me dio un pequeño vuelco.

—Desayunar, ¿por qué?

—¿Quieres venir a ver el Parque Fonrouge? El bosque de detrás. Plantaron nuevos pinos y talaron los de la cuesta por la que nos tirábamos con el trineo de pequeños para evitar más accidentes y dientes rotos.

—El señor Junes no debe estar muy contento por ello —bromeé, haciendo referencia al dentista de nuestra calle y al que todas las personas del vecindario acudían—. Mm... Me parece bien, vayamos. ¿Cómo es que han plantado más pinos? Si está lleno.

—Porque se están viendo más alces y caribúes por esa zona y quieren que estén bien protegidos. Con los pinos, ya no se puede entrar al bosque con el coche.

—Oh, está muy bien, entonces. ¿A qué hora querrás ir?

—Pues... ¿Qué tal a las nueve?

Asentí de acuerdo.

Media hora después llegamos al camino asfaltado de mi casa. Los dos con un hambre voraz, pues ya era tarde.

—Te esperaré en el coche delante de mi casa, ¿vale?

—Perfecto —murmuré yendo, como siempre, de espaldas hacia mi casa. Me despedí de él con la mano—. Hasta mañana, McDaniels.

—Hasta mañana, Susan.



Jamás pensé que algún día haría planes a solas con River.

Creo que si una semana antes me hubiesen dicho que habría estado patinando con él y, además, quedando para ir a ver el bosque, me habría reído. Y mucho.

Tampoco pensé que fuera a estar tan cómoda con él. Seguía siendo un poco borde a veces y bastante reservado, pero... se sentía bien. Era como volver a mi adolescencia, cuando no me sentía parte de nada salvo cuando me dejaban participar como obstáculo en sus tardes de patinaje en el estanque o en la pista del centro deportivo de la ciudad.

Cómodo, agradable, familiar y a veces exasperante; me encantaba.

Dejé a mamá grabando con la ayuda de la abuela y me marché hacia la casa de los McDaniels. Con la nariz enterrada en mi bufanda y las manos en los bolsillos, miré a mi alrededor conforme avanzaba. Parecía que todo el mundo todavía dormía, no había ni un ruido salvo el de algunos pájaros que se habían atrevido a salir a piar a pesar de estar a -2°C.

Llegué al coche de River y lo esperé no más de dos minutos, pues salió abrigado casi igual que cada día, solo que en vez de llevar el gorro, llevaba una gorra de los Canadiens. Al contrario que yo, parecía que llevaba ya cuatro horas despierto.

—Buenos días —saludé en cuanto quitó el seguro del coche desde la distancia—. ¿Por qué parece que te has tomado cuatro cafés y llevas medio día despierto?

—Porque me he tomado cuatro cafés y llevo tres horas despierto.

Suspiré.

—No entiendo cómo se puede tener tanta energía por la mañana —murmuré subiendo al coche.

Y digo subiendo porque era un todoterreno alto. Necesitaría un tobogán para bajar.

Arrancó el coche cuando nos hubimos puesto el cinturón y hasta ese momento no me di cuenta de lo raro que era estar subida en un coche con River McDaniels. La de gente que pagaría por estar en ese asiento junto a él. Yo solo esperaba que nadie nos hiciera una foto porque se podría liar una bien gorda. Y más con... Espera.

—¿Y Lisa?

Me miró de reojo un instante.

—Lo dejamos hace más de un año, Su.

Abrí mucho los ojos, sorprendida.

—¿Qué dices? ¿Por qué no sabía eso?

—Porque siempre vas a lo tuyo. —Rio por lo bajo—. La gente de Twitter me tocó bastante los cojones cuando lo anunciamos por redes y se hizo bastante viral una foto suya con un chico dos semanas después de dejarlo. Pensé que a lo mejor eso sí lo habías visto.

—No tengo Twitter —admití—. Diría que lo siento mucho, pero no sé si lo hago porque desconozco lo que pasó...

—Creo que nos cansamos el uno del otro. Los últimos meses me daba la sensación de que seguíamos juntos solo para aparentar.

—¿Cómo te cansas de la persona a la que quieres? —murmuré interrogante, curiosa.

—Quizá no nos queríamos tanto.

—Qué putada.

—Sí.

—¿Sientes haber perdido el tiempo con ella? Han sido tres años de relación. Y pública.

Se quedó pensativo un rato, como si hiciera una evaluación de daños; como si no se hubiese planteado nunca esa pregunta en su cabeza.

—Ha sido una pérdida de tiempo —afirmó. Lo miré un poco sorprendida—. No nos hemos querido, no ha habido amor, no he aprendido nada salvo a no querer una relación así. No puedo decir que el tiempo que pasé a su lado ha sido valioso, porque estaría mintiendo. Era una relación muy falsa, muy de cara a la gente.

—Es una pena...

—Sí, lo es. He invertido tiempo en algo que ni siquiera me hacía feliz. En esos años podría, no sé, haber encontrado a alguien que de verdad me llenara, con la que me viera en un futuro lejano.

Asentí con la cabeza. Lo entendía aunque nunca me había encontrado en su situación.

—¿Y tú? ¿Crees que has perdido el tiempo con Xavier?

—No —dije inmediatamente—. Quizá el único tiempo perdido ha sido el último año y medio, cuando la relación no estaba bien por lo evidente. Pero sí lo quise, sí hubo amor al principio (al menos por mi parte) y sí ha habido aprendizaje del bueno.

Asintió con la cabeza.

—Tiene sentido. ¿Volverías con él si te pidiera perdón y...?

—Cielos, no —lo interrumpí—. Jamás se me ha pasado por la cabeza. Ni en un millón de años. No.

Se rio por lo bajo y asintió de nuevo.

—Entiendo, entiendo.

—¿Y tú? ¿Volverías con Lisa?

—Ni cobrando —se apresuró a decir.

Me lo supuse.

En menos de diez minutos llegamos al bosque. Aparcó el coche en la entrada, justo en el límite donde habían colocado una cadena prohibiendo el paso a la gente. Me quedé mirándola en cuanto bajamos del coche. River me miró.

—No me digas que estás pensando en obedecer esa señal.

—¿No me conoces todavía? —pregunté pasando mi pierna por encima de la cadena, haciéndolo reír.

Él me imitó y nos adentramos en el bosque. Esa cadena era nueva y antes había una pequeña valla. Los policías o trabajadores del ayuntamiento que habían puesto esa cadena sabían perfectamente que la gente de la ciudad iba a pasarse las indicaciones por donde todos sabemos.

Hacía bastante viento y tenía pinta de que se pondría a nevar, pero eso hacía que el día todavía fuese más bonito.

Fue inevitable sobresaltarme cuando sentí el cuerpo de River detrás de mí, prácticamente pegado. Sus manos cogieron el borde del gorro que llevaba puesto y me lo bajaron un poco más, colocándolo bien, ya que el viento se había encargado de subírmelo unos centímetros.

—Gracias —murmuré justo cuando se puso a mi lado.

Se encogió levemente de hombros.

Caminamos en silencio entre los árboles. Esa parte me la conocía a la perfección, pues de más pequeños corríamos por allí para llegar hacia nuestra cuesta favorita para lanzarnos en trineo, aunque en ese momento había más pinos de lo que recordaba.

De repente, River agarró mi muñeca. Lo miré de inmediato, pero él me hizo un gesto con su dedo indicándome que hiciera silencio. Señaló a un punto a mi derecha.

—Un alce —susurré sonriendo.

Hacía años que no veía ninguno.

El alce, enorme como todos los que había visto antes, escarbaba en la nieve en busca de musgo y líquen. Saqué mi móvil para tomarle una foto; parecía mentira que hubiese visto tantísimos en mi vida, pero que no tuviera ninguna imagen de ellos hechas por mí.

La suave risa de River llegó a mí cuando vio que me agaché para hacer la foto desde más abajo.

Los alces eran animales preciosos.

Reemprendiendo la marcha hacia la cuesta, caminamos poco a poco para no asustar a los alces que pudieran estar merodeando por los alrededores.

—Es una lástima que hayan talado árboles solo para que los niños se puedan tirar con el trineo —murmuré—. Hay un complejo de esquí a las afueras de la ciudad con instalaciones de todo tipo para que nadie se rompa los dientes al lanzarse.

—Hubo quejas de la gente más mayor. Creo que por eso se plantaron más pinos y no para proteger a los animales... Qué casualidad que se anunciara después de dos días de las protestas.

—Sospechoso.

Asintió con la cabeza, de acuerdo conmigo.

—Aun así... —miré al frente—, se ve precioso, hay que admitirlo.

Asintió con la cabeza.

Y es que lo era.

Una gran explanada se abría delante de nosotros. Los pocos árboles que tiempo atrás esquivábamos corriendo para llegar cuanto antes a la cuesta habían desaparecido y en su lugar solo había nieve. Nieve y más nieve.

«Qué bonito debe verse en verano», pensé mientras me adelantaba un poco a River.

Unos pequeños copos de nieve comenzaron a caer, acariciándome las mejillas y deshaciéndose al instante. Seguramente sería una nevisca que duraría poco. Saqué de nuevo el móvil de mi chaqueta y capturé esa imagen tan bonita. Me giré antes de llegar a la cuesta y miré a River, que caminaba poco a poco con las manos en sus bolsillos, mirando a su alrededor con una pequeña sonrisa.

Yo también sonreí y levanté el móvil.

Una foto.

Bueno, dos.

Guardé el móvil antes de que levantara la mirada hacia mí.

—Es precioso —murmuré, a lo que él asintió con la cabeza.

—Te lo dije...

—¿Dónde vas? —pregunté extrañada viendo que iba hacia la barrera de pinos que teníamos a unos metros a la derecha.

Hizo un gesto con el dedo indicándome que me esperara, y fue a paso rápido hacia el pino más avanzado de la línea. Metió las manos entre las ramas y de allí sacó algo amarillo y grande que era prácticamente de mi tamaño.

—¿Y esto?

—El trineo.

Lancé una carcajada viendo cómo lo dejaba en la nieve y me miraba con una sonrisa.

Una sonrisa que me removiό todo por dentro. No entendía qué me pasaba.

—Venga, móntate —me animó.

—Tú conmigo.

—No sé si tengo edad para esto.

—¿Nos llevamos solo dos años y yo sí tengo edad para ello? Vamos, no digas tonterías y sube conmigo.

Tiré un poco hacia adelante el trineo improvisado y me subí un poco la chaqueta para que me fuera más fácil sentarme.

—¿De dónde han sacado este cacho de plástico? —pregunté curiosa, sentándome en la parte de atrás.

—De un contenedor. Lo pusieron aquí nuevo para que la gente tirara lo que quisiera en él, pero a las pocas horas lo habían convertido en varios trineos.

—No me extraña. Chambly.

—Chambly —repitió con una risa—. Oye, ponte delante.

—El de detrás conduce y frena, y tú acabas de salir de una lesión. Siéntate delante y no te quejes tanto, anda.

—Si estás detrás, no verás por encima de mí y no podrás frenar. Me pongo yo detrás, pero tú frenas desde delante, ¿vale?

Asentí, de acuerdo con su plan, y deslicé mi trasero hacia la parte delantera. Hasta que River no comenzó a sentarse, no me di cuenta de que lo tendría pegado a mí y...

Sus manos se deslizaron por mi cintura, me agarraron con fuerza y tiraron de mí hacia su cuerpo. Tragué saliva. Vale, no imaginé que me encontraría en esa situación tan... ¿íntima? Él, que tenía más fuerza que yo, nos acercó a la cuesta.

—¿Lista? —preguntó en mi oído.

Asentí con la cabeza porque no fui capaz de encontrar mi voz.

Tras un empujón seco, caímos cuesta abajo.

Capítulo 7

River

Me apoyé en la pequeña valla que protegía el jardín de su casa y la miré cargar una maleta en el maletero del coche. Alice se acercó a ella y le dio un abrazo, seguido de una serie de besos en la frente que le hicieron rodar los ojos. Escuché que decía que no se iba para siempre, que volvería el domingo para comer. Cuando al fin se despegaron, le dio un pequeño empujón a Susan hacia el coche y se dirigió a la puerta de casa. Antes de meterse dentro, me saludó a mí con la mano, llamando así la atención de su hija que me miró al instante.

Y sonrió.

El corazón me dio un vuelco.

Susan se acercó a mí con la nariz enterrada en la bufanda como casi siempre.

—Así que te ibas a marchar sin decirme absolutamente nada.

—Sí—admitió.

Las cosas se habían vuelto raras, así que la entendí.

Raras porque habíamos pasado tiempo a solas por voluntad propia y, al menos en mi caso, había disfrutado de cada minuto como nunca antes. Raras porque se había creado una intimidad entre nosotros que jamás pensé que podría darse. Raras porque había unas líneas que habían empezado a desdibujarse en mi cabeza y no sabía si quería volver a dibujarlas o ayudar a que se desvanecieran.

—Han estado bien estos días, ¿no?

Asentí con la cabeza inmediatamente. Era indudable.

—Bastante decentes teniendo en cuenta que han sido contigo.

—Oye —rio dándome un golpe en el pecho. Sonreí—, nos vemos pronto. Y, bueno, si quieres, pasa algún día a hacerme una visita por la tienda.

—Cuenta con ello.

Miró sutilmente a nuestro alrededor dos segundos antes de ponerse de puntillas y besarme la mejilla. Se separó de mí, dejando con un hormigueo la zona en la que sus labios habían estado. Me dio un leve apretón en la muñeca para luego separarse, como siempre, caminando de espaldas hacia el coche mientras me miraba.

—Adiós, River. Feliz vuelta al hielo.

—Gracias, Su. Nos vemos pronto.



La puerta de casa se abrió y giré mi cabeza para ver si era quien yo pensaba. Papá estaba de día de esquí con sus amigos y mamá almorzaba con las mujeres del club de lectura, así que no podía ser nadie más que él.

Xavier apareció alborotándose el pelo rubio que había heredado de nuestro padre, haciendo que algunos copos de nieve que se habían posado en él salieran volando.

—Joder, siempre que vengo está nevando. Qué diítas —bufó, quitándose la chaqueta y dejándole encima de una de las sillas.

—Siéntate.

—Hola a ti también.

Me dio un puñetazo amistoso en el hombro mientras rodeaba el sofá y se dejaba caer en el sillón de papá.

—¿Qué hay?

—¿Qué tal Katherine?

Me miró a los ojos, cosa que todavía no había hecho hasta el momento.

—¿Qué Katherine?

—La secretaria de papá, que casualmente ha pedido el traslado a Ottawa por compromisos familiares. Lo que no le ha dicho a papá es que el compromiso familiar eres tú.

—River...

—¿Qué piensas hacer, Xavier? A parte de mentir y fingir que eres el mejor de todos los tiempos.

—Estoy tratando de averiguarlo. No me agobies con esto, por favor, River.

—No te voy a volver a hablar de Katherine, pero sí voy a hacerlo sobre otro tema. Susan.

—No...

—Susan —repetí—. Ha estado aquí en Chambly una semana de vacaciones, se ha ido hace una hora. ¿A que no adivinas qué he descubierto?

Él no dijo absolutamente nada. Solo fijó su mirada en sus pies.

—Que ni habló mal de nosotros como me hiciste creer ni le pediste un tiempo ni nada de lo que te inventaste. Te dejó porque te pilló. Tío, ¿dos años engañándola? ¿Qué cojones te pasa? ¿Qué mierda se te ha enseñado en casa?

—No quiero hablar de esto, River.

—Vas a hablar de esto, por supuesto que sí. Me lo debes, igual que le debes la verdad a mamá y papá. Joder, la traté fatal por culpa de tus mentiras, aunque imagino que eso era lo que querías, porque sino no entiendo la razón por la que te inventaste esa mierda.

—Es complicado. No...

—Mierda, Xavier.

—No quería dejarla mal, ¿vale? Pero fue lo primero que se me ocurrió, me pillaste desnudo cuando me preguntaste por el tema. Me hubiese inventado otra cosa que no la dejara *tan* mal, pero no me dio tiempo.

—Soy tu hermano, joder, ¿qué te costaba decir la verdad?

—Porque hubieses ido tras ella como cuando éramos críos.

—¿Perdona?

Bufó, mirándome irónico.

—Susan te ha gustado toda la vida, tío. Sabía que en cuanto te dijera que la había engañado, irías tras ella igual que cuando éramos más jóvenes. «Su, eso; Su, aquello; Su, mira; Su, no sé qué». No quería tener que soportarte yendo a...

—Tienes que estar de broma.

—Que no te culpo. Susan está buenísima, es maja y es económicamente independiente desde la adolescencia, entiendo que te gustara. Pero la carne de tus hermanos no debe olerse.

Tuve que respirar hondo un par de veces para poder pasar por alto el hecho de que había hablado de Susan como si fuera, literalmente, un trozo de carne.

—Le vas a decir la verdad a mamá y papá —murmuré mientras me levantaba—. Si no lo

haré yo.

—No amenazas, River.

—Y me gustara o no Susan cuando éramos unos críos... —lo miré mientras me iba hacia las escaleras que bajaban al sótano, donde tenía mi pequeña sala de estar—, es asunto mío, igual que lo que haga ahora.

—No hagas tonterías.

—No las hagas tú.

Capítulo 8

Susan

—Es que no lo entiendo.

—Yo sí, es bastante fácil. Te gusta y probablemente te ponga un poco cachonda, y no es para menos, porque menudo monumento de tío. No hay más.

—Claro que hay más —me quejé, haciendo que Harper me mirara negando con la cabeza.

—Bueno, sí, sí hay más. Te liaste con su hermano para ponerlo celoso a él, pero te salió el tiro por la culata.

En ese momento me arrepentí de haberle contado toda mi vida a Harper durante la primera borrachera que nos pegamos dos días después de conocernos.

Porque sí, si había existido algo entre Xavier y yo había sido porque a mi yo adolescente le pareció una idea genial tener un rollo con él para llamar la atención de su hermano mayor. Estaba colada hasta las trancas por River, pero supongo que las cosas cambiaron cuando me enamoré en serio del pequeño de los McDaniels.

Años después, podía afirmar que fue una gilipollez inmadura por mi parte.

No he brillado nunca por mi inteligencia.

Después de la semana en Chambly, me sentía extraña. Se suponía que era una semana de *relax* y que volvería como nueva al trabajo, pero no. Desde que había vuelto hacía dos días, no dejaba de darle vueltas a la cabeza por culpa de River (y por su pelo castaño cubierto por su usual gorro gris, esa media sonrisa que parecía costarle horrores esbozar en público, sus gestos inesperadamente amables en el estanque y sus manos en mi cintura el día del trineo).

—Esto es una mierda.

—No debería serlo.

—Es que encima... —Saqué el móvil y busqué por mi galería.

—¿Encima...?

—Le hice esta foto el día que fuimos al bosque y no dejo de mirarla —admití.

Le mostré la imagen en la que él caminaba con las manos en sus bolsillos, mirando hacia un lado. Me atrevería a decir que vi esa foto unas diez veces por hora desde que me fui de Chambly, lo cual daba una media bastante preocupante de visualizaciones. Tenía algo que me obligaba a entrar en la galería del móvil y mirarla todas las veces que me fueran posibles.

«Necesito ayuda psicológica», pensé.

—Es que está para mojar pan —susurró mirando la foto y ampliándola un poco justo en su cara. Yo hacía lo mismo—. Haríais buena pareja.

—No digas tonterías.

Le quité el móvil y lo guardé en el bolsillo de nuevo.

—¿Le has pedido el número de teléfono? ¿O él a ti?

—No.

—Vaya par de burros.

La campanilla de la puerta sonó cuando un cliente entró y Harper se hizo a un lado.

Pudimos ir charlando entre cliente y cliente, aunque nos fue un poco complicado. Estábamos a solo diez días de Navidad y siempre eran fechas de más trabajo, aunque más en la tarde. La cantidad de discos e instrumentos que se compraban era increíble.

«No había nada mejor que regalar música», decía mi abuelo siempre.



A las seis en punto de la tarde corrí hacia la puerta para girar el cartel y que la gente supiera que estaba cerrado. Aun así, permanecí dentro un buen rato para hacer inventario y ordenar y colocar bien todo lo que la gente había tocado (que no eran pocas cosas).

Cuando solo me faltaba guardar la caja y apagar las luces, la puerta se abrió. Asustada, me di la vuelta para ver quién había entrado. No sé si el corazón me latió más fuerte cuando me sobresalté por la irrupción inesperada, o cuando vi que era River.

—Quieres matarme de un infarto —confirmé.

Sonrió negando con la cabeza.

—No quisiera.

—¿Qué haces aquí?

—Dije que volvía el martes. Y es martes.

—Reformulo mi pregunta. ¿Qué haces en mi tienda?

—Quería saludar. Voy camino a cenar con el equipo y tenía que pasar por aquí delante.

Se apoyó en el marco de la puerta, y cuando me agaché para guardar la caja, cerré los ojos un segundo.

«Esto no puede ser verdad».

Me puse de nuevo en pie.

—Pues... Yo ya me tengo que ir.

No dijo nada mientras me veía ponerme la chaqueta y posteriormente la bufanda. Yo trataba de no mirarlo, pues eso implicaría tener que mantener el contacto visual y no me veía muy preparada para ello.

—Mañana empiezo los entrenamientos —comentó en cuanto apagué las luces—. He pensado que a lo mejor te gustaría venir al Centre Bell.

Lo miré con los ojos muy abiertos justo cuando apagué todas las luces. Me acerqué a él rápidamente.

—¿Cómo dices?

—Estás invitada, si quieres. Solemos entrenar en el complejo deportivo Bell, al otro lado del río San Lorenzo, pero están en obras.

—¿Puedo venir a ver un entrenamiento? ¿No es broma?

—¿Por qué bromearía con esto?

—¿A qué hora sería?

—Seis y media de la tarde.

Sonreí ampliamente. Media hora después de que acabara de trabajar.

—Me encantaría ir, River.

—Te pasaré a buscar a las seis y quince más o menos, ¿vale?

—Vale, sí.

—Perfecto, pues. Nos vemos mañana, Su.

Dudó.

Dudamos los dos.

Pero esa vez fue él quién me atrajo hacia sí para besar mi mejilla. Qué extraño y cómodo a la

vez. Y bonito. Y... ¿Cómo podía emocionarme tanto un beso en la mejilla? Me dio un leve apretón en la cintura con la mano que había posado allí y nos miramos un instante antes de que se fuera calle abajo.

Capítulo 9

Susan

A las seis en punto de la tarde la campanita de la tienda sonó y por la puerta entró River. Él mismo le dio la vuelta al cartel para que todo el mundo supiera que estaba cerrado. Yo, que estaba arreglando una cajita musical que me habían traído a última hora, lo miré sintiendo cómo se me aflojaban un poco las piernas.

No sé si acababa de gustarme esa sensación.

Alcé la mirada hacia el reloj para cerciorarme de que no iba tarde.

—¿Qué haces? —preguntó acercándose al mostrador.

—Estoy cambiando la manivela de esta caja que me han dejado hace un rato. Acabo en un minuto.

—Tranquila.

Apoyó sus manos en el mostrador, justo a mi izquierda, y me observó hasta que terminé. Estaba demasiado concentrada en hacerlo bien como para ponerme nerviosa por su cercanía. Cuando acabé, hice girar la manivela para comprobar que funcionaba correctamente. La melodía de *Los Piratas del Caribe* comenzó a sonar fluida y sin problemas; sonreí.

—Veo que el kit de reparación que te regalaron de pequeña ha dado sus frutos.

—No entiendo cómo te puedes acordar de estas cosas.

Se encogió de hombros.

Me apresuré a recoger todo lo que me quedaba por encima del mostrador y a guardar bien la caja para que no se nos hiciera tarde. El Centre Bell estaba a solo dos manzanas de la tienda, mas no quería hacer esperar a River más de lo necesario.

Fui a por mi chaqueta y mi bolso a la trastienda. Me abrigué bien y apremié un poco a River para que se diera prisa y así no llegar tarde. A él parecía hacerle bastante gracia la situación porque solo sonreía y se tomaba las cosas con mucha calma.

—Vamos en coche y no tenemos que buscar aparcamiento, Su, relájate.

—Son y quince, justas. ¿Seguro que no vamos tarde?

—No te preocupes, vamos bien.

Asentí poco convencida con la cabeza y lo seguí hacia su coche tras cerrar bien la tienda. Salté al interior y me abroché el cinturón al mismo tiempo que él. De camino al estadio, la mano de River se acercó a mi rostro. Agarró con cuidado mi bufanda y me la subió hasta la nariz.

—Por si acaso.

Entendía por qué lo decía.

Y más lo hice cuando llegamos al Centre Bell, pues había unos pocos periodistas en el inicio del túnel del aparcamiento privado del pabellón. Vi algún flash, pero River condujo rápido hacia el interior, así que las posibilidades de haber salido en las fotos eran mínimas.

—Hay parejas y familiares de algunos compañeros que suelen venir, pero acostumbran a estar en una sala aparte donde hay sofás, máquinas de café, mesas de *air hockey*...

—Estoy en el Centre Bell, sin pagar, y con la oportunidad de ver a los Canadiens entrenar. No estarás esperando que yo vaya a esa sala, ¿verdad?

Sonrió y aparcó en una de las muchas plazas vacías. Me miró mientras se desabrochaba el cinturón y abrió su puerta.

—Tienes tu asiento en el banquillo local. Anda, vamos.

Estoy segura de que mi sonrisa debió hasta dar miedo. Escuché su risa salir del coche y yo me apresuré a desabrocharme para saltar de él. La puerta se abrió y River me ofreció su mano para ayudarme a bajar, cosa que agradecí porque si me caía, probablemente no saldría viva.

—Espera, dejaré mi bufanda aquí.

Cuando estuve lista, lo seguí por todas partes. Me fue explicando qué era cada puerta por la que pasábamos, toda vitrina que me quedaba mirando e incluso me contó alguna anécdota que jamás pensé escuchar.

—Ese de ahí es Kent, el hijo del entrenador. Su padre lo obliga a venir como castigo por haber suspendido absolutamente todas las asignaturas de la carrera en el último semestre. Odia el hockey, pero le gustan los chicos guapos, según él, así que no es tanta tortura estar aquí —me susurró River señalando a un chico de quizá un par de años menos que yo, apoyado en una puerta con su móvil en mano—. Seguro que os llevaréis bien. Le falta el mismo tornillo que a ti.

Le di un codazo que lo hizo quejarse.

—Oh, y ahí está Rina.

—¿Quién es...?

—¡Rina!

Rina y toda la gente del pasillo, incluido el chico castigado, se giraron hacia nosotros. Un poco avergonzada, seguí a River hacia esa mujer de metro sesenta y cabello naranja, la cual nos recibió con una sonrisa que parecía que en cualquier momento le daría la vuelta a la cabeza.

—Fingiría lo mucho que me importa tenerte aquí de nuevo. Ojo, que estoy muy feliz, pero creo que tengo más interés en saber quién es esta chica tan guapa y por qué viene contigo.

Vi a River poner los ojos en blanco antes de colocar su mano en mi espalda.

—Susan, ella es Rina, la jefa de prensa del equipo. Rina, Susan, una amiga.

—¿Una amiga? —sonó decepcionada y a mí se me escapó la risa.

—Es un placer de todas formas, Rina.

—Por supuesto. Estoy encantada de conocerte, guapísima —dijo, cambiando su actitud completamente y sonriendo ampliamente de nuevo—. Lo siento, llevo meses tratando de emparejarlo y pensé que a lo mejor había habido suerte.

—Qué manía con querer que tenga pareja, de verdad —se quejó River.

Rina me miró y se inclinó un poco hacia mí, como si fuera a decirme un secreto.

—Entre tú y yo, da mejor imagen un jugador casado y con familia (o por formarla) que un soltero que hace lo que quiere. Obviamente, cada uno es libre de hacer lo que le venga en gana, pero es la verdad.

—Sí, es cierto —respondí, de acuerdo con ella.

Porque así era, por muy feo que pueda ser. La gente todavía no parecía darse cuenta de que estábamos en el vigésimo segundo año del siglo XXI y que lo tradicional ya no era lo normal, sino más bien lo contrario en muchas ocasiones.

—Te dejo con Rina y que ella te lleve a la pista, ¿vale? Si te acompaño yo, probablemente llegue tarde y mi cuerpo acabe misteriosamente en el Canal de l'Aqueduc. —River me besó la mejilla y acarició mi espalda antes de apartar la mano e irse hacia el pasillo de la izquierda—. Pásalo bien. Y gracias, Rina.

—Si lo pillara con veinte años menos, cielo santo —murmuró Rina, arrancándome una carcajada. Me sonrió divertida—. Ojo, yo con veinte años menos, no él.

—Ya, ya —me apresuré a decir con una risa.

—¿Qué me he perdido y por qué no se está contando conmigo para un cotilleo?

Las dos dimos una vuelta de 180 grados y detrás de nosotras nos encontramos con el chico castigado. Kent, si no recordaba mal lo que me había dicho River. Era un chico guapísimo que ocultaba su cuerpo en una sudadera ancha y con un pelo tan rubio que podría pasar por blanco a la luz del día.

—Kent, te presento a Susan. Es amiga de River.

—¿Solo amiga? —preguntó, a lo que yo asentí—. Menos mal. Sigo teniendo vía libre.

—No sé cuántas veces tengo que decirte que River no es gay.

—Lo sé. Si lo digo para poder contemplarlo libremente. Me sentiría fatal mirarlo y montarme mis historias en la cabeza teniendo él novia. Si alguien tuviera fantasías con mi novio (inexistente, por el momento), me cabrearía.

—No te preocupes, puedes contemplarlo sin problema. Probablemente yo haga lo mismo —admití.

Tanto él como Rina se rieron. Kent me miró con complicidad y se enganchó en mi brazo con total confianza.

—Pues vamos a ello. Adiós, Rina, encantado de volver a verte.

Ella me miró a mí, con un poco de desconfianza por dejarme con Kent.

—Tranquila, está bien. —Sonreí.

—Cualquier cosa, estaré por este pasillo todo el rato. Memoriza el recorrido y sal por patas si se pone raro.

—Joder, si soy un sol —se quejó Kent.

—Un sol demasiado intenso.

Él tiró de mí mientras ponía los ojos en blanco y se despedía de Rina con la mano. Era imposible borrarle la sonrisa de diversión del rostro.

—Soy Kent, el hijo del entrenador de estos muchachos, es un placer conocerte.

—Lo mismo digo.

—Esto para mí es como hacer prácticas laborales en una oficina del piso 51 de 1000 De La Gauchetière^[1]. Me arrastro obligado cada día hasta aquí (y sin remuneración), las vistas son bonitas, pero si pudiera, me quedaría en casa.

—Creo que no podrías haber hecho mejor comparación.

Me explicó lo de su castigo y las asignaturas suspendidas, también me contó algunas anécdotas de sus días en los entrenamientos, hasta que llegamos a la pista. Ya había algunos jugadores en el hielo, pero yo me centré en observar todo a mi alrededor. Hacía al menos un año que no pisaba ese pabellón para ver a los Canadiens por culpa del trabajo, así que para mí ese momento estaba siendo maravilloso.

Kent me acompañó hasta el banquillo local y nos sentamos en los dos últimos asientos para no estorbar en el caso de que alguien quisiera sentarse también allí. Dentro hacía fresco, así que no me quité la chaqueta.

Intenté fingir todo lo que pude y aparentar que para mí eso era totalmente normal, y que no estaba gritando por dentro, pero me costaba mucho. Ese lugar me encantaba, pero ver a los jugadores calentar en la pista me emocionaba muchísimo.

No fue hasta pasados cinco minutos que detuvimos nuestra charla cuando los jugadores aplaudieron y vitorearon en dirección a la salida de los vestuarios, de donde salía River ya con sus protecciones puestas y el *stick* en mano. Sonrió con fastidio mientras pasaba por medio del pasillo que le habían hecho y todos le daban golpes flojos con los *sticks*. No pude evitar sacar mi móvil del bolsillo, poner la cámara y sacarle un par de fotos a River mientras Kent no me prestaba atención; no quería quedar como una fan obsesionada (aunque mis épocas había

tenido).

—¿En qué trabajas o estudias? Cuéntame —murmuró Kent sin apartar la vista de la pista en cuanto el entrenamiento comenzó.

Estaba, literalmente, contemplando las vistas.

—Me encargo de la tienda de música de mi familia.

—Oh. —Giró su cabeza inmediatamente hacia mí para mirarme con atención—. ¿Vendéis vinilos?

—Sí, todos los que puedas imaginar.

—Dime que tienes el primer álbum de David Bowie. Se llama David Bowie, igual, y no hay forma de encontrarlo. Ni de segunda mano. Estoy desesperado.

—Uff, es caro de cuidado ese vinilo. Tengo que mirarlo, pero creo que sí tenemos un ejemplar.

—¿Pasa de los 3000 dólares?

—No creo... Ese álbum debe ser de finales de los 60, ¿no? De Bowie, el primero... Imagino que estará tasado en 2500 como mucho.

—Oh. Joder, como lo tengas por menos de los 3000 te lo voy a comprar.

—Puedes pasar mañana mismo si quieres. La tienda se llama Sounds of Hughes, está a un par de calles más al sur. Si está, es tuyo.

—¿Delante de la tienda de muebles de fachada roja? ¡Compré unos vinilos allí hace una semana! Pero tú no me atendiste, creo. —Entrecerró los ojos, mirándome fijamente, como si tratara de recordar si era mi cara la de la persona que lo atendió.

—Fue la dependienta de los fines de semana y vacaciones, no era yo. —Reí.

—Oye, pues mañana por la mañana pasaré.

Por lo visto, Kent era un apasionado de la música. Quizá por eso, o por la afición que ambos teníamos en contemplar a los jugadores de hockey, congeniamos tan, tan bien. Hablamos mucho, pero también tuve tiempo de ver el entrenamiento y disfrutarlo como una niña.

No guardé el móvil en ningún momento y a River le llovieron las fotos. Cuando pasaba patinando a toda velocidad por el cristal, le daba dos toquitos con el dedo casi a modo de saludo, y yo sonreía como una auténtica boba. Si Harper me viera, me señalaría con el dedo y soltaría su usual «te lo dije». Aunque Kent tenía una mirada similar; una mirada de sospecha y que decía sin palabras «amiga, ¿eh?».



Esperé a River en el aparcamiento en el que habíamos dejado el coche. Apoyada en el coche, observé a todas las personas que iban y venían, tratando de ver si conocía a algún jugador. Obviamente, no iba a ir detrás de ninguno (tenía demasiada vergüenza como para hacerlo), pero sería satisfactorio para mí haber visto de cerca a un famoso que no fuese River.

Apareció a los pocos minutos, duchado y con su chaqueta colgada del brazo. No iba solo. A su lado caminaba Kone Adou, un marfileño de metro ochenta de altura y 28 años de edad; el mejor portero de los equipos canadienses de la NHL.

Creí que iba a desmayarme.

Lo de disimular pareció no dar sus frutos de cara al exterior porque River sonrió divertido al alzar la mirada y verme. Le dijo algo a su compañero de equipo, probablemente que le iba a

presentar a alguien, porque lo condujo hacia donde estaba yo.

—Su, te presentó a Kone. Tío, ella es Susan.

—Encantado, Susan.

«Qué voz, qué cara, qué todo».

—Igualmente, Kone. —Me quedé callada, mirándolo, mordiéndome la lengua.

—Suéltalo —murmuró River con una risa.

—No quiero quedar como una fan loca en vuestra propia casa —admití—, pero si no digo esto, exploto. Merecías el premio al mejor portero de la temporada pasada, y de la anterior. Shesterkin no te llega ni a la cuchilla de los patines. Eso estaba amañado.

Kone lanzó una carcajada y River mordió su labio como si quisiera esconder la sonrisa. Yo me moría de vergüenza.

—Qué buen criterio tienes, Susan. Me gustas. Espero verte más por aquí. ¿Este capullo te ha dado entradas para el partido del viernes?

—No debo caerle tan bien como pensaba porque no lo ha hecho.

—Jugamos a las ocho y media. Como no ha tenido ni un poco de decencia en invitarte, lo haré yo. Dame tu...

—Allí tienes tu coche, Kone —se apresuró a decir River mirándolo. Él le lanzó una sonrisa descarada.

—Oye, yo quiero mi entrada.

—Te la daré yo. Anda, tira para el coche.

—Kone queda como testigo —canturreé rodeando el coche—. Ha sido un placer conocerte.

—Todo mío, Susan. Seguro que nos veremos pronto.

Vi como River le daba un pequeño empujón antes de quitar el seguro del coche. Se subió él primero y, cuando yo abrí la puerta para meterme dentro, se alargó un poco por encima de mi asiento y me agarró la mano para ayudarme a subir.

Sonreí.

—¿Qué ha sido eso?

—Te acabo de ayudar a subir —dijo por lo bajo mientras se abrochaba el cinturón.

—Esto no. Lo de Kone. ¿Por qué no has dejado que me dé entradas?

—Porque iba a dártelas yo y me ha jodido la sorpresa.

—¿Es en serio?

Se inclinó sobre mí, agarró el cinturón y me lo colocó, rozándome el vientre con su brazo. Me miró a los ojos antes de enderezarse.

—Claro que sí. Y tienes dos opciones.

—¿Cuáles?

—Te doy dos entradas y vas con quien quieras.

—¿O...?

—O te doy una y vienes conmigo.

[1] 1000 De La Gauchetière es el segundo edificio más alto de Montreal.

Capítulo 10

Susan

El viernes me temblaban hasta las pestañas, si es que eso es posible.

Hay cosas que nunca llegas a imaginarte; las ves tan imposibles y las notas tan lejos que directamente son descartadas del catálogo de posibilidades que todos tenemos en la cabeza. Para mí, había posibles e imposibles. Los primeros bien podrían ser viajar a Europa, ser parte de una orquesta o aprender a tocar el acordeón de una santa vez; los segundos eran, por ejemplo, conocer a Jon Bon Jovi o tener una cita con River McDaniels.

Uno de los imposibles había pasado al primer grupo. Y no había conocido todavía a Jon Bon Jovi.

Jamás hubiese entrado en mi cabeza. Ni siquiera cuando fantaseaba con nosotros juntos, cuando era una cría; porque una cosa es imaginarnos, otra es vernos verdaderamente en situación.

«Te doy dos entradas y vas con quien quieras, o te doy una y vienes conmigo».

Esa frase rondaba en mi mente más de un día después, a pesar de que elegí la segunda opción. La tenía clara desde que me dio la primera, pero no quería sonar desesperada (porque no lo estaba) ni ansiosa (eso sí). Cuando se lo dije, solo esbozó su usual sonrisa ladina y asintió con la cabeza. Todo el camino hasta mi casa fue silencioso, cómodo, solo con el sonido del tráfico de Montreal de fondo.

Todavía dentro del coche, los dos tuvimos la misma idea: pedirnos el número de teléfono. Él tenía mi *e-mail*, pues se lo había dado para que me mandara la entrada de su primer partido poslesión, pero... ¿quién se comunicaba por correo electrónico? Nadie.

A las seis en punto cerré la tienda como siempre, pero no me quedé a hacer inventario. Salí de Sounds of Hughes y fui caminando a casa. Debía ducharme, hacerme la cena, cenar y vestirme; todo en dos horas. Me veía capaz de hacerlo.

Bueno, no.

En cuanto llegué a casa, decidí ser un poco realista y asumir que no llegaría a tiempo. Entre que tardaba mucho en ducharme y que cocinar se me daba tan mal que solía tener que hacerlo dos veces porque usualmente la cagaba, no acabaría. Así que decidí meterme en la ducha en cuanto llegué y, al acabar, llamé para que me trajeran comida a casa. Si no quería acabar con el pelo similar al de un león, debía secarlo con tiempo y maña, así que me puse manos a la obra.

Ya cenada y a medio vestir, sonó el timbre a las siete y cuarenta y dos. En ese momento no sabía la hora que era, por lo que pensé que iba tarde. Y más lo pensé cuando vi en la pantallita del interfono el ojo y la cicatriz de River.

—Mierda —susurré antes de coger el telefonillo—. River, ya mismo acabo, espera dos minu...

—Tranquila, todavía hay tiempo, no son ni y cuarenta y cinco.

—Oh. —Miré la hora y suspiré—. Oh.

—Sí, oh.

—Esto... Sube, que hace un frío de cuidado.

Le abrí la puerta del portal y también la de mi apartamento. Corrí a ponerme algo encima del sujetador, pues en mis planes no estaba dejarlo subir. Como no podía ser de otra forma, elegí

ponerme, encima de la camiseta de cuello alto, mi jersey navideño de los Canadiens. Lo había comprado durante el último partido que fui a ver, y si fuera por mí, lo llevaría los 365 días del año.

Escuché la puerta del apartamento cerrarse.

—Ya mismo acabo, River. Siéntate y si quieres, me han sobrado patatas fritas de la cena.

Acabé de vestirme con rapidez, me maquillé un poquito y salí de mi dormitorio mientras me enrollaba la bufanda alrededor del cuello.

—Perdona, dos horas son muy justas para que me duche y cene —me disculpé.

Él, que se había sentado, se levantó y se dio la vuelta, pues lo tenía de espaldas a mí. Llevaba el pelo cubierto por un gorro, como casi siempre, pero esa vez no era negro o gris, sino rojo con el escudo del equipo. No podía ser de otra forma.

—Buenas noches —saludé con una sonrisa, yendo a por mi chaqueta que estaba colgada en una de las sillas.

—Buenas noches. Debo decirte que... —miró a su alrededor— si entrara en este piso sin saber que es tuyo, podría deducirlo.

—A ver, es un apartamento normal, tampoco es que me haya dado tiempo a personalizarlo mucho. Llevo poquito aquí.

Carraspeó y señaló la pared de su espalda. Llena de vinilos, un mueble con mi tocadiscos favorito y mis dos guitarras colgadas en su soporte. Luego señaló la pared contigua que tenía una estantería llena de decoración musical y algunos objetos relacionados con el hockey.

Bueno, quizá sí que era bastante evidente quién vivía en esa casa.

Puse mis ojos en blanco haciéndolo reír.

—Ya podemos irnos —dije tras ponerme bien la chaqueta.

Dos minutos después, ya estábamos dentro del coche en dirección a Centre Bell.

Capítulo 11

River

Los tres pisos de Centre Bell no estaban llenos, pero casi. El ruido de la multitud se escuchaba por encima de la música que solían poner los minutos antes de comenzar los partidos. Aunque pueda sonar irónico, había visto muy pocos partidos presencialmente a lo largo de mi vida. Siempre era yo el que estaba en el hielo, y hasta que no me lesioné, no comencé a ver los partidos desde la grada. Era una sensación muy extraña, quitando el hecho de que jamás me acostumbraría a no estar jugando. La emoción de la gente era contagiosa, los cánticos locales se vivían todavía más desde las míticas sillas rojas del Centre Bell y, en general, todo se sentía más intenso que abajo.

Estábamos sentados justo debajo de las cámaras. En un ángulo muerto tanto para las que teníamos encima, como para las del otro lado del pabellón. Era el sitio que nos reservaban a los jugadores que no jugábamos por una razón u otra. Además, era una zona con asientos más amplios y separados, lo que impedía que se aglomerasen demasiadas personas en el mismo punto, algo que agradecía, pues a mí no me gustaban las multitudes. La gente en general, realmente.

En cuanto los jugadores salieron, yo aplaudí, pero todo el mundo, incluyendo a Su, se levantó y agitó el banderín blanco con el escudo del equipo.

—¡Vamos, Habs, vamos! —Era el cántico que todo el mundo gritaba.

Cuando inició el partido, Susan se sentó. Colocó su mano encima de mi pierna y me miró con una sonrisa que podría haber eclipsado cualquiera de los focos rojos que alumbraban las gradas. Se inclinó hacia mí.

—Ya no recordaba esta sensación. Gracias por invitarme, aunque fuera porque Kone iba a hacerlo.

—Ya tenía las entradas preparadas, no era por eso.

Y era verdad, aunque sabía que había parecido un arrebato de celos (que también, pero no fue enteramente por eso).

No borró su sonrisa en ningún momento. Ni siquiera cuando se inclinó para besarme la mejilla y volver a susurrarme un agradecimiento.

Ver el partido con ella fue una experiencia de lo más... ¿bonita? ¿Emocionante? No sabría cómo definirlo, mas sí podría decir que me divertí mucho y disfruté de lo lindo comentando absolutamente todas las jugadas con Susan. Era un gusto hablar de hockey con alguien que no solo sabía sobre el tema, sino que también le apasionaba casi al mismo nivel que a mí. Me obligó a cantar algunas veces junto a ella y al público, y a hacer ondear el banderín al aire.

Me tragué la vergüenza solo por ella.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo que ocurría.

Y estaba a tiempo de echar marcha atrás.

—A-dou, A-dou, A-dou, A-dou —cantó Su junto al público cuando Kone (Adou de apellido) paró el disco de una forma espectacular—. Qué bien lo hace todo este chico.

Sonreí al ver que me miraba de reojo y me incliné hacia el oído, pasando mi brazo por el respaldo de su silla.

—¿Qué intentas?

Giró su rostro para mirarme, pero no del todo; si se movía dos centímetros más, nuestros labios quedarían peligrosamente cerca.

—Nada de nada. Solo he dicho que Kone es un portero maravilloso.

Rocé su mejilla con suavidad y sutileza con mi nariz antes de apartarme. Sus mejillas, usualmente rosadas, estaban adquiriendo un color similar al del asiento. ¿Lo peor? No descartaba estar igual que ella.

El partido acabó con la victoria de mis hombres. No pudimos ir a por el coche hasta que no le saqué un par de fotos a Susan a petición suya. Me tomé la libertad de sacarle una de ellas con mi móvil sin que se diera cuenta. Revisando que todas las que le había hecho estaban en la galería, vi algo que me llamó la atención y que me callé hasta que llegamos al coche.

—Tenías fotos más en el móvil.

Ella, que se estaba abrochando el cinturón, me miró con los ojos muy abiertos.

—No debías...

—¿Por qué?

—Porque es privado.

—No, que por qué tienes fotos más.

—Tengo fotos de todo el mundo.

—Susan...

—Es cierto. Tengo también fotos de Harper —se justificó.

—Harper es tu mejor amiga.

—Y tú eres mi amigo, ¿no?

Sonreí. Ella bufó con una mezcla de exasperación y vergüenza.

—Hago fotos de todo, ¿vale?

—Está bien.

—¿Vas a dejarlo ya?

—Sí —respondí arrancando el coche.

—Pero no te enfades —pidió, colocando su mano encima de la mía en la palanca de cambios. Miré nuestras manos y luego sus ojos.

—No me voy a enfadar por esto, Su —murmuré esbozando de nuevo una sonrisa—. En realidad, me gusta que tengas fotos más en tu móvil. Yo también tengo algunas tuyas.

—¿Cómo?

Pero yo no dije nada.

Conduje con tranquilidad hacia la salida del aparcamiento con algunas complicaciones, pues estaba lleno hasta los topes. Susan no dijo nada tampoco, pero se dio cuenta de que su mano seguía sobre la mía y la fue apartando poco a poco. Negué con la cabeza antes de agarrarla, ponerla de nuevo en la palanca de cambios y colocar la mía encima.

La espera fue más amena pudiendo sentir la suavidad de la mano de Su bajo la mía. De vez en cuando, sus dedos se aferraban a los míos unos instantes antes de volver a relajarlos. Y yo, cada pocos segundos, los acariciaba con tiento.

Su compañía y esas cosquillas en el vientre que sentía cada vez que nos tocábamos ya pasaban a ser mi zona de confort.

Detuve el coche en un hueco libre delante del bloque de pisos en el que Susan vivía. Entonces sí que retiré mi mano sin demasiadas ganas ni prisa. Desabrochó su cinturón y me miró con una timidez tan poco típica de ella que hasta me hizo gracia.

—Lo he pasado increíblemente bien, River.

—Me alegra mucho oír eso. No volveremos a jugar en casa hasta el 5 de enero. Si entonces

quieres volver a ir...

—Claro que sí. ¿Crees que ya podrás jugar entonces?

—No lo creo. Supongo que volveré a mediados de enero o principios de febrero.

—Esperemos que sea más pronto que tarde —murmuró abriendo la puerta de su lado—. Me gusta tenerte a mi lado viendo los partidos, pero más me gusta ver a mi delantero favorito de la liga jugar.

Sonreí sin poder evitarlo.

—Nos vemos pronto, McDaniels.

Antes de que bajara, agarré su mano y la atraje a mí. Posé mis labios en su mejilla, tan ruborizada que la sentí ardiendo. Su, que se sujetó en mi brazo, lo acarició con las uñas antes de separarse.

—Hasta pronto, Susan.

Capítulo 12

Susan

Los fines de semana usualmente no trabajaba, pero en épocas navideñas sí. Atendíamos a la clientela Lorraine y yo, juntas, porque una sola no podría con todo. Por suerte, solo abríamos hasta las dos de la tarde y nos quedaba el resto del día para nosotras, aunque yo lo pasaba en la tienda haciendo cuentas, inventario y preparando pedidos.

En Navidad no se paraba y menos cuando quedaba solo una semana para el 25.

Nothing Else Matters de Metallica fue interrumpida por el horroroso tono de llamada que tenía mi móvil, mientras estaba sentada en el suelo de la tienda cerrando las cajas de los pedidos que debería llevar a la empresa de paquetería con la que trabajaba. Lo cogí con desgana, pero el corazón me dio un vuelco al ver que era River.

Y, joder, qué idiota me ponía con todo lo relacionado a River últimamente.

Llevábamos sin hablar desde el viernes. O sea, desde hacía cuarenta y ocho horas aproximadamente.

—Ei —saludé cuando descolgué.

—Hola, ábreme.

—¿Cómo?

—Te estoy viendo por el escaparate. He llamado a la puerta y me has ignorado o no me has oído. ¿Me abres?

Alcé mi cabeza hacia los escaparates y en uno de ellos vi a River. Colgué la llamada y se me escapó una risa que agradecí que no hubiese escuchado. Fui a abrirle rápidamente, pues afuera nevaba y no quería que se congelara, aunque su abrigo y su bufanda lo resguardaban bien del frío, pero...

—¿Y tu gorro?

—En casa. No puedo llevar siempre gorro, Su. —Me atrajo a él sin que me lo esperara y me plantó un beso en la mejilla—. Al final me quedará calvo.

—Casi todos los hombres llegáis a ello algún día, no te tortures mucho.

—Sí, pero de mayores. Que no tengo ni veintiséis, mujer.

Cerré la puerta con llave de nuevo y le pedí que me siguiera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó mientras se quitaba la chaqueta.

—Cerrando paquetes para llevarlos mañana a primera hora a paquetería.

—Te ayudo.

Y así lo hizo.

Cerramos juntos todos los paquetes que quedaban y eso, lógicamente, hizo que acabara mucho antes de lo que hubiese tardado con normalidad; tendía a entretenerme con memeces, sin importar la hora a la que saldría de allí.

Fuera ya empezaba a oscurecer, por lo que calculé que pasaban algunos minutos de las cuatro de la tarde.

—Sí que llevo rato aquí —murmuré estirando mis piernas. Se me escapó un bostezo.

River palmeó mi pierna y me miró con una de esas medias sonrisas tan suyas.

—¿Estás muy cansada?

—De cerrar cajas, sí.

—¿Te gustaría venir a un sitio conmigo?

«Joder, sí», pensé sintiendo el corazón darme un vuelco. Pero...

—Todavía no he terminado, River... Tengo que hacer el inventario y almorzar. Aunque, bueno, ya me espero a la cena mejor.

—¿No has...? —se interrumpió a sí mismo y miró la hora. Frunció el ceño antes de mirarme—. Susan, por favor.

—¿Qué?

—No has comido y son las cuatro pasadas. —Se levantó sin más—. Voy a buscarte algo. ¿Qué quieres?

—No hace falta, de verdad. Me esperaré un par de horas o tres y luego...

—Estoy aquí en diez minutos.

Y no me dio tiempo ni a replicar ni a negarme ni a nada. Salió de la tienda a toda prisa y lo vi por el escaparate ir hacia su coche, que estaba aparcado en la acera de enfrente. Me quedé mirando su coche hasta que se marchó.

—Esto es surrealista —me dije a mí misma, levantándome del suelo para empezar con el inventario.

¿Cómo habíamos llegado a ese punto? Caricias, corazones acelerados, mariposas en la barriga y gestos tan bonitos como los de ayudarme a acabar antes e ir a buscarme comida. No sentía que fuera River, mi amigo y el hermano de mi (ex)novio, que era como siempre lo había conocido. Estaba viendo a River, el chico que me usaba de cono y me acariciaba el pelo cuando pasaba por mi lado; el River que me ponía nerviosa con un beso en la mejilla; un River que ya conocía, pero que hacía años que no veía.

Y estaba feliz de tenerlo de vuelta.

Pero nerviosa por lo que parecía avecinarse.

River llegó, exactamente y tal como dijo, diez minutos después de su marcha, con una bolsa de la bandera de Canadá en mano.

—Hoy he ido a comer a casa de mi madre —explicó mientras colocaba la bolsa sobre el mostrador. Yo seguía con el inventario—. Me ha dado, como siempre, algunas fiambreras con lo que ha sobrado. Y aquí hay una cosa que creo que te va a gustar mucho...

—River, ya me puedo esperar a luego y...

Abrió una de las fiambreras y me mostró su interior. Justo en ese momento me llegó el olor a Tourtière. El estómago rugió con hambre.

—No puedes estar haciéndome esto.

—Venga, come un poco. Sigo yo con el inventario.

—No sabrías cómo...

—Explícamelo.

Y se lo expliqué. Porque me moría de hambre en realidad y necesitaba comerme ese trozo de Tourtière inmediatamente. No había mucha complicación en el asunto, así que lo pilló rápidamente y se puso manos a la obra. Y yo también. Sentada en el suelo, comí como si no lo hubiese hecho en días. Lo mejor de todo era que River debía haber calentado la comida en su casa porque estaba calentita.

No dejé de desviar la mirada hacia él de vez en cuando. Siempre lo encontraba guapísimo, pero concentrado ya era otro nivel. Las personas que tenían el placer de poder verlo cada día no sabían lo afortunadas que eran.

Acabé de comer al mismo tiempo que él de hacer el inventario. Me acerqué por su espalda mientras dejaba la tablet en el mostrador y lo abracé. Sus manos se aferraron a las mías y lo

escuché reír.

—De nada.

—Me has salvado de pasarme toda la tarde aquí encerrada.

—No podría haberlo permitido.

—¿Dónde dijiste que querías que fuéramos? —pregunté mientras deshacía mi abrazo.

River se giró y se apoyó en el mostrador. Esbozó una sonrisa y se encogió de hombros.

—Bueno... Ya nos han cerrado, pero podemos ir otro día.

—Oh, lo siento mucho, River.

—No pasa nada, Su. Podemos ir otro día sin problema.

—¿Dónde era?

—Lo verás cuando vayamos.

—Está bien. Y lo siento de nuevo.

—Deja de disculparte, anda.

—Podríamos hacer otra cosa —me apresuré a decir—. Te he jodido el plan, así que elige. A no ser que tengas que ir a otro lado, entonces...

—La verdad es que, nevando de esta manera y con el frío que hace, solo me apetece echarme al sofá y ver alguna película.

—Oh... Vale, sí. Pues ya nos veremos otro día. Supongo que la semana que viene, si vas a Chambly por Navidad.

Se rio por lo bajo, negando con la cabeza.

—Ese plan de sofá y película te incluye a ti también. Ve a por la chaqueta, que nos vamos.

—Ah —susurré con el corazón latiéndome tan fuerte que casi no escuché sus últimas palabras.

—Sí, ah. Vamos.

No me molesté en fingir ni un poco lo feliz que me sentí en ese momento. Fui rápidamente a por mis cosas a la trastienda, y cuando estuve abrigada, salí de nuevo a la tienda y vi que River ya se había puesto su chaqueta de nuevo. Se estaba pasando la mano por su pelo castaño, como si tratara de peinarlo, mientras se miraba el reflejo en uno de los saxos.

—Lista.

Un minuto después, me abrochaba el cinturón dentro de su coche. No fue hasta ese momento que me di cuenta de que iba a conocer su casa. O apartamento. No tenía ni idea de dónde vivía. Me mantuve en silencio todo el viaje, escuchando la música que salía de los altavoces del coche.

—Me encanta Ashe —comenté cuando comenzó a sonar *Moral of the Story*—. Nunca me cansaré de escucharla.

—Canta muy bonito. Y esta canción... Solo la he escuchado un par de veces, pero me gusta mucho.

—De mis favoritas ahora mismo.

Y me tomé la libertad de subir dos puntos el volumen para escucharla bien.

Tardamos unos cinco minutos en llegar a su casa. Y debo decir que me sorprendí mucho cuando la vi. Tanto, que incluso me preguntó qué me ocurría entre risas.

—¿Esta es tu casa?

—Sí, ¿qué le pasa?

—Es del mismo tamaño que la de tus padres. Incluso diría que más pequeña.

—Ajá. ¿Qué tiene de malo?

—Nada, nada —me apresuré a decir mientras me quitaba el cinturón—. Siempre te imaginé en una casa super moderna, grande, lujosa... Pero esto es impresionantemente bonito, River.

Salí del coche y admiré la casa, solo alumbrada por la farola de la acera y el pequeño faro colgado en el porche.

Era una casa muy clásica, de ladrillo marrón oscuro, con el típico porche al que se accedía por unas pocas escaleras y barandas a los lados. Los dos pisos, y lo que parecía ser una buhardilla, eran coronados por un tejado blanco de estilo pabellón, pero la parte derecha de la casa tenía una especie de torre cilíndrica pequeña con tejado cónico. Era una casa en la que yo me imaginaba viviendo a una familia numerosa.

—Es preciosa —murmuré avanzando hacia las escaleras que llevaban a la puerta.

—Me alegra que te guste.

—¿Cuánto llevas viviendo aquí?

—La compré hace tres años y medio, pero necesitaba reforma y no entré a vivir hasta hace tres.

—Así que es tuya de verdad, reformada y todo.

—Así es.

—Increíble.

Abrió la puerta y al instante la calidez nos envolvió a ambos. Qué gusto entrar en una casa con calefacción estando a -3°C fuera. Aun así, le dio a una ruedecita del termostato y la apagó. Me indicó dónde podía dejar la chaqueta, después de haber encendido la luz, y la colgué junto a mi bufanda y mi bolso. Un pasillo no demasiado amplio, pintado de beige, y con suelo de parquet marrón nos llevó hasta un salón amplio que conectaba con una cocina de catálogo.

Era precioso.

Y hogareño.

Tenía una chimenea clásica debajo de un hueco en el que la televisión estaba colgada. Tres sofás que tenían pinta de ser más cómodos que mi cama estaban decorados con algunos cojines y un par de mantas blancas y grises. Encima de la alfombra, que parecía estar más limpia que una patena, reposaba una mesa de centro. Todo estaba muy ordenado, sin nada fuera de lugar, como si nadie viviese allí.

—Sé lo que estás pensando —dijo River mientras abría la rejilla de la chimenea—. No te imaginabas esto tan ordenado.

—Bingo para el señor. —Reí.

—Siempre lo he sido bastante, pero más a partir de empezar a vivir fuera de la casa de mis padres. Aquí debo limpiar y ordenar yo siempre, no hay ningún día que lo haga mi padre, mi madre o mi hermano. Al ser consciente de todo esto, empecé a ser algo más cuidadoso.

—Es de admirar. Yo siempre tengo la casa patas arriba.

—Lo vi.

Puse mis ojos en blanco, pero no pude esconder el rubor de la vergüenza. Si ese día hubiese sabido que iba a entrar, habría ordenado un poco el apartamento.

—Ve eligiendo lo que quieras ver. Yo iré encendiendo la chimenea.

No lo dije, pero me emocionó que fuera a encender la chimenea. Antes de llegar a Chambly vivíamos en un apartamento y lo único que teníamos era una estufa de butano. Aun así, cuando nos mudamos por fin a la casa, no tenía chimenea y tirábamos de calefacción. Sería la primera vez que vería una chimenea encendida, al menos en persona; lo que había visto en la tele no valía.

Con el mando que me dio, busqué en Netflix y HBO algo que ver. Recordé que a River siempre le habían gustado mucho los *thrillers*, igual que a mí, así que decidí elegir alguno que no hiciera mucho que hubieran estrenado. Él ya había encendido la chimenea y yo todavía buscaba.

Pasó por mi lado y su mano acarició mi cintura con suavidad.

—Voy a por alguna cosa para comer.

Asentí con la cabeza, incapaz de decir nada.

Tenía hasta el vello de la nuca de punta.

—No sé qué te parece esta. Es un *thriller* que sacaron hace un par de semanas —dije cuando lo vi aparecer con una bandeja con dos vasos y dos boles.

—La tengo en la lista para ver, creo. Me parece bien.

Dejó la bandeja en la mesita y entonces vi lo que había dentro de los vasos y los boles.

—Agua y palomitas saladas para la señorita. —Colocó el vaso y las palomitas a un lado—. Creo recordar que no te gustan los refrescos ni las palomitas dulces.

—Recuerdas bien...

Sonrió y puso al otro lado su vaso con una bebida azul que desconocía qué sería y unos snacks de zanahoria que le había visto comer toda la vida y que estaban realmente buenos.

Nos sentamos los dos en el sofá del centro, el que nos daba vista plena de la televisión.

—Puedes quitarte los zapatos sin problema —dijo River mientras se quitaba los suyos y los subía al sofá.

Así que me tomé la libertad de hacerlo también. Él le dio *play* a la película y me ofreció una de las mantas, la cual acepté gustosa. Nos tapamos cada uno con una manta. Nos separaba menos de medio metro de distancia, pero ninguno de los dos parecía estar conforme con ello. La mano de River me buscó bajo la manta y yo lo miré a los ojos cuando me tocó el costado. Hizo un sutil gesto con la cabeza, pidiéndome que me acercara.

«Sin miedo al éxito», diría Harper.

Me deslicé hacia él, que se había apoyado en el reposabrazos, y me senté a su lado. Encogí las piernas contra mi pecho y me incliné hacia River, que pasó su brazo por mis hombros atrayéndome más a su cuerpo, si es que era posible.

La película empezó, pero creo que jamás le había prestado tan poca atención a algo como aquel día. ¿Cómo iba a concentrarme teniendo a River pegado a mí, sintiendo el corazón latir a velocidades médicamente preocupantes, con la piel erizándose cada vez que sentía una caricia suya, con la cabeza hecha un lío? Y es que... ¿Cómo se manejan unos sentimientos que no tenías planeado sentir? ¿Cómo los controlas?

Empecé a prestar más atención a la película al cabo de una hora, cuando habíamos superado el ecuador de esta. No sabía por qué al protagonista le faltaba un dedo y por qué le habían mandado una caja con una flor negra. Ni siquiera sabía su nombre.

—No me ha quedado claro cómo se llama este hombre.

River rio.

—Ronald —susurró bajando la mirada hacia mí—. ¿Te has perdido?

—No, no. Solo es que se me ha ido la cabeza un par de minutos y me he perdido.

—¿No puedes concentrarte? —Negué con la cabeza—. Yo tampoco. Ni siquiera sé si se llama Ronald.

Bum, bum. Bum, bum. Bum, bum. Era lo único que escuché a partir de ese momento.

—¿Por qué?

—Por la misma razón que tú.

No tengo ni la menor idea del tiempo que estuvimos mirándonos, tratando de descifrar los pensamientos del otro sin hablar ni una sola palabra ni respirar demasiado fuerte. En ese momento no me veía capaz de tranquilizar a mi corazón ni de impedir que todos los vellos del cuerpo se pusieran en punta ni de detener las ganas que tenía de...

River subió su mano hasta mi barbilla y la acarició con tiento, con suavidad, con cariño. A ese punto nuestros rostros solo estaban separados por unos pocos centímetros que podrían desaparecer en cualquier momento. Su pulgar resiguió mi labio inferior. No sabría decir quién fue el que se inclinó primero, si él o yo, pero nuestros labios no tardaron más que unos segundos en unirse.

Sería demasiado cliché decir que algo dentro de mí estalló. Pero lo hizo. Justo en la zona del pecho y en la del vientre. Una sensación tan agradable que dudaba poder volver a sentirla nunca.

Fue, sin duda, uno de los momentos más bonitos que viví. Por la delicadeza con la que sus labios se movían encima de los míos, por la suavidad con la que su mano acariciaba mi rostro, por lo nerviosos que nos noté a los dos, porque lo sentí como un primer beso.

Pero eso era.

Nuestro primer beso.

—Su —musitó en mis labios.

—Mm...

—Las uñas.

Volví a la realidad de golpe.

Me di cuenta entonces de que le estaba clavando las uñas en el brazo. Me aparté con rapidez, avergonzada por la situación. Sentí mi cara arder y no supe exactamente por cuál de las dos cosas era: beso o vergüenza.

—Perdona, perdona, perdona —murmuré agarrándole el brazo con cuidado.

Efectivamente, allí tenía las marcas en forma de media luna de mis uñas. Las acaricié con cuidado.

—Lo siento, de verdad, no...

Pero no me dejó acabar de hablar porque de nuevo juntó nuestros labios. Se me escapó un jadeo un poco embarazoso justo antes de separarnos. Sus ojos, brillantes y despiertos, me miraron con atención y sus labios se tensaron en una sonrisa preciosa que quise besar de nuevo.

—No puedes ni imaginarte el tiempo que llevaba queriendo hacer esto, Susan. No te puedes hacer una idea.

—No puedes ni imaginarte el tiempo que llevaba yo queriendo esto.

Respiró hondo antes de agarrarme la cintura y atraerme a él con facilidad, sentándome en sus piernas.

—Esta noche tengo que irme a Nueva Jersey con el equipo para no perderme los entrenamientos. Si me marchaba sin besarte, creo que me podría dar algo.

—¿Te vas? ¿Hasta cuándo?

—Hasta el 24, que iré directamente a Chambly.

—Esto —señalé sus labios— es cruel.

—¿Por qué? —Sonrió.

—Primero no me dices que te vas a ir casi una semana, y luego me besas para desaparecer en unas horas. Cruel. Malvado. Inhumano. Sádico.

—¿Algo más?

Acercó sus labios a los míos.

—Infame.

—Ajá.

—Indigno.

—Ajá.

—Perverso.

Nuestras bocas prácticamente se tocaban y su sonrisa divertida no me pasó por alto.

—Que sepas... —acuné sus mejillas mientras me recolocaba bien en sus piernas— que vas a tener que currártelo para que te perdone esto.

—Ya... ¿Vas a cerrar el pico de una buena vez? —susurró con una risa.

—Sí.

—Vale.

Y volvió a besarme.

Capítulo 13

Susan

Aparqué el coche en el sitio de siempre, en el camino asfaltado de casa de mamá. Extrañada, bajé del coche y miré el que había aparcado al principio del camino de tierra, justo delante de la casa. Me fijé bien en el modelo y el color. Parecía mucho el de...

No.

Ni hablar.

Fui a toda prisa hacia la casa y abrí con mi llave, la cual por suerte no había olvidado. Al cerrar la puerta, no escuché ni una voz en toda la casa. Pero mamá debía estar porque olía a comida lo suficientemente fuerte como para saber que hacía menos de media hora había cocinado. Dejé todas mis cosas encima del sillón, y cuando quise ir hacia la cocina, vi que en una de las sillas reposaba una americana negra.

Lo sabía.

Al entrar en la cocina, mamá hacía café y *él* estaba sentado en una de las sillas de la isla.

—¿Qué haces aquí?

Ambos se giraron, aunque por sus expresiones supuse que ya me habían escuchado llegar.

—Tu padre ha venido a...

—Santiago —la interrumpí, haciendo que ambos me miraran con el ceño fruncido—. Santiago, no mi padre.

Él lo pasó por alto, pero mi madre me reprochó con la mirada mis modales.

Pero, ¿qué esperaba? ¿Que recibiera con los brazos abiertos a un hombre que solo pasaba por casa una vez cada tres años para felicitar las navidades y luego irse? ¿Que me alegrara de ver al donante de esperma que nos abandonó por un trabajo en otro país en el que cobraría solo trescientos dólares más y que jamás pagó un solo dólar de manutención? ¿Que fuera amable con la persona que no había llamado por teléfono a su hija ni una sola vez en veinte años?

Ni hablar.

—¿Cómo estás, Susan? Me ha dicho Alice que estás encargándote plenamente de la tienda de tu abuelo.

No quería hablar con él. No quería compartir absolutamente nada sobre mi vida con ese hombre. Podría parecer maleducada, incluso infantil, pero todos tenemos unos límites y yo había llegado a los míos la última vez que pisó esa casa, durante las navidades de hacía tres años, cuando intentó volver con mi madre y, por si no fuera poco, convencerla de que vendiera la casa para mudarse a otro lugar juntos. Menos mal que ella siempre tuvo dos dedos de frente más que él y le dio la patada en menos de lo que cantaba un gallo.

Mamá era más benevolente (a no ser que se llamara Xavier McDaniels) y perdonaba rápido. Y yo también, ojo, pero no con él.

—Bien. Me voy, mamá. Ya me avisarás.

Me acerqué para darle un beso en la mejilla, como saludo y despedida, y me marché de allí. No trató de retenerme, cosa que agradecí. Volví a abrigarme sin demasiadas ganas y salí de casa. Eran las tres, todavía no anochecía y no nevaba, así que decidí dar una vuelta por las calles vecinas. Hacía un tiempo que no recorría las calles de Chambly a pie, y desde luego era mejor plan que quedarme en casa.

No fui muy lejos.

Concretamente fui hasta la casa de los McDaniels, porque cuando pasé por delante, una voz que había escuchado a diario durante cuatro años me llamó por mi nombre. No pude ignorarlo, más que nada porque estaba tan cerca de mí que era más que lógico que lo había escuchado. Me giré hacia él.

—Xavier.

Se acercó a mí a paso rápido por el camino asfaltado de su casa, pues acababa de salir de ella.

Estaba exactamente igual que el día que lo eché del apartamento que compartía con Harper después de cortar con él.

El pelo rubio perfectamente cortado y peinado, sus ojos claros cubiertos por las gafas que siempre se le caían por culpa de su pequeña nariz, la barba de dos días que nunca parecía crecer y, cómo no, vestido con camisa y vaqueros. Solo en el instituto (en gimnasia) lo había visto en chándal. La única diferencia que había en él era el aro de su oreja; había desaparecido.

—Su, cómo... Susan, perdón. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

—Ya, esto... Me gustaría hablar contigo. Creo que la última vez que lo hicimos no aclaramos algunas cosas y quisiera hacerlo, y más ahora que han pasado unos meses y podemos hablar en frío y habiéndolo procesado todo.

—No sé si estoy del mejor humor ahora mismo, Xavier. Tengo a Santiago hablando con mi madre en la cocina de casa.

—Oh. Oh, joder. Este tío no se cansará nunca de hacer el ridículo —masculló.

—Jamás —murmuré mirando a mi alrededor. Suspiré—. Iba a dar una vuelta para hacer tiempo. Si quieres...

—Vale, vamos.

Emprendí la marcha por la misma acera y él dio dos grandes zancadas hasta colocarse a mi lado. No pensé que tuviera que hablar yo, pues quien había querido tener una conversación había sido él. Así que esperé.

Dos calles tardó en abrir la boca. Y fue porque yo lo miré.

—Sé que me disculpé cuando todo ocurrió, pero quiero volver a hacerlo. Ahora de verdad. Cuando lo hice por primera vez, no fui sincero; no lo sentía.

—Lo sabía, por eso me enfadé tanto.

—Ya... Lo que hice no tiene justificación y no puedo pedirte que me perdones porque, sinceramente, no lo merezco. No hice nada bien cuando estuvimos juntos, Susan, y lo siento tanto. Porque no lo merecías. Tú siempre fuiste perfecta, la mejor conmigo. Tenías las palabras acertadas, tuviste paciencia, me ayudaste a mí y a mi familia siempre que lo necesitamos...

—No fui perfecta, ni de lejos, Xavier. Hice lo que cualquier persona haría por su pareja —lo interrumpí—. La diferencia es que no lo has valorado hasta ahora.

—No voy a quitarte la razón, porque la tienes.

—¿Ha valido la pena? —pregunté mirándolo. Sus ojos encontraron los míos—. Ahora, pensándolo en frío, ¿crees que los cuernos valieron la pena para ti?

Lo pensó durante unos largos segundos.

Supe la respuesta antes de que me la diera.

—Sí.

—Ya.

—Ha valido la pena porque no debes estar más a mi lado. Porque ahora tienes la oportunidad

de encontrar a alguien que te quiera y valore como mereces, Susan. A ver, que yo soy un tío de puta madre, pero...

—Se trata de hablar con la verdad, Xavier —bromeé.

Se rio por lo bajo y me dio un pequeño codazo.

—No fuiste un tío de puta madre conmigo —añadí—, pero ahora... Joder, hasta has dicho cosas coherentes y parece que de verdad lo sientes.

—He estado hablando con las personas indicadas.

—Eso no quita que has maquillado las cosas como te ha dado la gana. Y, sinceramente, no quiero que tu madre siga pensando lo que le hiciste creer.

—Ya... Siento eso. Me pillaron desnudo, no podía decir la verdad en esos momentos. Joder, mis padres me tienen en un altar y, más que dolerme a mí, les dolería mucho más a ellos tener que bajarme de allí.

—Mi madre sabe la verdad. Cualquiera día se le escapará y creo que no quieres que se enteren por terceros.

—Voy a decirles la verdad estas navidades. Me gustaría presentarles a Katherine como la madre de mi hijo, en fin de año.

Asentí con la cabeza.

En ese momento me di cuenta de que no estaba sintiendo lo que pensaba que sentiría. Había alargado tanto la última charla con Xavier porque creía que me dolería escucharlo hablar de su nueva pareja, del hijo que venía en camino, o de lo mucho que sentía haberme hecho daño. Pero, por lo contrario, escucharlo hablar me resultaba tranquilizante para mi cabeza y mi corazón. No dolía. Nada dentro de mí se retorció al oírlo.

Y, joder, me sentí genial.

—¿De cuánto está?

—En tres semanas dará a luz, se supone. Es primeriza, así que puede adelantarse.

—Espero que todo salga muy bien. De corazón.

—Gracias, Susan —susurró con una media sonrisa—. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Todo bien?

—Sí, todo perfecto.

Me miró a los ojos unos cuantos segundos y esbozó una sonrisa algo más amplia.

—¿Cuánto hace que dejaste de estar enamorada de mí?

«Vaya, esto sí que no me lo esperaba».

—El mismo tiempo que tú.

—No sabes cuánto tiempo hace que yo...

—Antes de cumplir los dos años de relación.

Sus cejas se alzaron tanto que casi le desaparecieron bajo el flequillo. Asentí con la cabeza.

—Te seguía queriendo —me apresuré a aclarar—, pero empecé a desenamorarme cuando dejaste de prestarme atención. Cuando ya no me llamabas por las noches, cuando ya no me venías a buscar a la tienda después de tus clases, cuando ya no me hacías visitas por sorpresa... Cuando empezaste a salir con Katherine.

—Lo notaste...

—Son cosas que a veces se detectan fácilmente. Noté que algo ocurría, pero pensé que simplemente te estabas aburriendo. Tú te aburrías y yo me desenamoraba. Eso no quita que me dolió muchísimo tu traición, porque te seguía queriendo y, además, antes de ser pareja fuimos amigos y vecinos; había habido confianza previa al amor, y eso fue lo que más me hizo daño.

—Fui un inmaduro de mierda.

—Los dos lo fuimos, porque yo debía haberte dejado mucho antes y no aferrarme a algo que iba a pique. Aunque tú lo fuiste más, es innegable.

Ambos soltamos una risa.

—Innegable —concordó.

Para cuando nuestra charla concluyó, volvíamos a estar en nuestra calle.

—Bueno, yo me iré a mi casa ya, que mi hermano llega en una hora o menos. Mi madre me ha dicho que le prepare su habitación y todavía no lo he hecho.

Faltó nada para que se me escapara un suspiro.

Ay, River...

—Está bien. Pasad unas felices fiestas, Xavier.

—Gracias, Susan. Igualmente.

No le negué el abrazo que me dio de repente. Se sintió bien; familiar, cómodo.



Sobre las cinco salí de casa con la bolsa de los patines colgada en el hombro. Mi madre y mi abuela me habían echado de la cocina porque decían que solo estorbaba mientras hacían la cena, así que decidí ir al estanque a patinar. No había hablado todavía con River, pero no hacía falta que lo hiciéramos para saber que ese era nuestro nuevo lugar de reunión de Chambly, que allí nos encontraríamos.

Al llegar, el foco alumbraba el hielo y River se deslizaba por él de lado a lado.

Sonreí como una niña pequeña.

Me vio cuando fui a sentarme en la roca. Sus labios se tensaron en una amplia sonrisa y patinó con lentitud hacia mí. Cuando tuve los patines puestos, en mi barriga ya revoloteaban un sinnúmero de mariposas y el corazón me latía tan rápido que no sabía si empezar a preocuparme. Me levanté, me acerqué al hielo y agarré la mano de River para bajar.

No tardamos ni un segundo en unir nuestros labios en un beso que deseábamos darnos desde que hacía días me había dejado en la puerta de mi apartamento. Me aferré a su chaqueta, atrayéndolo más a mí, y sonreí cuando su lengua resguió mi labio inferior.

—Hola —susurró.

—Hola...

—Sabía que vendrías.

—Sabía que estarías aquí.

Bajó las manos hasta mi cintura, acariciándome los brazos por el camino, y me atrajo más a él. Comenzamos a deslizarnos por el hielo casi sin quererlo, sin separarnos, sin apenas mover el cuerpo. Los labios de River se posaron en mi frente durante unos segundos y cerré los ojos, tratando de calmar mi corazón y las mariposas que parecían haberse transformado en pterosaurios. Acaricié su espalda con suavidad al tiempo que se separaba un poco para mirarme a los ojos.

—¿Qué tal has estado estos días?

Solté una risa por lo bajo. Habíamos hablado cada noche, ya sabíamos cómo habíamos estado.

—Bien, aunque un poco aburrida sin que cierto jugador de los Habs viniera a verme por las tardes a la tienda. ¿Y tú qué tal has estado?

—Bien, aunque un poco aburrido sin poder ir a ver a la dependienta de cierta tienda de música por las tardes.

Sonreí.

Y me pregunté cómo era posible que me sintiera de esa forma con River. Y tan pronto. Era como volver a la adolescencia, cuando me gustaba tanto que me quedaba horas mirándolo patinar, cuando me imaginaba que también le gustaba siempre que me acariciaba el pelo de forma juguetona, cuando me hacía sentir mariposas con solo mirarme.

Se quedó mirándome fijamente a los ojos unos largos segundos.

—¿Qué? —me quejé con una risa.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En que cuando te vi en casa hace semanas pensé que eras la mayor hipócrita sobre la faz de la tierra y estaba dispuesto a echarte a empujones de allí. Dios, es que sentía una rabia increíble hacia ti, Su.

—Lo sé, lo noté. Fuiste un borde de mierda.

—Bueno...

—Se te debería caer la cara de vergüenza —imité su voz.

—Oye, yo no sueno así.

—Oh, por supuesto que sí.

Patinamos juntos (pero juntos literalmente, pegados el uno al otro) largos minutos que me supieron a muy poco. En silencio, robándonos algún que otro beso y sintiendo cosas que no esperaba sentir tan pronto.

—Hoy he hablado con Xavier —musité.

—Lo sé, me lo ha contado. —Posó sus labios en mi frente y respiró hondo—. ¿Cómo te has sentido?

—Como si hablara con un amigo de toda la vida.

—¿No has sentido... nada?

—Un poco de rencor y enfado al principio. Pero si te refieres a amor... No. Nada. Solo tranquilidad después de haber hablado.

Asintió con la cabeza, subiendo sus manos a mi pelo. Y lo acarició con suavidad, haciéndome sonreír.

—¿Vamos mañana temprano al bosque? —sugirió.

—Tengo que ayudar a mamá con la comida... Debería ser *muy* temprano.

—Pon una hora.

—Empezaremos a las nueve a cocinar...

—¿Siete?

—Vale, sí. ¿Me recoges?

—Te recojo —confirmó.

—Genial —murmuré acercando mis labios a los suyos.

—Genial —repitió con una sonrisa canalla.

No nos dio tiempo ni a juntar nuestros labios, a pesar de que estábamos a medio centímetro el uno del otro, porque fuimos interrumpidos por una voz.

—La hostia.

Capítulo 14

Susan

Reconocí la voz que nos interrumpió al instante; tampoco era muy complicado, pues había crecido a su lado.

—Pero, mamá, ¿qué haces aquí?

—¡Venir a buscarte! No me respondías al teléfono y me había preocupado. Pero veo que no debía. Si es que yo ya lo sospechaba. —Chasqueó la lengua.

—Alice —saludó River, que parecía estar aguantándose la risa.

—Hola, River, cariño. Así que esto es lo que hacíais cada tarde cuando veníais aquí a patinar, ¿eh?

—No, mamá... Ve a casa, que ahora voy.

—Bueno...

—Ni una palabra a los abuelos, que nos conocemos.

—Soy una tumba. Pero no tardes.

—No tardaré.

—Entonces, me voy. Adiós, River, feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Alice. Hasta pronto.

Mamá nos dejó solos de nuevo, desapareciendo tras el segundo pino. Fue entonces cuando River no escondió la risa que llevaba rato conteniendo. Le di un golpe en el estómago y suspiré mientras le rodeaba el torso con los brazos. Posó sus labios en mi cabeza.

—Casi me da un infarto —susurró entre risas.

—Y a mí. Joder, no quería que se enterara así.

—Ya está hecho, no pasa nada.

—Debería irme, River.

—Vamos, te acompaño.

Me dio un último beso en la comisura de los labios y nos llevó hacia la orilla del estanque. Salió él primero y me ofreció la mano para ayudarme a mí. Unos minutos después, nos dirigimos al segundo pino, en dirección a mi casa.

Nuestras manos permanecieron unidas hasta el último de los árboles que bordeaba mi casa. Ambos sabíamos que allí nos teníamos que soltar, porque ni él ni yo estábamos listos para dejarnos ver. Me detuve antes de entrar en la zona iluminada de la calle y lo atraje hacia mí.

—¿Nos vemos mañana? —susurré, dejando caer mi bolsa a la nieve y deslizándolo mis manos hacia su nuca.

Él también dejó caer la suya y agarró mi cintura con fuerza. Me apretó contra él y esa vez no fue el corazón lo que sentí latir fuerte.

—Vamos al bosque, ¿recuerdas?

—Digo por la tarde.

River se rio.

—La duda ofende. Pero tendrá que ser en Montreal porque después de comer he quedado con el equipo para tomarnos algo todos juntos.

—Cuando acabes, puedes venir a mi apartamento y cenamos juntos.

—Mm... —acercó sus labios a los míos—, me parece estupendo.

—Vale, bien, ahora dame un beso, porque si te lo doy delante de mi casa...

—Se enterará hasta el padre Russ —bromeó, refiriéndose al pastor que vivía en la otra punta de la ciudad.

—En efecto.

Me incliné solo un poco, hasta lograr alcanzar su boca. Cálida, suave... Familiar. Sus labios me acariciaron con una suavidad tan placentera que hubiese podido estar de esa forma durante horas. Rocé su nuca con mis uñas y le mordí el labio inferior sin fuerza antes de separarnos. A modo de despedida temprana, volvimos a darnos hasta cinco pequeños y breves besos sin perder la sonrisa.

—Vamos, o sino no nos moveremos de aquí en toda la noche —susurró, antes de agacharse a recoger nuestras bolsas.

—No me molestaría.

—Ni a mí.

Sonreí quitándole mi bolsa de la mano, y él fue el primero en salir a la luz. Yo lo seguí de cerca.

Llegamos al camino asfaltado de mi casa y me agarró la mano antes de subirla hasta sus labios y besarla. Sonreí divertida, pero enternecida y con ganas de atraerlo hacia mí para volver a besarlo.

—Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, River.



Al acabar de cenar, aprovechando que los abuelos charlaban tranquilamente en el salón, mamá me interceptó en la cocina mientras yo colocaba los platos en el lavavajillas y ella limpiaba la encimera con un trapo.

—Así que River, ¿eh?

Su tono pícaro fue imposible de ignorar.

—No preguntes qué hay.

—¿Qué hay?

—Te he dicho que...

—Pero no quieres que lo pregunte porque no sabes qué es lo que tenéis, o porque no quieres contármelo. Espero que no sea lo primero, porque me enfadaría mucho, con la confianza que tenemos...

—Es porque no sé lo que hay. Bueno, sí, no tenemos nada serio. Si ha sido el segundo día que nos hemos visto de esta forma.

—O sea, con besos.

—Sí —murmuré poniendo mis ojos en blanco.

—¿Y Xavier?

—Con novia embarazada. Va a dar a luz dentro de poco.

—Esa no es mi pregunta, y lo sabes.

—¿Qué quieres que te diga, mamá? —Me giré hacia ella y me crucé de brazos—. Le va a joder, esto puede generar un conflicto entre él y River, y es lo último que quiero. Aunque Xavier

haya sido un capullo de mierda, no es mala persona, adora a su hermano y no le deseo nada malo. Además, eso repercutiría en sus padres también, y los McDaniels siempre han sido muy buenos conmigo, no han tenido una mala palabra para mí ni cuando lo dejamos y...

Mamá me interrumpió lanzándome el trapo con el que limpiaba la encimera.

—Qué asco, mamá, ¿qué haces?

—Hacer que te calles.

Miré el trapo en el suelo, que ella volvía a recoger.

—¿Y tenías que tirarme un trapo lleno de suciedad? —Simulé una arcada y mamá hizo amago de volver a lanzarlo.

—Quería que te callaras porque estabas empezando a hablar muy rápido. Y las dos sabemos qué pasa cuando lo haces. Escúchame. Es más fácil de lo que piensas, cielo.

—Claro que sí.

—Ironías conmigo, no. —Me apuntó con el trapo—. Mantened en secreto lo vuestro hasta que sepáis qué sentís y hacia dónde queréis conducirlo. ¿Que solo es calentón? No tiene por qué salir de entre vosotros y causar un posible daño. ¿Hay sentimientos entre vosotros? Entonces es hora de hacer lo que os plazca y asumir las consecuencias. Que, por cierto, entendería que a Xavier le pudiera fastidiar, pero tanto como enfadarse por ello... Un poco hipócrita viniendo de parte de un tío que te ha puesto los cuernos y encima ha embarazado a la amante. El capullo, hijo de...

—Mamá, que te vas por donde no debes irte...

—Sí, sí. Lo que quiero decir es que no os privéis de seguir adelante por lo que puedan decir. El amor debería ser indiscutible. Siempre y cuando sea legal, claro.

—Lo siento, necesitábamos intervenir, vuestra conversación se escucha desde el salón.

Las dos nos giramos hacia esa voz. Allí, en el marco de la puerta de la cocina, estaban mis abuelos con la oreja puesta.

—Ay, la madre que me... —susurré mirándolos a ambos.

—Yo siempre he dicho que me gusta más ese chico que Xavier —añadió el abuelo, que no era la primera vez que lo decía.

—A mí me gusta toda persona que no te haga daño y el McDaniels famoso no te lo ha hecho.

—Exacto. —Mamá aplaudió dos veces.

—Ni una palabra a nadie, por favor os lo pido.

—Yo ya tengo los labios cosidos —murmuró la abuela, simulando estar cosiéndose los labios.

—Y yo no voy a decir nada, ya lo sabes, niña.

Suspiré.

Yo solo esperaba que la abuela cumpliera su palabra. Del abuelo no me preocupaba, porque no le gustaba la gente y no hablaba con nadie si no era estrictamente necesario; no abriría la boca por un cotilleo.

Capítulo 15

River

Algo que me gustaba bastante de la vida que llevaba era que la prensa nunca había formado parte de ella. Lo que hacía en el hielo importaba más que el resto de aspectos de mi vida, lo cual me reconfortaba de sobremanera. A excepción de los blogs de cotilleos (no periodísticos), que indagaban hasta en los antecedentes del tatarabuelo de tus abuelos para saber de dónde viene el reflejo rojizo que tienes cuando te da la luz desde el lado derecho de tu cabeza, vivía muy tranquilo. Podía caminar por Montreal sin miedo a que me llovieran los flashes, más que los de los aficionados que querían una foto o un autógrafo.

Por ello, no me preocupaba demasiado estar conociendo a Susan.

Pero, de todas formas, el miedo estaba ahí. Miedo a que un día nos sacaran una foto y la difundieran; miedo a que todo el mundo se enterara antes que mi hermano; miedo a que Susan se cerrara a mí y no quisiera seguir dando pasos a mi lado.

Puede que sonara a réplica de crío caprichoso, pero Su me había gustado desde que éramos niños; desde que la vi bajar del coche de su madre con una camiseta de los Canadiens que le llegaba hasta las rodillas porque era demasiado bajita para que le fueran bien las que estaban hechas para las niñas de su edad. Yo jugaba con mis amigos en la glorieta medio helada del centro de la calle, ella nos saludó con la mano y me advirtió con la mirada que estaban a punto de derribarme para robarme el disco que retenía en mi *stick*. Gracias a ella me ahorré una rotura de costilla. Al día siguiente nos pidió jugar con nosotros y la usamos de cono, pero ponía entusiasmo incluso en ello. A mí me fascinó; la primera niña que conocí a la que le gustaba el hockey.

No diré que me enamoré de ella, pero sí me encapriché y me quedé fascinado con ella. Desde los ocho hasta...

¿Había siquiera dejado de gustarme alguna vez?

Al principio sentí que fue una buena decisión desaparecer (a medias) de su vida, pero conociendo su historia..., ya no lo sentía de igual forma.

Si me hubiese quedado, podría haber evitado que sufriera el daño que Xavier le hizo.

Si me hubiese quedado, podría haberme envalentonado de una buena vez y decirle lo que sentía.

Si me hubiese quedado, no habría perdido el tiempo buscándola en otras chicas...

Pero no me quedé.

Capítulo 16

Susan

Harper

Tenemos que hablar urgentemente.

Harper

Deberíamos retomar el código de colores que inventamos en la uni para indicar el nivel de gravedad de los problemas.

Harper

Alerta roja. Pero roja, roja; roja tirando a muy roja.

Susan

Eso es un rojo muy rojo...

Harper

MUY rojo. Dime que estás en la tienda.

Susan

Son las tres de la tarde de un miércoles. CLARO QUE ESTOY EN LA TIENDA.

Harper

Yendo.

Las alertas rojas de Harper solían ser muy rojas, así que podía esperarme cualquier cosa. Desde que se había quedado embarazada por accidente, hasta que le habían hecho un *spoiler* del libro que estaba leyendo en esos momentos.

Supe el nivel de gravedad en cuanto entró por la puerta. No era un *spoiler*.

—Ei, ¿qué ha pasado? —murmuré cuando llegó a mí.

Rodeó el mostrador para llegar a mí. Su piel oscura se veía sonrojada como nunca antes y los ojos, rojos de haber llorado o de haber contenido las lágrimas durante muchísimo rato.

—He dormido como una mierda, Su.

—Has estado llorando toda la noche —adiviné.

—Sí.

—¿Ha pasado algo con Neil?

—No. Sí. No sé exactamente qué...

—Harper, cuéntame —pedí, algo preocupada.

—Es que...

—Si me lo cuentas sin darle cincuenta vueltas para no hacerlo al final, yo te cuento algo que quizá te suba los ánimos.

—Si no es que te has morreado con River McBuenorro, no me interesa —musitó.

Sonreí.

Sus ojos se abrieron tanto que temí que le salieran de lugar.

—¡No!

—Te dejaré con la duda hasta que me cuentes.

Suspiró sonoramente, echando su cabeza hacia atrás. Deslicé mi brazo por sus hombros y la atraje hacia mí; ella no era la más fan de las muestras de afecto, pero en esos momentos lo necesitaba. Se aferró a mi cintura cuando la rodeé en un abrazo y la apreté fuerte.

—Sea lo que sea que haya ocurrido, estaré aquí para ti, Harper. Pero si no me dices qué pasa, no podré ayudarte.

Se separó de mí y evitó mi mirada cuando le bajó una lágrima solitaria por la mejilla. No tardó en hacerla desaparecer con su manga. Sacó su móvil y unos segundos después me lo mostró.

Era un chat con una persona llamada Walker Fillion.

«Si supieras lo que me haces sentir con tus palabras, no repetirías esa frase», decía el penúltimo mensaje del tal Walker.

Miré a mi amiga, que tenía la vista fija en el suelo mientras me mostraba el móvil.

—¿Quién es este hombre? —cuestioné mientras pulsaba la foto de perfil—. Un hombre muy guapo, desde luego.

—Walker Fillion. Es escritor...

—¿Por qué te ha dicho eso, Harper?

Apagó la pantalla de su teléfono y se lo guardó en el bolsillo. Se frotó la cara con las manos, respiró hondo y me miró, por fin, a los ojos antes de hablar.

—Me siento muy mal, Su.

—Harper... ¿Le has puesto los cuernos a Neil? —pregunté con cautela.

—¡No! No, no. A no ser que... —Sus ojos se empezaron a aguar—. A no ser que empezar a sentir algo por otra persona sean cuernos.

No supe qué responder.

Jamás me hubiese imaginado en esa situación.

Siempre había pensado que los cuernos eran solo físicos, pero... ¿Sentir algo por otra persona? Joder, eso era todavía más fuerte que algo meramente físico.

Sí es cierto que a mí Neil no me había acabado de gustar nunca; Harper lo sabía, él lo sabía. Por eso había tardado tanto en irme a vivir sola, porque era consciente de que, cuando lo hiciera, se mudarían juntos, y no quería. Sin embargo, por muy poco que me gustara y por muy mal que me olera, no podía ver bien un engaño aunque fuese de mi mejor amiga.

—¿Cómo ha pasado?

—Hice una reseña negativa de su libro, una cosa llevó a la otra, y hemos acabado hablando por Instagram.

—¿Cómo has llegado a... sentir algo por él?

Al final de la conversación, tuve que decirle que no estaba de acuerdo con que hiciera eso si seguía estando con Neil, pero le hice saber que la apoyaría en absolutamente todo. Se me partía el corazón al verla de esa forma; con lo feliz y animada que se la veía siempre...

A pesar de todo, no me equivoqué cuando dije que le podía subir el ánimo con lo que le tenía que contar porque, en cuanto le dije que había pasado algo entre River y yo, no faltaron ni los saltos de emoción.

—Me muero —murmuró contenta—. ¡Es que ya te lo dije! Estáis destinados a estar juntos.

—Tampoco te pases de intensa.

—La chica y el chico se enamoran de niños, pero no se atreven a decírselo, y ella decide

besar un día al hermano del chico para llamar su atención y...

—Por favor, basta —pedí con una risa.

—¡Es que es para escribir un libro y una obra de teatro! No solo te estás liando con una estrella del hockey norteamericano, también con el amor de tu infancia. Es tan bonito...

—No hay nada claro todavía.

—Pero...

Se calló en el momento en el que se abrió la puerta de la tienda. Bajo la campanita que sonaba cada vez que alguien entraba, apareció el protagonista de nuestra conversación. River entró con una bolsa en la mano y las llaves de su coche en la otra.

—La hostia. Es la primera vez que lo veo de cerca —me susurró Harper.

La tuve que mandar a callar.

—River, hola —saludé, feliz de verlo allí.

—Hola, Su. Y tú debes ser... Harper, ¿verdad?

—La misma. Es un placer conocerte por fin, River. Susan habla *mucho* de ti.

Él sonrió y me dirigió una mirada divertida cuando me vio darle un codazo a Harper que casi la desmontó.

—Bueno, me voy a ir ya. Hablamos luego, ¿vale, Su? —me dijo antes de besarme la mejilla.

—Claro. Llámame por cualquier cosa, por favor.

—Cuenta con ello. Hasta la próxima, McBu... River.

—Hasta pronto, Harper.

Y, sin mucho más, se fue de la tienda. River se inclinó hacia mí.

—¿McBu qué? —preguntó antes de besarme los labios.

Encantada de poder besarlo por fin después de dos días, acaricié su nuca y sonreí contra su boca.

—Qué ganas tenía de verte.

—Y yo a ti, Su —susurró antes de separarse.

—McBuenorro, te llama.

—Oh.

—Sí, oh —me reí.

Se frotó la barbilla y fingió estar pensando.

—¿Debería cambiarme el nombre de la equipación por McBuenorro?

—Definitivamente, sí. Te pega más que McDaniels.

—¿Verdad?

Sonreí y él me imitó, rodeando el mostrador.

—Te traigo el almuerzo. Bueno, *nos* traigo.

—¿Vas a comer conmigo?

—En efecto.

—Mm... —Abrí la bolsa y vi que eran fiambreras.

—He hecho arroz con verduras y pollo con almendras. Me sale bastante bien y está dentro de mi dieta, así que...

—¿Has cocinado tú?

—Sí.

—Odias cocinar —murmuré mirándolo. Me lo había confesado hace unos días, cuando pedimos la cena a domicilio en vez de hacerla en su casa.

—Por ti, cocinaría cada día, Susan.

Junté mis labios, tratando inútilmente de esconder la sonrisa. No me permití prestarle

demasiada atención al bivaque de mariposas que comenzó a revolotear por mi barriga, ni al acelerado ritmo de mi corazón. Sentía que me desvanecía poco a poco.

Lo agarré de las solapas de su chaqueta y estrellé mis labios contra los suyos.

—Cielos, no sabes lo bonito que ha sonado eso, River.

Rio en mis labios, bajando sus manos a mi cintura y atrayéndome más hacia él, si es que era posible.

—Y sin esforzarme, oye, soy todo un poeta.

—Ni Leonard Cohen, ¿eh?

—No tengo ni idea de quién es esa persona, pero estoy seguro de que soy igual de bueno.

Sonreí, negando con la cabeza.

—Me voy esta noche hasta el día 4.

—No... —protesté. Me faltó el grosor de un pelo para hacer un puchero.

—Pensé que tenía hasta mañana, pero no. Quieren que entrene con el equipo, ya al nivel normal, y tengo que acompañarlos.

—No estarás aquí para fin de año.

—Estaré en Washington. Ojalá pudiera estar aquí, Su, pero...

—No te preocupes, entiendo que tengas que entrenar. Y, jo, me alegra mucho que por fin puedas hacerlo al mismo nivel que antes. Es una estupenda noticia.

Sonrió aliviado.

Y yo me pregunté si habría tenido problemas con su anterior pareja con sus complicados horarios.

—¿Comemos? —pregunté acariciando sus manos, que seguían en mi cintura.

—Comemos.

Capítulo 17

Susan

No era demasiado fan de la fiesta. Mis tiempos de ajetreo ya habían pasado y con veintitrés años ya solo me apetecía pasar la noche de fin de año sentada en el sofá con mi madre y mis abuelos, esperando que llegara la última campanada para salir a ver los fuegos artificiales de Montreal que podíamos apreciar desde el jardín trasero de casa.

No podía decir que mis amigos salían de fiesta porque mi única amiga era Harper, y ella prefería meter la cabeza en un horno en marcha que ir a un lugar abarrotado de gente. Así que no me sentía mal al pensar que mis allegados se lo estaban pasando estupendamente entre copas de whiskey mientras yo bebía chocolate caliente con la mirada fija al cielo junto a mi madre y mis abuelos.

Me despedí de mi familia tras los primeros minutos de fuegos artificiales y, tras desearles un feliz Año Nuevo, subí a mi habitación con la intención de echarme a dormir por fin. Pero no pude porque en la pantalla de mi móvil apareció el nombre de la persona con la que deseaba hablar.

—Feliz Año Nuevo, Susan.

—Feliz Año Nuevo, River... ¿Allí también son las doce?

—Sí, compartimos zona horaria.

—Bien, al menos así te siento un poco más cerca.

Escuché su leve risa.

—¿No has salido? —pregunté curiosa.

—Sí, pero a cenar y a tomarnos algo antes de que dieran las doce. No queremos arriesgarnos a nada, que vamos todo el equipo junto y damos un poco el cante. De todas formas, mañana entrenamos, no es plan de hacerlo con resaca.

—Estaría feo.

—Un poco. —Mantuvo el silencio unos segundos—. Me hubiese gustado pasar este día y la pesca en hielo de mañana contigo.

El corazón se me encogió y sonreí inconscientemente.

«No me puede estar pasando esto a mí», pensé cerrando los ojos.

—En otra ocasión. Me gusta saber que no estás aquí porque has vuelto al hielo al mismo nivel que antes, River.

—Ya sabía que eras mi mayor fan, pero disimula un poco, por favor —bromeó.

—Lo estás diciendo en broma, pero probablemente lo soy. Nadie más tiene el *stick* con el que jugaste el primer partido, ni la camiseta que usaste en el primer entrenamiento...

—La única.

—Lo soy.

—No te puedes ni imaginar cómo...

—¿Cómo...?

Se quedó callado.

—Cómo les jodió a Bennet y John que no les diera nada de eso. —Rio.

—Hay prioridades. Que se fastidien.

Estuvimos alrededor de dos horas hablando.

Mi conversación más larga por teléfono.

Fue tan reconfortante escucharlo en un susurro en mi oído durante tantos minutos... Hubiese hecho eso durante más horas, días seguidos, pero él tendría que entrenar y no era lo mejor que llegase sin haber descansado. Y por mi culpa. Nos costó despedirnos. No caímos en el «cuelga tú», pero sí en el «no quiero colgar». Al final lo hice yo, porque si hubiese sido por él, habríamos estado allí dos horas más.



Aprovechando la tradición de pesca en hielo (y cerveza) para empezar el año, fui al estanque a patinar de buena mañana. No nevaba y estaba totalmente vacío, así que era el momento perfecto del día. Después del almuerzo, probablemente los niños del vecindario llenarían todos los estanques helados de la ciudad. Para no estar en completo silencio, puse música desde el móvil, el cual coloqué encima de mi bolsa, fuera del alcance de la nieve que caía de las ramas de los pinos.

Estar ahí sin River me resultaba extraño, y eso que había patinado en ese lugar sin él millones de veces. El estanque ya se había convertido en nuestro lugar especial, junto al bosque tras el parque Fonrouge. Eran sitios que pasaban a tener un significado importante, al menos para mí.

Frené de golpe, casi provocándome una caída, cuando divisé una figura acercarse al estanque. No era River, él no caminaba así.

Xavier.

—Ei, Xavier —saludé, tratando de parecer que no me había asustado y que para mí era lo más normal del mundo que él estuviera allí.

Se quedó quieto al lado de una de las rocas cerca de la orilla y metió sus manos en los bolsillos, refugiándose del frío.

—¿Sabes? —preguntó antes de que empezara a patinar de nuevo—. Pocas cosas me dan más asco que tener que imaginarme a mi exnovia y a mi hermano liándose. Resulta que verlo con mis propios ojos es una de esas pocas cosas.

Se me congeló el cuerpo entero.

Y no por el frío.

—¿Cómo dices?

—Os vi el 24 por la noche, aquí.

—Xavier...

—Es asqueroso, Susan. Joder, es la mayor falta de respeto hacia mí que he vivido jamás.

—Eso no...

—No me interrumpas, por favor. Ya es lo que me faltaba. Es asqueroso, porque Dios sepa cuánto tiempo habéis estado planeando esto, cuánto tiempo lo habréis hecho, cuántas personas lo sabrán y nos lo habrán ocultado. Es el hermano de un tío del que has estado enamorada mucho tiempo, con el que has estado cuatro putos años de relación... Tanto por tu parte como por la suya me parece que es despreciable. No solo es una falta de respeto hacia mí, también lo es hacia mi familia entera. No sé en qué mierdas estabas pensando, Susan.

—Xavier, esto deberíamos hablarlo cuando River esté aquí.

—Claro, para que pueda manipular la situación a su antojo. No. Hasta aquí. No quiero que te acerques *nunca* a mis padres, en especial a mi madre. No te puedes ni imaginar lo mal que se ha tomado esto, Susan; no la había visto así desde que murió Folkie.

Y, sin más, se fue.

Xavier hacía eso; me soltaba un discurso de media hora, no me dejaba hablar, y luego se iba. Eso siempre provocaba que sus palabras me supieran peor y que me hicieran reflexionar para más tarde volver tras él a pedirle perdón. Así había sido durante cuatro años; cuando yo lo acusaba de algo o simplemente teníamos una discusión tonta, él siempre era la víctima, él siempre salía ganando.

Eso me había demostrado que no había cambiado, que las palabras tan amables que tuvo hacia mí la última vez que nos vimos no eran verdaderas.

La sensación que me quedó en el cuerpo me dio miedo. Uno que no sentía desde que lo dejé cuando me enteré de su infidelidad. La impaciencia y la incertidumbre, las ganas de ir tras él, el temor a que la situación se magnificara hasta un punto incontrolable... Pero no podía dejarme llevar por lo que provocaban sus palabras en mí.



Me gustaría decir que no me dejé llevar por sus palabras, y así fue al principio. Al menos hasta que, al salir a limpiar mi coche de nieve para marcharme en unos minutos de vuelta a Montreal, Marilyn pasó por delante de mi casa y ni siquiera me miró. Su rostro inexpresivo me confirmó que, efectivamente, las cosas no iban bien.

De camino a mi apartamento, sentí que el vacío en mi estómago crecía y crecía sin parar. A cada kilómetro que recorría, me sentía más y más mal. Para cuando llegué a Montreal, mi respiración ya era más acelerada de lo normal y mi mente no dejaba de dar vueltas y vueltas.

Lo primero que hice al llegar a casa fue llamar a River.

Hasta cuatro veces.

Hasta que lo cogió.

—Ei, ¿estás bien? ¿Tres llamadas perdidas? ¿Ocurre algo?

—Xavier lo sabe y tu madre ni siquiera me mira —musité sentándome en el sofá, todavía con la chaqueta puesta.

El silencio reinó entre nosotros. Solo escuché su suspiro frustrado antes de que comenzara a hablar.

—¿Cómo lo ha sabido? ¿Tu madre ha...?

—¡No! Xavier nos vio en la víspera de Navidad, en el estanque. ¿No te dijo nada en la cena o al día siguiente?

—Se comportó un poco raro, pero normal en Xavier dado que él de por sí ya suele hacer cosas extrañas. Es que... Joder.

—No sé qué hacer River.

—No puedes hacer nada.

Su tono mordaz no me gustó ni un poco.

—Oye, no me hables así, que no tengo la culpa de nada —espeté.

—No te estoy culpando de nada, Susan.

—Estás usando un tono bastante desagradable para decir que no tengo la culpa.

—Porque no sé qué cojones hacer y me has pillado desprevenido con esta mierda. Desde luego que no estaba en mis planes tener problemas con mi familia porque no hemos sido cuidadosos con esto —dijo de prisa y con el mismo tono que antes. Suspiré echando mi cabeza hacia atrás—. Espero haber usado un tono agradable para ti.

—Dios mío, estás siendo un auténtico gilipollas, River. A mí me sabe igual de mal que a ti que esto haya ocurrido, ¿sabes?

—Claro que sí, porque son tus padres y tu hermano, y tienes que verles las caras absolutamente todas las semanas del año.

—Para —pedí—. Estás...

—Siendo un auténtico gilipollas, ya lo has dicho.

No fui capaz de abrir la boca. Estaba perpleja ante su comportamiento. Entendía que le había tomado por sorpresa y que no fuera la situación más agradable del mundo, pero la forma en la que se estaba comportando era... de auténtico imbécil.

—¿Ahora tenemos quince años, River? Vaya comportamiento de mierda estás teniendo. ¿Qué te cuesta afrontar esto como una persona madura y no como un crío? Entiendo que es complicado puesto que es tu familia de quién estamos hablando, pero tienes que relajarte y no echarme a mí toda la mierda...

—Lo siento, pero ahora no, Susan. Ahora no...

Y colgó.

Se esfumó.

Lo que sentí en ese momento fue algo totalmente nuevo; fue un sentimiento que no sabría cómo definir, menos cómo afrontar. Una mezcla de rabia, impotencia, tristeza e incredulidad. Fui incapaz de saber cómo actuar y aún tardé unos minutos en reaccionar. Ni siquiera me había movido.

Por mi cabeza cruzó la posibilidad de ir a casa de los McDaniels, de llamar a Xavier, de bloquear el contacto de River... Y ninguna de esas cosas me parecía acertada salvo la última. El mensaje que recibí de Harper en ese momento me salvó de poner el contacto de River en la lista negra del teléfono para que no pudiera llamarme nunca más.

No fue hasta que respondí el mensaje de «¿Pizza y *Harry Potter* en tu casa?» de Harper, cuando mis emociones empezaron a definirse y a tomar una forma más clara. Desgraciadamente, fueron la rabia y la impotencia las que emergieron.

Quise ir a por el *stick* de River y partirlo en dos.

Quemar las camisetas de los Canadiens tuyas.

Destrozar la sudadera que se había dejado la semana anterior.

Tirar a la basura las golosinas en forma de delfín que me había traído el último día que estuvo en mi casa y que tanto me gustaban.

Aplastar con el martillo la cajita musical con la banda sonora de *Juego de Tronos*, que era su serie favorita.

La ira no era una emoción que llevara demasiado bien, pues no estaba acostumbrada a ella. Me enfadaba por muchas cosas, pero pocas veces llegaba a un nivel que pudiéramos llamar ira.

En vez de destruir cualquier cosa, agarré el móvil de nuevo y busqué el chat de River. Escribí una serie de insultos que me hubiesen cabido en una hoja DIN A4 por delante y por detrás. Los borré todos. Escribí un discurso en el que lo llamé de todo menos bonito. Lo borré. Y cuando iba a empezar a pedirle que no me llamara nunca más, el timbre de casa sonó.

—¿Qué te pasa? —preguntó Harper en cuanto entró en casa con una caja de pizza familiar.

—Xavier nos ha pillado a River y a mí y se lo ha contado a su madre. Ahora, él está enfadadísimo y Marilyn no me dirige la palabra, ni la mirada, de hecho. Se lo he dicho a River y él ha tenido la poca decencia de comportarse como un imbécil conmigo, como si yo tuviera la culpa, y encima me cuelga, y...

—Vale, vale, siéntate.

—¡Es que tendrías que haberlo escuchado! Irónico, borde, incluso con desprecio.

—Siéntate, Susan. —Colocó sus manos en mis hombros y me obligó a sentarme en el sofá—. ¿Tienes tila?

—No tomo esas cosas, Harper.

—Vale, mm... —Miró a nuestro alrededor. Lo primero que hizo fue quitarme el móvil, cosa que agradecí—. Esto mejor me lo guardo. Ahora, comamos pizza y desahógate. Di todo lo que tengas que decir e insúltame como si fueras River. Las dos sabemos que cuando estás así, solo puedes hacer una cosa: insultar y maldecir.

Abrí la caja de pizza y agarré un trozo sin importarme lo caliente que estuviese.

—No es verdad.

—No estás acostumbrada a enfadarte tanto. Sé de sobras cómo te comportas en todo momento, cielo, nos conocemos desde hace unos años. Así que, por favor, desembucha.

Y joder si desembuché.

Me desahugué hasta que no quedó nada dentro de mí salvo lágrimas, las cuales no me permití sacar a la luz.

«No hoy», me dije, devorando el último trozo de pizza de la caja.

Tuve que pedirle que me hablara de ella, de Neil y Walker, porque no podía hablar más de los McDaniels. El drama de los demás siempre me ayudaba a olvidar el mío.

Acabamos la noche yéndonos a dormir juntas.

Las dos con el corazón un poco roto.

Capítulo 18

Susan

—Tendrías que aprender a enfadarte —dijo Harper con la boca llena, masticando el donut que había bajado a comprar antes de que se despertara.

—Eso no se aprende, se lleva dentro.

—Tú no lo llevas dentro.

—Claro que sí.

—Tía —me miró con incredulidad—, siempre que te enfadas mucho te colapsas e insultas. Nada más.

—Tú lo dices, me colapso. Además, nunca hablo mal, debo aprovechar cualquier momento para enseñar lo que sé.

Se rio por lo bajo y le dio un trago al café.

—¿Estás mejor?

—Ya no estoy enfadada —me limité a responder.

—Eso no es lo que he preguntado, cielo.

—Estoy mejor, pero...

Me encogí. Ni siquiera tenía valor de definir mis sentimientos en ese momento.

—Estás triste —afirmó. Yo asentí con la cabeza—. Es normal, Su. El tío del que estás pillada se ha comportado como un gilipollas y no ha dado señales de vida desde entonces.

—He amanecido con cinco llamadas tuyas y diez mensajes.

Ella, que se había agachado para meter la taza ya vacía en el lavavajillas, se levantó y se giró muy lentamente.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Porque no tiene importancia —mentí.

—Mientes.

—Sí

—¿Lo vas a llamar de vuelta?

Negué con la cabeza.

Cinco llamadas significaban arrepentimiento, estaba claro, pero yo no estaba dispuesta a pasarlo por alto. Había ido tras Xavier cuatro años seguidos, siempre perdonando sus manipulaciones, sus cabreos inexplicables e injustificables, sus idas y venidas... Y no quería volver a lo mismo.

—¿Estás segura?

—No pienso volver a permitir que me hagan lo mismo. Siempre me dijiste que perdonaba demasiado rápido las cosas que no lo merecían, así que voy a cambiar esto.

Harper me sonrió y me abrazó por los hombros. Acarició mi cabeza y depositó un beso en mi coronilla.

—Estoy muy feliz de escuchar eso, Su. Aunque...

—Odio los aunques.

—River no es Xavier, lo sabes.

—Sí.

—Y creo que lo que ha hecho sí merece perdón, y más si se ha arrepentido. Todos nos

calentamos en algún momento de nuestra vida y luego nos arrepentimos. Que eso no hace menos grave el daño, pero sí...

—No he dicho que no vaya a perdonarlo, Harper.

—Menos mal —suspiró.

No era un misterio para nadie que Harper nunca había sido muy fan de Xavier (lo odiaba) y a la vez adoraba a River en lo profesional, pues era una fiel seguidora de los Canadiens. No le había sido muy complicado aceptar al último como mi interés amoroso, si es que lo podíamos llamar así.

¿La persona que me ponía la piel de gallina?

¿La persona que hacía que mi corazón latiera más rápido de lo normal?

Ya nos entendemos.



Cuando salimos de mi apartamento, me despedí con un beso en la mejilla de Harper.

—Recuerda que el lunes a las siete estrenamos la obra —me recordó mientras se alejaba de mí.

—Allí estaré.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Me lanzó un beso y cruzó la calle corriendo.

Podía presumir de tener una amiga que era una actriz de diez. A ella le encantaba el teatro, aunque había hecho pequeños papeles en televisión y cine a lo largo de su vida. Su pasión eran los musicales y las tragicomedias, aunque se adaptaba a todo lo que le echaran. Era una profesional de los pies a cabeza, y la gente ya la conocía por sus papeles. Algunos meses del año se iba de gira por Norteamérica con la compañía de teatro, y le encantaba y la hacía muy feliz.

Y yo también lo estaba por ella.

Además, tenía otra pasión que arrastraba desde bien pequeña: la lectura. Y, ligado a eso, su segundo trabajo. Tenía la insignia de profesional en *People Say Books* (PSB, como la gente la conocía) desde los dieciocho años, lo cual hacía que le pagaran por reseña hecha y por visita recibida. Es decir, era reseñadora y, además, una gran actriz de teatro.

Y, lo admito, a mí me encantaba presumir de amiga.

Fui con tranquilidad hacia la tienda, pues no tenía demasiada prisa, y cuando llegué, hice el inventario que el último día de trabajo no había hecho por pereza. Si mantenía la cabeza ocupada, no pensaría en ningún McDaniels.

Un par de horas después, cuando la tienda ya estaba abierta, me sorprendí cuando vi aparecer a Kent, el chico castigado de Centre Bell. Lo había visto por última vez hacía días, cuando vino a comprar el álbum de David Bowie. Yo, mientras le cobraba a la chica que había venido a por toda la discografía en físico de Ariana Grande, saludé con la mano a Kent, que se había detenido a ver los tocadiscos. Me lanzó un beso.

En cuanto la chica se fue, él se acercó.

—Hola, guapa. ¿Qué tal todo?

—Todo bien —respondí, aunque no era del todo verdad.

No iba a decirle a un desconocido que la mañana se me estaba haciendo cuesta arriba.

Ni que me dolía un poco el corazón.

Ni que me estaba dando cuenta de que jamás aprendería a tratar a las personas y las cosas con la dureza que merecían, porque más de veinte veces en dos horas me había replanteado seriamente coger el móvil y llamar a River.

Que lo más fácil sería hacerlo y aclarar las cosas, lo sé de sobras, pero no quería perdonar tan fácilmente, y menos por teléfono. Toda mi vida había sido una blanda y era consciente de ello. Perdonaba absolutamente todo a la primera, asumía la culpa cuando no la tenía... Y eso se había acabado. Y por muy diferente que fuera River de Xavier, tenían algo en común aparte de la sangre: ambos tenían la mecha corta. Le habían hecho falta dos frases para saltar y hablarme mal, y eso no podía pasarlo por alto.

—¿Y tú? ¿Todo bien? —le pregunté a Kent.

—Como siempre, aunque un poco más feliz ahora porque el equipo está fuera y no debo acudir a los entrenos hasta que no vuelvan.

—Oh, qué bien. Supongo.

—Muy bien. Más que bien. —Sonrió—. Por cierto, a lo que venía. Mi madre cumple años dentro de poco y, como también le gusta mucho la música y mantiene un poco los gustos musicales de antes, he pensado que una caja de música sería ideal.

Sonreí ampliamente.

—Lo es, te lo aseguro. ¿Qué tal... música de los ochenta?

—Su favorita junto a las bandas sonoras de la época.

Le mostré las cajitas musicales que contenían canciones de entre los setenta y los noventa. Al final se llevó dos (a mi abuelo le haría una ilusión tremenda), que eran algunas de mis favoritas. Le expliqué que habían sido hechas a mano por mi abuelo y no protestó ni puso una mala cara al pagarlas; mucha gente se quejaba y se iba diciendo que comprarían una más barata en algún bazar. Pues muy bien.

—¿Cómo llevas que tu chico tenga este calendario tan complicado?

Lo miré mientras envolvía una de las cajitas con papel de regalo.

—Si te refieres a River, no es mi chico.

—Nadie lleva a una amiga a su primer entreno de vuelta al hielo, Susan. Además, no podías dejar de mirarlo cuando estuviste allí; y no fue porque sea guapísimo, ambos lo sabemos.

Me encogí de hombros.

Porque no sabía qué responder.

—Te prometo que no es mi chico. No hay... nada entre nosotros.

Medio verdad, porque en esos momentos no sabía qué era exactamente lo que teníamos.

Para mí... Para mí River era como escuchar una canción en el coche y quedarte dentro acabándola aunque ya hayas llegado a tu destino, como cenar helado en verano, como ser la única persona que se queda después de los créditos finales en el cine para ver las tomas falsas, como entrar en Twitter y ver que Miley Cyrus anuncia nueva canción después de muchos meses sin dar señales de vida... Eso era para mí: un puñado de momentos favoritos que llevaba en el corazón.

Y enfadarnos por una chorrada me dolía más que darse un golpe en el dedo meñique, más que pillarte el pelo con los tornillos de la silla del instituto..., pero dejar que alguien bailara como quisiera sobre ti nunca era bueno. Así había comenzado con Xavier y no era lo que quería para River y para mí.

Porque no eran la misma persona.

No tenían nada en común.

—Pues debería haberlo —murmuró Kent con una sonrisa ladina y pícaro—. Os miráis como si quisierais arrancaros la ropa. Y eso es precioso.

—¿Precioso? —Yo no hubiese catalogado eso como precioso.

—Y caliente, también.

—Esa definición es más acertada. —Reí.

Mientras ponía las cajas en una bolsita de regalo, él agarró el boli del mostrador y una nota adhesiva de color blanco de las que tenía al lado de la caja registradora. Apuntó algo a toda prisa.

—Me he cambiado de compañía y ahora tengo un nuevo número de teléfono, toma. —Me lo pegó en el mostrador y cogió la bolsa—. Y llámame si quieres tomarte un café y hablar, ¿vale?

«Joder, ¿tan mala cara tengo», pensé mientras me guardaba la nota en el bolsillo.

—Gracias, Kent. Y espero que a tu madre le guste el regalo.

—Seguro que sí. Ya te contaré.

Me lanzó un beso y se marchó.



River

No te estaba culpando de nada, Susan.

22:04

River

Y tampoco te estaba hablando mal, joder.

22:19

River

Quizá sí que me he pasado un poco contigo...

01:13

River

Siento todas las llamadas... Por favor, llámame en cuanto te despiertes.

08:32

River

No quería disculparme contigo por mensaje porque me parece bastante cutre. Por favor, cógeme las llamadas o al menos responde mis mensajes.

11:56

River

Joder, Su, me pasé contigo. Deja que me disculpe en condiciones...

12:34

River

No merecías que te hablara así, tú no tienes la culpa de absolutamente nada y siento de todo corazón haber hablado en caliente y sin pensar lo que decía ni en las consecuencias que acarrearían mis palabras.

12:35

River

Lláname cuando puedas, por favor.

12:35

River

Vale, lo tengo merecido.

18:47

Capítulo 19

Susan

Vi los mensajes de River.
Los leí.
Y los respondí.

Susan

Ya hablaremos cuando vuelvas.

Volvía al día siguiente, así que no tendríamos que esperar demasiado.

Después de que mamá me llamara pidiéndome ayuda en algunas cosas, cerré Sounds of Hughes a la misma hora que siempre y fui hacia Chambly, no sin antes comprar lo que me había pedido en el supermercado más cercano a la tienda.

Llegué unos minutos después a casa, donde ella ya tenía todo preparado para ponerse a grabar. El ambiente ya olía a comida, así que supuse que había hecho la cena antes de todo. Me saludó con un beso en la mejilla.

—Te he hecho lasaña de carne, champiñones y pimienta. Es ese plato con tapa —me dijo señalando la encimera.

—Gracias, mamá. Y aquí tienes lo que me has pedido. ¿En qué necesitas ayuda?

—Necesito que te subas a la encimera y me grabes algunos planos desde arriba para esta receta, cielo.

Y así es como me convertí en un trípode las siguientes dos horas; descalza encima de un paño y con la espalda encorvada.

Por suerte se me permitió hacer descansos para beber agua, comer un poco y enderezarme para evitar acabar siendo la versión femenina y canadiense de Quasimodo. Y al menos mamá no me preguntó por ningún McDaniels, ya que era consciente de lo que había ocurrido, salvo la parte en la que había decidido no hablarle a River hasta que tuviera las ideas claras y lo viera en persona.

Aunque, pensándolo en frío, esperar a verlo en persona era una mala idea porque solo querría besarle y decirle que todo estaba bien, que me era imposible enfadarme con él. Y es que así era.

—Te libero —dijo mamá en cuanto grabamos el último plano de ella poniendo la bandeja en el horno.

Aplaudí, feliz y satisfecha.

Me acabé la lasaña que todavía quedaba y metí el plato en el lavavajillas una vez la hube acabado. A petición de mamá, fui a sacar la basura al contenedor de fuera, pues en un par de horas pasarían a recogerlo.

Mientras abría el contenedor, lo vi.

Xavier paseando el perro de sus tíos; estos solían viajar bastante y dejaban al pastor alemán llamado Joshie con los McDaniels.

Me miró al pasar por delante de mí y no me dirigió ni una mísera palabra.

—Fui una imbécil al creerte el día que hablamos, en Navidad.

Él se giró hacia mí. Esa sonrisa que había usado durante años para convencerme de que yo

era la que estaba haciendo mal las cosas y que él era el bueno, asomó por sus labios.

—Lo fuiste. Pero no es nada nuevo.

—Joder, eres un manipulador de mierda. Lo mismo que hiciste conmigo lo estás haciendo con tu familia.

—A mi familia mejor no la metas en esto.

—¡Tú la has metido al contarle a tu madre lo de River cuando no te incumbía a ti hacerlo!

—La metiste tú cuando te follaste a River. —Sonrió—. Y no debiste hacerlo.

—¿Crees que era lo que yo buscaba? ¿Que fui detrás de él o que él fue detrás de mí? No, joder. Cuando eso ocurre...

—A ti te gustaba River cuando empezamos a salir. Y a él le gustabas tú. Claro que os habéis buscado cuando esto ha terminado.

—¡Cuando nos vimos por primera vez después de estos meses, me odiaba, Xavier! Y todo porque tú hiciste lo mismo que siempre.

—Manipular la situación a mi antojo —imitó mi voz—. Ya.

Me dio mucho asco.

Y me pregunté por enésima vez por qué había estado cuatro años compartiendo mi vida con él.

—Si no es conmigo, tampoco con él —añadió antes de darse la vuelta para irse.

—Dios, Xavier... —musité más para mí que para él.

—Sí, ya. Feliz soltería, Su.

—¡Eh, cabronazo!

Me giré con los ojos bien abiertos. Mi madre se acercaba con las manos en jarra y la misma cara que me puso cuando suspendí por quinto año consecutivo matemáticas. Xavier se giró y esbozó una sonrisa burlona.

—Que no te vuelva a ver pasar por delante de mi casa y mucho menos dirigirle la palabra a mi hija si no quieres amanecer sin ruedas en el coche.

—Mamá —susurré con reproche—, eso no lo digas, que si pasa algo sabrá que has sido tú.

—Y con razón. Porque seré yo.

—Buenas noches, Alice —se limitó a responder Xavier.

—Este hijo de...

—Vamos adentro, mamá.

—No puedes permitir que te falte así el respeto, Susan —me reprochó mientras caminábamos hacia la casa.

—¿Lo has escuchado todo?

—Hombre, por supuesto. En cuanto saliste lo vi caminar por la acera y salí de inmediato. Y con la sartén.

Y, en efecto, la sartén estaba apoyada en la maceta de la entrada. La cogió antes de entrar.

—¿Por qué nadie les ha dicho a los McDaniels que su hijo pequeño es un cabronazo? ¿No iba a contarles la verdad en Navidad?

—Ya ves que no.

—Deberíamos hacerlo nosotras.

—No somos nosotras quienes debemos...

—¿Y sí es él quién debe decirle a Marilyn que estás conociendo a River? Ojo por ojo, Susan. No te pueden mangonear así.

—Mamá, no quiero líos con los McDaniels.

—Lo sé y lo entiendo, pero a veces es necesario ser un poco mala.

Me acarició el pelo y besó mi sien. Suspiré.

—¿Quieres quedarte aquí a dormir?

—No, me voy a marchar ya a casa, que mañana debo despertarme antes para hacer el inventario.

—Deberías tomarte unas vacaciones —me dijo mientras iba a por mi chaqueta. Me reí.

—Mamá, hace solo unas pocas semanas que volví de mis vacaciones.

—Ya, pero otras semanas más.

Sonreí divertida y me ayudó a ponerme bien la capucha de la chaqueta.

—Te quiero, conduce con cuidado y dale un golpecito al coche de Xavier cuando pases por su lado.



Al llegar a casa, en la puerta me esperaba sentada Harper.

Y entonces supe que algo le volvía a ocurrir.

Capítulo 20

Susan

El miércoles amanecí de nuevo en la cama junto a Harper. Desayunamos juntas, me acompañó a la tienda y se marchó al teatro para ensayar con el grupo.

Me gustaría fingir que no pensé en que River volvía durante ese día, pero la realidad era que no había dejado de ansiar que entrara por la puerta de la tienda. No habíamos hablado, no había respondido mi mensaje, nada. Y me alegraba. Me había dado el espacio que él creía que me hacía falta, y había sido todo un acierto.



Me tuvo ansiosa todo el día porque no apareció.

No me llamó.

No me mandó ningún mensaje.

Cerré la tienda un poco más tarde de lo normal. Debo admitir que alargué un poco los últimos minutos de hacer cuentas solo para ver si venía, pero nada.

Al salir, lo primero que vi fue su coche fuera aparcado. Lo miré sorprendida y maldije unas cuantas veces por lo bajo; yo esperándolo y él fuera esperándome a mí.

«Joder, vaya par».

Abrió la puerta del copiloto y entonces lo vi a él. Con el gorro gris cubriendo su pelo, la barba de dos días haciéndole sombra en la mandíbula y esos ojos oscuros mirándome, pidiéndome silenciosamente que subiera al coche. Y lo hice.

Porque quería volver a estar junto a él.

Y porque fuera me estaba congelando.

Acepté la mano que me ofreció para ayudarme a subir y creo que ambos supimos que acabábamos de firmar una tregua, aunque quedaba mucho que aclarar.

—Buenas noches —me dijo nada más cerré la puerta con cuidado.

—Ei.

Esbozó esa sonrisa ladina tan suya y no pude hacer otra cosa que sonreír también, pero traté de ocultarla mirando por la ventanilla unos segundos.

«Ya empezamos», pensé. «Con lo fácil que era hacerse la dura un tiempo más».

—¿Has cenado?

—Todavía no.

—¿Quieres que cenemos en algún lado o...?

Lo miré con incredulidad.

Era más que obvio que no era el día de salir a cenar por ahí. Debíamos hablar cosas que no podíamos tratar en público.

—¿Tu casa o la mía? —preguntó inmediatamente, al comprobar que su propuesta había sido bastante errónea.

—La mía, por favor.

Estábamos a literalmente unos metros, así que solo tuvo que tirar calle arriba, girar hacia la derecha y aparcar en el primer sitio que vio vacío. Al bajar, no le dio tiempo a llegar a mí antes de ayudarme a bajar, porque un chico le pidió que le firmara la funda del móvil. Fui yendo hacia mi edificio para abrir la puerta y resguardarme un poco del viento; lo esperé allí. Vino corriendo en cuanto terminó.

—Lo siento, no...

—No te preocupes. Vamos.

No lo diría en voz alta, pero me hacía hasta ilusión que firmara a toda persona que se lo pedía.

Cuando era adolescente y ya empezaban a fijarse en él y su gran juego, solía decir que sería el famoso que todos querían cruzarse, el que firmaría todo lo que le pidieran y se sacaría fotos con todo el mundo. Y me alegraba mucho que lo estuviera cumpliendo.

El ascensor estaba ocupado, así que subimos por las escaleras; total, solo eran dos pisos.

Una vez dentro del apartamento, ambos en silencio, nos deshicimos de nuestros abrigos.

—¿Quieres algo para beber o podemos hablar de una vez? —pregunté mientras metía mi bufanda en la cesta que tenía al lado del perchero.

Lo busqué con la mirada al ver que no me respondía y vi que se sentaba en mi sofá con un suspiro. Lo primero que pensé conforme me acercaba a él fue que encajaba estupendamente en mi casa.

—Me comporté como un gilipollas el otro día.

Me senté a su lado.

—Oh, y ahora sin burla o recochineo. Buen comienzo.

—Susan, por favor.

—Adelante.

—Me comporté como un gilipollas y lo siento muchísimo. En caliente, a veces me paso de la raya y tengo que aprender a gestionarlo, y más en pareja porque me puede ocasionar problemas como este. Y, joder, no me gusta nada tener que estar sin hablar contigo tantos días por una tontería provocada por mí.

—No es una tontería que me trates con desprecio y me culpes de algo en lo que hemos participado los dos por igual.

—No lo es, lo sé. Y no era mi intención culparte, te lo prometo, pero... —Suspiró—. Me cuesta gestionar mi enfado, lo estoy trabajando, pero hay cosas que me son más complicadas. Esto me pilló totalmente por sorpresa. Lo único que me preocupaba de todo esto no era cómo se lo tomara Xavier, sino mi madre. Es la persona más importante para mí, Susan.

—Lo sé.

—Quería hacer las cosas bien, contarle la verdad poco a poco, explicándole qué he sentido y qué siento por ti para que me entienda. Tú tuviste la mala suerte de ser la mensajera y las tomé contigo cuando has salido afectada de igual forma que yo; sé la buena relación que tienes con mi madre, al igual que la que tiene Alice. Ella te quiere mucho también, aunque ahora esté enfadada contigo. Bueno, y conmigo. Solo necesita que se lo expliquemos nosotros. Si es que todavía hay... algo que explicar.

Quise responder, pero siguió hablando.

—Han sido unos días de mierda —admitió—. Kone me recomendó mandarte algún meme de

gatos; dice que siempre funciona. No lo hice porque pensé que empeoraría las cosas y...

—Hubiese sido lo mejor que podrías haber hecho —intervine, ganándome una sonrisa suya.

—Tomo nota para la próxima.

—Espero que no la haya.

—No la habrá. Trataré de todo corazón que no la haya —se apresuró a decir.

Colocó su mano en mi rodilla y yo la estuve mirando unos segundos antes de colocar la mía encima.

—No has hablado mucho —murmuró por lo bajo.

—No quiero esto, River.

—¿Esto? ¿El qué exactamente?

Noté el temor en su voz, así que me apresuré a aclarar.

—Recibir tus ataques sin merecerlo. Entiendo que es algo que eres consciente que debes trabajar, pero... Necesito que lo trabajes en serio, porque no estoy dispuesta a volver a pasar lo mismo que con Xavier.

—No soy Xavier, Susan. Joder, no...

—No me gusta compararos, porque te aseguro que sois dos acordes completamente distintos, pero tenéis esto en común. Los dos cargáis vuestros pesos sobre mí cuando no lo merezco. Cuatro años han sido suficientes, River, no quiero volver a sufrirlo. No quiero tener que ir detrás de ti cuando te enfades por nada, ni que me hagas sentir culpable por algo que no he ocasionado...

Respiró hondo y echó su cabeza hacia atrás. Su mano apretó mi rodilla sin demasiada fuerza y una lágrima rebelde se deslizó por mi mejilla; hasta el momento no me había dado cuenta de lo anegados de lágrimas que tenía los ojos.

—Lo siento de corazón. Perdona por haberte hecho sentir que volvías a lo que tenías antes. Te prometo que no seré esa persona. Voy a hacer lo posible para no serlo. —Subió sus manos hacia mis mejillas y me miró a los ojos—. Siento haberte hecho daño.

—Me hiciste sentir que...

Negó con la cabeza cuando no acabé la frase.

—Dilo, por favor.

—Me hiciste sentir que un día lo era todo y al siguiente, nada.

—Lo eres todo, Susan.

Se acercó más a mí y acarició mi nuca, negando con la cabeza.

—Joder, siempre lo has sido todo.

Quise decirle que él también lo era todo y que lo había sido incluso hacía años. Que merecíamos empezar en condiciones y haciendo las cosas bien. Que *siempre* había sido él.

«A la mierda».

—Ven aquí —susurré atrayéndolo hacia mí.

Apreté mis labios contra los suyos y el mundo entero se quedó en silencio; fue como si todo se detuviese por y para nosotros. Acaricé su nuca. Los mismos labios de siempre, pero una intensidad diferente.

—Empecemos de cero.

—No quiero empezar de cero. Aquí ha habido un punto y aparte; seguimos en otro párrafo, River.

—Seguimos en otro párrafo —repitió bajito.

Me atrajo más hacia él y unió nuestros labios de nuevo, solo unos segundos.

—¿Has hablado con ellos?

—Los llamé anteayer, después de que tú me llamaras. Discutimos. O, bueno, ellos discutieron porque no me dejaron hablar en ningún momento. Y lo primero que he hecho hoy al llegar ha sido venir a la tienda. Mañana por la mañana iré a casa a hablar con ellos.

—Tendría que ir yo también.

—No quiero que te tengas que ver en una situación tan...

—No importa, River. Si ayer ya me encontré con tu hermano.

Frunció el ceño.

—¿Te dijo algo? Espero que no se pasara de la raya.

—Unas cuantas cosas. No sé si siempre ha estado tan pirado y yo no lo notaba porque perdía el culo por él, o es que es algo nuevo.

—Cuéntame —pidió.

—Da igual eso ahora, no es...

—Por favor.

—Dijo, entre otras cosas, que si no era con él tampoco sería contigo. Y que, cuando rompí con él, nos buscamos porque ya nos gustábamos de antes, lo cual no es...

Negó con la cabeza, pasándose las manos por el pelo. Volvió a colocarlas en mi regazo junto a las mías y las acarició.

—Siempre me ha echado en cara esto y creo que seguirá haciéndolo toda la vida.

—¿El qué?

—Que me gustabas cuando éramos más jóvenes. Siempre lo supo.

De mi boca no salió ni una sola palabra.

Yo había estado hasta las trancas de él desde que lo vi por primera vez; llamarlo flechazo o como queráis. Le había ido detrás siendo muy poco disimulada, hasta que me di cuenta de que quizá estaba desvelando mis sentimientos a todo el mundo sin quererlo. Y siempre bromeé con él, cada vez que iba a buscarme para ir a jugar al estanque, diciéndole que se le veían las intenciones y que no se enamorara de mí.

Entonces resultaba que...

—¿Yo te gustaba? ¿Cuándo?

—La pregunta debería ser que cuándo te gusté yo, Su.

—¿Estás de broma?

—¿Estás *tú* de broma?

Ninguno de los dos estaba de broma.

Ninguno de los dos se había tomado en serio nada años atrás.

—Me gustaste desde que nos conocimos, River.

—Joder, y tú a mí.

—Esto no puede ser verdad... —musité mirándolo consternada. Le di un golpe en el hombro, algo más fuerte de lo que pretendía—. Eres imbécil, River.

—¿Yo por qué? —se quejó.

—Tendrías que habérmelo dicho. Nos habríamos ahorrado tantos años de mierda... Si el día que besé a Xavier por primera vez lo hice para llamar tu atención.

—No sé yo quién es aquí imbécil, ¿eh?

Su tono era divertido, pero también noté un deje de frustración que también sentía yo.

—Pensé que lo sabías —admitió—. Siempre me decías que se me notaba mucho.

—Lo decía en broma, River. Siempre fuiste tan hermético y complicado de leer...

—A ti te notaba algunas cosas, pero solía pensar que lo hacías adrede, sabiendo que tú me gustabas. Joder. ¿Lo sabía todo el mundo menos nosotros?

—Creo que sí.

Nos miramos fijamente, sin poder creernos el nivel de gilipollez que habíamos alcanzado en nuestra adolescencia. La de tiempo que habíamos perdido, la de disgustos que podríamos habernos ahorrado...

Suspiró sonoramente y echó su cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo del sofá. Los latidos apresurados de mi corazón me ensordecían, pero de igual forma me incliné hacia él y descansé mi cabeza en su pecho y mi mano en su abdomen. Acarició mi espalda con suavidad.

—Es gracioso y frustrante a la vez.

—Ajá —susurré, de acuerdo con él.

—Lo pasé muy mal cuando empezaste a salir con Xavier. Él sabía lo que me gustabas, me había oído hablar de ti hasta la saciedad. Alejarme de vosotros fue lo mejor que pude hacer, pero ahora lo pienso y... Si no me hubiese alejado, te habría ahorrado muchos malos momentos y quizá podría, no sé, haberte confesado lo que había sentido por ti.

—Me enfadé mucho cuando vi que te alejabas, pero también fue mi culpa por dejarte hacerlo. Se ponía muy celoso con todo lo que a ti respectaba y yo no quería tener problemas de ningún tipo con él, así que...

—Los dos nos alejamos.

—Exacto. —Suspiré.

Sus labios se posaron con suavidad en mi frente y cerré los ojos unos segundos, sintiendo esa caricia y escuchando los latidos de su corazón, algo más calmados que los míos.

—No volverá a pasar lo de estos días. Se acabó.

—Se acabó —musité, deseando que así fuera. Levanté mi cabeza para mirarlo—. ¿Pedimos pizza?

Capítulo 21

River

Me despedí de Susan con un beso casto en los labios en la puerta de Sounds of Hughes, sin escondernos más, y conduje hacia Chambly.

El día anterior habíamos quedado en que iríamos juntos, pero no quería que Su tuviera que enfrentarse a mi hermano y al inminente desprecio de mi madre. Desprecio temporal, cabe añadir, pues mamá no detestaba a Susan y jamás podría hacerlo, pero se dejaba cegar por Xavier y la altura del altar en el que lo tenía. Pero, sintiéndolo por él, el chollo se le había acabado.

Me había callado a principios de diciembre.

Me había callado en Navidad.

Y ya no merecía más chance. Después de haberse comportado de esa forma, no merecía que lo protegiera más.

No lo había pasado demasiado bien esos días en los que, tras haberme comportado como un gilipollas con Su, había dejado de hablarme. Había tenido la suerte de estar junto a mis compañeros de equipo, muchos de los cuales eran buenos amigos, como Kone, Belimir o Patrick, que me habían aconsejado dejando las bromas a un lado y se habían encargado de mantenerme lo suficientemente distraído como para que no me diera tiempo a comerme la cabeza.

No estaba satisfecho con mi comportamiento y reconocía que tenía el mismo problema que mi madre o mi hermano, y era que me calentaba demasiado rápido y no actuaba con la cabeza. Gracias al hockey había mejorado muchísimo en dicho aspecto, pues no me daba la gana llevarme sanciones a casa o empezar peleas innecesarias que pudieran perjudicarnos.

Aunque había quedado claro que me hacía falta trabajar más en ello.

Llegué a la casa en la que había crecido y aparqué fuera del camino asfaltado que llevaba a la entrada, donde el coche de mi hermano y el de mi padre estaban estacionados. Xavier había vuelto de Ottawa a la sede de Montreal de nuevo y se estaba quedando en casa de nuestros padres hasta que tuviera listo el piso que se había comprado (probablemente con el dinero de papá).

«Ya estamos todos», pensé mientras entraba con mi llave.

El perro de mis tíos, Sky, vino a recibirme antes que nadie.

—Hola, hola, hola.

Acaricié su cabeza mientras avanzaba por el pasillo y él saltaba contra mis piernas.

Al llegar al salón, mamá desayunaba y papá y Xavier hablaban de Dios sepa qué asunto del trabajo. Me habían escuchado, pero me estaban ignorando. Menos papá, que me dirigió una sutil sonrisa que acepté de buena gana. Era un hombre bueno, tanto que callaba demasiadas cosas para ahorrarse problemas.

—Buenos días, familia.

Y nadie dijo absolutamente nada.

Retiré una silla y me senté. Sabiendo que le molestaría y así conseguiría su atención, agarré la taza de mi madre y me la llevé a los labios; odiaba que cualquier persona tomara siquiera un sorbo del té directamente de su taza.

—River —me advirtió.

—Oh, ya existo. Genial.

Me quitó la taza de las manos, sin mirarme siquiera a los ojos.

—¿En serio hemos llegado al punto de no hablar las cosas como adultos?

—Si te comportaras como uno, quizá podríamos —espetó Xavier.

—No me hagas hablar, Xavier. Has hecho esto con maldad y sin contar la versión entera, así que no quieras tirarme de la lengua porque tengo una historia más completa por contar.

—No amenaces, River.

—Hasta aquí —intervino mi padre, sin alterarse ni un poco y manteniendo la parsimonia que tanto le caracterizaba—. Años de discusiones siempre por el mismo móvil, así que es hora que aclaréis las cosas.

—A eso he venido, pero me he encontrado con dos personas comportándose como críos.

—¿Cómo voy a comportarme contigo si estás acostándote con la exnovia de tu hermano, River? Aquí no se te ha educado así, por Dios santo.

—Vamos por puntos, mamá, porque ya has empezado equivocándote. Lo primero es que no me he acostado con Susan y ni siquiera lo he intentado.

—Venga ya —bufó Xavier. Lo miré con advertencia.

—Lo segundo es que sí, estoy conociendo a Susan más allá de una amistad. No lo buscamos, simplemente surgió.

—Cielo santo...

—He estado tantos años enamorado de Susan, mamá. Desde que la vi bajar del coche de su madre por primera vez, siendo niños... Y solo tres personas saben lo que sentía por ella. Una de ellas está aquí, adivina quién. —Mamá miró a Xavier un instante—. Y a ella le gustaba yo. Te invito de nuevo a adivinar quién lo sabía también. No me gusta tirar la excusa de «yo la vi primero», pero es, probablemente, una de las razones por las que no detuve mi acercamiento con ella cuando nos volvimos a ver en diciembre. Ella es la primera que quiere hacer las cosas bien, porque os quiere mucho a los dos. —Señalé a mamá y a papá.

—Seguro que mientras estuvimos juntos también...

—No sigas por ahí —interrumpí a mi hermano—, porque tú me pediste que me alejara de ella por razones que todos sabemos ahora, igual que le pediste a Su que se alejara de mí. Rompiste una amistad y encima quisiste que nos mantuviéramos lejos el uno del otro una vez rompió contigo. Porque rompió contigo, no os disteis un tiempo. Ya que cuentas lo que a mí me pertenece contar, debería hacer yo lo mismo, ¿no crees?

Si Xavier pudiera, probablemente me estrangularía. La última vez que me había mirado de esa forma había sido cuando le rayé sin querer su coche nuevo hacía unos años.

—¿Qué es lo que nos debes contar? —inquirió papá.

—Deberíamos hablar antes de lo que...

—Xavier, habla.

Me acomodé en la silla tras las palabras de mamá.

Aún tardó unos segundos en abrir la boca, pues se tomó su tiempo para tratar de recuperar el color del rostro tomando un par de tragos a su taza de café.

—Susan me dejó porque le fui infiel.

Quise aplaudir, pero aun así esperé, porque quedaba tela que cortar.

Mamá jadeó.

—Durante dos años, dilo —añadí.

—¿Dos años?! —exclamó mamá.

—Y diles con quién, venga.

—Te conviene callar, River.

—No tengo nada que perder. Adelante, soy todo oídos.

Y sí, me lo estaba pasando de lujo.

Porque se le había acabado el chollo de una buena vez.

—Con Katherine Score, mi secretaria —adivinó papá—, ¿verdad?

—¿Cómo lo has sabido?

—Pidió el traslado el mismo día que tú a Ottawa. ¿Justo unos días después de que lo dejarais con Susan me pides irte y la secretaria también? Demasiado pronto para tener una relación con alguien lo suficientemente cercana como para marcharos juntos.

—Ya podrías haber dicho algo...

—No quise pensar que habías sido tan sumamente imbécil como para engañar a una chica como Susan, que se ha portado tan bien con nosotros y contigo, que siempre ha sido tan respetuosa.

Miré a mamá, que solo negaba con la cabeza y miraba con decepción a Xavier.

—¿Por qué he parido a dos hombres tan idiotas? —espetó en un quejido—. Uno engaña a su novia de cuatro años y el otro empieza a tener algo con ella. Es que no me cabe en la cabeza.

—¿Vas a dejar de hablar también con Xavier?

Me miró.

—Porque me habéis condenado por simplemente tener sentimientos hacia Susan. No quiero imaginarme qué debe suponer hacia tu hijo pequeño el notición que os ha dado. Y con esto no quiero decir que quiero que le retires la palabra a Xavier, sino que me parece una gilipollez que lo hicieras conmigo, mamá. No puedes juzgar a alguien sin escuchar las dos versiones de la historia.

—Nosotros no somos nadie para juzgar nada —dijo entonces papá—. River, lo que estás haciendo quizá no es lo más acertado moralmente hablando, pero no estás haciendo daño a nadie.

—¿A mí?

Miramos a Xavier.

—Has engañado a Susan, por lo que no la quieres ni un poco, hijo. No te duele, te da rabia que tu hermano vaya a tener la oportunidad de quererla de verdad y... —Papá se calló de golpe y miró a mi madre. Luego a Xavier de nuevo—. Katherine está de baja por embarazo.

Mamá jadeó.

Yo miré a Xavier con los ojos muy abiertos.

—¿La has preñado, tío? —murmuré sorprendido, sacando mi móvil del bolsillo.

—Daré a luz en unos días. Esto sí que me hubiese gustado decíroslo antes, en Navidad, pero con lo de River y Susan se me pasó y... —Negó con la cabeza frustrado—. En teoría el viernes que viene va a dar a luz, pero como es primeriza se puede adelantar.

—¡Mira con la naturalidad que lo dice, Ryan! Cielos. ¡Ha embarazado a una mujer y nos tenemos que enterar cuando va a dar a luz!

River

O no lo sabías, o te olvidaste de darme un gran detalle sobre Xavier y Katherine.

Dejé el móvil encima de la mesa y volví a prestar atención a la conversación.

Porque por nada del mundo hubiese dicho que mi hermano iba a ser padre. Eso eclipsaba cualquier cosa que pudiéramos haber dicho minutos antes.

—Necesito una tila o algo. Esto no puede estar pasándonos a nosotros, Ryan —musitó levantándose de la silla. Papá la imitó—. Te dije que el internado era buena idea. Y tú: «no, no

hará falta...».

Y con esa conversación se fueron a la cocina.

Justo en ese momento me entró un mensaje de Susan que leí desde la pantalla de desbloqueo.

Susan

Oh, joder, lo siento mucho, River. Pensé que te lo había contado cuando te expliqué lo que había ocurrido... Perdóname.

Susan

¿Has ido sin mí a casa de tus padres?

—Ya tienes lo que querías, bravo.

Miré a Xavier.

—¿Lo que quería? Tío, lo que quería era que dejara de haber mentiras en esta familia. Ni tú ni yo estábamos contribuyendo a ello.

—¿Y hacía falta hacerlo de esta manera?

—¿Qué manera? Yo no he sido el que ha mentido a su familia para salvar su culo. Lo único que he hecho ha sido ocultar lo mío con Susan, de lo cual no me arrepiento para nada. Y entiendo que te pueda molestar, es totalmente lícito y comprensible. Siento de corazón que te tuvieras que enterar de esa forma y no por nosotros.

No temí su silencio porque sabía que era reflexivo, que le estaría dando vueltas a la cabeza.

—¿La quieres?

Esa pregunta me tomó desprevenido.

—No lo sé. En toda mi vida solo la he querido a ella en ese sentido. ¿Lo siento ahora? No sabría qué decirte, pero estoy tratando de averiguarlo.

—No la cagues como yo. Susan no lo merece.

«Aleluya», pensé.

—De momento, llevo una cagada. Espero no ir pronto a por la segunda —bromeé.

La pantalla de mi móvil se iluminó con otro mensaje de Susan, pero yo le presté más atención a la hora. Maldije por lo bajo; si no me marchaba ya, llegaría tarde al entrenamiento. Me levanté y me guardé el móvil en el bolsillo.

—No me digas que me vas a dejar solo con mamá y papá echándome la bronca —se apresuró a decir mientras me acercaba a él.

—Si has tenido cojones para embarazar a Katherine, también los tendrás para hablar con ellos. Sin mentir, por favor, no empecemos de nuevo.

Asintió con la cabeza. No se levantó de la silla en la que estaba sentado con aspecto derrotado, pero choqué mi mano con la suya y le di un par de palmadas en la espalda.

—Todo bien, River —me dijo ante mi pregunta silenciosa.

—Hablamos pronto, ¿vale? Mi casa es la tuya cuando quieras, pero no para dormir, no te pases.

Rio por lo bajo.

—Gracias.

—¿Les dices tú que me he tenido que ir a entrenar?

—Sí, tranquilo.

Un minuto después, ya estaba dentro del coche. Abrí los mensajes pendientes de Susan y la

llamé. Puse el altavoz y arranqué para marcharme hacia Montreal de vuelta.

—¡Ei, hola! ¿Estás enfadado conmigo? Lo entendería. Se me pasó. El primer día no te lo quise decir porque no era algo que me correspondía, pero conforme avanzó el tiempo, no sé por qué, di por hecho que te lo había dicho y por eso no te lo conté. Como tampoco es algo de lo que suela hablar, no saqué nunca el tema y...

—Está todo bien, tranquila. No me voy a enfadar por un descuido, Su.

—Menos mal, menos mal.

Me reí sin poder evitarlo.

—¿Por qué has ido sin mí? Ayer quedamos en que te acompañaría...

—Lo sé, pero creo que es algo que debía hacer yo.

—Oh... ¿Ya has acabado? ¿Tan rápido?

—Tengo entrenamiento ahora. He dejado a mamá haciéndose una tila recién enterada del embarazo y a Xavier reflexionando, pero el tema tuyo y mío ha quedado zanjado con él. Me queda hablar bien con mi madre, pero ya lo haré mañana. O esta tarde. —Me quedé en silencio unos segundos—. No, esta tarde no, que hay partido y debo estar allí. A todo esto, ¿quieres venir?

—¿Puedo?

—Pasaré por ti a las seis y media.

—Hecho. Nos vemos entonces.

—O quizá un poco antes.

—¿Eso es que vienes a almorzar conmigo?

—Puede que sí —respondí ganándome su risa—. Adiós, Su.

—Hasta luego, River.

Capítulo 22

Susan

Esperé toda la mañana impacientemente las doce, que era la hora en la que, probablemente, River vendría a almorzar. No lo había asegurado, pero yo tenía la firme convicción de que estaría allí a tiempo con una bolsa llenita de comida.

Lo había echado de menos.

Mientras desembalaba los nuevos instrumentos de viento que habían llegado más o menos a las once, vi aparecer en la tienda a alguien que no esperaba ver en Montreal. Sin tener que verle la cara, podría haberla reconocido solo por el vestido tobillero y los botines de tacón; el *look* por excelencia de Marilyn McDaniels.

Mi plan era ir a su casa el domingo, cuando tuviera que ir a comer con mi madre y los abuelos, pues estaba claro que yo también le debía unas palabras. Era una mujer a la que quería como una más de la familia, que me había cuidado cuando había estado enferma, que me había acogido bajo su ala en las multitudinarias comidas familiares de los McDaniels... Era un sol, pero tenía demasiado endiosados a sus hijos. Y ni el mayor ni el menor merecían estar en un podio tan alto; no eran perfectos.

En sus manos traía dos vasos desechables de café de la cafetería de enfrente.

Olía a disculpas.

—Marilyn, hola. Qué sorpresa.

—He venido a hacer unas compras y he visto oportuno venir a disculparme contigo.

Aparté la caja con el saxofón del mostrador y acepté de buena gana el café que me ofrecía. Además de a disculpas, olía un poquito a vainilla. Sonreí. Me conocía mejor que muchísimas personas.

—Creo que yo también te debo una disculpa.

—No deberías disculparte por tener sentimientos por River, Susan.

—No me quiero disculpar por eso, creo que no hay perdón que pedir cuando de amor se trata. Me disculpo por habértelo ocultado y porque te hayas enterado de tan malas formas.

Respiró hondo y le dio un largo sorbo a su vaso, lo cual supuse que no era café, sino una tila; probablemente la quinta del día.

—Hoy me he levantado tan tranquilamente: me he hecho mi café, me he sentado en el comedor para desayunar y escuchar un poco la conversación sobre el trabajo que Ryan y Xavier estaban teniendo, y cinco minutos después me estaba tomando una tila en la cocina tras enterarme que mi hijo pequeño te engañó durante dos años con la secretaria de mi marido, que encima la ha embarazado y que nos ha mentado en un millar de cosas más.

—Una mañana dura.

—Una mañana de locos. He pedido hora al psicólogo para mí y he obligado a Xavier a buscar otro. Mi marido lo va a despedir si no acude a terapia. —Suspiró.

—Son medidas que deben tomarse, Marilyn.

—Lo sé, pero es un poco duro enterarme de todo esto de golpe.

—Creo que siempre has tenido a tus hijos en un podio demasiado alto. Que ambos pueden ser muy buenos chicos y haber logrado cosas extraordinarias, pero nunca es bueno endiosar a alguien como tú lo has hecho —dije de la forma más suave y respetuosa que supe.

Otro suspiro.

«Lo que no va en lágrimas va en suspiros», decía siempre mi abuela.

—Ahora lo veo. Y siento haberme portado así contigo.

—¿Así cómo? ¿Estupendamente, increíblemente bien y como una madre?

La sonrisa le llegó a los ojos.

—Te giré la cara y seguí mi camino sin decirte nada el otro día.

—Lo entiendo. Acababan de decirte Dios sepa qué cosas sobre mí y River.

—Que llevabas meses acostándote con él y que sospechaba que os habíais visto durante tu relación con Xavier, concretamente.

—Oh, joder.

—Ya.

—El día que fui a tu casa, cuando me invitaste a comer, fue el primer día que lo veía en muchísimos meses. Y, de hecho, él me odiaba porque Xavier le dijo que me había dejado porque yo hablaba mal de vosotros.

—Ya, de eso también estoy enterada. Yo... —Carraspeó y le dio otro largo sorbo al vaso—. Me resulta raro que tú y River ahora tengáis... algo, pero también creo que merecéis la oportunidad de ver si lo que no pudo ser años atrás, ahora sí es posible.

—Creo que me sería muy complicado estar bien con River si tú no vieras nada bien esto —admití.

No se lo había dicho a River, pero la aprobación de su madre era importante para mí. Quizá si ella no lo viera bien, seguiría de todas formas conociéndolo, pero no me acabaría de sentir bien.

—No lo veo mal —se apresuró a decir—, pero me he acostumbrado a verte con Xavier, por eso me resulta extraño ahora. Pero no creo que sea malo. Además, River tiene un aura muy bonita y creo que hacéis una preciosa pareja.

Sonreí agradecida y con el corazón un poco más feliz por sus palabras.

—Gracias, Marilyn.

—A ti, por haber aguantado a los dos McDaniels más complicados del catálogo. Ay, con lo buenos y nobles que son mis sobrinos.

—No me quieras emparejar con ninguno de ellos —pedí con una risa.

—Voy tarde ya, ¿verdad?

Las dos nos reímos.

Me alegró de sobremanera poder por fin hablar con Marilyn sin ocultarle absolutamente nada.

—Voy a marcharme ya, cielo. El dentista me espera. —Fingió un escalofrío y sonreí—. Si vieras a River, dile que mañana lo quiero en casa por la mañana, que se ha marchado y no he podido siquiera hablar con él.

—Yo se lo diré.

Nos despedimos con un abrazo y un beso en la mejilla cada una. Cuando se marchó, la vi cruzar la calle y subirse a su coche.

Me daba mucha pena que en un solo día hubiese tenido que enterarse de todas las mentiras que se le habían ocultado durante largos meses. Con lo buena que era con todo el mundo, no merecía que le ocultaran cosas o las maquillaran a su antojo. Marilyn merecía verdad, no un saco de mentirosos cargado a la espalda.

Y me incluía.

Yo también le había ocultado algo, aunque fuera por su bien.



Tras la ausencia de River durante el almuerzo después de su escueto mensaje pidiéndome perdón por haberme dado plantón, sí que apareció a la hora del partido. Se disculpó un total de mil seiscientas veces porque el entrenamiento se había alargado más de lo que pensaban y ni tiempo le había dado a informarme de ello.

Me recompensó en condiciones comprándome patatas fritas una vez en Centre Bell y dejándome robar unas pocas de su plato una vez se me acabaron las mías.

El partido contra los New York Rangers no era el más importante de la temporada ni de lejos, por lo que el pabellón no se había llenado en su totalidad. Aun así, el ambiente estaba igual de animado y tenso que siempre, los banderines blancos ondeaban por todas las gradas y los goles se gritaban como en una final de la Copa Stanley. Si algo tenía la afición de los Canadiens era fidelidad intacta a pesar de todo; el mejor equipo de la NHL tenía los fans que merecía.

Probablemente dejé sordo a River, que no gritaba, no decía nada; solo miraba fija y seriamente el partido. Sí que insultaba un poco, pero lo justo y necesario para no parecer un fan loco. Y yo... Bueno, yo gritaba, cantaba con el público y discutía con algún aficionado de los Rangers de vez en cuando.

—Susan, cariño, como armes un escándalo, mi cara va a salir junto a la tuya en todos los portales de internet. Hazme el favor de bajar dos tonos a tu intensidad.

Sin mirarlo, cogí un par de patatas de su bandeja medio llena y me las metí en la boca. De reojo vi cómo sonreía antes de inclinarse hacia mí y besar mi hombro.

«Qué mono es», pensé mientras colocaba su mano en mi rodilla y le daba un pequeño apretón. Yo puse la mía encima de la suya.

En el segundo tiempo de descanso, estiré mis piernas aprovechando que los del asiento de delante se habían marchado a algún sitio. Gemí por lo bajo.

—Tengo las piernas tiesas.

—Levántate y camina un poco por aquí...

Entonces se calló cuando me escuchó jadear con sorpresa. Confundido, me miró y vio qué estaba mirando. Las pantallas del estadio.

La *Kiss Cam*.

—¡Ya es temporada de *Kiss Cam*!

—No, empieza en febrero, para San Valentín y esas cosas. Ahora en enero harán un par solo para probar su funcionamiento y cerciorarse de que está todo correctamente.

Me giré hacia él, mirándolo con una amplia sonrisa que no pude esconder.

—Si nos enfocaran, ¿me besarías?

—Sabes perfectamente que no me hace falta que nos enfoquen para que te bese, ¿verdad?
—murmuró acercándose a mis labios.

—Lo sé. ¿Pero lo harías?

—Por supuesto.

—¿Crees que nos enfocarán? Nunca me ha tocado una *Kiss Cam*. Me haría ilusión.

—Esta zona es un punto ciego, no van a enfocarnos.

—Oh... —musité decepcionada. Me fijé en sus ojos oscuros—. ¿Me das mi beso de *Kiss Cam* sin *Kiss Cam*?

—No tienes ni que pedírmelo.

Su mano se deslizó hacia mi nuca y dirigió mi boca hacia la suya hasta que nuestros labios se encontraron. No fue un beso que pecara de descarado; fue un beso lento, de esos que te roban el aliento y te hacen desear vivir en ellos hasta la eternidad.

Un beso de *Kiss Cam*, sí, señor.

Capítulo 23

River

Entré en casa de mis padres sin siquiera saber quién estaría en casa a esa hora. Mi madre tenía unos horarios tan suyos que nadie, salvo ella y mi padre, era capaz de adivinar. Habíamos dejado la conversación a medias el día anterior, pues tuve que marcharme a entrenar sin haber acabado de hablar. Solo esperaba no pillarla enfadada, porque su empatía bajaba unos cuantos niveles cuando lo estaba.

Fui directamente a la cocina, ya que a mamá le gustaba hacer el almuerzo temprano y luego hacer todo lo que tuviera pendiente. Y acerté, porque allí estaba ella, tarareando una canción que desconocía y batiendo huevos en un bol.

—Buenos días.

—¡Jesús!

Se dio la vuelta rápidamente, casi volcando los huevos y mirándome con reproche.

—River McDaniels, no me des estos sustos.

—Lo siento, mamá —me reí por lo bajo, acercándome a ella para saludarla con un beso, como siempre.

—Siéntate, jovencito.

Me senté en la isla de un salto tras saludarla y supe que se venía la reprimenda. Lo bueno era que no sería tan dura como hubiese sido desde un principio, pues ya habíamos aclarado más las cosas. Ella siguió batiendo los huevos mientras me miraba, esperando silenciosamente a que yo hablara.

—Solo voy a disculparme por no habértelo contado yo junto a Susan.

—Lo sé, no quiero que te disculpes por sentir algo por Susan. A ella le dije lo mismo.

—¿Entonces?

—¿No había más mujeres en el mundo, hijo?

Negué con la cabeza y se me escapó una media sonrisa.

—No para mí, mamá. Es Susan.

Me miró fijamente y negó con la cabeza, tratando de ocultar una pequeña sonrisa.

—Es Susan —afirmó—. Es una chica maravillosa y aquí en casa la queremos como a una hija más, pero deberías haber hecho las cosas bien desde un principio.

—¿Qué significa bien para ti?

—Haber hablado con tu hermano para comentarle lo que sentías por ella, habérselo contado a mí o a tu padre para que te hubiésemos ayudado a hacer entrar en razón a Xavier... Algo.

—Tengo casi veintiséis años, creo que soy capaz de manejar esto solo, mamá. Si no os lo dije antes, era porque no sabíamos qué sentíamos con exactitud. ¿Y si todo se hubiese quedado en nada? No quería arriesgarme a contaros lo que estaba ocurriendo y que luego no fuese nada, porque lo último que quería era decepcionaros o enfadaros. Pero, en realidad, lo hice más por Susan, porque ella también os quiere mucho y lo último que quería era tener problemas con vosotros.

—Vaya dos...

—Pero nunca os hemos mentido. Sí ocultado la verdad, pero no mentido.

—Y lo aprecio mucho, cariño. —Me dio un apretón cariñoso en la rodilla y siguió

batiendo—. Yo siempre supe que te gustó Susan, pero no pensé que te hubiese afectado que empezara a salir con tu hermano porque ya eras grande, ya vivías en Montreal... Quise creer que ya la habías olvidado.

—¿Cómo olvidar los sentimientos hacia una persona como Susan?

Sonrió.

Yo también lo hice.

—Hacéis una pareja muy bonita, que lo sepas. Los dos tenéis una bondad y un aura muy bonita. Creo que si lo hacéis bien, vais a ser muy felices juntos. Aunque...

—¿Aunque...?

—Deberías trabajar más esa impulsividad tuya al enfadarte, hijo.

—Lo sé, lo sé... Lo voy a comentar con el psicólogo del equipo que me ayudó mucho al principio, cuando empecé a jugar con los Habs.

—Así me gusta. Ya no solo tienes que hacerlo por Susan, también por ti.

Asentí con la cabeza.

Estaba de acuerdo. Había mejorado un montón los últimos años, pues lo único que hacía era magnificar la situación y, al cabo de dos horas, me daba cuenta de lo ocurrido. Antes solía magnificarlo y hasta pasados muchos días no recapacitaba. Poco a poco mejoraba esos aspectos de mí que detestaba, y me sentía muy cómodo con ello. Aunque todavía quedaba mucho que mejorar y más ahora que tenía pareja.

—¿Sabes qué es lo que más me inquieta ahora con Susan? —pregunté mientras mamá echaba el huevo encima de... algo dentro de una olla.

—¿Qué?

—Cuando la traiga a comer el día de tu cumpleaños y estén aquí los tíos, los primos y los abuelos.

—Ya me aseguraré de que no abran el pico al respecto.

—Tampoco eso, pero que al menos no la hagan sentir incómoda. Sigue siendo una más, solo que...

—De la mano de otro McDaniels.

—Ajá.

—Ya me ocuparé de ello, cariño. Dile que no se preocupe por nada.

Capítulo 24

Susan

El domingo, en cuanto volví de Chambly a Montreal, conduje directamente a casa de River.

River

No me dejan pisar el hielo hasta febrero.

Ese fue el mensaje que vi en cuanto acabé de almorzar. Se me encogió un poco el corazón al leerlo, así que decidí ir a su casa al acabar de comer.

River tenía muchas ganas de poder volver a jugar y esperaba poder hacerlo a finales de enero como muy tarde, pero sus planes se habían visto truncados por alguna razón que estaba deseando saber. No podría ayudarle, eso desde luego, pero al menos sí podría darle un poco de compañía.

Y algún que otro beso.

Su mensaje me tenía un poco preocupada, pues lo de pisar el hielo no sabía si se refería también a entrenar. Ojalá no lo fuera.

Llegué y aparqué delante de su casa. Era una calle tranquila y siempre había puestos libres para estacionar, pues todas las casas tenían garaje o camino asfaltado para dejar sus coches. Mi madre me había dado una fiambarrera con tarta de bayas que había sobrado del postre, así que la llevé conmigo, pues sabía que a River le gustaba; o al menos en nuestra adolescencia. Llamé el timbre y esperé.

Un largo minuto tardó en abrirme.

—Bueno, menudo recibimiento —dije con una sonrisa divertida.

Solo en pantalones largos de chándal y sin camiseta.

Genial.

Perfectísimo.

River sonrió y me atrajo a él para besarme en los labios.

—¿Qué haces aquí?

—Puedo irme.

—No, por favor.

—Vengo a hacerte compañía y a traerte tarta de bayas de mi madre, la cual puedo comerme yo misma si no...

—Trae eso.

Me quitó la fiambarrera de las manos y se adentró en su casa. Me reí por lo bajo, cerré la puerta y lo seguí hacia el interior mientras me quitaba la chaqueta. La colgué junto a mi bolso en el perchero de la entrada. Ya en el salón, River se había sentado en el suelo, cerca de la chimenea encendida, con la fiambarrera abierta en sus manos. Negué con la cabeza sin perder la sonrisa al ver que se iba a comer la tarta con las manos y fui a la cocina; como en mi propia casa. Unos segundos después, volví con un tenedor y se lo di.

—Gracias, cielo.

El corazón me dio un pequeño salto.

Cielo.

Me gustaba.

Me senté en el sofá, justo detrás de él, y coloqué las manos en sus hombros. En la televisión se estaba reproduciendo *Knives Out*.

—Tu madre tiene el cielo ganado —musitó con la boca llena.

—No voy a negar eso.

—¿Lo de cocinar bien es hereditario?

—No, lo siento. —Reí—. Sé cocinar casi cualquier cosa, pero no innovo ni le doy mi toque a todo como ella.

Eché su cabeza hacia atrás hasta que nuestros ojos se encontraron. Subí mi mano por su cuello y lo acaricié con suavidad antes de inclinarme para depositar un pequeño beso en sus labios.

—Joder —se quejó mientras volvía a colocar la cabeza bien.

—¿Qué pasa?

—Cómo me gustas, Susan.

Lancé una carcajada irremediablemente.

Le masajee los hombros hasta que acabó el pedazo de tarta (para nada pequeño) que le había traído. Se relamió al menos cinco veces. Y no era para menos, pues era uno de los postres que mejor le salía a mamá. Dejó la fiambreira en la mesita de centro, la cual apartó hacia un lado con los pies, y cogió unos cojines de encima del sofá para posarlos cuidadosamente sobre la alfombra. Me pilló totalmente desprevenida cuando me llevó al suelo con él.

—Avísame antes —me quejé a punto de infartar.

—Perdón. —Besó mi barbilla y luego mi oreja, antes de tumbarse e invitarme a hacer lo mismo.

En cuanto me hube tumbado a su lado, deslicé mi brazo por su abdomen y lo abracé.

—¿Qué ha pasado? —susurré, haciendo referencia a su vuelta al hielo.

—Quieren asegurarse de que no recaigo en la lesión y prefieren que espere unas semanas más. —Suspiró sonoramente y acarició mi pelo con una de sus manos—. Me han jodido, Su.

—Es por tu bien...

—Lo sé, pero ya estaba concienciado e ilusionado con que en dos semanas como mucho volvería a jugar.

—Ten en cuenta que podría ser peor. Dentro de lo que cabe, tu lesión ha tenido una recuperación corta comparado con otros jugadores, River.

—Soy consciente de ello, pero de igual forma... —Suspiró.

—Jode.

—Y mucho. —Acarició mi espalda—. Gracias por venir.

—Más faltaría. Pero no vengo por ti, sino porque necesito a alguien que venga conmigo el lunes a las siete de la tarde al teatro a ver la obra que estrena Harper.

Se rio por lo bajo y yo sonreí. Acaricié su abdomen y subí mi mano hacia su cuello, el cual rasguñé con suavidad con mis uñas.

—Me vas a acompañar, ¿verdad? No dejarás que vaya sola.

—Soy complicado de convencer.

—No lo creo —murmuré paseando mis dedos hacia abajo de nuevo.

No dejó que hiciera ni un solo movimiento más, porque se giró hacia mí y prácticamente se me colocó encima a horcajadas. Esbocé una sonrisa divertida, pero nerviosa a la vez. Me miró fijamente con esos ojos oscuros tan bonitos que tenía durante unos segundos. Hasta que me dio dos toquitos en los labios; una petición silenciosa que captó al instante, porque se inclinó hacia mí para depositar un beso minúsculo en ellos.

Protesté y él sonrió.

Deslizó sus manos por mis brazos hasta llegar a mis muñecas y las agarró para aprisionarlas sobre mi cabeza.

En ese momento solo escuchaba «bum bum, bum bum, bum bum».

Solo eso.

Solo los latidos furiosos de mi corazón.

Agachó su cabeza y presionó sus labios suavemente en la línea de mi clavícula. Mis piernas se movieron debajo de él de forma inconsciente cuando se alejó un poco, sin soltarme las muñecas, para mirarme. Paseó su mirada por el bajo de mi jersey subiéndose, por el pelo que debía tener totalmente despeinado después de haberme tumbado, por mis manos... Pasó sus dedos en una suave caricia por mis brazos y bajó hacia el escote en mi pico de mi jersey. Lo tiró hacia abajo, solo unos centímetros, dejando a la vista un cachito de mi sujetador negro.

Y allí depositó un beso.

Uno pequeño que me hizo vibrar de pies a cabeza.

Sus ojos, unos tonos más oscuros que hacía tan solo unos minutos, buscaron los míos.

—Preciosa.

Sonreí y relajé mi cuerpo bajo el suyo.

—Llevabas este jersey en el último cumpleaños de mi madre —susurró deshaciendo el agarre de mis muñecas. Cuando traté de bajar los brazos, me lo impidió y con la mirada me advirtió que debía dejarlas allí—. Bailabas en el jardín con mis tías y mis primas. Este hombro quedó al descubierto...

Bajó un poco mi jersey de un lado y dejó mi hombro izquierdo al desnudo.

—Y quise hacer esto.

Lo besó una, dos y tres veces hasta encontrarse con la tira de mi sujetador, la cual bajó con los dientes. Me tragué un jadeo y respiré hondo, notando un hormigueo en el centro de mi cuerpo. Mis dedos se enroscaron en la alfombra cuando sus labios bajaron un poco más hacia mi pecho. Susurró una carcajada cuando me arqueé un poco hacia su cuerpo. Acarició mi torso con las manos, con suavidad, rozando los costados de mis pechos, sin perder de vista mis ojos.

—¿Puedo?

—Mhm.

Afirmé, pero ni siquiera sabía a qué se refería.

En ese momento mi cabeza solo tenía una respuesta: sí a todo.

Agarró el bajo del jersey y lo subió por mi cabeza hasta quitarlo con mi ayuda. A juzgar por la forma en que su mandíbula se apretó un poco, supuse que le gustaba lo que veía. Me lo confirmó cuando se inclinó hacia mis labios y los presionó con fuerza con los suyos. Entonces no me guardé el jadeo.

Ese pequeño juego había pasado a ser, oficialmente, de una provocación a un ultimátum.

El primer beso con connotaciones posesivas que me daba, con un puntito de agresividad que me avivó por completo. Se encargó de persuadir cualquier distracción con la lengua y mordisqueó mi labio ligeramente. Pero se volvió a alejar.

—¿Puedes dejar de hacer esto, River McDaniels? —me quejé, desobedeciéndolo y bajando mis manos hacia su torso.

—¿El qué? —Su tono divertido me frustró un poco.

Agarré el borde de su pantalón y pasé mis pulgares bajo la goma, haciendo que sus ojos se oscurecieran un poco más.

—No pares —pedí.

Dejé de recorrer el borde del pantalón y toqué el cierre delantero de mi sujetador. Lo miró. Sonrió. Ya había localizado el cierre y pareció satisfecho con ello.

—Veamos...

Y mis manos volvieron a reposar encima de mi cabeza bajo la obligación de River.

Su boca se presionó contra mi cuello en besos y pequeñas succiones que me obligaron a cerrar los ojos y disfrutar de ellas. Enrosqué mis piernas alrededor de sus caderas justo cuando sus labios se encontraron con los míos, algo más decididos, algo más agresivos. Apoyó sus codos a los lados de mi cabeza y yo bajé mis manos hacia su nuca, su espalda, su torso... Acaricié todo lo que estaba a mi alcance.

Traté de quitarme los pantalones, pero me quedé en el intento, solo pudiendo desabrocharlos.

—Ayúdame —pedí en un gemido justo cuando presionó su pelvis contra la mía.

Ni siquiera tuve que decirle en qué necesitaba su ayuda. Me quitó los zapatos en medio segundo y tiró de mi pantalón hacia abajo. No presté atención a qué lado del salón habían caído, porque se levantó para deshacerse de los suyos y solo pude fijarme en él.

Él, él y él.

Volvió a estar encima de mí en pocos segundos y mis labios no tardaron en buscar los suyos. Necesitaba más de él. Me acarició todo centímetro de piel que encontró a su alcance. River presionó una de sus manos entre mis piernas, sobre mis braguitas que pedían desaparecer, y puntitos negros aparecieron en los bordes de visión.

Gemí, alzando mis caderas, buscando más contacto.

—Su...

—¿Sí?

—Niégate ante cualquier cosa que no quieras, por favor —susurró acariciándome con el mayor tiento posible.

—¿De verdad crees que quiero negarme a algo ahora mismo, River?

Sonrió.

—Espero que no.

Recorrió el valle de mis pechos a besos, acarició mi abdomen hacia abajo con su lengua y deslizó mis braguitas fuera de mí. Nuestros labios volvieron a encontrarse cuando sus dedos se abrieron en abanico sobre mi piel, cuando su pulgar rozó justo el punto que quería que tocara.

Un gemido atrapado en mi garganta salió en forma de jadeo.

Bastaron pequeñas caricias para que me diera cuenta de que jamás había estado tan cerca del borde con algo de ropa puesta.

—Años de preliminares, Susan. Años.

—Demasiados.

Sus dedos, al borde de mi sexo, tanteaba la humedad que él había provocado y yo ya no me veía con la capacidad de esconder mis gemidos. Alcé un poco las caderas y los empujó hacia mi interior.

«Ahí», pensé. «Justo ahí».

Cada vez que empujaba hacia arriba, él empujaba dentro de mí.

Su frente contra mi pecho, su boca cálida, sus dientes mordiéndome y sus dedos en mí.

Solo tenía cabeza para eso.

Mis manos se cerraron en un puño en el borde de su bóxer, queriendo arrancar ese suave material de su cuerpo. Sonreí ante la idea.

—¿Qué es tan gracioso? —Sonó como si estuviera en medio de una maratón.

Apartó los dedos de mi interior e instantáneamente me arqueé, buscando su contacto. Y él presionó sus caderas contra mí. Fue reconfortante ver que él se sentía de la misma forma que yo.

—Nada, es que... —Me flexioné un poquito más hacia él y me respondió con otro empujón de caderas que hizo que mi cabeza cayera hacia atrás, con los ojos cerrados. Todo dentro de mí se agudizó, haciéndome sentir al borde de un precipicio—. Oh, Dios.

—Lo verdaderamente gracioso aquí es que... —Otro empujón. Otro gemido—. Es que no sé si tengo preservativos.

—La madre que te...

Y otro empujón.

Otro gemido.

—Dame dos segundos y medio, voy a por la cartera. Cuando vuelva, quiero ver este bonito sujetador sobre el sofá, lejos de ti.

Y dio un salto lejos de mí para ir a por su cartera. Me deshice del sujetador sin siquiera pensarlo mucho, aunque tampoco tuve mucho tiempo, porque River llegó en literalmente dos segundos y medio con su cartera en mano. Metió la mano dentro y sacó un preservativo que dejó encima del sofá antes de mirarme.

Antes de quedarse largos segundos con su vista fija en mí, en mi cuerpo.

Antes de colocarse encima de mí y estampar sus labios contra los míos, con fuerza, con hambre, con fiereza.

Divisé algunas manchas rosadas en sus mejillas cuando se alejó un poco para que, segundos después, sus labios se encontraran directamente con mis pechos. Gemí sin poder evitarlo. Rasguñé su espalda sin fuerza y bajé mis manos hacia su bóxer, que traté de bajar sin mucho éxito. Me mordió con un poco más de fuerza y se me escapó un gritito.

—Impaciente.

—Quiero...

—Lo sé —susurró mirándome los ojos mientras, a ciegas, alcanzaba el preservativo y lo dejaba más cerca de nosotros—. Demasiado tiempo esperando esto, Su, y necesito hacerlo bien.

—Un año. —Me miró extrañado—. Un año sin acostarme con absolutamente nadie y tú me torturas de esta forma. No solo es cruel, también es...

Otro empujón contra mi pelvis.

Y otro jadeo.

—Cielos...

Mis palabras parecieron surtir efecto en él, porque unos segundos después no nos separaba absolutamente nada.

Piel con piel.

Labios con labios.

Y el preservativo.

Y otro empujón.

Capítulo 25

Susan

El lunes se estrenaba la primera obra trágica de Harper. Se iba a estrenar en el teatro de la compañía con la que ella trabajaba desde hacía muchos años.

River llegó a mi apartamento antes de tiempo, así que me esperó a que acabara de arreglarme. No lo hizo sentado en el sofá, no; lo hizo de pie, apoyado en el marco de la puerta de mi dormitorio, sin perderse ni uno de mis movimientos. Él sonreía y yo no podía evitar hacer lo mismo.

—¿Me abrochas el collar en lo que me pongo los anillos?

Sin responder, se acercó a mí en dos zancadas que le bastaron para recorrer mi habitación de punta a punta. Se lo agradecí con una sonrisa y él me respondió con un pequeño beso en el hombro.

Mientras lo miraba por el espejo y él trataba de abrochar torpemente mi collar, me di cuenta de una cosa.

—Hoy vamos a aparecer juntos en público por primera vez.

—Ajá —musitó concentrado en el cierre.

Sus dedos eran demasiado grandes para esa misión. Le aparté las manos cuando me hube puesto los anillos y me lo abroché en menos de dos segundos.

—¿No te importa?

—¿Por qué debería importarme tener que mostrar a mi novia en público?

Me giré inmediatamente y miré su espalda mientras se acercaba a mi cama. Se sentó, mirándome con una sonrisa descarada.

—Así que soy tu novia.

—Oh, por supuesto.

—Yo pensaba que estaba soltera, vaya. Voy a decirle a mi otro novio que...

Solo le hizo falta inclinarse un poco para alcanzarme la mano y tirar de mí, arrancándome una risa. Caí encima de él y me coloqué a horcajadas para que no tuviera que soportar todo mi peso en una posición incómoda. Sus manos viajaron hacia mi trasero y no dudaron en hacerlo por debajo del vestido.

—Qué frías tienes las manos, River —protesté con una risa, sujetándome en sus hombros.

—Eso significa que he estado mucho rato con las manos alejadas de ti, lo cual debería estar prohibido.

—Venga, listo, vámonos.

—¿Vas a ir así? —inquirió, inclinándose y besando con suavidad el valle de mis pechos antes de subir a mis labios y depositar un pequeño beso en ellos.

—¿Así cómo?

—En tirantes, con el frío que hace fuera...

—Llevo la chaqueta y la bufanda. En el teatro suben bastante la calefacción, así que vamos a pasar un poco de calor.

—Me parece bien. —Y besó mi hombro. Y mi brazo. Y todo cachito de piel que pilló de por medio.

Tuve que obligarme a levantarme de sus piernas, o sino ya veía lo que iba a pasar. Y llegaríamos tarde. Escuché su quejido mientras me ponía la chaqueta y él seguía allí, sentado,

mirándome.

—¿Salimos a cenar esta noche? —pregunté con una sonrisa, poniéndome la bufanda.

—Donde tú quieras —afirmó.

Sonreí feliz.

Por fin íbamos a cenar a algún sitio que no fuera su casa o la mía. Que no me molestaba, porque yo prefería mil veces antes un plan en casa que fuera de esta, pero hacer algo diferente sin miedo a nada era reconfortante.

Logré que por fin se quitara la pereza y las ganas de contacto continuo conmigo, así que pudimos salir a tiempo de mi casa. Fuimos caminando, pues estaba solo a dos calles de distancia hacia el este. Cuando acabé de cerciorarme de que llevaba las dos entradas que Harper me había dado en el bolso, River buscó mi mano y entrelazó nuestros dedos.

Y yo por dentro estaba saltando.

Bailando *Red River Jig*^[2].

Gritando un poco, puestos a ello.

Con qué cosas tan pequeñas nos emocionábamos, ¿verdad? Pero no siempre necesitábamos un regalo con fuegos artificiales y un espectáculo de un bailarín de danza aérea para ello. A veces bastaban esas pequeñas cosas.

Nos bastaba con diez dedos entrelazados entre sí.

Un beso en el dorso de la mano.

O un brazo deslizándose por nuestro hombro.

Llegamos al teatro y me hizo inmensamente feliz que hubiera gente haciendo cola. Pero esos no íbamos a ser nosotros gracias a las entradas preferentes que reposaban en mi bolso. Pasamos por la segunda puerta, mostrando el pase preferencial, y nos indicaron dónde estaba el palco. Harper siempre me reservaba el mismo sin que yo se lo pidiera.

—Qué nivel, oye —me dijo riendo por lo bajo.

—Ser la mejor amiga de la protagonista de la obra tiene sus ventajas.

River se encargó de mover la cortina y sujetarla para que yo pasara, y me senté en una de las butacas: la de la derecha, que me daba mejor visión del escenario. No tardamos en quitarnos las chaquetas, pues, como ya suponía, la calefacción hacía que la temperatura se asemejara más a la del sur de Europa en verano.

Barri el teatro con la mirada, aprovechando que las luces estaban encendidas, para ver si veía a Neil en su asiento de siempre. O, bueno, «siempre». Había ido a dos obras contadas de Harper. No estaba en su asiento ni en ningún otro. Entonces me incliné un poco más para ver si estaba en alguno de los palcos. Y tampoco.

—¿Qué buscas?

—A Neil.

—¿Quién es Neil?

—El novio de Harper. O algo así. No sé si siguen juntos.

—¿Harper no te ha contado si ha roto con su novio? —preguntó extrañado.

—Está en un momento complicado en el que prefiere afrontar las cosas ella sola para tener margen de error sin público. Suele hacerlo y no hay nada que haya podido decirle o hacer para que cambie eso.

Y es que así era ella. Cuanto más complicadas se ponían las cosas, a menos personas recurría. No quería que nadie la viera fallar; quería equivocarse sola para poder echarse toda la culpa. Había intentado de todo para que dejara de hacer esas cosas y comenzara a apoyarse en mí o en quien fuera, pero no había habido manera.

—Espero que lo haya dejado —admití.

—No te gusta —adivinó.

—No. Nunca he entendido qué hace Harper con él porque son completamente diferentes. Y él la anula, le quita las ganas de hacer cosas, y a mí eso no me gusta nada. Por eso tardé tanto tiempo en mudarme sola, porque sabía que, cuando lo hiciera, ella pasaría a vivir con él.

—¿Harper sabe que no te gusta?

—Sí. Y él también. —Me encogí de hombros—. De hecho, no creo ni que se quieran. Llevan tantos años juntos que ya es costumbre. Ella quiere estabilidad y él una familia grande, igual que la de sus hermanos. Ella tiene lo que quiere con Neil, y él puede tener lo que quiere con Harper.

—Estar con alguien por costumbre y no por amor es el peor error que se puede cometer.

—Estoy totalmente contigo.

Agarró mi silla y la arrastró hacia él. A mí consigo, obviamente. Su mano saltó de su asiento al mío y se entrelazó de nuevo con la que yo tenía apoyada encima del muslo.

—Acabamos de empezar con... —nos señalé con mi mano libre— esto, pero si algún día te aburrieras, ¿me lo dirías?

—Creo que nunca podría aburrirme de ti. —Insistí con la mirada y sonrió—. Pero cuenta con que serás la primera en saber lo que pasa por mi cabeza y por mi corazón. Lo prometo.

—Nuestros meñiques están entrelazados; ya no puedes echarme atrás.

Se rio por lo bajo y rápidamente capturó mis labios en un beso que me hizo sonreír, justo cuando apagaron las luces, lo que hizo que lo apartara rápidamente de mí.

Lo vi negar con la cabeza mientras aplaudía ante el cartel proyectado sobre el telón con el nombre de la obra: *Las siete cartas del señor Coolidge*. No negaré que quizá fui la única que silbó de todo el teatro.



A la obra le quedaban tan solo dos minutos y mis lágrimas me llegaban hasta el cuello. Bendije a los inventores del maquillaje a prueba de agua al menos en quince ocasiones. También a River, que me fue dando pañuelos siempre que me vio con la necesidad de ellos.

Margareth (o sea, Harper) reposaba enferma en su cama, con sus hermanos mayores alrededor de ella, pálida como las sábanas blancas.

—Decidle que lo perdono, que a pesar de todo siempre será él...

—Ay, no —sollocé y miré a River—. Se va a morir, ¿verdad?

Él, que estaba impasible, como si no hubiera una moribunda en el escenario, me dio otro pañuelo.

—Conozco la obra. ¿Quieres que te dé un *spoiler*?

—No, por favor. Creo que rompería contigo al instante.

Justo antes del aplauso final, el cual di de pie y silbando a mi mejor amiga, el móvil de River se iluminó encima de la repisa del balcón. Él, extrañado, miró la pantalla.

—Es Xavier.

—¿Tan raro es que te llame tu hermano?

—Sí. Nunca llama, siempre mensajes —dijo antes de llevarse el móvil a la oreja—. Dime,

Xavier.

Cogí mi chaqueta y la suya y le di un pequeño empujón para llevármelo fuera del palco y que así pudiera escuchar bien la llamada. No escuché bien lo que decía, porque permanecí con la cabeza dentro del palco para seguir viendo a Harper y también darle un poco de privacidad. Cuando me tocó la espalda y me di la vuelta, ya había colgado.

—Esto... Katherine está dando a luz.

—Ay, la leche —susurré sorprendida—. ¿Ya?

—Sí. Mis padres están de camino desde Ottawa y todavía tardarán un poco. ¿Te importa si...?

—No, claro, vamos.

—No, no. Me refiero a ir yo a hacerle compañía a Xavier, tú...

—¿Yo qué? —inquirí poniéndome la chaqueta.

Se quedó callado, mirando a sus lados mientras se ponía la chaqueta.

—Joder, ¿de verdad quieres ir al hospital a hacerle compañía al tío que te puso con los cuernos y que está teniendo un hijo con la amante? ¿Qué clase de masoquista eres?

Me reí y busqué su mano para tirar de él hacia el pasillo que daba a la salida.

—Lo sé, a mí también me parecería de locos, pero Xavier fue mi amigo antes de todo. Además, tiene que estar cagado y nos hace falta una charla.

—¿Y Harper?

—Ahora le mandaré un... —No pude seguir hablando porque las palabras se me atascaron en la garganta. Del palco vecino acababa de salir un hombre alto, de cabello un poquito largo y ondulado, barba perfectamente recortada y una rosa blanca en mano—. No puede ser.

—¿Qué pasa?

River siguió mi mirada.

—Oh, Walker, tío —lo llamó.

Él, que efectivamente era Walker Fillion, se giró y miró a River antes de esbozar una sonrisa. Y yo me quedé allí, quieta como un pasmarote, viendo cómo los dos se saludaban con un abrazo amistoso.

Tenía demasiadas preguntas.

—¿De qué os conocéis? —pregunté avanzando hacia ellos. Una de las muchas preguntas que tenía.

—Colega de Twitter que trascendió fuera de la pantalla hace muchos años. La persona a la que le he dado más entradas para vernos jugar a lo largo de mi vida. ¿Qué haces aquí? Anda que avisas, cabrón.

—Es un viaje exprés. No pensaba informar prácticamente a nadie.

«El acento inglés... Cielos. Definitivamente, eso es lo que más le gusta a Harper de él».

—¿Harper sabe que estás aquí?

Me miró fijamente.

—¿Qué? —preguntó River, que no se enteraba de mucho.

—La rosa blanca es para ella. Dime que sabe que estás aquí, porque puede darle un infarto si...

—Lo sabe. Ella misma me ha reservado este palco... Imagino que eres Susan, ¿verdad?

—Sí. No me puedo creer que estés aquí —admití, todavía alucinando—. No me ha dicho nada, la muy cabrona.

—Ya, suele hacer esto de callarse las cosas cuando se ponen complicadas.

«Ay, la madre», pensé cuando lo escuché, «la conoce bien».

—¿La vas a ver ahora?
—Sí —respondió.
—¿Y es la primera vez que os véis?
—No, pero sí aquí en Montreal.
—Y estás nervioso.
—Joder, creo que voy a desmayarme. —Rio con una sonrisa inquieta.
Sus respuestas escuetas y rápidas lo habían desvelado todo.
—Pues relájate un poco, Walker Fillion, porque ella se pone nerviosa si su alrededor lo está.
—Ya, ya. Hago lo que puedo...
—¿Puedes decirle que he tenido que marcharme y que mire el móvil cuando pueda? Debo irme y sé que no mirará el móvil hasta dentro de unas horas.
—Sin problema.
—Pues... Ha sido un placer, supongo. Al menos de momento; todavía no sé de qué pasta estás hecho. Si eres de la que se pega, quizá...
—Una buena pasta. Hoy no se amenaza a nadie —pidió River colocándose la bufanda alrededor del cuello—. Tío, si te quedas más días por aquí, llámame y nos vemos, ¿vale? Nos tenemos que ir, que la novia o lo que sea de mi hermano está dando a luz.
—Oh. —Me miró y puse mis ojos en blanco. Harper se lo había contado.
—Sí, voy a ver a la novia de mi ex parir.
—Es raro.
—¿A que sí? —insistió River.
—Sí, lo sé, pero más raro es enamorarte de alguien por haberte hecho una reseña negativa, amigo mío.
En ese momento ganó puntos, porque se sonrojó y esbozó una pequeña sonrisa. Un tierno. No le pegaba absolutamente nada a Harper, señal de que era el indicado.



Durante los diez minutos de trayecto en coche hacia el hospital tuve demasiadas cosas en la cabeza y no dejé de darle vueltas hasta el momento en el que olí ese característico olor a médico. Mi mente iba de Neil a Harper, de Harper a Walker, de Walker a Xavier...

Era perfectamente consciente de que no era lo más lógico que fuera al hospital con Xavier; no hacía falta que nadie me lo dijera. Pero conocía a Xavier muy bien, a pesar de sus mentiras constantes durante nuestra relación, y sabía que estaría cagado de miedo allí solo, sin saber nada. Los hospitales le aterraban, incluso cuando iba de acompañante. Con deciros que se desmayó de los nervios un día que me llevó de urgencias cuando tuve unos fuertes dolores abdominales años atrás...

Seguí a River sin preguntar, dejándome llevar. Supuse que él ya sabría dónde debíamos ir. Agradecí ponerme tacones cómodos y que dominaba a la perfección, porque estábamos caminando muy rápido. Miento; él caminaba normal, yo casi corría, pues sus piernas eran mucho más largas que las mías.

River debió verme un poco apurada porque me agarró de la mano y me sonrió con diversión.

—¿De qué te ríes?

—No te alcanzan las piernas, ¿eh?

—Que te den.

Se rio por lo bajo y no me aguanté la sonrisa.

Giramos hacia la derecha en una bifurcación y allí, en una silla sentado, estaba Xavier. Su pierna se movía arriba y abajo; le faltaban un par de golpecitos más para echar abajo el hospital. No me pasó por alto lo pálido que estaba.

—Eh —lo llamó River mientras nos acercábamos.

Se levantó como un resorte.

—Susan...

—Si molesto, puedo irme.

—No, no, no.

Abrazó a su hermano fuerte. Que se aferrara así a él nos dejó ver cuán nervioso estaba.

—¿Sabes algo?

—Ha querido que su madre fuera la que estuviera allí. No sé nada, estoy esperando a que salga ella a decirme algo. Lógicamente, no puedo meterme allí dentro.

—Todo estará bien.

—Estás más blanco que la bata de los doctores, Xavier —intervine.

—Ya, ya. Me lo puedo imaginar.

—¿Vamos a por un café? —le pregunté antes de dirigirle una mirada rápida de soslayo a River.

—Id, yo me quedo aquí —añadió él.

Xavier dudó, pero al final aceptó y me siguió por el pasillo.

—Siento muchísimo la última conversación que tuvimos en Chambly, Susan —murmuró—. Cuantas más vueltas le doy, más consciente soy de lo paranoico y psicópata que soné. Es raro, pero no has hecho absolutamente nada malo salvo hacer caso a tus sentimientos. Nadie debería ser condenado por amor, y menos hacia alguien a quien has querido toda la vida.

—Cuando estuve contigo, no...

—Ya. Tú, habiendo estado hasta los huesos de River, me respetaste durante toda la relación y yo, a la primera de cambio, me fijé en otra. Y lo lamento porque merecías algo muchísimo mejor.

—No te voy a mentir, sigo sintiendo algo de rechazo hacia ti, Xavier. Pero no por haberme engañado, eso ahora es lo de menos, sino todo lo que ha venido a raíz de nuestra ruptura. Sabiendo cómo quiero a tus padres y el aprecio que me tienen ellos, les mentiste para dejarme por los suelos.

—No hay cosa que me avergüence más que eso —confesó justo cuando llegamos a la cafetería.

Nos acercamos al mostrador. Él pidió un café solo, yo dos doubles con leche. Nos alejamos para dejar pasar a la chica que había llegado después de nosotros.

—Es un paso. El arrepentimiento sincero es muy importante.

—Eso dice mi psicólogo. Creo que está como una cabra y a veces dudo que haya robado el título y no se lo haya sacado de verdad, pero el tío da unos consejazos.

—Es lo que tienen los psicólogos. —Me reí.

Nos fuimos con los cafés sorprendentemente rápido; ojalá hubiese esa rapidez en la cafetería a la que me escapaba muchas veces a por café en medio de mi jornada laboral.

—Con tus padres y River, ¿está todo bien?

—Creo que ahora sí. Han estado las cosas muy tensas con mis padres, pero poco a poco lo van entendiendo y se van adaptando a ello. River... Este cabronazo es demasiado buen tío como para que las cosas estén mal entre nosotros. Desde el día que todo explotó, se comportó como siempre conmigo; sin rencores ni mierdas.

Asentí con la cabeza.

Lo sabía.

—Te mereces a un tío como él. —Le dio un pequeño sorbo a su café, mirándome de reojo—. Y él se merece a una tía como tú. Solo espero que tenga paciencia contigo cuando os mudéis juntos; no hay quién entienda tu manía de guardar la cafetera eléctrica en el armario de la cocina cada vez que acabas de hacerte el café.

Lancé una carcajada y le di un codazo del que se estuvo acordando mucho rato.

—Capullo. Tú tenías manías más raras.

—Dormir con calcetines no es una manía rara, y menos comparado con las tuyas, Su.

Mis manías no eran raras.

Otro pequeño codazo de regalo.

En cuanto llegamos al pasillo, River estaba recostado en la silla como si fuese el sofá de su casa. Le di el café que había pedido para él y me lo agradeció con un beso en la mejilla.

—Ha venido la madre de Katherine y dice que ya ha dado a luz.

—¿Me estás diciendo que he estado aquí dos horas y cuando me voy dos minutos vienen a...?

—Cállate, hombre. Lo importante es que ya ha dado a luz y en unos minutos van a venir hacia aquí —lo regañó River.

—Esa mujer es una bruja. Le va a decir a Katherine cualquier mierda inventada de la razón por la que no me ha encontrado aquí.

—Pues empiezas con buen pie la entrada a la familia —murmuré.

[2] *Red River Jig es uno de los bailes tradicionales de Canadá más reconocidos y curiosos de la cultura del país.*

Capítulo 26

River

El martes 13 de febrero estaba siendo el día de más nervios que había tenido en muchos meses. El entrenamiento en Centre Bell estaba siendo el que más estaba disfrutando a pesar de mis nervios. Nervios buenos, ojo. Saber que por fin entrenaba para volver el día siguiente al hielo hacía esa tarde en la pista todavía más especial.

Me gané un par de golpes con el *stick* contra mi casco al acabar el entrenamiento, pero merecía la pena. Era mi bienvenida oficial al hielo por parte de mi equipo.

—Hemos quedado con los fisios en que saldrás poco a poco al hielo.

—Como me diga que mañana solo me dejará jugar diez minutos es posible que le queme el coche nuevo, entrenador.

—No, imbécil. —Rio—. Si no hay contratiempos, jugarás los dos primeros periodos sin cambios, a no ser que hicieran falta, y el tercero descansas. No se puede forzar la máquina más de lo necesario tras una reparación.

—Vale, vale. Lo veo bien.

—Y aunque no lo vieras bien, ambos sabemos por qué parte de mi increíble anatomía me lo pasaría, ¿verdad?

—Sí.

—Pues andando.

Me despedí del entrenador y de los chicos, no sin antes dejarlo todo listo en mi taquilla para no tener que cargarme de cosas al día siguiente. Me marché hacia el coche a toda prisa y miré mi móvil, sabiendo que tenía algún mensaje de Susan pendiente de responder.

Susan

Hoy ceno en Chambly :(¿Me vienes a ver mañana por la mañana a la tienda?

No le respondí. Por lo contrario, me guardé el móvil y conduje hacia Chambly.

Llevábamos cinco días sin vernos, pues había estado fuera con el equipo. En teoría íbamos a quedar para cenar por la noche, pero dado que nuestros planes se habían visto truncados, lo mejor era que la fuera a ver allí.

Seis días ya serían mucho.

El día siguiente sería 14 de febrero, San Valentín. No era demasiado romántico y hacer regalos se me daba entre mal y muy mal. Pero, por lo visto, Susan era igual que yo y me había pedido que no hiciéramos absolutamente nada especial, alegando que era el día de mi primer partido poslesión y que disfrutaría más viéndome que recibiendo regalos o yendo a un restaurante carísimo a cenar. Así que habíamos decidido que, al salir del partido, nos iríamos juntos a mi casa y allí haríamos la cena.

No veía mejor plan de San Valentín, sinceramente.

Llegué a Chambly justo a las seis menos cinco minutos. No tuve ni que preguntar a nadie dónde estaba Susan. Saqué la bolsa de mis patines de mi maletero (no los que usaba en la pista, obviamente) y me metí entre los pinos para llegar al estanque.

Y no me equivocaba.

El foco colocado en la roca, la música bajita saliendo de su móvil y ella deslizándose de lado a lado.

Preciosa. Magnífica.

Fue como volver a verla patinar en diciembre, cuando sentí que mi corazón seguía latiendo con el suyo. Un déjà vu muy bonito.

Pasé por delante del foco adrede y ella jadeó asustada justo antes de que me moviera hacia un lado.

—Perdón —dije divertido.

Me miró sonriendo.

—Entiendo que me tengas un poco de tirria, pero provocarme un paro cardíaco ya es otro nivel, ¿no crees?

—Pensé que el foco estaba más a la derecha y me puse delante sin querer, perdona.

Su risa llegó a mí como un soplo de aire fresco.

La misma conversación que habíamos tenido meses atrás.

—Aquí ya te pregunté si estabas bien porque estabas siendo demasiado amable. Pero ahora, en vez de eso, prefiero que me saludes con un beso.

Sonreí mientras me sentaba en la roca, al lado del foco, y me ponía los patines a toda prisa. Su siguió patinando más cerca de la orilla. Cuando los tuve puestos, salté al hielo y me deslicé hacia ella. Prácticamente chocamos, pero no tardé en buscar sus labios con los míos.

—Sabes a bebida energética —musitó con una risa, dejando pequeños y castos besos en mis labios, barbilla y mejillas—. Deberías estar descansando, River.

—Estoy cansadísimo.

—Por eso digo que deberías estar descansando.

—Quería verte antes de mañana. Cinco días son muchos, ¿no crees?

Se colgó de mi cuello y di una pequeña zancada para deslizarnos por el hielo con lentitud. La agarré de la cintura con fuerza y la acerqué más a mi cuerpo.

—Muchos.

—Tú vas a cenar aquí, en casa de tu madre. Yo voy a cenar aquí, en casa de mis padres. Cuando acabes, me vas a mandar un mensaje y nos marcharemos juntos a Montreal. A tu casa o a la mía, eso ya te dejo elegirlo.

Sonrió divertida y asintió con la cabeza.

—Me parece un muy buen plan. A todo esto, ¿cómo has sabido que estaba aquí? ¿Mi madre te ha...?

—Te conozco. Siempre que vienes a Chambly, a esta hora estás aquí.

—Pues he estado a puntito de no venir.

—Pero has venido.

Patinamos largos minutos. Juntos y separados.

Estaba agotado, pero no lo suficiente como para no patinar junto a mi novia la última noche antes del que sería, probablemente, el día más feliz de los últimos años de mi vida.

—¿Te has acordado de mandarles las entradas a Walker y Harper?

—Sí, ya las tienen. Solo que no podrán estar en la misma grada que tú. Me ha sido muy complicado poder...

—No te preocupes, no me moriré por estar sola con Xavier.

Depositó un pequeño beso en mi quijada antes de alejarse y patinar de espaldas.

—Yo solo espero que mi asiento esté en un lugar en el que pueda ver perfectamente a mi novio jugar y darse de codazos con otros tíos.

Epílogo

Susan

No había mejor celebración de San Valentín que ver a River volver al hielo en el Centre Bell y, además, contra los Boston Bruins, el mayor rival en liga de los Canadiens. Nadie se quería perder ese partido, pero si además estaba de vuelta River McDaniels, la ocupación total de todos los asientos estaba garantizada.

No pude verlo antes del partido, así que me senté en mi asiento junto a Xavier un poco nerviosa por él, mirando el móvil continuamente por si recibía algún mensaje suyo.

—Está bien, Su. Ha jugado mil partidos.

—Pero nunca ha tenido una vuelta al hielo. Debe estar nerviosísimo.

—Ya canalizará esos nervios estampando a los Bruins contra la mampara.

—Cristal protector.

—Eso he dicho.

Estábamos sentados en medio de una de las graderías con fácil acceso a la salida y vista perfecta del partido; no se nos escaparía nada. O al menos a mí, porque Xavier entendía más bien poco de hockey.

Desde que Katherine había dado a luz, era la segunda vez que estábamos solos, sin River. La primera vez fue el día del cumpleaños de Ryan en casa de los McDaniels, y había sido un poco incómodo al principio. Pero ya no lo era tanto; ambos sabíamos que no estábamos allí para contarnos nuestras vidas, sino para ver a su hermano jugar. En cierta forma, eso hacía más llevadera la situación. Además, no era como tratar con un desconocido; nos conocíamos perfectamente.

—Hay algo de esto que no entiendo —me dijo Xavier mientras las luces del estadio empezaban a ser más claras. El estadio solía estar oscuro durante la previa del partido, solo bañado por focos de los colores del equipo: blanco, rojo y azul.

—Tiene pinta de que no entiendes *muchas* cosas.

—Sí, la verdad. Pero ahora mismo solo tengo una duda. ¿Por qué hay cuatro banquillos si solo hay dos equipos? ¿Pueden jugar cuatro equipos?

«Ay, la madre...»

—Banquillo local y banquillo del oponente. —Señalé los banquillos que teníamos más cerca y luego señalé los del lado opuesto de la pista—. Banquillo de penalización local y banquillo de penalización del oponente.

—Aaaaah, entiendo. Lo de las penalizaciones sí que lo sé.

—Menos mal. —Lo miré—. Vas a preguntarme durante todo el partido, ¿verdad?

—En efecto, Susan Hughes.

Me lo pensaba.

A pesar de haber crecido en un entorno de hockey, Xavier no tenía ni idea de absolutamente nada relacionado con dicho deporte. Decir nada es quedarme corta. Por no saber, no sabía ni que la liga en la que jugaba River era la NHL ni qué es la Copa Stanley.

Los jugadores comenzaron a salir al hielo uno tras otro y, como a esa gente le iba más el espectáculo que a un circo, dejaron salir el último a River. Más de la mitad del estadio estábamos allí para verle volver. La bienvenida que la afición le dio fue increíble; los gritos que se

escucharon en ese momento debieron hacer temblar los cimientos de Centre Bell. Y yo, móvil en mano, le saqué mil y una fotos.

—*Are... you... readyyyyyy?* —Se escuchó por los altavoces, como en todos los partidos, cuando todos los jugadores estuvieron colocados en sus posiciones.

Y justo en ese momento, con los centros preparados (Patrick Sampedro en el caso de los Canadiens) y el árbitro a poca distancia de ellos, lanzó el disco al punto de saque neutral del centro y el partido comenzó con ese primer enfrentamiento para ver quién se quedaba con el disco.

Este se lo quedó Sampedro, que no tardó en pasárselo al primer extremo que vio: River.

El cántico dedicado a él decía, básicamente, que McDaniels había vuelto para romper culos. Un poco simple, ya podrían habérselo currado un poco más, pero era pegadizo e incluso las personas no francoparlantes^[3] lo habían aprendido.

No aparté mi mirada de él. Siempre me había fascinado su forma de jugar, pero esa vez era diferente. No solo estaba viendo el partido como una aficionada más, lo estaba viendo también como la novia del mejor extremo de la liga y que dio una asistencia perfecta cuando quedaban diecisiete minutos y diecinueve segundos para que acabara la segunda parte, haciendo que Patrick marcara el primer tanto del partido.



A un minuto de acabar el segundo tiempo, el marcador lucía un perfecto 0 a 3 a favor de los Habs y River recibió su primera penalización de cinco minutos por tener palabras poco amistosas con el árbitro (insultos, vaya). La gente lo celebró como si de un gol se tratara, y es que ya era tradición festejar la primera sanción de los jugadores. No era la primera de River, pero sí la primera tras su vuelta.

No se fue a sentar al banquillo de penalización. Él directamente se marchó a los vestuarios. Su partido había acabado, pues el entrenador le había comunicado el día anterior que solo jugaría las dos primeras partes para no forzarle demasiado en ese primer partido, lo cual me parecía estupendo; no quería volver a verle lesionado.

El descanso duraba diecisiete minutos. Los siete primeros estuve fijándome en la salida más cercana, pues River iba a venir a la grada a por nosotros para ir los tres al punto ciego. A él le gustaría sentarse allí en medio, pero la afición se le tiraría encima de forma literal. Justo cuando lo vi aparecer, todo el mundo aplaudió y vitoreó. Pero no por él, pues nadie lo había visto todavía, sino porque habían dado inicio a la *Kiss Cam*.

«Ay, no», pensé, deseando que River se diera prisa.

Solo faltaba que en mi primera *Kiss Cam* apareciera junto a Xavier.

Era muy poco probable que ocurriera, aun así estuve alerta.

River tardaba en poder siquiera hacernos señas, pues tuvo que detenerse a hablar con algunas personas.

—Deberíamos ir nosotros hacia él —le sugerí a Xavier mientras agarraba mi chaqueta y mi bolso.

—Sí, mejor, porque sino no saldremos nunca de aquí y se acumulará más gente en la salida.

Ni tiempo nos dio a levantarnos, porque un estallido de aplausos y silbidos sonó de repente. El hombre sentado al lado de Xavier lo sacudió y la fila que teníamos delante empezó a saludar a la cámara que nos enfocaba y los sacaba a ellos de refilón.

En las pantallas del pabellón, mi exnovio (y actual cuñado) y yo teníamos un marco en forma de corazón a nuestro alrededor.

Comencé a negar con las manos efusivamente mientras Xavier, siguiendo su línea, se quedó paralizado. Traté por todos los medios de decir que no era mi novio y que ni pagándome iba a besarlo, e incluso me levanté para poder marcharme.

—¡Sí, hombre!

River se hizo paso entre la gente y se me escapó una carcajada al ver que el protagonista de la *Kiss Cam* pasó a ser él, porque lo enfocaron hasta que llegó a mí. Le mostró el dedo corazón a la cámara, me agarró de las mejillas y me besó.

Esa vez, un beso de *Kiss Cam* de verdad.

[3] *En la provincia de Quebec, el idioma oficial es el francés. Por lo que Montreal, perteneciente a dicha provincia, es una ciudad francófona y sus habitantes, francoparlantes.*

Tras el revuelo del mejor extremo de los Montreal Canadiens después del beso a su nueva pareja, el público siguió el resto de la *Kiss Cam* eufórico. No faltaron los cánticos, los abucheos, los vítores y los aplausos. Era San Valentín, nadie se negaba a las muestras de cariño, aunque fuera un simple abrazo.

Después de que todo el pabellón hubiese sido testigo del tierno beso entre dos personas que alcanzaban los ochenta años cada una, el marco en forma de corazón acogió la imagen de una chica de piel oscura con una sudadera de los Habs y un hombre de cabello ondulado hasta la barbilla que tenía toda la pinta de pertenecer a la sala de profesores de una universidad más que a una pista de hockey.

Ambos se miraron con complicidad, y no hubo nadie que dudara de lo que debían sentir esas personas al mirarse.

Harper y Walker
Enchanted (Taylor Swift)
4:25 - 4:36

Capítulo 1

Walker

«No me atrevo a decir que he odiado este libro (odiar es una palabra muy fuerte), pero sí que no ha sido para mí. Aprecio que Fillion haya intentado escribir una novela épica como esta, sin embargo no me ha gustado.

Empezando por la pluma, la cual me ha resultado muy densa y pesada (824 páginas que parecían no acabar nunca), siguiendo con la básica construcción y pobre caracterización de los personajes principales (no sé, rasgos físicos, datos familiares, algo) y acabando por lo mucho que deja que desear históricamente hablando (creo que, para una novela y un autor de este calibre, esperaba conceptos que no hubiese estudiado en la primaria).

La premisa era buena y muy prometedora. Podría haber sido una epopeya histórica espectacular, pero, lamentablemente, no lo ha sido.

No ha sido para mí, pero eso no significa que tampoco lo sea para vosotros.

Podéis leer la reseña completa haciendo clic en el icono naranja del final de la página.

¡Nos leemos a la próxima!

H. Cameron.»

Leí cada párrafo de esa reseña al menos cinco veces. Y no solo de esa, también de la más extensa que la tal H. Cameron había subido a *People Say Books* (o PBS, como todos la conocíamos), la página web de reseñas más conocida y con más usuarios de Canadá. Normalmente, no leía reseñas de ningún tipo a consejo de mi editor y mi agente, salvo las de los críticos literarios más reconocidos.

Me importaba la opinión de la gente, mas no la de todo el mundo.

Y esa no debería haberme importado, pero el libro había sido publicado hacía tan solo un día y la primera y única reseña que había en PBS era de una estrella y media. No era muy buena publicidad para mi libro.

Entré al perfil de H. Cameron, que anteriormente adiviné que era una chica por su foto de perfil, y le eché un vistazo.

Harper Cameron, 24.

Montreal, QC.

Actriz de teatro y reseñadora únicamente en PBS.

Tenía la insignia de profesional y veterana, es decir, que cobraba por reseña y visita, y además llevaba más de cinco años con actividad frecuente en PBS.

Sus reseñas eran mayormente de novelas románticas, fantásticas e históricas. Contaba con más de 600 reseñas.

«Guau».

Volví a leer la reseña.

¿Pluma densa?

¿Caracterización pobre de los personajes?

¿Que deja mucho que desear históricamente hablando?

Siempre había tenido un gran sentido de la autocrítica y sabía ver perfectamente lo que hacía bien y mal. Y ese libro era, probablemente, el mejor que había escrito hasta el momento. Lo que escribía no era para todo el mundo; alguien que no amara la novela histórica probablemente no disfrutaría de ellos, ni los que buscaran una novela ligera que leer en una tarde. Mis libros necesitaban calma, masticarlos sin prisa y digerirlos a su tiempo.

Y dudaba que la tal Harper Cameron lo hubiese hecho, pues leer un libro de esas dimensiones en menos de veinticuatro horas era más bien poco probable.

Cuando era más joven, al publicar mi primer libro, leía absolutamente todas las reseñas que subían. Le daba muchísima importancia a lo que la gente opinaba de él, lo cual veo aceptable y lógico, pues todos queremos que lo que escribimos guste. Sin embargo, mi mente se quedaba con las reseñas negativas y llegué al punto de negarme a entregar mi segundo manuscrito a la editorial que me dio la oportunidad en ese momento, ya que pensé que a lo mejor me estaban publicando por pena. *Spoiler:* las editoriales no te van a publicar por pena.

Me costó días lograr entregar el segundo libro, pero más me costó dejar de leer los comentarios negativos y centrarme en los únicos que no me volvían un escritor paranoico y obsesionado con las cinco estrellas. O cuatro, como poco.



Decidí que lo mejor para mi bien mental era cerrar el ordenador y salir a la calle a hacer la compra para los próximos dos días.

Lo inteligente para ahorrarme viajes fuera de casa era hacer una compra grande para las próximas dos semanas, pero hacía unos meses que había dejado de hacerlo precisamente por eso, para salir de casa. Había estado muchísimos años saliendo de casa solo por obligación: compras, visitas médicas y firmas de libros. No era sano en ninguno de los aspectos de la palabra y al final, influenciado por mi hermano mayor, decidí dejar a un lado esa rutina sedentaria en la que me obligaba solo a trabajar, trabajar y trabajar, y comencé a salir de casa al menos una vez al día. Dejé las compras de libros por internet y volví a pisar las librerías, comencé a hacer la compra una vez cada dos días, iba al Chiquitito a buscar mis tacos de los sábados en vez de pedir que me los trajeran, incluso había llegado a ir al cine solo o a documentarme para algunos libros en museos o archivos.

Si me lo hubiesen dicho un año antes, me hubiese reído. Y mucho.

Saludé al chico que estaba cada tarde en la caja del supermercado y cogí una cesta para poder llenarla a medida que recorría los pasillos. Era un establecimiento pequeño metido en un callejón que solo la gente que vivía en las calles colindantes conocía, por lo que nunca había muchas personas comprando cuando iba por la tarde. Eso hizo que, como usualmente, Richard viniera a ver lo que hacía.

—¿Cómo vas con tu próximo libro? —preguntó curioso, mientras caminaba detrás de mí conforme avanzaba por los pasillos.

—Mil quince palabras. Empezando.

—¿Solo?

—Tío, saqué libro ayer y volví de mis vacaciones obligadas hace dos días, no me ha dado tiempo a más.

Mis vacaciones obligadas habían sido culpa de mi ordenador, ya que dejó de funcionar de un

día para otro. Mientras mis técnicos de confianza lo arreglaban, dejé de escribir, pero aproveché para documentarme durante un mes seguido. Sería la primera vez que escribiría sobre la Anarquía inglesa del siglo XII y quería asegurarme de que no se me escapaba absolutamente nada, lo cual me había llevado más tiempo del que pensaba. Un año de documentación que me había parecido tres.

—Me lo fui a comprar ayer, por cierto, y estaba agotado. Me lo pediré por Amazon.

—Mañana te traigo una copia.

—¿Me lo regalas o tengo que pagarlo?

Puse los ojos en blanco y cogí un paquete de azúcar del estante.

—Te lo regalo. ¿No he hecho lo mismo con los tres anteriores, Rick?

—Sí, pero debo asegurarme.

Giré hacia el pasillo de la fruta y la verdura, y lo miré de reojo.

—No fuiste a la librería, ¿verdad? No has pisado ni una en tu vida.

—Pasé por delante —puntualizó—, y tenían un cartel en el que anunciaban que no tendrían más ejemplares hasta mañana. Eso significa que va bien, ¿no?

—Sí. Supongo, vaya. Estos primeros días lo compran las personas que llevan leyéndome años y saben cómo escribo, pero hace falta ver si les gusta o no, porque depende de estos primeros lectores que la gente siga comprando o no.

—Entiendo...

Richard era un aficionado de los documentales que trataran de cualquier época histórica. No había leído voluntariamente ni un solo libro hasta que, cuatro años atrás, descubrió que yo (cliente que pisaba su supermercado una vez al mes) era escritor de novela histórica. Se compró uno de mis libros solo para que se lo firmara, y dos días después se había leído las 629 páginas y, además, había pedido por Amazon mis tres libros anteriores. Desde entonces había dejado a un lado los documentales y había llenado su casa de libros. Eso sí, sin pisar una librería porque alegaba que eran aburridas y carentes de viveza. Palabras suyas.

—¿Crees que a la gente le está gustando?

—Espero que sí.

—Esperas, ¿pero qué crees?

Antes de responderle, metí un par de lechugas, una red de tomates y otra de cebollas a la cesta.

—Creo y espero que sí.

—Mm...

Me siguió todo el rato, haciéndome preguntas un poco estúpidas a las que ya estaba acostumbrado, e incluso me fue metiendo cosas en la cesta que él pensaba que me harían falta como sobres de tila o un relajante muscular que, por supuesto, devolví a su lugar antes de seguir caminando. La tila no.

Tras pagar, nos despedimos con la promesa de que al día siguiente volvería para traerle el libro y me marché a casa.

Las calles de Londres estaban relativamente llenas, igual que todas las tardes. Niños saliendo de sus extraescolares, turistas observando las luces ya encendidas de Navidad (aunque todavía faltaba un mes para las fiestas), gente volviendo a casa después del trabajo... En mi móvil saltó un aviso de lluvia, así que me di prisa en llegar a casa; las nubes no nos daban ni un día de tregua.

Al llegar, guardé la compra y encendí el horno para meter la lasaña precocinada que había comprado unos minutos antes. Eran las tres de la tarde y todavía no había comido nada en todo el

día, salvo el café del desayuno.

Apoyado en la encimera esperando a que la lucecita del horno se apagara indicándome que ya estaba caliente, saqué el móvil y volví a leer la reseña de Harper Cameron en PBS. Su puntuación se había visto eclipsada por una de cinco estrellas y otra de cuatro, haciendo así que la media pasara a ser de tres y media. Respiré tranquilo. Curioso, entré en su perfil de nuevo y busqué entre sus reseñas alguno de mis libros.

Soles y vientos, cuatro estrellas.

Los arcos de Cheshire, tres estrellas y media.

William de Northumberland, cuatro estrellas.

No leí las reseñas, pero me sorprendieron sus buenas puntuaciones en comparación al último.

Una notificación de WhatsApp apareció en lo alto de mi pantalla. John, mi editor.

John

¿Por qué estás conectado a PSB? No me digas que sigues leyendo la reseña de esa chica.

Walker

¿Me estás espiando de alguna forma?

John

Los jóvenes lo llaman *stalkear*. He entrado para ver si habían subido más opiniones y he visto tu perfil con el circulito verde que indica que estás conectado.

John

DEJA DE MIRAR LA PUTA RESEÑA Y CÉNTRATE EN LAS DOS NUEVAS.

John

Es una opinión, Walker. Una entre tres, porque las nuevas reseñas dicen que tu libro es oro y el mejor que has escrito hasta el momento.

Walker

Una opinión de mierda.

Walker

Si se ha leído el libro en menos de doce horas, venga ya.

John

Harper Cameron recibió el libro hace una semana. Es colaboradora de la editorial.

«Mierda», pensé.

Salí del chat de John y le hice caso.

Antes de salir de la aplicación de PSB, miré una última vez el perfil de esa chica. El enlace directo a su perfil de Instagram me llamaba a gritos, pero aun así la cerré. Y la volví a abrir para darle a ese enlace.

Harpercameronbackstage.

Sabía de sobras que no debería estar haciendo eso, porque lo único que lograba era darle más vueltas a la cabeza. Me prometí que solo iba a mirar si había subido la reseña. Pero no. Solo había una foto suya de hacía un día leyendo el libro. En la descripción solo estaba escrito el

emoticono de un libro, un café y una nube.

Cerré Instagram.

Metí la lasaña en el horno.

Abrí de nuevo Instagram.

Capítulo 2

Harper

Cuando entré en casa, Neil estaba cenando sentado en el sofá como usualmente hacíamos, pues nuestro apartamento no era el más grande del mundo y teníamos poco espacio para una mesa. Como siempre, lo saludé con un beso (en la mejilla, pues tenía la boca llena) y fui a la cocina. Al entrar me quedé parada.

La sartén en el fregadero, totalmente vacía.

Me giré hacia el salón.

—¿No me has dejado nada?

—No. No sabía si acabarías a tiempo o si cenarías con los del teatro.

Reprimí un resoplido.

La misma excusa cada día. Neil sabía perfectamente que *nunca* cenaba fuera de casa sin avisarle con un día de antelación, pero aun así me dejaba sin cena siempre. Abrí la nevera y..., bueno, tampoco había hecho la compra. Salí de la cocina con el teléfono en la mano y me fui al dormitorio llevándome el teléfono a la oreja. Tras saber que debía esperar veinte minutos para que llegara mi pizza, me metí en la ducha.

Cuando me mudé con Neil, jamás me imaginé que las cosas serían así. En cierta forma, accedí a empezar a vivir con él porque estaba convencida de que volveríamos a estar tan unidos como al principio de la relación, pero me equivoqué. Pasábamos solo un poco más de tiempo juntos que cuando estuve viviendo con Susan, pero nada más había cambiado. De hecho, sentía que todo empeoraba a cada día que pasaba.

Ya no sentía esas mariposas en la barriga cuando lo veía ni tenía las mismas ganas de llegar a casa ni me comía el ansia por hacer planes especiales con él ni nada.

¿Cómo podía apagarse algo tan rápido?

Salí de la ducha y, al llegar al dormitorio para vestirme, Neil ya estaba tumbado en la cama con su ordenador en las piernas.

—No ha sonado el timbre mientras me duchaba, ¿no?

—No, no. ¿Esperas a alguien?

—La pizza que he pedido. —Me miró extrañado.

—¿Has pedido pizza?

—¿Qué querías que hiciera? Si no me has hecho la cena. De nuevo.

—No me hables con este reproche, que la culpa es tuya porque no me has avisado con tiempo.

—Neil, cariño —dije, armándome de paciencia mientras me ponía el pijama de espaldas a él—. Cada día ceno aquí, a excepción de un día a la semana, y ya te aviso con un día de antelación. Solo te pido que, cuando te hagas la cena, añadas un poco más para mí.

Puso los ojos en blanco como si lo que le estaba diciendo le pareciera una estupidez.

Me mordí la lengua y me marché de la habitación. Lo último que quería después de ese día en el que el estrés me comía por dentro era tener que pelearme con él. Cerré la puerta a mi espalda y me senté en el sofá.

Harper

¿Qué haces?

Como siempre, Su no tardó nada en responder.

Susan

Ver el partido de los Canadiens. Aburridísimo el de hoy, la verdad.

Estaba tan cansada que ni siquiera recordé que había partido de los Habs.

Harper

Ni me acordaba; es imperdonable. Soy una aficionada de mierda.

Susan

No te pierdes nada, tranquila. Partido sin goles.

Harper

Uff.

Susan

¿Cómo ha ido el ensayo? ¿Has acabado muy cansada?

Harper

Bastante, pero no tengo mucho sueño.

Susan

¿Has cenado ya?

Harper

Todavía no, ahora llega la pizza.

Susan

¿Pizza? ¿Neil no está en casa?

Harper

Está.

Susan

JODER, ¿OTRA VEZ?

Suspiré.

Sí, otra vez.

El timbre sonó en ese momento y le mandé una nota de voz a Harper diciéndole que hablábamos mañana, que mi cena había llegado, y fui a abrir. Dos minutos después, me senté en el sofá con la caja abierta sobre la mesita de centro. Me llené un vaso con agua (los refrescos y yo no nos llevábamos nada bien) y encendí la televisión para ver el último tiempo del partido de los Montreal Canadiens.

Tras devorar el primer trozo de pizza (la única vegana del menú de la pizzería más cercana a mi apartamento), recibí una notificación de Instagram. Las tenía configuradas de forma que solo

saltaran ante los perfiles verificados y mis amigos. Esa vez era de un verificado.

«Walker Fillion quiere enviarte un mensaje», ponía.

Fruncí el ceño.

«¿Por qué Walker Fillion me está escribiendo?», me pregunté más extrañada que nunca.

Entré rápidamente a Instagram y le eché un vistazo al mensaje desde las solicitudes para poder leerlo sin que él lo supiera.

@walkerfillionauthor

Buenas tardes. O buenas noches en Canadá. Disculpa, pero he leído tu reseña de PSB y no sé si sería posible que me aclararas algunas cosas al respecto. Muchas gracias.

El corazón me dio un vuelco.

Había leído mi reseña.

La única reseña de una estrella y media que había puesto en todo el año y el autor había tenido que leerla. No era algo que temía, pero sí me incomodaba. No me gustaba reseñar negativamente una novela porque mucha gente se lo tomaba tan a pecho que no se atrevía a darle una oportunidad al libro; si a mí no me había gustado, quizá a otros les encantaba. Ningún libro es para todo el mundo. Pero hacía tres años que *People Say Books* me pagaba por subir reseñas, así que mi nivel de sinceridad y objetividad era altísimo.

Le di al menos mil vueltas a la cabeza antes de responderle.

@harpercameronbackstage

Buenas noches. ¿Qué cosas quiere que le aclare?

No me dio tiempo a acabar el segundo trozo de pizza porque me entró otro mensaje del escritor.

@walkerfillionauthor

En realidad, todo.

@harpercameronbackstage

¿Todo?

@walkerfillionauthor

Por favor.

@harpercameronbackstage

Señor Fillion, no sé qué hay que aclarar. Simplemente no ha sido un libro para mí.

@walkerfillionauthor

Ha dado datos que distan de los gustos personales como la poca caracterización de los personajes, la densidad de la pluma, entre otras cosas.

@harpercameronbackstage

Sí, a ver...

@harpercameronbackstage

Sentí que, teniendo un personaje principal tan potente y unos secundarios con tanto peso, faltaban datos. Pero esto es personal; me hubiese gustado saber algo más de la infancia de Frederick, a qué se dedicaba Juliette o cómo era físicamente esta, puesto que solo sabemos que tiene, según usted, una belleza sinigual. En cuanto a que dejaba mucho que desear históricamente hablando, creo que hay poco que decir. Cuando acabo una novela, quiero tener la sensación de que cierro el libro sabiendo algo nuevo y no he sentido eso con su libro. Pero a su favor diré que soy una gran aficionada a la historia y que desde pequeña me he documentado mucho al respecto.

Tardó unos largos minutos en responder. Tanto, que hasta me dio tiempo a acabarme la mitad de la pizza y a ojear su perfil de Instagram.

*Londres.
Historiador, escritor y lector.*

«Con razón le ofende lo de que deja mucho que desear históricamente hablando, si es historiador», pensé.

Esa era toda su biografía. Deslicé mi dedo por su *feed* y miré sus diecisiete fotos. La última que había subido era un despacho con unas amplias estanterías negras a su espalda, un ordenador y una pluma de escribir sobre el escritorio que parecía tener más años que la tos. En la descripción tan solo había escrito una nueva palabra: «empezamos».

Y esa palabra había ocasionado un revuelo en redes bastante grande, por lo que había visto. Miles de comentarios. Cientos de miles de *likes*.

@walkerfillionauthor

Creo que no hace falta una gran cantidad de detalles cuando lo importante yace en los sucesos. Desde luego, no es relevante si Juliette tenía el cabello rubio o castaño, corto o largo.

@harpercameronbackstage

Por eso digo que son gustos personales, señor Fillion. A MÍ me gusta que haya esos detalles, porque me ayuda a imaginarme al personaje que estoy conociendo. Si se ha sentido ofendido por mi reseña, lo siento mucho, pero a mí me piden sinceridad y objetividad, y es lo que he dado. No es el primer libro suyo que leo. De hecho, he leído los tres anteriores y me gustaron mucho. Pero este no. Y estoy segura que a mucha gente le va a gustar, porque es Walker Fillion y tiene una capacidad increíble para la ficción histórica.

@harpercameronbackstage

Y si me permite un consejo... Lleva usted diez años de carrera y va a recibir mil y una críticas negativas, si es que no las ha recibido ya (que es muy probable). Acójalas igual de bien que las buenas, porque son igual de válidas y son las que le van a ayudar a mejorar más.

@walkerfillionauthor

No me he sentido ofendido. Solamente no entiendo qué manía tiene la gente con los detalles insignificantes en los libros, cuando lo importante es lo que está sucediendo y no el lunar que tiene encima del labio superior la amante del protagonista. Ah, y no quiero olvidarme del comentario sobre que deja mucho que desear históricamente hablando.

La situación empezaba a hacerme gracia.

No era el primer autor que me escribía ofendido porque no me había gustado lo suficiente su libro. Siempre se quedaba en un simple mensaje que yo respondía con un «creo que es un gran libro y a otros compañeros les ha encantado, simplemente no ha sido para mí» y listo. Era la primera vez que un autor me pedía explicaciones y me seguía la conversación.

Y era gracioso.

Porque se le veía realmente ofendido.

@harpercameronbackstage

Me gusta mucho la historia.

Vio el mensaje. Comenzó a escribir y dejó de hacerlo. Y así al menos durante cinco minutos en los que estuve pendiente de si me llegaba algo de lo que parecía escribir con tanto ahínco.

@harpercameronbackstage

No se ofenda por esta reseña, por favor. Ya ha visto que son gustos personales.

Capítulo 3

Walker

@harpercameronbackstage

No se ofenda por esta reseña, por favor. Ya ha visto que son gustos personales.

Ese fue el mensaje que estuvo flotando en mi bandeja de entrada durante toda la tarde, noche e incluso mañana, tras despertarme a las siete de la mañana por culpa del pitido de la máquina quitanieves que pasó por mi calle. Abrí las cortinas de mi dormitorio y sonreí.

Un día completamente blanco.

El invierno se había adelantado unos días.

Abrí la puerta del balcón y tomé dos fotos de las bonitas vistas. Una para subirla a las historias de Instagram (mi editora y mi agente insistían en la importancia de las redes, a las cuales no acababa de acostumbrarme) y la otra para mi hermana pequeña.

Walker

Hoy he amanecido con un manto blanco sobre el jardín.

Respondió al instante.

Naomi

Qué precioso, Wal.

Y adjuntó una imagen del jardín del centro. Era pequeño, pero igualmente cubierto de blanco. Respiré tranquilo. Si seguía en la habitación con vistas era buena señal.

Walker

¿Nos vemos el domingo?

Naomi

Cuento con ello.

Dejé el móvil en la cómoda y me cambié el pijama por un pantalón de chándal, una sudadera y me fui a lavar la cara al baño de mi habitación antes de ponerme las gafas. Cogí el bloc de notas, que anoche dejé encima de mi mesita de noche tras apuntar todo lo que me pasó por la mente para la novela que estaba escribiendo, y me dirigí a la cocina para desayunar.

Mientras esperaba que las dos tostadas se hicieran, me apoyé en la isla y saqué el móvil. Casi de forma inconsciente entré en Instagram y, en vez de subir la foto que había hecho, busqué el perfil de Harper Cameron y miré sus fotos.

En dos minutos descubrí que tenía un novio muy rubio, una mejor amiga llamada Susan, que en Montreal se la conocía mucho por su trabajo como actriz de teatro y que su familia era de Madagascar.

Por accidente, pulsé la opción de los mensajes y me dirigió automáticamente a la conversación que había dejado sin leer. Maldije por lo bajo y pateé sin fuerza el taburete.

«Menudo gilipollas estoy hecho», pensé mientras suspiraba sonoramente.

@walkerfillionauthor
No me ofende, Harper.

Sí me ofendía.

Joder, claro que lo hacía.

Una persona con aparente criterio literario estaba diciendo, en otras palabras, que mi libro le parecía una mierda. Por supuesto que me sentaba mal, nadie quería que su novela no gustara. Debo decir que le hablé a Harper en un impulso y que, cuando me di cuenta de que había cometido un error, fui a borrarlo, pero ella ya lo había visto y estaba respondiendo.

Subí la foto de la nieve a mis historias, haciendo que al instante la gente me preguntara si eso tenía algo que ver con mi próximo libro. Siempre, subiera lo que subiera, esa era la pregunta más común.

Recibí una respuesta de Harper mientras me hacía el desayuno, pero antes de abrirla miré sus historias. Había cuatro de ese mismo día. La primera, de su desayuno y un libro. La segunda, una foto en el espejo mostrando la ropa que llevaba ese día (una sudadera en la que ponía «*dame un enemies to lovers* y vete», y un vaquero normal). La tercera, Montreal nevado. La cuarta, una selfie con alguna compañera de teatro ensayando con el guion en la mano.

Me detuve más tiempo del necesario en las fotos en las que aparecía ella.

Era una chica que emanaba una energía distinta a lo que había visto jamás. Su sonrisa traspasaba la pantalla y sus ojos sonreían con ella. Su piel oscura, resaltando su sangre malgache, y los colores vivos con los que vestía, aún le daba un aura más diferente.

A Naomi le caería genial, lo sabía.

@harpercameronbackstage

No lo parece... Pero oye, que es normal sentirse algo ofendido, Walker. ¿Puedo llamarte Walker? He sido la primera persona que ha reseñado este libro, al menos en Canadá, e imagino que no es agradable ver mi puntuación. Aunque ya te digo, es algo personal.

@walkerfillionauthor

Puedes llamarme Walker, sin problema. ¿Has leído otros libros míos?

Sabía la respuesta perfectamente, pues me había dedicado a *stalkear* (¿era así cómo John lo llamó?) su perfil de PBS y había visto que sí había leído al menos tres libros míos. Su respuesta no tardó en llegar. Sin embargo, preferí esperar a responderle para no parecer que estaba demasiado pendiente. Acabé de desayunar mientras hablaba con John sobre la primera firma que se haría en solo dos semanas en Londres, pero tenía la cabeza en otro sitio.

@harpercameronbackstage

Todos. Y me gustaron bastante. Aunque *Los Arcos de Cheshire*...

Fruncí el ceño.

@walkerfillionauthor
¿Qué le pasa a *Los Arcos*?

Harper Cameron tuvo la poca bondad de no responder. Ni siquiera cuando volví de darle un

ejemplar de mi libro a Richard. El móvil seguía sin notificaciones a su nombre.

¿Qué problema había con *Los Arcos de Cheshire*? Hacía dos años que se había publicado y fue uno de mis libros que mejor fue en cuanto a ventas y opiniones. Mi único *thriller* histórico contaba la historia de Ewing, un joven que se ganaba la vida desvelando secretos de la gente a las autoridades para que fuesen castigados según la ley, pero que acababa trabajando para la nobleza investigando el asesinato del segundo en la línea de sucesión al trono de Inglaterra.

A la gente le había maravillado.

Y a mí también.



Tras escribir algo más de tres mil palabras, fui a la cocina a por un vaso de agua y así poder descansar un poco. Le eché un rápido vistazo a la pantalla del móvil y lo desbloqué al ver que ya había llegado el mensaje de Harper.

@harpercameronbackstage

A veces poco creíble... ¿Cómo sabe la realeza que Ewing es el chivato? ¿Cómo dan con él si en ese entonces los registros no eran los que son ahora? Nunca lo llegas a aclarar; son hilos sueltos que hicieron que acabara la lectura con un sabor agri dulce.

@walkerfillionauthor

Eso, igual que los rasgos físicos, no es importante, Harper.

@harpercameronbackstage

No es importante, pero sí aclarar que las personas de la servidumbre de palacio son negras.

Me llevé las manos al pelo.

«No, por favor...», pensé quejumbroso.

@walkerfillionauthor

Por favor... Creo que eso SÍ es importante aclararlo.

@harpercameronbackstage

Por supuesto, porque un inglés blanco no puede ser parte de la servidumbre.

@walkerfillionauthor

No, joder. Si hablo de un posible homicidio racista, voy a tener que aclarar de qué países son originarios los personajes, ¿no?

Estuvo escribiendo al menos dos minutos, para finalmente mandarme una foto de un gato con los ojos entrecerrados.

@harpercameronbackstage

Vale, sí, tiene sentido lo que dices.

@walkerfillionauthor

Eres la primera persona que me recrimina eso. ¿Te han dicho alguna vez que eres muy crítica?

@harpercameronbackstage

Podría serlo más. Si me das permiso, me pongo más exquisita con tus libros. Hay mucha tela que cortar.

Miré el mensaje con una mezcla de sorpresa, diversión y temor.

No pensé que alguien fuese a pedirme alguna vez si podía explayarse para contarme las cosas que *no* le habían gustado de mis libros. Cuando me lo pedían, era para decirme todo lo contrario. Y no negaré que una parte de mí quería escuchar qué tenía que opinar, pero la otra tenía miedo; jamás me había enfrentado a una crítica negativa de forma tan directa.

Bueno, de cabeza, como diría Naomi.

@walkerfillionauthor

Cuéntame.

Capítulo 4

Harper

Trabajaba de forma fija en la compañía de teatro Saint-Bernard desde que tenía dieciocho años. Anteriormente ya había trabajado con ellos, cuando era niña, pero de forma esporádica y para papeles pequeños en algunas obras.

En muy pocos años, la gente de Saint-Bernard se había convertido en mi segunda familia. Muchos de nosotros llevábamos varios años juntos y eso hacía que tuviésemos mucha complicidad y confianza tanto dentro como fuera del teatro. Por ello, había dejado de ver el teatro como un trabajo; volvía a ser mi afición favorita.

No había día que no quisiera ir a los ensayos. De hecho, los días que teníamos libres deseaba que pasaran rápidamente para así poder volver al teatro. Camille, la dueña actual de la compañía (*jefa*, la llamábamos), decía que lo mío era lo más parecido al Síndrome de Estocolmo que había visto en su vida. Sabía de sobras que me adoraba; era la única a la que le regalaba bombones de los buenos y eso era mucho decir, porque la jefa era una gran amante del buen chocolate.

Era sábado y eso significaba que había ensayo todo el día.

Creo que no hace falta decir que era mi día favorito de la semana, ¿verdad?

A finales de enero presentaríamos una nueva obra llamada *Las siete cartas del señor Coolidge*, obra del difunto padre de Camille y antiguo dueño de la compañía, además de un gran escritor: el gran James Saint-Bernard. A pesar de haberlo conocido mayor y con el alzheimer haciendo mella en él, le guardaba mucho cariño al señor Saint-Bernard. Siempre tenía una sonrisa para todo el mundo y procuraba imprimir fotografías de toda la gente de su alrededor para pegarlas en su cuaderno con el nombre y apellidos debajo, y así poder recurrir a ellas cuando no era capaz de acordarse.

Todos lo respetábamos mucho.

Iba a ser la primera obra trágica íntegramente que iba a protagonizar. Siempre me habían dado papeles de peso, pero jamás uno tan grande y en una tragedia (lo mío habían sido las comedias, las tragicomedias y, en el pasado, los musicales). Los ensayos iban de maravilla, todos estábamos encantados. Solo quedaban dos meses para estrenar y lo estaba deseando.

—Creo que un desmayo siempre le da emoción a las cosas —dijo Rooney, el que interpretaba a Coolidge, el coprotagonista junto a mí.

—¿Qué pinta un desmayo en una discusión? —exclamó Camille, negando con la cabeza.

—Emoción. Dramatismo. —Levantó sus brazos y con ellos apuntó exageradamente hacia las sillas vacías del teatro—. Imagina a la gente cuando vea a H caer al suelo. Jadeos, gritos, llantos...

—Sigo pensando que las supuestas vitaminas que se toma antes de ensayar, y que según él le recetó el médico, son droga. Éxtasis, probablemente. O setas alucinógenas. No debemos descartar nada —añadí.

Me ganó una mirada de reproche de Rooney y, a la vez, algunos asentimientos de cabeza de otros compañeros de la obra. Incluso el técnico de luces que estaba arreglando el foco superior me dio la razón.

—Deberíamos hacer un control *antidoping* antes de los ensayos —sugirió Leena—. El que dé positivo paga la cena de todos.

—¿El ibuprofeno daría positivo? Porque yo normalmente me lo tomo para los dolores menstruales. No quiero pagar vuestra cena por un antiinflamatorio —se quejó Siena.

—Lo más normal sería echar al que diera positivo, no hacerle pagar la cena.

Todos miramos a Dayton, también llamado Pepito Grillo. Era la voz de la razón de ese grupo, pero no solíamos hacerle demasiado caso cuando tenía esas ideas tan sensatas.

—¿Qué gracia tendría entonces? —cuestionó Camille. Sacudió su mano en el aire, diciendo que no con su dedo—. El que dé positivo paga la cena y la merienda.

—Ala, ala, ala.

Y entonces todas las miradas fueron hacia Rooney.

—¿A qué temes, Rooney? ¿Es que las vitaminas no son vitaminas? —Sonreí maliciosa.

—¡Claro que son vitaminas!

—Creo que sí son vitaminas. Su madre dice que come muy poco porque no le gusta nada; tiene el paladar de un niño de ocho años. Patatas fritas, nuggets de pollo y poco más.

—¡Esos son secretos familiares, Brigitte! —le reprochó a su prima. Eran casi hermanos, en realidad.

—Bueno, yo puedo hacer que me desmayo, si queréis —comenté, llevándome toda la atención.

—¿Me acusas de drogadicto y ahora ves bien lo del desmayo? ¡Esto es el colmo! Menos mal que me pagas bien, Camille, sino ya me habría ido.

—Menos mal que tienes una cara bonita y sabes llorar sin colirio, sino ya te habría echado.

Camille y Rooney *siempre* estaban peleándose. Obviamente, ninguno de ellos hablaba en serio, pero era bastante divertido para todos ver cómo se chinchaban el uno al otro.

Nuestro grupo solía ser un poco caos, pero me encantaba. Era como volver a casa, como ver a mis hermanos y hermanas gritar, pelearse por chorradas y reírse de todos. Y es que así consideraba a mis compañeros, casi hermanos. Y Camille, casi una madre. Bueno, ella era más bien la tía enrollada con la que puedes hablar de chicos y te acompaña a comprar tus primeros tacones.

Para evadir la pelea entre Cam y Rooney, me dejé caer al suelo. Los jadeos de mis compañeros se escucharon al unísono y luego todos se quedaron en silencio.

—¡Esa es la reacción de la que os hablaba! —exclamó Rooney aplaudiéndome.

—¿Pero cómo te tiras de esa forma, niña? ¡Vas a hacerte daño y necesitamos a Margareth entera!

—Tranquila, Camille. Son años de práctica.

Me levanté, me sacudí un poco la falda y sonreí.

—¿Cómo lo haces?

Camille agarró a Brigitte de la sudadera para que no se dejara caer al suelo.

—Es que es tonta, déjala —murmuró Rooney mirando a su prima y a Camille—. Ya tiene práctica lanzándose al suelo. De pequeña se tiró de la cuna, por eso ha quedado así.

—Calla, señor «mamá, solo quiero nuggets y de postre un flan de vainilla». Mucho más hay que comentar de ti.

—No empecéis —pedí agachándome a coger el guion—. Venga, desde el principio.

—¡Desde el principio, venga!

El grito de Camille acabó con esa situación medio surrealista, bastante común en el grupo, y volvimos todos a nuestras posiciones para empezar de nuevo a ensayar.



En el descanso de nuestra merienda, me encontré tres mensajes relevantes en mi móvil. El primero, de Susan, que me informaba de que la semana siguiente se iría unos días a Chambly con su madre y sus abuelos. El segundo, de Neil, reprochándome que la nevera estaba vacía. El tercero, uno de Walker Fillion, preguntándome que qué problema tenía con *Los Arcos de Cheshire*.

Tuve que reírme.

Era bastante surrealista que estuviera manteniendo una conversación con un escritor que quería saber qué cosas no me gustaban de su libro.

Respondí a Su con al menos diez *stickers* de memes sobre el abandono, el duelo y la tristeza; tenía una carpeta dedicada solo al dramatismo. A Neil le escribí que hiciera algo a parte de comer y respirar y fuera al supermercado, pero al final lo borré y le dije que volvería tarde y no podría ir a comprar. Y a Walker le hice saber qué cosas no me gustaron de *Los Arcos de Cheshire*.

Estuve hablando con él unos minutos y me sentí con la libertad de decirle, en otras palabras, que sus libros no eran la divina papaya. Y me pidió que le contara, así que lo hice con una nota de voz para ahorrarme un poco de tiempo.

—Que conste que tú mismo me has dado permiso para explayarme, así que queda prohibido ofenderse. Para empezar, nunca muestras relaciones románticas. O sea, algunos sucesos de muchos de tus libros ocurren durante diez años o incluso más. ¿Y ninguno de los protagonistas se enamora nunca? No me lo creo. La gente conoce a gente, se enamora... Luego, ya te lo he dicho, los rasgos físicos; a los lectores, en su mayoría, nos gusta saber cómo imaginarnos un personaje desde el principio. No hace falta que des detalles de su altura exacta o los gramos que le siguen a los kilos, pero, no sé, saber que Ewing era rubio, alto y con un ligero sobrepeso, por ejemplo, nos ayudaría a imaginarlo mejor en nuestra cabeza. Está bien que el lector se imagine el personaje a su gusto, o incluso que se sienta él el protagonista, pero cuando alguna de sus características físicas es relevante por cualquier razón a lo largo del libro, lo mejor es que se aclare al principio.

Mandé esa nota de voz y comí un par de fresas antes de entrar en el perfil de Instagram de Walker. Había subido dos fotos a sus historias. La primera, de un precioso escenario nevado; parecía un barrio residencial típico inglés. Y la segunda, su café, el ordenador en el que debía estar escribiendo, un bloc de notas y una pluma de ave (de escribir). Esa pluma era muy mítica en sus libros, pues todos contenían la silueta de esta en los inicios de capítulo; era su sello personal. No era un misterio para nadie que esa silueta era de la pluma que había heredado de su abuelo, también escritor, y que usaba a diario para escribir cualquier cosa.

Me sorprendí mucho cuando recibí una nota de voz de vuelta.

No lo esperaba para nada del mundo.

—La gente se enamora y probablemente mis personajes también lo hagan algún día, sin embargo, no me interesa contar con quién tienen relaciones, pues no es relevante en la trama. Si aportando datos necesarios para entenderlo todo ya ocupó una media de seiscientas páginas, ¿cómo de largos serían mis libros si añadiera mínimo un romance? Necesitaría una saga entera, Harper.

«Ay, Dios mío». Eché un poco hacia atrás el audio y volví a escuchar mi nombre. Era la primera vez que escuchaba mi nombre con acento inglés y me faltó poco para derretirme en el

sitio.

—Y los rasgos físicos... —Suspiró—. Solo informo de los importantes. No veo relevante que la gente sepa que Juliette tenía los ojos negros, el pelo castaño y una figura en forma de reloj de arena. Yo me imagino a mis personajes de una forma, y los lectores de otro. Eso es lo bueno de un libro, que todo el mundo puede crear los personajes en su mente sin que nadie les imponga nada.

Negué con la cabeza.

—No digo que des hasta el último detalle; no me importa si su vello del brazo es rubio o si su barba llega hasta la nuez, solo... lo esencial. Por ejemplo, para describirme a mí solo bastaría decir que tengo la piel oscura, los ojos negros y el pelo castaño. ¡No es tan complicado, hombre! Y, por cierto, lo del romance deberías planteártelo. Igual que con un *thriller* histórico atraes a los amantes del *thriller*, si añades algo de amor, atraerás a los lectores románticos. Obviando a los fans de lo histórico, que siempre buscarán tus libros sea lo que sea que cuentes.

Mandé la nota y levanté la cabeza cuando escuché a Camille dar palmadas al aire. Volvíamos a ensayar. Metí mi móvil en el bolso, me acabé rápidamente las fresas y fui corriendo hacia el escenario.

Como ya habían puesto la cama de la cuarta escena del tercer acto, me lancé sobre ella para meterme bajo las mantas. Adoraba esa cama, era incluso mejor que la mía. No me atrevo a negar que las escenas tumbada en ella eran mis favoritas.



Llegué a casa más tarde de lo habitual con dos sándwiches en el bolso, porque sabía lo que me esperaba en casa. Las luces apagadas y la calidez del apartamento gracias a la calefacción me envolvieron. Encendí las luces y vi la chaqueta de Neil colgada, su cartera sobre la mesa y los zapatos colocados donde siempre, al lado del pasillo. Fui al dormitorio y me asomé para ver que allí estaba, durmiendo.

Y solo eran las nueve de la noche.

Suspiré y cerré la puerta con cuidado antes de marcharme hacia el salón. Allí dejé mi bolso, saqué el móvil y los sándwiches, y los dejé en la mesita de centro antes de ir a por un vaso de agua fresca. Cuando por fin pude sentarme en el sofá, respiré tranquila.

—Por fin —murmuré abriendo los sándwiches.

Para no encender la televisión y que Neil se despertara, cené con mi móvil en mano. Respondí mensajes del grupo que tenía con mis hermanos, hablé un poco con Susan y entré en Instagram para ver si Walker me había respondido. Calculé mentalmente qué hora sería en Londres y, si no me equivocaba, debían ser las dos de la madrugada.

—Creo que inclinarme por la romántica llevaría mucho más tiempo de investigación y, la verdad, creo que un año de documentación histórica ya es suficiente para mí. No quiero añadirle otro de documentación romántica.

Escuché atentamente las palabras de Walker, extrañada.

—¿Cómo que documentación romántica, Walker? Por Dios. No es algo que se deba investigar. Es... amor.

¿Cómo iba a querer investigar el amor?

¿Acaso se podía?

Entendía que los escritores de novela romántica debían documentarse, pero no sobre los sentimientos. Sí sobre el lugar en el que ocurren los hechos, en posibles enfermedades de los personajes, religiones, costumbres... Pero ¿sobre el amor? Imagino que, si alguien escribiera sobre una relación poliamorosa sin tener ni idea del tema, sí debería documentarse un poco. Aun así, se estaría informando sobre el funcionamiento de una relación no monógama, no sobre *cómo* es el amor.

Me resultaba extraño.

Pero más extraño fue recibir su respuesta al cabo de dos minutos.

—El amor es uno de los conceptos más amplios y complejos con el que jamás me he topado, Harper.

Lo escuché de nuevo. Dos veces.

Y no se equivocaba. El amor tenía muchas variantes, era compilado en muchas ocasiones, pero seguía siendo amor.

—Lo es, pero sigue siendo amor... Me parece todavía más complejo entender la mente de un asesino que la de una persona enamorada. Y, por cierto, ¿qué haces despierto a las dos de la madrugada?

Escuchó la nota de voz al instante y no me molesté en salir del chat. Esperé a que llegara su próximo mensaje mientras seguía comiendo.

—No tuve que comprender la mente de ningún asesino, porque escribí desde la perspectiva del investigador. —Carraspeó—. Y estoy despierto a esta hora porque he acabado hace un rato de escribir y ahora cenaré algo, que se me ha pasado completamente. Luego me pregunto por qué bajo tanto de peso las temporadas de escritura... Si no me acuerdo que debo comer. Lo siento, no sé por qué te estoy contando esto.

Me reí por lo bajo.

—Soy maja y empatizo mucho, la gente me coge confianza rápido —bromeé—. ¿No te entra el hambre? Una cosa es que no te acuerdes de comer y otra que ignores el hambre.

—No noto que me entre hambre salvo por las mañanas. Al mediodía o la noche no acostumbro a notarlo, pero cuando no escribo, sí. Podríamos decir que mis propios personajes me absorben.

—Eso tiene que ser bueno. Que te metas tanto en la historia, no olvidarte de que debes comer. ¿No has pensado en ponerte alarmas en el móvil?

—Es una idea tan simple que ni siquiera se me había ocurrido. A veces pienso que soy imbécil. —Se rio por lo bajo y sonreí.

«Una risa bonita», pensé. «Y no debería sonreír al escucharla».

—Una vez fui a la presentación de un libro de James J. Jameson. Dijo que en su vida había tenido problemas que podrían haberse evitado si no fuese escritor, porque su mente vivía con unas expectativas diferentes la mayor parte del tiempo, y eso hacía que no pensara en soluciones sencillas, sino que buscara desenlaces más rebuscados, complicados... Así que, definitivamente, no ponerte alarmas es culpa de ser escritor, que a su vez es la razón por la que no comes. Solución: dejar de ser escritor para sobrevivir.

Tardó un minuto en llegar su respuesta, lo que me dio tiempo a terminar el primer sándwich y empezar el segundo.

—Vale, esto... —Rio—. Gracias por el consejo, aunque todo venga influido por un escritor misógino, racista y homofóbico.

—¿Cómo que misógino, racista y homofóbico? ¿Qué me he perdido? Mira que yo no le he seguido la pista a este hombre... Leí uno de sus libros, me gustó mucho y la editorial me invitó a

la presentación del libro que haría en Quebec. ¿He estado apoyando a un gilipollas? No me digas esto...

—Para estar metida en el mundo literario no te enteras de mucho, ¿eh? Ha apoyado públicamente las terapias de conversión, incluso ha recaudado fondos para organizaciones que se dedican a ello, tiene varias denuncias por insultos y agresiones a personas negras y, en su último libro, habla de las mujeres de una forma tan asquerosa que no me atrevo ni a repetir sus palabras. Si fuera solo el libro, bueno, pero ha reconocido que el protagonista es el que más se parece a él de todos los que ha escrito. Blanco y en botella, leche.

Tras escuchar eso, no me molesté ni en comprobar la veracidad de sus palabras. Fui a mi perfil y, sin dudarlo, borré la foto que tenía con James J. Jameson en la presentación, al igual que la imagen del libro con la reseña. A la mierda.

—Acabo de borrar las fotos en relación a J. J. J. de mi perfil. Joder, ¿por qué nadie me ha dicho esto? ¿Y por qué en Twitter la gente no ha hablado de esto? Estas cosas me pasan por no tener amigas en el mundo literario. ¿Debería hacer un comunicado o algo? No, no soy tan importante y no me ve tanta gente...

—Bueno, te siguen sesenta mil personas en esta cuenta.

—Oh... Ya. ¿Debería hacer el comunicado?

—No, Harper, tranquila. —Rio por lo bajo—. Si algún día te preguntan por ello, puedes manifestar tu disconformidad con sus comportamientos. Pero sino no tienes porqué decir nada. Han pasado algunos meses desde aquello.

—Sí, vale, está bien. Voy a hacerte caso. Por cierto, la gente con tantos seguidores como tú tiene a alguien que lleva las cuentas. ¿Cómo es que a ti no?

—Mi agente y mi editor me lo recomendaron, pero no tengo razones para hacerlo. Subo una foto al mes y algunas historias diarias casi por obligación. Dicen que si no subo nada, pensarán que no me importan mis lectores. No es que no me importen, es que paso dieciséis horas escribiendo, seis durmiendo y dos comiendo. No veo factible quitar una hora al día para redes, y menos una para dormir o comer.

—Pues para tener muy poco tiempo yo te quito bastante... Si tu próximo libro es un chasco, no me echas a mí las culpas —canturreé.

—Estoy hablando contigo mientras ceno, por lo tanto, no me estás quitando tiempo ahora mismo.

—¿Tenemos la suficiente confianza como para que me digas de qué trata el libro que estás escribiendo?

Supé la respuesta antes de que me la diera.

—No. —Carcajeó y todo seguido bostezó—. Ostras. Bien, algo me dice que es hora de que me vaya a la cama.

—Yo también. Mi novio lleva durmiendo Dios sepa cuánto tiempo y empieza a darme una envidia...

—¿Qué hora es por allí? Imagino que no son ni las diez de la noche. ¿Vives con tu novio y no te espera a...? Perdona, no debería preguntar por cosas que no me incumben.

—Hasta que no me digas de qué trata tu libro, no deberías verte con la libertad de preguntar nada, Walker Fillion —bromeé—. Me voy a la cama. Que descanses. Espero que tu temporada de escritura vaya genial.

E incluso despidiéndome de esa forma, dando por sentado que nuestra charla acababa allí y no seguiría más adelante, supe que no, que ese no era el fin de nuestra conversación.

Capítulo 5

Walker

Había recorrido ese mismo camino mil veces; tanto de ida como de vuelta. Era bonito, elegante, aunque mis sensaciones eran de todo menos bonitas. Era agradable porque sabía que iba a ver a mi hermana, pero a la vez era angustioso y triste porque... ¿qué tan alegre podía ser la visita a un centro psiquiátrico?

A las afueras de Londres y con un paisaje sin igual, el Centro de Salud Mental Saint Phillip era una institución privada en la que Naomi había sido voluntariamente internada nada más cumplir los dieciocho años. Llevaba allí desde entonces, pero con algún alta que había acabado en recaída.

La nieve se había deshecho y daba paso a un camino resbaloso, en el que casi me rompo los dientes cuatro veces hasta que llegué a la puerta. Llamé al timbre y no tardaron en venir a abrirme. Ni siquiera me pidieron la identificación, pues ya me conocían.

—Buenos días, señor Fillion. Su hermana ya nos dijo que hoy vendría. Pase, por favor.

No sabía el nombre de esa auxiliar, pues había tantos que me perdía. Pero la saludé con una sonrisa y le conté los planes que tenía con Naomi, para ver si era posible llevarlos a cabo. Me alegré como nunca cuando me dijo que, en esos momentos, podía hacer todo lo que ella quisiera.

No tuvieron que acompañarme a su habitación, ya sabía dónde estaba. Llamé a su puerta nada más llegar, la cual había decorado con un cartel con su nombre y muchos corazones de diferentes colores. Me abrió la puerta, ya vestida con un vaquero largo casi hasta el suelo de color turquesa, un jersey lila y una chaqueta de un naranja tan potente que casi parecía rojo.

Durante los últimos meses, la misma pregunta rondó por mi mente: ¿cómo una persona tan colorida había caído en la oscuridad tantas veces?

Sonrió ampliamente, iluminando todo a su alrededor, y se lanzó a mi cuello.

—Hola, Wal —me saludó feliz.

Besé su mejilla y la abracé con fuerza hasta que se quejó con una risa.

—Hola, Naomi. Veo que ya estás lista.

—Sí. Me dijeron que hoy podríamos hacer cualquier cosa, así que pensé que podríamos salir a pasear por aquí o...

—No vamos a pasear por aquí. Vamos a ir a la ciudad, visitaremos la galería de arte que te dé la gana y almorzaremos cuatro hamburguesas cada uno.

Su sonrisa se hizo todavía más grande y asintió con la cabeza repetidas veces.

—Cojo mi móvil y nos vamos. Pagas tú.

Me reí cuando se metió en la habitación de nuevo y esperé por ella. No me hizo esperar demasiado. Cuando salió, enlazó su brazo con el mío y tiró de mí hacia las escaleras. Me contó algunas actividades que la nueva terapeuta les había mandado, cómo le iban las clases *online* de la universidad, las nuevas personas que había conocido en el centro, entre otras cosas. Normalmente, no hablábamos mucho por mensajes, simplemente nos mandábamos alguna foto durante el día y poco más, pues cada semana iba a verla y ella no quería no tener nada que hablar conmigo. Aunque yo sabía que *siempre* íbamos a tener algo de lo que hablar.

No mencionó a nuestro hermano Edward en ningún momento, lo cual me cabreó un poco. Si no hablaba de él, significaba que no la había visitado.

Él era un poco... complicado. Siempre habíamos estado muy unidos los tres, a pesar de llevarnos más de diez años con Naomi. Era nuestra protegida, la niña de nuestros ojos, y cuando el trastorno ansioso depresivo llegó a nuestras vidas a través de Naomi, él no fue capaz de soportarlo y se alejó. Y ella lo notaba, pero hacía como si nada. Algo dentro de mí me decía que no solo quería mejorar por ella, también por volver a tener la misma relación con Edward.

Pero a mí no me parecía bien que su móvil fuese ese.

No me parecía bien lo que Edward hacía.

Pero, como a pesar de ser el mayor no me hacía caso ni Dios, no podía hacer nada salvo apoyar a mi hermana en absolutamente todo.

Naomi subió a mi coche de un salto, se abrochó el cinturón y puso la radio. Obviamente, en su emisora favorita.

—¿Cuándo empiezas la gira de promoción? —me preguntó cuando arranqué.

—La semana que viene, aquí, en Londres.

—¿Y luego? ¿Es solo gira europea?

—No, me esperan unos días algo movidos.

—¿Dónde vas?

—Las ciudades de siempre del Reino Unido, más Dublín. Luego, de Europa, a las capitales de España, Francia, Portugal, Italia y Alemania, que son los países a los que ya ha llegado el libro por el momento. Después, a unas pocas ciudades de Canadá. A los Estados Unidos iré más adelante, que haremos gira completa; ha habido mucha demanda.

—¿Cuándo vas a Canadá?

—Todavía no lo sé, pero supongo que a mediados de febrero.

—¿Crees que podría ir y ver a los abuelos?

—Depende de cómo esté todo para entonces. —Le sonreí—. Pero ojalá pudieras venir conmigo.

Asintió con la cabeza y me gustó la convicción que vi en ella.

Hacía mucho que no la veía tan firme y eso me llenaba un poco más el corazón.

Pasamos parte de la mañana en una nueva galería de arte del centro llamada *Hundred Gallery*, que resultó ser de la hermana de un excompañero de clase de Naomi. Era una galería en la que no se exponía a nadie por el nombre que tenía, sino por su talento, sin importar que fuera un estudiante o alguien que no había expuesto nada en su vida. Y eso le gustó mucho a Naomi, que era la mayor amante del arte que jamás había conocido.

De ahí, nos fuimos a una hamburguesería cerca de la que había sido nuestra casa de la infancia. Habíamos estado en ese lugar cientos de veces, pues cocinaban las mejores hamburguesas del mundo y, además, sus patatas fritas sabían a gloria.

—¿Cómo vas con el nuevo libro?

—Voy bien, sobre la marcha. Estoy algo distraído últimamente y quizá voy un poco retrasado, pero creo que puedo coger una buena carrerilla estos días previos a Navidad.

—¿Tú? ¿Distraído? Eso sí que no me lo creo.

Y es que era difícil distraerme. Siempre había sido muy centrado, de los que no dejaban nada a medias y no dejaba descansar un proyecto hasta que estuviese finalizado. Pero llevaba un par de días un poco despistado por culpa de cierta actriz de teatro que me había hecho una reseña negativa.

Era cómodo hablar con ella, aunque no sabía si me estaba sugestionando por el simple hecho de que ella era la única persona con la que hablaba, pues no contaba con un gran número de amigos que me mandaran mensajes para preguntarme qué tal mi día de escritura o hacerme saber

las cosas de mis libros que eran una mierda.

—Mañana van a venir mamá y papá —dijo con la boca llena.

—Crucemos los dedos para que no se pongan a discutir sobre cualquier chorrada.

—Ya estoy rezando incluso lo que no me sé. —Suspiró.

Papá y mamá estaban divorciados, pero discutían por chorradas. Desde siempre. Se echaban en cara cosas de hacía más de veinte años y nunca sabíamos si debíamos tomárnoslo en serio. Siempre evitábamos ir a sitios públicos con ellos; solo por si acaso.

Miré la hora para asegurarme de que no me pasaba de tiempo para devolverla al centro, y salimos con unos minutos de margen de la hamburguesería para tener tiempo a ir a por un helado. No había estaciones para el helado, nosotros lo comíamos incluso estando a 3°C.

Llegamos al Saint Phillip a tiempo para que no nos regañaran a ninguno de los dos. Fuimos hasta su habitación y allí me despedí de ella. No parecía triste como las anteriores veces que debía irme.

—Esta tarde he quedado con unas chicas de la clínica para ver películas y atiborrarnos de palomitas —me explicó con una sonrisa cuando le pregunté—. Una de ellas es nueva y está un poco perdida.

—Pues pasadlo genial y comed hasta que os duela la barriga. —Besé su frente mientras la abrazaba—. Y mándame las fotos de hoy, ¿vale? Si quieres que te las revele, dímelo por mensaje y hago que te las traigan mañana mamá y papá.

—Se lo puedo pedir a alguna de las auxiliares, no te preocupes. Y ahora te las mandaré. Gracias por venir, Wal. Y estos días de gira no hace falta que te desvivas por venir, que ya nos conocemos. Con que me cuentes qué tal por videollamada me conformo. Ya me lo compensarás convenciendo a todo el mundo para que me dejen ir a Quebec.

Sonreí y asentí con la cabeza.

—Hecho. Te quiero, ¿vale? Cualquier cosa me llamas.

—Vale. Yo también te quiero, Walker.

Me marché del Saint Phillip algo más tranquilo que las últimas veces que la había visitado. Me alegraba no ver lágrimas, inquietud y tristeza en sus ojos, porque eso hacía que me entrara la desesperación y quisiera llevármela a casa.

Naomi siempre había sido una chica de lo más normal y corriente, feliz, con buenas notas en el instituto salvo en matemáticas y química, con un gran grupo de amigos y una familia que la quería muchísimo. Sin embargo, todo había cambiado de una forma tan rápida que ni nos dimos cuenta.

Pero poco a poco todo volvía a la normalidad.

Y no había cosa que me hiciera más feliz que esa.

Capítulo 6

Harper

Stephen Sanchez sonaba en los altavoces de mis nuevos altavoces con *Until I Found You*; me los regaló Susan por mi cumpleaños y era el aparato al que más uso le estaba dando, junto a Tommy. No sé si queréis saber qué tipo de aparato era Tommy. Estaba aprovechando para limpiar a fondo el apartamento, cosa que hacía cada dos semanas sin falta.

Me había levantado a las seis de la mañana solo para poder limpiar y luego hacer el resto de cosas como ducharme, ir a comprar, dejar la comida hecha y sentarme a leer. Muchos lunes iba a almorzar con Su, pero se había ido a su pueblo a pasar una semana con su madre y sus abuelos, dejándome abandonada y sola en Montreal.

«No estás sola, estás con tu novio», tuvo que recordarme la cabeza.

Era irónico.

Irónico que viviendo con mi novio me sintiera más sola que cuando no. Irónico que nos estáramos convirtiendo en lo que siempre prometimos no convertirnos: yo, un sirvienta; él, el que espera sentado en el sofá a que su camisa esté planchada y la comida hecha. Siempre nos prometimos que ninguno daría más que el otro en el tema del hogar, que siempre sería 50/50, pero así solo había sido la primera semana.

Aun así, Neil era un buen chico.

Y lo quería.

Era muy respetuoso, romántico (o al menos lo fue), trabajador y ambicioso. Y sí, era un despistado de categoría y su foto probablemente aparecía junto a su definición del diccionario, pero así me enamoré de él. Todos merecíamos un margen de error y otro de mejora.

Me duché nada más acabar de limpiar y salí abrigada hasta la nariz a la calle. Nevaba bastante, algo totalmente normal en Montreal en esas fechas (y todavía quedaban un mar de meses blancos). A esa hora la máquina quitanieves estaba haciendo su segunda pasada de la mañana; la primera solía ser antes de que amaneciera. Me metí en el primer pequeño supermercado que había cruzando la esquina y sacudí el gorro antes de entrar.

—Buenos días, Bruna —saludé a la cajera.

—Hola, Harper.

La pobre iba abrigada de igual forma que cualquier persona bajo la nieve, pero lo suyo era totalmente justificado.

Bruna era española y estaba estudiando en Montreal su máster con una beca. Para sacarse un dinero extra, trabajaba algunas mañanas en el *super* y, tras el almuerzo, se iba a la universidad. Ella ya venía concienciada con las temperaturas invernales de la ciudad, pero quizá no tanto como pensaba. Siempre decía que los -10°C de Canadá parecían ser más fríos que los del norte de España, que era de dónde venía ella.

Cogí una cesta y recorrí los pasillos vacíos. Eché todo lo que me pareció que hacía falta, pues no me había molestado en ver qué faltaba en casa. Al ir a pagar, sonreí divertida al ver a Bruna apañárselas como podía con los guantes.

—¿No has pensado en usar ropa térmica?

Me miró mientras pasaba la botella de leche por el escáner.

—No.

—Pues deberías. La mayoría de la gente de aquí la usamos y nos va de lujo. Nos ahorramos alguna que otra capa de ropa.

—¿Sabes dónde puedo comprarla?

—Aquí al lado la venden, en la tienda de Deportes Tremblay. Antes de Navidad bajan los precios, así que puede que la encuentres más barata que habitualmente. Oh, y mi abuela a veces usa una especie de parches que, en contacto con el cuerpo, emiten calor. Son para los dolores musculares o algo así, pero van de lujo para el frío. En la farmacia las venden; solo tienes que decir que tienes las lumbares jodidas y si te pueden dar unos parches de calor. Verás qué gusto.

—Si notara mis labios, te besaría ahora mismo, Harper.

Sonreí y comencé a meter las cosas en la bolsa grande de tela que el supermercado daba por más de ochenta dólares de compra.

—Pensé que alguien te habría dado ya estos truquitos, pero veo que tus compañeros de la universidad son un poco retorcidos y quieren verte pasar frío.

—Voy a tener una charla con alguno de ellos, sin duda.

Me despedí de ella en cuanto hube pagado y casi corrí hacia casa, aprovechando que había parado de nevar y para que no me pillara de nuevo. Me deshice de todas las capas de ropa, no sin antes mandarle una foto a mi madre, que viera que me abrigaba y el domingo cuando fuera a verla no me dijera por activa y por pasiva que me abrigara más.

Cuando por fin pude mover los brazos y las piernas correctamente, guardé la compra en la despensa y la nevera.

Y subí a las historias de Instagram la foto que le había pasado a mi madre, ¿por qué no? Era graciosa y salía bastante mona.

Mientras empezaba a ver qué hacía para el almuerzo, aunque todavía fuesen las nueve de la mañana, recibí una respuesta a mi historia que no pensé recibir, aunque sí la deseé.

@walkerfillionauthor

Y yo quejándome del frío de Londres... ¿Puedes siquiera moverte con tantas capas de ropa? Eres lo más parecido a una cebolla humana que he visto en mi vida, Harper Cameron.

Sonreí ampliamente, notando un pequeño escalofrío en la espalda.

No sabía si odiaba esa sensación o me encantaba.

@harpercameronbackstage

Creo que parecerme a una cebolla es lo más extraño que me han dicho en la vida, Walker Fillion. Y no, no puedo moverme bien con tanta ropa, pero tengo práctica, así que me las apaño como puedo. Aun así, hoy no hace tanto frío como normalmente. ¿Dos chaquetas? Esto no es nada.

@walkerfillionauthor

Conozco el frío de Montreal, nací allí y voy más veces que a comprar el pan, así que te entiendo. ¿A cuántos grados estáis ahora?

Me sorprendí bastante. No tenía ni la menor idea de que era de Montreal.

@harpercameronbackstage

¿Cómo que eres de Montreal? Pero si tienes el acento inglés más marcado que he escuchado en toda mi vida... Y ahora estamos a -5°C; en mi defensa diré que han subido dos

grados desde que me marché a comprar.

@walkerfillionauthor

Mi madre es de Quebec. Estudió en Montreal y allí conoció a mi padre, que estaba estudiando. Salí de una noche loca de dos universitarios que desconocían (o ignoraban) la existencia de los preservativos. Nací allí, luego se enamoraron y nos mudamos a Londres, la ciudad de mi padre, cuando cumplí un año. Mis abuelos viven en Quebec y tengo algunos buenos amigos en Montreal, así que voy mucho. Y -5°C sabes que no es nada; no quiero imaginarme cómo te vestirás a principios de enero.

@harpercameronbackstage

Oh, ¡no me lo esperaba! ¿Solo estás tú o tienes hermanos? Es una historia bonita la de tus padres.

@walkerfillionauthor

Tengo dos hermanos. Junior de veintinueve (aunque nos prohíbe llamarlo Junior, porque ya es mayorcito y solo quiere que le llamemos Edward) y Naomi de dieciocho. Bueno, su historia *fue* bonita. Se divorciaron hace quince años.

Solo calculando la edad de sus hermanos con las de sus padres, supe que Walker tendría más de 30 años.

@harpercameronbackstage

Joder, perdona. O no. A veces, es mejor que dos personas estén separadas. El amor se acaba.

@walkerfillionauthor

El amor se acabó y estaban mejor separados, en efecto. Todos estamos mejor así, con nuestros padres llevándose bien separados (aunque a veces discutan por tonterías de hace veinte años) y no lanzándose los trastos a la cabeza juntos. ¿Y tú, Harper Cameron? ¿Solo estás tú o sois más hermanos?

@harpercameronbackstage

Somos cinco hermanos. Bella y Charlotte de veinte (son mellizas), Julian de veintidós y Mathys de veintiséis. Yo soy la segunda. Y menos mal que mi madre se ha ligado las trompas, porque sino habría tres hermanos más. A mis padres les gustan mucho los niños.

@walkerfillionauthor

¡Y yo quejándome por ser tres, madre de Dios! Imagino que tus padres siguen juntos.

@harpercameronbackstage

Imaginas bien. Mathy fue el Walker Fillion de nuestros hermanos: el fruto de una noche loca en la universidad. Aunque ellos ya estaban enamorados y llevaban juntos desde los doce años.

@walkerfillionauthor

¿Cuántos años llevan juntos?

@harpercameronbackstage

Hará treinta y cinco años que están juntos en enero. Una barbaridad. Y, además, enamorados como el primer día.

@walkerfillionauthor

Creo que, si no fuese por tus padres, me parecería imposible que el amor pudiera durar tantos años.

@harpercameronbackstage

Ui, Walker. Eso suena a corazón roto.

@walkerfillionauthor

Lo curé hace tiempo, ya está bien.

@harpercameronbackstage

El amor sigue siendo amor aunque dure cuatro años. Hay personas que están hechas para estar toda la vida juntas; otras no.

@walkerfillionauthor

¿Crees que encontrarás a alguien con quien estar toda la vida juntos?

@harpercameronbackstage

Quiero pensar que sí.

Y con eso me delaté sola.

@walkerfillionauthor

Pasé cinco años al lado de una persona solo porque quería creer que la quería, pero acabó siendo la costumbre y la comodidad de llegar a casa y que todo fuese igual que siempre. Odio los cambios. Y fue muy difícil darse cuenta de la realidad, porque no quería creer que no era real lo que estaba sintiendo.

@walkerfillionauthor

Y con esto quiero decirte que, si ahora estás con alguien a quien no ves a tu lado en diez años, quizá deberías plantearte algunas cosas. Porque se pasa mal, Harper, y no le deseo un corazón roto a nadie.

Capítulo 7

Walker

No le deseaba un corazón roto a nadie y aun así me había ganado el vacío de Harper.

Vio mi último mensaje y ya no volvió a responderme, lo que hizo que la angustia que tenía en el pecho creciera por momentos.

@walkerfillionauthor

Escucha, Harper... Solo quise aconsejarte. Siento que te haya sentado mal y me disculpo por ello.

Irónico que un escritor no tuviera más palabras que decir, ¿verdad? No tenía ni la menor idea de cómo disculparme ante algo que no sentía realmente. Sí sentía que le hubiese sentado mal, pero no lo que le dije, porque era totalmente verdad y basado en mi experiencia. Simplemente fue un consejo.

La visita inesperada de mi hermano a media tarde hizo que dejara de pensar en la cagada que había hecho.

—¿Por qué no has ido a ver a Naomi?

—Lo sabes perfectamente.

Él, que se hacía el café en mi cafetera como si fuese suya, no me miró a los ojos.

—Lo sé. Y sigue pareciéndome una severa gilipollez. —Me miró de reojo un instante—. Está feliz, está haciendo amigas...

—Amigas que se marcharán de ese centro tarde o temprano, o que a unas malas saldrán de él en una bolsa blanca de...

—No digas esas cosas, Edward —le reprendí en un tono que sonó más mordaz de lo que pretendía—. Para de una puta vez. Quieres que mejore, que vuelva a casa de mamá, pero no haces nada para ayudarla.

—No sabes nada, Walker.

—¡Claro que sé porque voy cada semana a verla y a diario hablamos aunque sea para mandarnos una foto! Claro que sé, joder. Y ella no lo dice, porque no quiere dar lástima a nadie, pero está triste de que no vayas a verla. Le duele más que no vayas tú a que no vayan sus «amigas» —dije haciendo comillas al aire; sus supuestas amigas del instituto la habían abandonado a su suerte cuando todo ocurrió—. Trata de recuperarse más rápido para ver si tú dejas de mirarla con miedo a que vaya a romperse y para poder verte más seguido, Ed.

—Yo solo venía a hacerme un puto café y ver qué tal te iba la novela —espetó malhumorado, bebiéndose de un trago el café caliente de su vaso.

—Bébetes dos si quieres, pero compórtate como una persona de tu edad —pedí.

Me lanzó una mirada que pudiera haberme enterrado, dejó el vaso en el fregadero y volvió a mirarme. Esa vez no tan mal como la anterior.

—Si no voy, es precisamente para que no note lo que siento con toda esta situación, Walker. Prefiero no verla y llamarla por teléfono a que se dé cuenta de lo que pienso.

—Nuestra hermana se ha intentado suicidar dos veces —musité por lo bajo, haciendo que me mirara de nuevo—. Es una realidad y si no la afrontas, *jamás* estarás preparado para volver a

mirarla a los ojos. Cuando esté mejor y vuelva a casa, no podrás hacerlo porque no habrás asumido la realidad. ¿Y qué pasará entonces?

—Es superfácil asumirlo —ironizó—. Es lo más sencillo del mundo.

Fui hacia el salón dejándolo prácticamente con la palabra en la boca y rebusqué en el cuenco de la mesita de centro, donde tenía mil y una tarjetas de contacto. Cuando encontré la de mi psicóloga, se la di a Junior, que me había perseguido hasta allí.

—Mi psicóloga. Ahora también la tuya. Conoce la situación y fue la que me ayudó cuando todo ocurrió.

—No necesito una puta psicóloga —espetó.

Sin embargo, la tarjeta fue a su bolsillo.



No fue hasta las dos y media de la madrugada que la pantalla de mi móvil se iluminó y cobré conciencia de la hora que era y del rato que había estado escribiendo. De nuevo me había olvidado de cenar.

@harpercameronbackstage

Está bien, no te preocupes.

@harpercameronbackstage

Me lo tomé un poco a pecho, es verdad. Aun así, me di cuenta a los pocos minutos que no tenía por qué enfadarme o tomármelo mal cuando es algo que ya sé. En mi defensa diré que: 1) soy muy de encerrarme en mí cuando algo pasa, y 2) he ensayado toda la tarde y acabo de llegar a casa, por lo que tampoco he podido coger el móvil hasta ahora.

@walkerfillionauthor

¡Menos mal! Entiendo que pudiera haberte molestado, pero no era mi intención, de verdad.

@harpercameronbackstage

Tranquilo. Sé que no estoy con el amor de mi vida.

Tras ese mensaje, me vi a mí con veinticinco años, cuando estaba en medio de una relación de costumbre y cero amor. A veces incluso parecíamos caernos mal. No deseaba a nadie que sintiera lo que era dormirse cada noche al lado de alguien que no te ve siquiera como un amigo, que te mantiene al lado porque ya es costumbre, que ni siquiera se molesta en desearte los buenos días si os levantáis a la vez... Era una sensación bastante desagradable. Y yo solo esperaba que Harper no estuviera pasando por lo mismo.

@walkerfillionauthor

¿Entonces?

@harpercameronbackstage

Nos queremos y he estado enamorada de él mucho tiempo, Walker. Las cosas hace meses que no van como deberían ir, pero no me gusta dar las cosas por perdidas antes de intentar recuperarlas.

@walkerfillionauthor

Mi conciencia me pide que te advierta de los peligros de intentar recuperar algo que realmente ves por perdido, pero mi cabeza pide que sea un poco razonable y me calle la boca, porque no nos conocemos de nada y no soy quién para aconsejarte, aunque ya lo haya hecho.

Me mandó una nota de voz.

—Los consejos de los desconocidos suelen ser los mejores. Aunque nosotros no somos desconocidos, ya sé cómo se conocieron tus padres, cómo te concibieron, cómo se llaman tus hermanos y las edades que tienen, a qué te dedicas... Algo nos conocemos, ¿no?

—Dicho así, suenas algo acosadora. Habla en plural, añadiéndome en la ecuación, y así no parecerá que me has investigado a fondo.

Sonreí cuando me llegó su risa en la siguiente nota de voz.

—Ya, sí, acabo de escucharme y es cierto que parece que he pasado ocho horas en Google tratando de sacar hasta el último detalle de tu vida. Y, bueno, agradezco tus consejos. Creo que solo una persona que ha pasado por algo similar puede aconsejarme ante esto. Mi mejor amiga, Susan, pasó por algo así con su novio, ahora ex, pero hubo cuernos y embarazo de la amante de por medio, así que no acaba de ser lo mismo.

—¿Tú has...? Bueno, ¿sabes si te ha engañado o algo, o tienes indicios de ello? —me atreví a preguntar. Me levanté de la silla y fui a la cocina para comer algo.

—No me engaña. Me avergüenzo un poco de haber hecho lo que hice para averiguarlo.

—¿Qué hiciste?

—Le revisé el móvil —susurró un poco más bajo de lo que ya estaba haciendo—. Desde la primera hasta la última aplicación, incluyendo la calculadora. Vi en Tik Tok que hay gente que camufla carpetas o aplicaciones con la imagen de la calculadora, ¿sabes? En fin. Dice Susan que revisar el móvil de la pareja es ilegal, que podría incluso denunciarme, pero ella hizo lo mismo, así que no me regañó.

—Cierto. Incluso es ilegal abrir las cartas a nombre de otra persona, así que puedes hacerte una idea. Igualmente, depende del país, pero me imagino que en Canadá también lo será.

—Si Neil se enterara de que le he revisado el móvil, me montaría una... Aunque sería totalmente justificado, porque es algo bastante ruin.

—No creo que sea ruin. Si tu pareja te ha dado razones para desconfiar y llega un punto en el que no puedes más con la incertidumbre, sinceramente, no lo veo del todo mal. Ojo, tampoco pienso que esté bien, soy partidario del diálogo.

—Cómo no. Walker Fillion, correcto y educado como un caballero inglés.

No pude evitar carcajear.

Hizo referencia a un vídeo que se había hecho viral en Twitter hacía medio año, aproximadamente.

—No me digas que también viste ese vídeo, Harper.

—¿Quién no? —Rio—. Tenías a medio mundo deseando ser esa mujer.

El vídeo que se había viralizado no era más que yo agarrando con un brazo a una mujer que estuvo a punto de caer al suelo tras resbalarse, en el JFK. de Nueva York, mientras con mi mano libre sujetaba mis dos maletas. La ayudé a incorporarse y le pregunté encarecidamente si estaba bien. Alguien lo grabó de principio a fin, lo subió y salió hasta en las noticias.

—No te puedes hacer a la idea de lo que subieron las ventas de mis libros los próximos dos meses. —Reí.

—No me extraña, Walker. Fuiste la fantasía de toda persona con gusto por los hombres. Un compañero de teatro nos dijo que necesitaba saber cuándo estarías en algún aeropuerto de Canadá para que lo rescataras a él.

Negué con la cabeza sin perder la sonrisa.

—Dile a tu amigo que en febrero estaré en Toronto, Montreal, Ottawa y Vancouver. Por si quiere esperarme en algún aeropuerto. —Reí.

—Espero ser invitada vip de la firma de Montreal.

—¡Pero si no te ha gustado el libro, Harper Cameron!

—Pero los otros sí —dijo en su defensa, riendo por lo bajo—. Eso no quita que seas un gran escritor y que, oye, quiero que me firmes los que tengo.

—Bueno, dalo por hecho. Solo con una condición.

—Dispara.

—Prohibido hablar mal de mi libro a la gente de la firma, que las tendremos.

Ella se rio en su siguiente nota de voz, justo cuando yo saqué el bol de sopa de fideos del microondas.

—Lo intentaré, aunque mi ética profesional me impide mentir si me preguntan. Aunque no creo que me pregunten, ¿no? Bueno, diré que no ha sido mi favorito de los que has escrito.

—Algo es algo. —Reí—. Me ha comentado John que eres colaboradora de la editorial. La única de Canadá.

—¿Has visto qué privilegios? —canturreó con una risa—. Todo es gracias a PSB, porque sino no me mandarían absolutamente nada. No acostumbro a colaborar con nadie, pero hay veces que quieren tener reseñas anticipadas en Canadá, y me eligen a mí.

—Porque eres la reseñadora con más influencia de toda la plataforma. ¿Cómo empezaste con esto?

Tardó un minuto en escuchar el mensaje y en responder.

—Siempre me ha gustado leer y descubrí PSB a los trece años, cuando estaba iniciando. Solía acudir a las reseñas de los usuarios antes de comprar nuevos libros. A los catorce, empecé a subir mis reseñas. Iba a cuatro por semana, fui ganando insignias y seguidores, y a los dieciocho, si no recuerdo mal, me propusieron pasar a ser parte de los reseñadores profesionales y, como no soy tonta, acepté. Me pagué las clases de teatro extraescolares con lo que gané, y todavía me sobró dinero para comprarme unos cuantos libros cada mes. Me hace gracia que —se rio por lo bajo— me hice un poco más conocida gracias a una persona del mundo de los libros que se dedica a criticar a todo reseñador que no opina lo mismo que ella. En un vídeo suyo dijo: «A esa tal Harper le mandan libros solo por ser la única reseñadora profesional negra de PSB y ahora se lleva eso de ser inclusivo». A ella le quitaron la cuenta de PSB, y a mí me subieron los seguidores. Qué buenos días.

Recordaba perfectamente a la chica de la que hablaba.

—Recuerdo eso, fue un escándalo de los grandes. No había tenido en cuenta que eras tú. Me salpicó bastante esa polémica, porque ella era una gran defensora de mis libros, aunque incluso yo la tenía bloqueada, pues no me interesa que alguien me defienda echando mierda a otros autores y desvalorizando la opinión de otros lectores.

—Era una bruja —afirmó—. Y no quiero ni imaginarme qué hubiese dicho de mí al ver que la primera reseña de *Los Niños de Norfolk* de su amado Walker Fillion fue mía y con una estrella y media. Joder, me encantaría reírme alto, pero Neil está durmiendo. A todo esto... ¿qué hora es

en Londres?!

—Son las... dos y quince —dije tras mirar el reloj del horno—. Estoy cenando. He vuelto a olvidarme.

—Alarmas, Walker. A-lar-mas.

—Sí, Harper, lo sé. Pero, si me olvido de cenar, ¿qué te hace pensar que no me olvidaré de poner alarmas?

—Porque aquí estoy yo. Venga, pon una alarma a las doce, otra a las cuatro para el té y una a las siete para la cena. ¿Tomas el té? ¿Crees que me prohibirían la entrada en Inglaterra si digo que el té me parece asqueroso? Cualquier infusión, en realidad. Las odio. Solo me tomo una que me recomendó mi amiga con jengibre y no sé qué mierdas para recuperar la voz los días de mucho ensayo.

—Tranquila, la gente aquí se escandaliza más si eres irlandés que si no bebes té, así que no hay nada de lo que preocuparse. Yo no tomo té tampoco. Y ya me he puesto las alarmas. A todo esto, ¿has ido alguna vez a Londres?

—Sí, solo un par de veces cuando era adolescente, pero me encantaría volver.

Capítulo 8

Harper

«Buenos días, Harper.

Mi nombre es John, ya hemos intercambiado *e-mails* alguna vez. Soy editor de H. L. Publishing y el encargado de hacerte llegar todos los libros para las reseñas anticipadas de PSB. El sábado se inicia la gira promocional de *Los niños de Norfolk* de Walker Fillion y nos gustaría invitarte a ti junto a otros influencers del mundo literario a la primera presentación en Londres, en la que podréis charlar con el autor, merendar y disponer de un asiento en primera fila para la presentación y firma.

Por descontado, el viaje corre por nuestra cuenta y solo te quitaremos unas 48 horas de tu tiempo. El viernes sale un vuelo directo desde Montreal a las once de la noche y tiene llegada a la noche de Londres, también (las casi siete horas de vuelo más las cinco de diferencia horaria).

Si nos puedes confirmar la asistencia durante el día de hoy, te lo agradeceríamos mucho y te adjuntaríamos tu billete y tu reserva de hotel.

Muchas gracias y disculpa no haberte informado antes,

John S.
H. L. Publishing»

Ese fue el mensaje con el que me encontré nada más despertarme el miércoles.

No era la primera vez que me invitaban a la presentación de un libro al otro lado del charco, pero sí la primera vez en Inglaterra. Solía ir a Francia con frecuencia con este mismo motivo e ir a Londres... Dios mío, me tentaba muchísimo.

Podría ver y apreciar, ya siendo adulta, una de las ciudades más bonitas del mundo.

Podría visitar el Big Ben sin obras.

Podría volver a comerme diez pastas de las que ponen en las cafeterías con los té.

Podría conocer a Walker.

—Buenos días, Walker. Esto es un recordatorio de que son las doce y media en Londres y que tienes que almorzar. Aunque también tengo que preguntarte una cosa. ¿Tú sabías algo de esto?

Le mandé la nota de voz, seguida de la captura de pantalla del *e-mail* que su editor me había hecho llegar.

Ese día Neil tenía libre, y cuando volví de hacer la compra y de desayunar, él se despertó. Su pelo, tan claro que a veces me había parecido verlo blanco, estaba totalmente despeinado. Sonreí un poco. Neil era guapísimo y muy presumido, lo cual hacía que no dejara que nadie lo viera sin peinar y sin vestir correctamente. Y cada vez que lo veía salir con pijama y los pelos en todas direcciones, sentía unos muy agradables aleteos en la barriga. Volvía a ver al Neil de antes, y me encantaba.

—Buenos días, cariño.

Se acercó para depositar un beso en mis labios.

—Buenos días, Neil.

—Qué labios tan fríos, nena. ¿Has salido? —preguntó yendo hacia la cocina.

—Sí, he ido a comprar algunas cosas.

—Guay.

Lo miré mientras se hacía el desayuno.

—¿Quieres hacer algo este fin de semana?

—El sábado trabajo y el domingo es el cumpleaños de un colega, así que poco puedo hacer.

¿Por qué? ¿Quieres venir?

—No, es que me han ofrecido ir a Londres a la presentación de un libro —expliqué.

Puse la atención de todos mis sentidos en él y su reacción.

Siempre que había tenido que viajar, especialmente a Europa, se había querido unir. Se había llegado a comprar billetes en mis mismos vuelos para acompañarme.

—Ah, está bien. ¿Vas a ir, entonces?

Justo en ese momento me pareció escuchar un *crac* dentro de mí.

Y no pude evitar preguntarme cómo una cosa tan insignificante podía llegar a resquebrajarme un poco el corazón.

—Sí.



Durante el descanso del ensayo de la tarde, me senté en una de las butacas del teatro, algo alejada del resto, y comprobé si Walker me había respondido al mensaje que le había dejado hacía nueve horas. Y sí, lo había respondido. Pero antes de mirarlo, me tomé algo para el dolor de cabeza y una pastillita para la garganta.

—Perdona, llevo un día un poco loco organizando algunas cosas y no he podido entrar en Instagram hasta ahora. Y, bueno, puede que le dijera a mi editor que quería que vinieras.

—Oye, quién te iba a decir que invitarías a la presentación y firma a la autora de tu primera reseña negativa de *Los Niños de Norfolk*, ¿eh? Muchas gracias, de verdad, me hace mucha ilusión ir. Ya le he confirmado a John. He ido mucho a Francia a presentaciones y eventos, pero a Londres nunca.

No tardó nada en responder, lo cual agradecí.

—Joder, ¿qué le pasa a tu voz? No me malinterpretes, suena igual de bonita que siempre, pero parece que has estado hablando durante días seguidos. Y yo tampoco esperaba que acabaría invitándote el día que te pedí algunas aclaraciones; me caes bien, Harper Cameron.

—Tú también me caes bien, Walker Fillion. Estoy en la pausa del ensayo y tengo la voz fatal... Siento que tengo lijas en la garganta. Ya me he tomado algo, pero, uff. Entre la cabeza y la garganta, voy mal.

—¿No puedes pedir marcharte a casa? Necesitas descansar, Harper. No puede ser bueno forzarte tanto si no estás bien.

—No te preocupes, estoy acostumbrada a esto. Gajes del oficio. Estrenamos obra en enero y todo ensayo es más que necesario, porque no solo la hacemos en inglés, también en francés. Y, no sé si te lo había dicho, pero soy la protagonista, por lo que no soy prescindible.

—Oh, ¡enhorabuena! ¿Qué obras interpretáis?

—*Las Siete Cartas del señor Coolidge*, obra de James Saint-Bernard, el dueño de mi compañía de teatro. Falleció hace unos años y su hija es la que lo lleva todo ahora.

—Conocí a Saint-Bernard, un gran hombre. ¿Vivió para ver que se adaptaría su obra?

—Desgraciadamente no. Hubiese sido bonito. Creo que todo autor merece estar presente en la obra de teatro de su libro, pero muchas veces no es posible. Aun así, estoy segura de que, allí donde esté, le encantará ver que yo soy la protagonista. —Reí—. Siempre me dijo que era la viva imagen de Margareth.

—Eso... es bonito. Oye, Harper, voy a acabar esta conversación aquí por hoy, ¿vale? Seguiría hablando contigo hasta que acabara tu descanso, pero sería injusto para ti, teniendo la voz así. Yo me acostaré después de ducharme porque, antes de que lo preguntes, ya he cenado, no se me ha olvidado. Hablamos pronto, ¿vale? Cuídate la voz, por favor.

Sonreí un poco antes de darle un largo trago a mi botella.

—Está bien, Walker. Que descanses, hablamos pronto.

Ensayamos las próximas horas, hasta las ocho, hasta que por fin nos liberaron. Camilla, al escuchar mi voz durante los ensayos, me pidió que no volviera al teatro hasta el lunes. Quiso que me quedara los próximos días fuera para así recuperar la voz. En condiciones normales me habría opuesto. Pero teniendo en cuenta lo que me dolía la garganta y que el fin de semana me marcharía a Londres, no me atreví a poner objeción alguna.

De camino a casa, repasé el chisme de mi mejor amiga. Habíamos estado hablando por mensajes la noche anterior, dado que había tenido un par de encontronazos no demasiado amistosos con su vecino, amigo de la infancia y hermano de su exnovio. Bueno, uno de ellos sí había sido amistoso. Me fascinaba la idea de un River arrepentido, yendo a pedirle perdón a mi amiga y regalándole entradas para el próximo partido (una para mí, obviamente) a modo de disculpa.

Pero más me fascinaba la idea de que ocurriera algo entre ellos.

Ella había estado enamorada de él durante toda su infancia y adolescencia, y se había liado con el hermano de él solo para llamar su atención, lo cual la había llevado a empezar una relación que no anhelaba y, además, cuatro años de los que solo sacó disgustos y unos cuernos más grandes que los de un alce.

Al llegar, las luces estaban apagadas y Neil veía una película de acción en el televisor. Fui a saludarlo con un beso.

—Acabo de llegar de cenar con los chicos y no te he hecho nada para cenar porque he visto que tienes comida preparada en el *frigo*.

—Ya, bueno, esa era mi comida de mañana, pero da igual, ya me lo como ahora —musité yendo a la cocina—. No vuelvo a ensayar hasta el lunes.

—Ah, muy bien.

Pero nada de interesarse por las razones.

Ni preocuparse por lo ronca y rasgada que sonaba mi voz.

Ni preguntarme las razones por las que me estaba haciendo la infusión de jengibre, miel y limón, si la odiaba con toda mi alma.

Nada.

Me calenté el plato de comida que debía ser para el almuerzo y lo llevé todo al salón. Me senté en el sofá en el mismo momento en el que Neil se estiró un poco.

—Que aproveche, cariño. Yo me voy a dormir, que tengo la espalda molida.

—Bueno... —Acepté el beso que me dio—. Buenas noches.

Se marchó y yo me quedé allí, a oscuras, con solo la televisión iluminándome. Cambié de

canal y llamé a Susan para chismear un poco y hacerle saber que el día siguiente iría a almorzar con ella y su madre, a la cual adoraba como si fuera una tía más.

A veces me preguntaba qué había hecho mal para que la relación se fuera a pique. Me encantaría saber qué debía cambiar, si es que había algo que se me pudiera reprochar. Era bastante crítica conmigo misma y, echando la vista atrás, la única cosa que veía que había hecho mal en la relación era ser demasiado permisiva con Neil. Jamás había ocasionado conflictos, me llevaba bien con todos sus amigos y su familia, conocía todos los detalles de su vida, sabía qué alimentos no podía comer porque le caían mal al estómago, cuáles eran sus lugares favoritos de la ciudad, qué le enfadaba... Me había esforzado como nadie en conocer a mi pareja a fondo para poder tener una relación sana y duradera, y al final resultaba inútil, porque todo se estaba yendo a la mierda a pasos agigantados.

En un año, habíamos dejado de salir a cenar, de viajar juntos, de fingir estar enfermos de cara a nuestros trabajos un día para pasarlo entero en la cama, de hacernos sorpresas... Incluso de echarnos de menos. Antes, deseaba volver corriendo del teatro a casa para verlo de nuevo, besarlo, cenar lo que hubiese preparado y tumbarnos al sofá para ver la película mala que fueran a echar por la noche.

Y ya no había nada de eso.

Y me dolía que todo estuviese desapareciendo de una forma tan fea.

No le había contado a nadie la situación por la que estábamos pasando, aunque Susan deducía algo. Ella tenía a Neil en el punto de mira desde hacía años, pues nunca le había acabado de gustar (ni como persona, ni para mí), así que lo tenía calado. Mi amistad con Susan funcionaba tan bien porque sabía a la perfección la forma en la que me encerraba cuando las cosas iban mal.

Yo seguía actuando normal con todo el mundo, pero era incapaz de contarle mis problemas a nadie. Sentía que no solucionaba nada contándole mis mierdas a la gente, porque eran asuntos que debía solucionar sola. Sumando a más gente en la ecuación, solo hacía que las cosas fueran más complicadas.

Y Susan lo entendía y trataba de ayudarme desde fuera, con su apoyo incondicional y sus memes de gatos.

Por eso la quería tanto.

Capítulo 9

Walker

El viernes a las doce de la noche seguía escribiendo sin parar.

Bueno, sin parar hasta que la pantalla de mi móvil se iluminó. No recibía mensajes de nadie, más que nada porque tenía literalmente un amigo cercano (tenía más, aunque no muchos, pero todos eran más propensos a llamarme) y, fuera de ese pequeño círculo, solo me hablaba una persona. Al menos que me interesara, claro.

—No sé si estarás durmiendo o escribiendo como un loco por no haber cenado todavía, pero te informo de que estoy sentada delante de un ventanal, viendo cómo la lluvia cubre Londres entera. ¿Cómo puede ser tan bonita esta ciudad incluso con este manto de lluvia y en la oscuridad de la noche?

Sonreí.

Por fin había llegado.

—En efecto, estaba escribiendo, pero por hoy se ha acabado. Bienvenida a Londres, Harper Cameron. Si te gusta de noche, espérate a verla de día; te va a maravillar. ¿Has llegado muy cansada?

—Estoy muerta de sueño. A la que he llegado al hotel, he deshecho la maleta y me he sentado delante de la ventana para beberme una infusión para la garganta. Pero me iré ahora mismo a dormir, que no lo he hecho en todo el vuelo para evitar un poco el *jet lag*. Supongo que... nos vemos mañana, ¿no?

—En efecto, nos vemos mañana por la tarde.



Me marché de casa a las cuatro en punto. Iba muy justo de tiempo a la presentación de mi propio libro, pero en mi defensa diré que tuve un problema con la caldera y aquí uno no puede ducharse con agua fría sin morir en el intento.

En realidad, a las cuatro y quince comenzaba una especie de charla/merienda con los colaboradores que habían invitado. Desde reseñadores y escritores, hasta periodistas o editores. Era algo que, si fuera por mí, suprimiría de mis presentaciones, pero por lo visto a todo el mundo le encantaba tener un momento para decirme a la cara que mi libro les había encantado, sin haberlo leído la mayoría de ellos.

Por suerte, eso no era en todas las firmas, solo en la de Londres.

Y menos mal.

Aunque en esa ocasión era un poco distinto, pues la autora de mi primera reseña negativa del libro estaría allí.

Y me hacía ilusión conocer en persona a la chica con la que me mandaba notas de voz a diario.

Llegué justo a tiempo para bajar corriendo a la sala en la que debían estar esperándome. John

no me echó la bronca, pues le pude avisar con tiempo. Me sudaban un poco las manos, así que me las sequé en el pantalón antes de darle mi chaqueta a un señor que la iba a llevar a no sé dónde con el resto de prendas.

En la sala había alrededor de treinta personas, no más. Charlaban entre ellas, reían y comían lo que la organización de la editorial había puesto para merendar. John me obligó a subir a una pequeña tarima solo para saludar y hacerme pasar vergüenza.

—Buenas tardes y perdón el retraso, he tenido una pelea con la caldera de mi casa. Muchas gracias por venir, lo aprecio mucho. Voy a dejar que sigáis charlando y comiendo estas pastas que probablemente me lleve a mi casa al acabar porque huelen de maravilla, que en nada me uno a vosotros. Gracias de nuevo y espero que disfrutéis de estos minutos.

Me gané un aplauso al bajar de la tarima y, como siempre, empezó mi ronda de saludos. Por suerte, no ocurrió como en mi primera «reunión», en la que todo el mundo se me quedó mirando mientras saludaba a los asistentes en vez de seguir charlando. Fue incómodo.

Firmé unos cuantos libros durante los saludos, pero yo no podía hacer nada más que desear llegar a Harper, a la que todavía no había visto. Miré el reloj antes de volver a buscarla con la mirada; no quería que acabara la reunión sin haber podido hablar con ella.

Y por fin la encontré.

Sola, bebiendo lo que parecía té, aunque dudaba que lo fuera porque lo detestaba, apoyada en una de las mesas mientras inspeccionaba las flores del jarrón de centro. Acabé de saludar al último grupo de personas con un poco de prisa con la excusa de que quedaba poco tiempo y no quería dejarme a nadie, y me apresuré a ir hacia ella.

Harper vestía con una falda corta y ceñida de color menta, un jersey azul peludo y unas botas altas hasta las rodillas de color blanco, y en ese momento me pareció que era una de las chicas más atractivas que había visto nunca. Para gustos, colores, estaba claro. Pero era preciosa, con su pelo largo y ondulado, los ojos oscuros fijos en las flores y una media sonrisa que me tranquilizó, porque parecía inconsciente, lo cual podría significar que no le estaba resultando demasiado aburrido ese pequeño evento.

—Son bonitas. Lástima que sean de plástico.

Se giró asustada, pero su mueca se transformó rápidamente en la sonrisa más bonita de toda la sala.

—Walker, hola.

Me ofreció su mano y la agarré con suavidad. Su voz todavía sonaba un poco tocada.

—¿Qué haces sola, Harper Cameron? Hay mucha gente aquí.

—Ya, pero... —sonrió un poco mirando a su alrededor—, he oído hablar a ese grupillo. Son reseñadores, los conozco de redes, y les parece bastante mal que yo esté aquí. Así que he preferido separarme un poco e ir a lo mío. No pinto mucho con los periodistas o los editores, y tampoco quiero meterme entre los escritores, porque soy bastante fan de algunos y parecería una loca. Y necesito mantener la imagen de *hater*.

Lo dijo en un tono bromista, pero no me sentó nada bien.

—¿Te han llamado *hater*?

—*Hater* de Walker Fillion, más específicamente. Pero no importa, de verdad, yo estoy bien aquí, con este café que me ha traído John y tratando de descifrar si estas flores son de verdad o de plástico sin tener que olerlas. Pero ya me has dicho que son artificiales, gracias por joderme el plan.

—Lo siento mucho, Harper. Por el comportamiento de esta gente y por joderte el plan de investigación. Yo...

—Señor Fillion, ¿una foto?

Me giré ante esa interrupción y vi al fotógrafo que había estado haciendo fotos de todo y todos.

—¿Te importa? —le pregunté a Harper.

—Oh, no, no. Perdón.

Dio un paso hacia un lado, pero yo me apresuré a agarrarla de la muñeca y atraerla hacia mí.

—Que te saques la foto conmigo, no que huyas de mí, mujer. —Reí por lo bajo. Ella me miró sorprendida.

—Mira que a mí me enfoca una cámara y me transformo, Walker Fillion. No sé si quieres esto —bromeó.

—Ven aquí, anda.

Sonreí divertido mientras pasaba mi brazo por su espalda y ella el suyo por mi cintura. Parecíamos conocidos de toda la vida con la suficiente confianza para posar de esa forma, y es que así me sentía con Harper. El fotógrafo nos tomó un par de fotos y nos lo agradeció con una sonrisa antes de marcharse a interrumpir a más grupos.

—Creo que quería sacarte la foto a ti solo.

—No lo creo. Me ha tomado al menos diez en este rato.

—Quizá ha sido por esto —murmuró con una risa, acercando mis manos a mi pecho. Tocó los botones de mi camisa y me miró a los ojos con una sonrisa—. Tienes los botones mal abrochados, Walker.

—No me jodas —susurré mirándome y tocándome la camisa. Y, en efecto, los había abrochado mal. —Nadie me ha dicho nada... Ni siquiera John. Cabronazo.

—A lo mejor no se han dado cuenta. Deja que te ayude.

—No te preocupes.

Pero ella de todas formas me ayudó con los botones de arriba mientras yo desabrochaba los de abajo. En menos de medio minuto estuve listo, aunque la imagen de las manos de Harper sobre mi torso no me disgustó ni un poco.

—Hoy se me ha estropeado la caldera y me ha costado mucho ducharme, por ende, he llegado tarde, lo cual me ha llevado a ir con prisas y abrocharme mal la camisa. Espera, no habré... —Miré mi pantalón y respiré tranquilo al ver que me lo había abrochado correctamente.

Harper se rio.

—Mejor llegar tarde que no llegar, no te preocupes. Además, has llegado justo a la hora.

—Y ya es tarde para mí. Me gusta llegar unos minutos antes, por si acaso.

Asintió con la cabeza, mirándome sin perder la sonrisa tan contagiosa que tenía, que hasta me la había contagiado.

—¿*Jet lag*?

—Nada de nada —presumió—. No dormir en el avión fue agotador, pero todo un acierto.

—¿Y la voz qué tal?

—Recuperándose. Hoy he ido a comprar algunas cosas y me he hecho la infusión asquerosa para la garganta que me recomendó mi mejor amiga, pero que funciona muy bien. Huele fatal.

—Mientras valga la pena, da igual cómo huele. —Reí—. ¿Has venido sola al final?

—Sí. John me ofreció otro billete, pero estoy bien así. Tampoco tenía con quién venir —musitó con una media sonrisa—. Susan trabaja en la tienda de música de su abuelo y hace menos de una semana que acabó sus vacaciones; no podía pedirle que viniera.

Creo que debería haberme callado, reprimirme la pregunta porque quizá le sentaba mal y no querría responder, pero en ese momento no estuve a tiempo de cerrar la boca.

—¿Y tu novio?

Su sonrisa se hizo un poco más pequeña.

Me merecía un golpe por haber ocasionado eso.

—Antes me acompañaba a todas las presentaciones si debíamos viajar.

—Ya no —me atreví a decir.

—En efecto, ya no. Pero no pasa nada, no me molesta tener que viajar sola. De hecho, es más cómodo, porque no tengo que estar pendiente más que de mis cosas y no voy con prisas.

—Nunca he viajado solo —dije, alejándome adrede del tema de su novio—. Cuando voy a Canadá, me acompañan mis padres o mis hermanos. Si viajo por Europa, que normalmente es para las giras promocionales, lo hago con mi editor o mi agente.

—Deberías probarlo alguna vez. Es una experiencia totalmente nueva. Mi hermano mayor dice que estoy loca, que para él es exactamente lo mismo viajar solo que acompañado, pero ni caso, fumó mucha marihuana en la universidad.

Fue inevitable lanzar una carcajada, que no solo provocó una sonrisa más amplia en ella, sino también que algunos asistentes nos prestaran más atención de la necesaria durante unos segundos.

—No te rías. Seguro que tú también te freíste algunas neuronas a base de cigarrillos de la risa.

Me hice el ofendido, llevándome una mano al pecho.

—¿Cómo osas hacer tal acusación a un autor superventas?

—Tu último libro refleja la de porros que te fumaste, Walker —bromeó, arrancándome una risa que trataba de contener—. Es broma. Me estoy tomando demasiadas confianzas contigo sin siquiera...

—Llevamos días hablando, Harper, puedes tomarte las confianzas que quieras—intervine.

Sonrió.

—Perdón la irrupción, chicos —John apareció de la nada—, pero debemos empezar a subir. Las puertas ya se han abierto y en diez minutos empieza la presentación. Tú tienes que ser el último en subir, Walker.

—Sí, sí, yo me voy —se apresuró a decir Harper con una media sonrisa mientras estiraba su brazo hacia una de las mesas altas que teníamos más cerca para coger su bolsa—. Ha sido un placer conocerte, Walker. Y lo mismo digo contigo, John. Oh, y gracias por el cafecito.

Harper se marchó antes de que pudiera decirle nada, como que me esperaba al acabar la presentación. Miré a John.

—Ese grupito no quiero que vuelva a ser invitado a mis presentaciones —susurré a Walker, señalando sutilmente al grupo de reseñadores que estaba a nuestra izquierda.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Que tienen de treinta años para arriba y están cuchicheando y haciendo el vacío a una chica por haber hecho una reseña negativa de mi libro y estar aquí. Parece mentira —espeté.

—¿Esa chica es Harper?

—Claro. ¿Quién si no?

—Lo tendremos en cuenta.

Capítulo 10

Harper

La presentación terminó más temprano de lo que había calculado y, una vez hube salido del local, me di cuenta de que Walker no me había firmado el libro. Como había firmado a todos los asistentes de la reunión previa, todos habían salido de la presentación en el momento en el que todo el mundo hizo fila para que Walker les firmara. Obviamente yo había salido con ellos. Miré al interior del local y me debatí si entrar y hacer fila.

Y lo hice.

Estuve esperando de pie alrededor de media hora hasta que llegué a la mesa. Walker estaba cansado. Tanto, que no se dio cuenta de que era yo.

—Gracias por venir. ¿A nombre de quién...?

—Parece mentira que tenga que decirte cómo me llamo.

Levantó su cabeza en medio de la firma y sonrió, cansado pero aliviado.

—Se me van a caer los dedos, Harper Cameron.

—Soy la última y solo traigo un libro.

—No me digas eso, que me enamoro —bromeó.

Sonreí mientras cerraba el libro tras firmarlo y escribir alguna de las dedicatorias que ha escrito a todo el mundo, y lo deslizó por la mesa hasta mí.

—¿Te vas mañana?

—Sí, a las tres de la tarde sale el vuelo.

—¿Te gustaría cenar conmigo?

Mi primer pensamiento gritaba con fuerza que sí, que por supuesto que me gustaría ir a cenar con él. Y eso me hizo sentir bastante mal, porque lo primero que debería haber pensado era en mi novio, en la poca gracia que le haría a él que fuera a cenar con otro hombre.

Sin embargo, no quería quedarme sola esa noche. Estaba en Londres, solo había hecho dos horas de turismo por culpa de la lluvia y había almorzado en el hotel. Quería salir fuera. Hacer algo.

—Vale, sí. —Miré la hora en mi móvil—. ¿Cuándo? Son las siete.

—¿Esperas a que vaya a por mi abrigo y nos vamos?

Asentí con la cabeza inmediatamente. Quizá más rápido de lo que me gustaría. Le dije que lo esperaría fuera, tomando el aire, y me marché, no sin antes despedirme con la mano y una sonrisa de John, que imitó mi gesto. Una vez fuera, me abroché la chaqueta, saqué mi bufanda de la *tote bag* y la enrollé en mi cuello, refugiándolo así del viento londinense. Apoyada en la fachada y con las manos en los bolsillos, esperé a Walker.

Me había caído todavía mejor en persona. Se notaba que era una gran persona solo por los mensajes que nos habíamos mandado la última semana, pero en persona mejoraba completamente la imagen que tenía de él. Cercano, igual de bromista y con una sonrisa impresionante. Además, era un gusto poder hablar con él sin las pausas obligatorias que debíamos hacer con las notas de voz.

Walker salió justo en el momento en el que empezó a lloviznar.

—Ya estaba tardando —se quejó por lo bajo—. Mm...

—¿Qué estamos esperando?

—A que se me ocurra dónde podemos ir a cenar... ¿Italiano?

—Si tienen pizza, me parece bien.

Me miró de reojo con una sonrisa.

—Conozco la mejor pizzería de todo Reino Unido y está aquí, en la calle siguiente.

—¿Y qué hacemos aquí parados como pasmarotes? ¡Vamos!

—Por aquí.

Cruzamos la calle a paso rápido, mojándonos las cabezas sin remedio alguno. Nos pusimos bajo unos balcones y seguimos calle arriba.

—¿Ha sido muy aburrida la presentación?

—¡Para nada! Ha sido muy interesante. Hablas de tal forma que consigues que la gente te dé toda su atención. Eso es muy bueno, no todo el mundo puede hacerlo.

—Vaya, gracias. Estas cosas suelen darme un poco de angustia, porque siento que estoy aburriendo a todo el mundo. He ido a miles de presentaciones antes y todas me han parecido un muermo.

—Muchas veces no es culpa del coche, sino del piloto. No sé si me entiendes.

—Que no es que la presentación fuera mala, sino las personas que lo dirigían.

—Exacto.

Sonrió y me señaló con la cabeza a un punto en concreto. Un restaurante pequeño con una bandera italiana en la entrada más grande que el propio local. «Sí que estaba cerca», pensé. En unos pocos pasos llegamos y Walker me abrió la puerta para que entrara. Pidió una mesa para dos a un camarero que vino a recibirnos y nos condujo hacia una mesa en un rincón muy acogedor, delante de una réplica en miniatura de la Fontana di Trevi.

—Esto es precioso —musité mientras nos sentábamos y observaba la decoración del restaurante. Parecía que habíamos entrado en una casa italiana (aunque no había estado en ninguna, pero quise imaginar que era como eso; familiar, acogedor, con un punto rústico).

—Sí que lo es.

—¿Vienes mucho?

—No todo lo que me gustaría, y menos en época de escritura. Está cerca de mi casa, vivo a dos minutos en coche de aquí, así que a veces vengo a buscar comida para llevar.

—Qué bien...

Me acercó una de las cartas y fue imposible no relamerme al ver las fotos de los platos de la carta. Lo pediría todo, pero mis ojos estaban fijos única y exclusivamente en las pizzas. Decenas de pizzas disponibles para pedir. Era el paraíso. ¡Y además pizza italiana! Las tripas me gruñeron nada más pensarlo.

—Me pediría todas las pizzas —susurré en cuanto me hube quitado la chaqueta.

—Si puedes con todas, adelante —dijo divertido.

—Ojalá tuviera el estómago de una ballena ahora mismo.

—Si me permites darte una recomendación, la Diavola que hacen aquí está increíblemente buena. Es la pizza pepperoni de toda la vida, pero jamás probarás una como la de aquí.

—Uh... Me encanta la pepperoni. Pues quiero esa.

—No la llares pizza pepperoni o Riccardo te va a echar de aquí —murmuró con una risa.

—Diavola, Diavola —rectifiqué rápidamente.

Walker se pidió una especie de sopa con pasta y no sé cuántas hortalizas, cuyo nombre era demasiado complicado como para acordarme de él. Nos trajeron agua a petición de ambos y se llevaron las cartas tras tomarnos nota del pedido.

—Cuéntame, ¿cómo llevas el libro?

—Bastante bien. Podría ir mejor, desde luego, porque he tenido unos días de mente dispersa. Aun así, estoy contento con lo que he escrito hasta el momento.

—¿Qué fecha de entrega tienes? Si es que la tienes.

—Abril.

—¿Eso no es poco tiempo?

—No si la documentación está hecha. He estado un año investigando; muchas visitas a la universidad en la que estudié, a bibliotecas de todo Reino Unido...

—Hace años se inventó una cosa muy chula llamada internet, ¿sabes? Pones lo que quieres buscar en Google y listo.

Me dio un pequeño golpe bajo la mesa y sonrió conmigo.

—Hay cosas de las bibliotecas que no encontrarás tan bien explicadas en Google, Harper Cameron.

—Ay, madre. Tienes toda la pinta de ser de los que escribe con pluma y máquina de escribir. Oh, espera, sí escribes con pluma.

—¿Te estás burlando?

—No, no. Es curioso, simplemente. —Me incliné y bajé la voz sin perder la sonrisa divertida—. Mi abuela dejó de escribir con pluma hace sesenta años.

Puso los ojos en blanco, pero no respondió porque llegó nuestra comida. Me relamí nada más ver mi pizza. Y olía genial. Y tenía una pinta increíble.

—No quiero ofender a nadie, pero tu sopa tiene una pinta horrible, Walker —susurré con una media sonrisa.

—Pruébala y verás que no es tan horrible.

—¿Puedo?

—Claro.

Sí, tenía una pinta bastante fea, pero jamás le podía decir que no a la comida.

Probé la sopa con la cuchara que tenía al lado de mi vaso junto a otros cubiertos que no usaría, y miré a Walker.

—¿Cómo te digo esto...? —musité dejando la cuchara a un lado.

—¿No te gusta?

—Odio las verduras y sabe igual que la pinta que tiene —susurré muy por lo bajo.

—Me caías bien, incluso empezaba a cogerte un poco de cariño, ¿e insultas de esta forma mi minestrone?

—No sé si disculparme.

Me reí por lo bajo al ver la mirada incrédula y casi ofendida que me echó. En vez de decir cualquier cosa, le di un bocado a uno de los trozos de mi pizza y sonreí satisfecha como nunca.

—Pero esto está increíblemente bueno. ¿Quieres?

Creo que fue la cena más larga que había hecho nunca. Estuvimos alrededor de tres horas en ese restaurante, solo comiendo y hablando. Compartimos opinión de muchas cosas en las que coincidimos en su totalidad, hablamos de mis hermanos y un poco de los suyos, de los cuales no quiso dar muchos detalles y yo respeté completamente, de Montreal y de Londres... De todo un poco.

Menos de sus libros.

Seguro que estaba deseando que criticara *Los Niños de Norfolk*.

Salimos de allí a las diez y pocos minutos de la noche, después de insistir unas cuantas veces para pagar mi parte de la cena, lo cual fue inútil porque no logré absolutamente nada. Las calles de Londres estaban llenas de gente yendo y viniendo.

—Un día de cada día esto no está tan lleno —me dijo Walker—. ¿En qué hotel te estás quedando?

—The Resident Victoria. Está a unas pocas calles de aquí.

—Vamos, te llevo en coche, que lo tengo aparcado a la calle siguiente.

—No hace falta, puedo ir caminando sin problema.

—Vamos. —Y echó a andar calle abajo.

Fue una orden.

«Será posible...».

Unos pocos segundos después, Walker me abrió la puerta de su coche. Dentro, olía a él; no había dudas de que el coche fuese suyo. Antes de que entrase, me incliné sobre el salpicadero y sonreí divertida al ver qué era el papelito que me había llamado la atención.

—¿Una multa de aparcamiento, Walker Fillion? —pregunté divertida en cuanto entró al coche.

—Me multaron por aparcar delante de mi garaje y estar obstruyendo el paso, ¿te lo puedes creer?

—La policía no sabe si el coche es de la persona a la que pertenece el garaje.

—Lo sé, eso mismo me dijeron ellos cuando fui a reclamarla. Ni siquiera me la retiraron, ¿te lo puedes creer?

—¿Es que para qué aparcar fuera teniendo garaje?

—¡Se me había estropeado la puerta!

—Excusas, excusas.

Me dio un pequeño golpe con el codo antes de arrancar el coche. En silencio, salió del sitio en el que estábamos aparcados.

—¿No es un poco aparatoso cruzar el charco solo para un fin de semana? Ni eso —cuestionó Walker.

—¿Eso es una indirecta para decirme que era mejor que no hubiese venido?

—Al contrario —se apresuró a decir—. Podrías haber venido para más días. Soy un guía turístico buenísimo.

Sonreí y lo miré.

«Qué perfil más bonito», pensé.

—Es complicado cuando tengo que trabajar. Estrenamos obra en menos de dos meses.

—¿Solo trabajas de eso?

La misma pregunta que siempre.

Un tono completamente distinto.

—La gente suele usar un tono algo más burlesco e incrédulo con esa pregunta, y tú no lo estás usando. ¿Es una pregunta de interés verdadero y curiosidad?

—No me creo que me estés preguntando esto.

Y es que parecía que nos conocíamos desde hacía tiempo. El suficiente como para saber que él jamás me preguntaría eso con burla o incredulidad.

—Me causa curiosidad. Eres la primera actriz de teatro que conozco —añadió.

—Vivo bien con el sueldo del teatro, pero las reseñas en PSB complementan un poco mi economía.

—Oh, es verdad, no me acordaba.

—Y eso que me conociste por ello.

Bufó, haciéndome reír.

—Te ofendiste de verdad, ¿eh? —añadí.

—¡No!

—Claro que sí. Ya tenemos confianza, Walker Fillion, puedes decirme la verdad.

—No me ofendió, pero me resultó extraño. Para mí es el mejor libro que he escrito hasta el momento y para el que más me he documentado, y que la primera reseña que recibí fuera de una estrella y media no me sentó demasiado bien.

—No iba a subir la reseña —admití—. Nunca me ha gustado tener que opinar negativa y públicamente de un libro, pero me mandaron el libro y la plataforma era consciente de ello. No podría no...

—Lo entiendo —se apresuró a decir—, de verdad que lo hago. Y quizá sí que me ofendí un poco.

—¡Ajá!

Se rio por lo bajo.

—Nunca he leído las reseñas de la gente, me limito a escuchar las cosas que me dicen cuando vienen a las firmas. —Me miró de reojo, todavía sonriendo—. Y bendito el día que entré a ver las reseñas de PSB.

Sentí mis mejillas arder.

¿Bendito el día que entró a ver las reseñas de PSB?

Ajá, lo había dicho.

Nos mantuvimos en silencio los pocos minutos que duró el trayecto y mi cabeza aprovechó para sacar conclusiones sobre sus palabras. «Eso significa que se alegra de haberme conocido, ¿verdad?», me pregunté, fingiendo que no sabía perfectamente que significaba eso mismo. Yo también me alegraba de haberle conocido; siempre pensé que Walker Fillion sería el típico escritor engreído que se creía lo más y lo mejor solo por haber publicado únicamente *best sellers*, los cuales se habían traducido a idiomas que ni siquiera conocía. Sin embargo, no era para nada lo que suponía, o al menos no lo que había conocido de él. Era atento, amable y con un sentido del humor muy afín a mí.

Y me gustaba.

Llegamos a mi hotel y aparcó en uno de los pocos sitios libres que había en la calle.

—Espero que la próxima vez vengas a Londres más días, Harper. Esto te encantaría.

—Ojalá pueda volver pronto. Es una ciudad preciosa.

—Esto... toma. —Sacó algo de su bolsillo. Era una servilleta del restaurante del que acabábamos de salir. Cuando la cogí, vi que en ella había anotado una serie de números; su teléfono—. Quizá nos sea más práctico hablar por otro sitio que no sea Instagram.

Me guardé la servilleta en la bolsa, sintiendo mis mejillas arder de nuevo; o quizá todavía me duraba de antes.

—Gracias, Walker. Por todo. Has sido muy amable. Nunca pensé que un autor superventas me invitaría a cenar y me acompañaría a la puerta del hotel. Voy a ser la comidilla de *booktw*, ya lo estoy viendo.

—¿Qué es *booktw*?

—La comunidad literaria de Twitter; ese grupito de reseñadores del que te hablé antes que van a soltar una de veneno hoy... Estoy acostumbrada, aun así.

—¿Suelen echarte mucha mierda?

—Por alguna razón que desconozco, sí. Y después de hoy, todavía más. No pasa nada.

—Puedo hacer algo al respecto si...

—No, no, no. No te metas en esto, que al final te salpicará a ti, Walker. Y aprovecha que no tienes manchas en tu imagen; muy pocos autores pueden presumir de ello.

—Está bien.

Esas dos palabras no sonaron muy convincentes. Ambos lo sabíamos.

—Ha sido un placer conocerte, Walker. Espero que me avises si pasas por Montreal, que todavía tienes que firmarme el resto de libros.

Sonrió y asintió con la cabeza mientras yo me desabrochaba el cinturón.

—Cuenta con ello. Y el placer ha sido todo mío.

Antes de abrir la puerta para salir, me incliné para besar su mejilla, cubierta por una leve barba que me cosquilleó los labios. Salté del coche y lo rodeé mientras me despedía con la mano de él.

—Hasta la próxima, Walker Fillion —canturreé, haciéndole sonreír.

—Hasta la próxima, Harper Cameron —escuché que dijo.

Capítulo 11

Walker

Amanecí el domingo con un mensaje de *WhatsApp* de un número que no tenía agendado.

Número desconocido

Buenos días, Walker Fillion. Voy a embarcar en unos minutos, estoy haciendo fila. Me he despertado con las notificaciones de Instagram y Twitter a petar. No te recomiendo buscar tu nombre en ninguna de las dos plataformas.

El mensaje era de hace pocos minutos.

Evidentemente era de Harper.

Agendé su número y, antes de responder, comprobé la hora. Hacía años que no me despertaba a las once de la mañana; a esa hora salía su vuelo.

Antes siquiera de que pudiera sentarme en la cama, recibí un mensaje de John.

John

Twitter

Solo eso.

Dos personas en menos de una hora me habían dicho que mirara Twitter, así que tuve que hacerlo. Y menuda sorpresa la que me encontré.

Se habían publicado las fotos de la presentación y de la merienda previa. Todas muy bien, muy bonitas y bla, bla, bla. Pero la gente solo le había hecho caso a la foto que el fotógrafo me había sacado junto a Harper. Habían salido expertos en lenguaje corporal hasta de debajo de las piedras, porque había por todos lados comentarios del tipo: es evidente la complicidad que tienen.

¿Por qué a la gente le interesaba la vida de alguien como yo?

@dailybks

«Solo hay que ver el resto de fotos de Fillion con otros invitados; mirad los brazos, mirad la cadera... Es evidente la confianza y la complicidad entre ellos dos».

Ese retuit de la imagen tenía tres mil *likes*.

«Esto tiene que ser una broma».

Lo que más increíble me pareció no fue eso, sino los comentarios de la gente del famoso *booktw* del que hablaba Harper.

@dinashelfandreviews

«Esa chica reseñó negativamente y tiró por el suelo la nueva novela de Walker Fillion, pero como tiene seguidores, ya la invitan a la presentación (con hotel y todo, ojo). No me creo un pelo esa “buena relación” con el autor. Todo fingido, todo pactado».

Y como no sabía estar callado, tuve que responderle retuiteando el comentario para que así la

gente lo viera.

@walkerfillionauthor

«Todavía no nos ha dado tiempo a firmar un acuerdo de amistad que diga que solo puede reseñar positivamente mis libros, pedimos disculpas. ¿Pero en serio no puedo invitar a una amiga porque ha escrito una reseña sincera? ¿En qué mundo vivimos?».

No entendía cómo habíamos pasado a ser la comidilla de una pequeña comunidad que, a su vez, había hecho que se conociera de esta. Gente externa al mundo literario comentaba, sin saber quiénes éramos, buscando saber el contexto de la situación.

Menos mal que no tenía Tik Tok, porque no sabía si quería enfrentarme a los vídeos de pocos segundos que podían llegar a inventarse mil y una cosas. A mí no acababa de importarme, pero Harper tenía pareja, lo cual no terminaba de gustarme. No el hecho de que tuviera pareja, sino que no actuara como tal; no la esperaba despierto ni siquiera para preguntarle qué tal el día, no le preparaba la cena cuando ella solía incluso llegar tarde al trabajo por hacerle el almuerzo a él, ya no le sugería hacer planes juntos... Ese tío merecía un golpe que le reseteara el cerebro. ¿Quién no querría aprovechar el máximo de tiempo posible para estar con Harper Cameron?

Inteligente, dicharachera, sincera, atrevida y con un sentido del humor maravilloso.

Repito, ¿quién no querría pasar todo el tiempo del mundo con una chica como ella?

El tal Neil era un pedazo de...

El timbre de mi casa sonó y me sobresalté, pues no esperaba a nadie un domingo por la mañana. Me levanté de la cama y fui a paso rápido a ver quién era desde la camarita de seguridad. Esos ojos azules...

—¿Qué cojones haces aquí, Naomi Fillion? —espeté pulsando el botón para abrir la verja de hierro que separaba mi jardín de la calle.

Caminé hacia la puerta y la abrí de golpe.

No sé qué me extrañó más: ver a mi hermana fuera del centro o verla junto a mi hermano.

Ambos avanzaron por el camino de piedra que llevaba a mi casa y no fui capaz de esconder mi sorpresa. Ni siquiera tuve que preguntar.

—Me ha venido a buscar Ed, no me he escapado —dijo Naomi. Y lo dijo tan feliz que no fui capaz de reprocharle que no me hubiese avisado que venían a mi casa; ambos sabían que las sorpresas no eran mi cosa favorita del mundo.

—Me alegra verte. Iba a ir hoy, pero veo que ya no hace falta.

La abracé fuerte contra mí y le aparté un poco el gorro de lana que llevaba para besarle el pelo.

—Pasad.

Naomi entró antes y saludé a mi hermano con un abrazo algo menos fuerte que el que le había dado a ella.

—Gracias —le susurré. Me dio un par de palmadas antes de entrar en casa.

Me hacía feliz que me hubiese hecho caso. Quizá no había ido a ver a un psicólogo, pero que hubiese pasado por el centro ya era muchísimo más de lo que esperaba.

Los seguí hacia el interior de la casa, escuchando sus burlas sobre la vergüenza que debería darme el haberme despertado tan tarde y ni siquiera haber desayunado. Así que me limité a pedirles que esperaran a que me vistiera y fuéramos a almorzar juntos a algún lado.

—He visto Twitter —dijo mi hermana, que había venido a la habitación a cotillear mis cosas mientras acababa de vestirme.

—Lo que me faltaba.

—¿Quién es esa chica? Es guapísima, Walker, ¡y le gusta leer! No me habías contado que estabas conociendo a alguien.

—Y por eso, querida Naomi, debes preguntarme las cosas antes de montarte historias —murmuré poniéndome el jersey sobre la camiseta térmica—. Es Harper y es una amiga. Ella es de Canadá, de hecho, solo vino a la presentación del libro invitada por la editorial.

Por mí, más bien.

—Oh... —musitó algo decepcionada—. ¿Y hace mucho que os conocéis?

—Un par de semanas.

—¿Es cierto que hizo una reseña negativa de tu libro?

—La primera reseña de Canadá fue suya, y de una estrella y media.

Jadeó y todo seguido lanzó una carcajada.

—¿Y aun así os habéis hecho amigos?

—Sí. Es... amable.

—Amable —se burló—. Te pone como una moto, admítelo.

—Jesús, qué niña —susurré mirándola de reojo—. No.

—No, claro. Te gusta Harper, te gusta Harper...

—Si te digo que tiene novio, ¿te callarás?

—¡Un amor prohibido! Como en *Dunbridge Academy*, *Tal vez mañana*, *Un beso en París...* Todos esos libros acaban genial, ¿sabes? Juntos, felices.

—Esto no es un libro romántico, Naomi. Y, te repito, es una amiga.

—Anna y Étienne también eran amigos —susurró.

—¿Quiénes?

—Déjalo. El señor no lee novelas románticas.

—¿Quién dice que no leo novelas románticas?

—Yo y tu estantería del salón llena de *thriller*, histórica y no ficción. No sabes lo que te estás perdiendo.

No me esforcé mucho en llevarle la contraria, porque en realidad tenía toda la razón del mundo. El romance no era mi género favorito del mundo; páginas y páginas llenas de mentiras sobre el amor eterno y verdadero... No era para mí, desde luego.



Hacía muchísimos meses que no teníamos un día de hermanos. Algún día puntual sí que habíamos salido juntos, pero solo un par de horas para comer. Sin embargo, ese día habíamos estado el día entero de arriba para abajo; almuerzo en el mismo restaurante italiano en el que había estado la noche anterior con Harper, paseo por el parque favorito de mi hermana, merienda en la cafetería de una excompañera de la universidad en la que hacían las mejores pastas de la ciudad, película en mi casa, igual que la cena.

Ya habíamos acabado y estábamos a punto de llevar a Naomi al centro. Estaba lavando los platos junto a Edward, que me contaba que en efecto había decidido ir a la psicóloga que le recomendé, cuando entró en la cocina nuestra hermana hablando por teléfono. Por *mi* teléfono.

—Sí, ahora te lo paso, que está aquí. Creo que me va a regañar porque tiene esa cara que ponen los hermanos mayores que avecina muerte inmediata, ¿sabes de lo que hablo? ¡Exacto! —Se rio—. Ha sido un placer, Harper. Tienes una voz muy bonita y me caes bien, que lo sepas.

Adiós, adiós.

—¿Pero qué...?

—Es Harper Cameron, dice que te pongas al teléfono. —Y me lo dio.

—Ahora voy a tener una charla sobre la privacidad contigo, jovencita. Acaba de lavar los platos.

—Jo...

Salí de la cocina ignorando la risa de mi hermano.

—Harper Cameron —saludé por lo bajo.

—Walker Fillion —murmuró con una risa divertida—. Que sepas que tu hermana me cae estupendamente.

—Dime que no te ha llamado ella...

—No, he llamado yo. No esperé que fuera una voz femenina la que me saludara, pero oye, ha estado bien. Parece una buena chica.

—Lo es, solo que algo entrometida. ¿Pasa algo?

—No, solo... —Carraspeó y todavía tardó unos segundos en contestar—. He llegado a Montreal, nadie me ha recibido en casa, y... Pensaba que a lo mejor podría hablar un rato contigo, pero...

—¿Y Neil? —Justo al preguntar eso quise pegarme un puñetazo a mí mismo. No aprendía ni de mis propias gilipolleces—. No quiero decir que...

—Lo sé, lo sé —se apresuró a interrumpirme para ahorrarme la vergüenza, lo cual agradecí infinitamente—. Neil se ha ido de almuerzo con sus amigos y volverá por la tarde. Aquí son las dos y media del mediodía ahora mismo, así que todavía tardará. Aun así, veo que te he pillado en tu día de hermanos, así que no quiero molestar, Walker.

—¿Puedo llamarte en cuarenta minutos? Tengo que dejar a Naomi en el centro antes de las ocho y luego te llamo, ¿sí?

—¿Centro?

No me había dado cuenta de que lo había dicho.

—Te lo cuento luego.

—Está bien... Entonces, hablamos más tarde. Dales un saludo a tus hermanos de mi parte.

—Se los daré.

Colgó antes de que tuviera que decir nada más.

Y yo fui a la cocina.

—¿Se puede saber por qué has cogido la llamada, Naomi? —pregunté, viendo cómo ella y Ed se secaban las manos con un trapo limpio.

—Estaba sonando y lo cogí antes de que parara de sonar; no quería que se perdiera la llamada. No había siquiera visto que era Harper. Y es majísima. Y tiene una voz superbonita. Y ella sí lee libros románticos.

—Lee de todo.

—¿Sabes que tiene cuatro hermanos? Eso significa que su paciencia es infinita, lo que quiere decir que puede lidiar contigo.

—Venga, al coche.

Capítulo 12

Harper

Tras una hora de espera en la que aproveché para darme una larga ducha, Walker por fin me llamó. Supe cómo empezaría la conversación antes de que abriera la boca.

—Dios mío, perdóname. Te he dicho cuarenta minutos y ha pasado más de una hora. Había una carretera cortada de camino al centro y he tenido que dar el doble de vuelta, y...

—No importa, Walker. Han sido veinte minutos de nada. —Reí.

—Sí, lo sé, pero es que... —Suspiró, calmándose—. Detesto que las cosas no me salgan según lo planeado.

—Mm...

—¿Cómo que «mm...»?

—Lo entiendo. Creo que a todos nos fastidia un poco que no nos salgan las cosas como queremos.

—Siempre he pensado que tengo un problema —admitió—. No creo que sea normal la ansiedad y la incertidumbre que siento ante situaciones que supongan un cambio en mi vida o en mi rutina, ¿sabes? Siento que pierdo el control, y me aterra. Una vez leí algo sobre la neofobia y te juro que tengo todos los síntomas. Mi psicóloga dice que no me autodiagnostique a base de formularios de internet, pero es que es la única explicación que he encontrado.

Sonreí tumbándome en el sofá.

No solo tenía un acento de lo más atractivo, era escritor, guapísimo e inteligente.

También iba al psicólogo.

No podía ser real.

—Todos tenemos nuestras cosas, Walker. No te montes historias en tu cabeza, autodiagnosticándote y viendo vídeos de YouTube de gente contando su testimonio, o no harás más que darle vueltas.

Escuché su risa.

—No veo vídeos de YouTube de testigos. Ya no.

Carcajeé y su risa llegó de nuevo a mi oído.

—¿Y tú, Harper Cameron?

—¿Yo qué?

—Has dicho que todos tenemos nuestras cosas. ¿Cuál te ha tocado a ti?

—Uff, muchas. —Reí.

—Cuéntame una.

—Mm... Acostumbro a callarme los problemas. Cuando algo se pone complicado en mi vida, cierro la boca y lo soluciono como puedo; no me gusta involucrar a nadie en nada.

—Eso no es nada bueno para ti, Harper...

—Lo sé. Y estoy tratando de cambiarlo, te lo prometo, pero cuesta. Todas las personas de mi alrededor conocen ese lado mío, porque no soy capaz de disimular que estoy mal, pero tampoco suelto prenda.

—Es una mierda —murmuré.

—Sí, pero poco a poco.

—Poco a poco —coincidió conmigo.

Suspiré, girando mi cabeza y fijando la mirada en la foto de Neil y yo en mi graduación; la teníamos en el mueble de la televisión, al lado de la *Playstation* a la que prestaba más atención que a mí.

—Neil y yo llevamos unos meses tan mal, Walker... Y no soy siquiera capaz de contárselo ni a mi mejor amiga ni a mis amigos de teatro ni a alguno de mis hermanos. —Sentí las lágrimas agolparse en mis ojos y los cerré con fuerza para no dejar salir ni una fuera—. Hay veces que creo que voy a explotar, que todo lo que me retengo va a saltar por los aires y va a salpicar a todo el mundo.

—Me lo estás contando a mí porque de alguna forma sabes que estando a cinco mil kilómetros no puedo ayudarte, ¿verdad? —preguntó por lo bajo.

—Sí.

—Voy a ayudarte de todas formas.

—¿Cómo? ¿Harás que vuelva a enamorarme de él? ¿Que vuelva a prestarme más de cinco minutos de atención al día? ¿Que me llame para preguntarme qué tal el viaje? ¿Que me espere despierto cinco minutos para verme al volver del teatro? ¿Que se interese por la obra que estoy ensayando?

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Por qué no lo has dejado? Joder, Harper. Eres una mujer inteligente, divertida, buena... Además, eres preciosa. ¿Qué te impide acabar las cosas y seguir tu propio camino de la misma forma que lo llevas haciendo los últimos meses?

La pregunta del millón. ¿Por qué no lo había dejado?

La que yo misma me había hecho mil y una veces.

—Es más complicado que eso.

Y esa, la respuesta que también me daba a mí misma una y otra vez.

—Mhm...

—¿Y puedo preguntar yo qué es el centro en el que has dejado tu hermana?

Un cambio de tema que no venía a cuento, pero lo único que se me ocurrió para dejar de hablar de Neil.

—Centro de salud mental. Un psiquiátrico, vaya.

—Oh, Walker... ¿Qué le ocurre?

—Trastorno ansioso-depresivo. Entre los abusos que sufrió de algunos compañeros de clase y el divorcio de mis padres... —Suspiró y a mí se me encogió un poco el corazón—. El día que cumplió dieciocho pidió ser internada voluntariamente. Tuvo intentos de suicidio y ni cuenta nos dimos, Harper. Pasó por *años* de infierno completamente sola y no fue hasta que sus pensamientos empezaron a comerla por dentro que nos dimos cuenta de lo que estaba ocurriendo. No estaba en «la edad del pavo», no estaba queriendo llamar la atención; realmente tenía un problema que perfectamente se la podría haber llevado.

—Lo siento mucho... —susurré. No podía imaginarme cómo debió pasarlo ella, pero tampoco sus hermanos y padres—. ¿Cómo está ahora? Si ha estado contigo, ¿es porque está mejor?

—Sí, bastante. Ha tenido varias recaídas y ahora lleva mucho tiempo de paz mental, como lo llama ella.

—Me alegra como no tienes ni idea, Walker. Me ha caído muy bien el rato que hemos hablado. Me ha pedido recomendaciones de libros.

—Románticas, adivino.

—Adivinas bien.

—Adora la novela romántica, en todos sus subgéneros. De las cosas que más hace allí es leer.

—Me ha dicho que va a seguirme en Instagram. ¿Puede tener el móvil?

—Cuando está bien, sí. Pasa por periodos de aislamiento cuando está en sus puntos más bajos, pero hace mucho que no pasa por uno.

—¿Crees que le den el alta pronto?

—Sí —afirmó convencido—. Hay un periodo de falsa calma, que lo llaman, que es cuando parece que está perfectamente y luego recaen, así que están cerciorándose de que este no es ese tipo de calma.

—Entiendo... Tú no crees que sea falsa —dije convencida. Su tono de voz me decía que estaba seguro de que Naomi estaba bien.

—No lo creo, no. Sé reconocerlos después de tantas recaídas, ¿sabes? Conozco a mi hermana mejor que a los personajes de mis libros.

No sé cuánto tiempo estuvimos hablando. Más de una hora, seguro. Hablamos de todo y de nada, sin aburrirnos ni un solo segundo, sin quedarnos sin tema de conversación en ningún momento, conociéndonos. Era fácil hablar con Walker, y cómodo. Como hablar con alguien que sabes que te va a entender y con el que empatizas sin esfuerzo.

Decidí acabar la llamada porque supe que le estaba quitando tiempo de trabajo, pues no solo debía escribir el libro, también hacer las maletas para su gira de promoción de *Los Niños de Norfolk*. El lunes, es decir, el día siguiente, se marchaba a Bristol y ni siquiera había hecho el equipaje; no volvería a pasar por su casa hasta Navidad, y para eso todavía faltaban dos semanas. Casi.

Se despidió con un «Buenas noches, Harper Cameron», y yo con un «Buenas noches, Walker Fillion».

Eran casi las cinco de la tarde en Montreal y, diez minutos después de colgar el teléfono y hacerme un cafecito con leche y chocolate derretido, la puerta del apartamento se abrió, dando paso a Neil. Me sonrió mientras se quitaba la chaqueta y rodeaba el sofá para venir a mi encuentro.

—Hola, nena. —Besó mis labios dos, tres y hasta cuatro veces. «Vaya», pensé, «hoy está contento». Qué bien que estés de vuelta. ¿Qué tal ha ido todo?

—Bien, aunque me hubiese gustado disfrutar un poco más de Londres, con lo bonito que es.

—Algún día podrás ir más tiempo, ya verás.

Podrás, no podremos.

Si un año atrás me hubiesen dicho cómo estábamos en esos momentos, no me lo hubiese creído.

—Por cierto, Neil —dije mientras él iba a la cocina, probablemente a por un café también—. En Twitter se ha montado una bastante gorda. La editorial ha subido las fotos de la presentación y en una salgo yo con el escritor, y la gente ha empezado a decir que tenemos mucha complicidad, que no sé qué, que no sé cuántos... Es un amigo y ya, nos conocemos desde hace muy poco. Si lo ves, no le hagas ni caso.

—Ah, tranqui, está bien.

Respiré hondo.

Definitivamente nada estaba bien.

Esas cuatro palabras no reflejaban *para nada* lo que Neil había sido durante toda nuestra relación. Él se hubiese preocupado por ello, me hubiese preguntado las razones por las que la

gente pensaba que teníamos complicidad... Y sé que debería alegrarme de que no se pusiera celoso o no dudara de mi palabra, pero no podía hacerlo si significaba que nada era lo mismo. Odiaba sus celos al principio, y seguía haciéndolo, pero no era normal que hubiesen desaparecido.

Era preocupante.

Capítulo 13

Harper

El martes pasé unos minutos de mi mañana charlando con Susan en Sounds of Hughes, la tienda de música de su familia (ahora suya), para ponerme al día de sus dramas con el hermano de su exnovio. ¿Quién se lo iba a decir, hacía poco más de una semana, cuando River la trató fatal por culpa de las mentiras de Xavier, que estaría pillándose de él? Era gracioso ver cómo, poco a poco, se iba dando cuenta de lo que sentía.

Estuve a punto de contarle las conversaciones diarias, y cada día más largas, que mantenía con Walker Fillion, pero preferí callar. Al menos por el momento. ¿Me hacía eso mala amiga?

Esperaba que no.

Confiaba ciegamente en Su, más que en cualquier otra persona de este mundo, sin embargo, ella era muy crítica y temía que me reprochase lo que estaba haciendo. Había pasado por unos cuernos bastante duros y su visión de la infidelidad empezaba en el momento en el que pensabas en otra persona de la misma forma en la que pensabas en tu pareja, ¿me explico? Personalmente, no pensaba que anhelar algo fueran cuernos; pero, según la persona, la deslealtad empezaba en puntos muy distintos.

Como hacía algo más de una semana que ni siquiera hablaba con mis hermanos o mis padres, fui a almorzar a la casa en la que había crecido; mis hermanos solían ir allí a diario, pues sus trabajos se lo permitían, pero yo lo tenía más complicado.

Nada más llegar, solo al aparcar delante de la casa, escuché los chillidos de Marcel, el hijo de Mathys, mi hermano mayor. Corría por el jardín y era perseguido por Julian, mi hermano pequeño. Sus veintidós años se veían reducidos a seis cuando estaba Marcel cerca.

—Tía Harper, sálvame.

Antes de que pudiera reaccionar siquiera, Marcel se lanzó a mi cuello y se agarró a mí cual koala. Lo abracé con fuerza y me di la vuelta para que Juli no llegara a él.

—Quita, bicho, deja a mi sobrino.

—¡Eso! Quitá, bicho —repitió Marcel, lanzando pataditas.

Corrí hacia la casa con el niño en brazos y mi hermano persiguiéndonos a paso más lento, porque lógicamente no podía ir muy rápido con Marcel. Sus cinco años pesaban bastante. Le cerramos la puerta en los morros a Julian y sonreímos victoriosos.

—Toma ya.

—A nosotros no nos gana nadie —le dije antes de besar su mejilla y bajarlo al suelo—. ¿Cómo va la escuela?

—Hoy no he ido porque hemos fingido que estaba enfermo. —Con toda la tranquilidad del mundo, se fue hacia el salón—. Ayer vimos la tele hasta muy tarde y esta mañana no nos hemos querido despertar. Papá ha dicho que estaba malo a su jefe y lo mismo a mi *profe*.

—Mathys —lo regañé nada más entrar en el salón.

Allí estaba mi hermano, sentado en uno de los sillones, comiendo patatas de bolsa y viendo a dos de las Kardashians pelearse en la televisión. Las mellizas estaban en el sofá, prestando más atención a sus móviles que al *reality*.

—¿Sí?

—¿Qué es eso de que habéis fingido que estáis malos para quedaros en casa?

—Estábamos muy cansados. Yo soy adulto y el padre del niño, puedo hacer lo que me plazca.

—¿Eso quiere decir que podemos hacernos los enfermos cada día, papá?

—¡No, no! —respondió Mathys. Yo le di una patadita en el pie mientras me quitaba la chaqueta.

—¿Ves, listillo?

—Tú cállate —susurró dándome un pellizco en la pierna, haciéndome saltar hacia un lado.

—¿Y vosotras qué? —me dirigí a mis hermanas y colgué mi chaqueta en el respaldo del sofá. Me incliné y besé sus cabezas—. Dadme un beso cada una si no queréis que, misteriosamente, estos móviles acaben nadando en la bañera durante la noche.

Eso pareció hacer clic en ellas, porque bajaron los móviles en un segundo y giraron sus rostros para besarme una mejilla cada una.

Yo no era la mayor fan de las muestras de cariño, pero con mis hermanos *todo* era diferente.

—¿Cómo estás, Harper?

—¿Qué tal el teatro, Harper?

—Bien, gracias por interesaros, qué amables —ironicé—. Podéis seguir con lo vuestro.

Yo no tuve que decirles nada más antes de que subieran los móviles de nuevo.

En fin.

Marcel se colgó a mi espalda y nos fuimos juntos en busca de mis padres mientras él se entretenía tocándome el pelo. Estaba acostumbrado al pelo afro de mi familia, y cuando se acercaba a mí o a mis hermanas, que teníamos el pelo lacio (ondulado en mi caso) la mayor parte del año, lo tocaba. Las niñas de su clase también lo tenían lacio, pero no se tomaba las mismas confianzas como con nosotras. O eso esperaba.

—¿Dónde están los abuelos?

—En el jardín grande plantando flores.

—¿Cómo van a plantar flores si está todo lleno de nieve?

—Flores de nieve —dijo como si fuera lo más normal y lógico del mundo.

Para él, el jardín (trasero) era para plantar flores. El patio (delantero) era para jugar. Esa era su lógica. ¿Tú se lo vas a contradecir? Porque yo no. Llegamos a la puerta del jardín trasero y nos quedamos allí, resguardados del frío, viendo cómo mi madre hacía bajar la nieve del pequeño porche con una pala y se la lanzaba a mi padre, que refunfuñaba mientras despejaba el camino de piedras que llevaba a la caseta de piedra que usábamos como trastero.

—¿Es verdad que el otro día fuiste en avión?

Lo miré en el reflejo de la ventana y asentí con la cabeza.

—Sí, me fui a Londres.

—¿Y hablan francés también?

—Hablan inglés.

—Ah, vale. ¿Y también hay gente negra?

—Claro.

—¿Y hacía tanto frío como aquí?

—No tanto. Allí llovía mucho.

—¿Y por qué?

—Porque sus nubes son grises.

—Y las de aquí son blancas —acabó por mí. Mathys siempre le decía que las nubes grises eran las de lluvia y las blancas, de nieve. Igual que nuestros padres a nosotros—. ¿Y qué fuiste a hacer a *Londra*?

—Londres —le rectifiqué con una sonrisa—. Fui a hablar de libros.

—¿Y de qué libros?

Si mis padres no se hubiesen acercado para entrar ya a casa, estoy segura de que Marcel me hubiese hecho un total de ciento veinte preguntas, como mínimo. Desde que hablaba con fluidez, sus preguntas eran cada vez más frecuentes. Y lo entendía; la curiosidad de los niños es insaciable. Mis hermanas fueron igual de preguntonas a sus cinco años, pero yo, al ser todavía una niña y tener una maldad bastante inocente, les mentía con las respuestas a sus preguntas.

¿Por qué el mar es azul y cuando nos metemos el agua se ve transparente? *No, no. El mar se ve transparente y solo lo ven azul las personas que llevan el demonio dentro*, era mi respuesta.

¿Por qué las raíces de los árboles a veces se ven sobre el suelo y no están escondidas? *Porque son un tipo de raíces que, si las pisas, te agarran y te llevan al inframundo*.

Tonterías con las que Mathys y yo nos lo pasábamos genial.

Mi sobrino trepó hasta los brazos de mi padre y mi madre aprovechó para abrazarme y besarme la mejilla un trillón y medio de veces. Le di un par de palmaditas en la espalda después de cinco minutos de abrazo, haciéndole saber que empezaba a recibir una cantidad tan baja de aire que ya era preocupante.

—¿Cómo estás, mi niña? Me preocupas cuando no vienes a comer durante tantos días.

—Mamá, nos mandamos mensajes cada día.

—Eso es mentira.

Mi padre me dio un empujoncito antes de besarme la mejilla.

—Mira que le he dicho a tu madre que no te estrese, pero ella erre que erre.

—No hables como si yo no estuviera presente, Martin —le reprochó mamá.

—Eso, abuelo —se sumó Marcel—. No regañes a la abuela, ¿eh?

—Soy mayor que tu abuela. Por ende, tengo todo el derecho a regañarla.

Bromeaba, pero Marcel se lo tomó totalmente en serio. Miró a mi madre.

—Lo siento, abuela. Él sí te puede regañar porque es mayor que tú.



Nada más despedirme de mi familia, feliz por haberlos visto y porque un milagro de Navidad adelantado había hecho que dejara de nevar durante unas horas, subí al coche y me dirigí al teatro. Todavía faltaba una hora para empezar el ensayo, pero no me apetecía pasar por casa. Mientras esperaba en el semáforo de la calle principal que llevaba al teatro, me sonó el teléfono. Vi que era Walker y sonreí.

No me quedó otra que ponerlo en altavoz.

—Buenas tardes, noches para ti.

—Buenas tardes, Harper Cameron. Te escucho un poco alejada.

—Te tengo en altavoz mientras voy al teatro. Estoy parada en un semáforo.

—Puedo llamarte más tarde si quieres, no...

—No, no —lo interrumpí—. Necesito un poco de compañía y charla amiga, no te echas atrás, cobarde.

Escuché su risa e inmediatamente sonreí, si es que había dejado de hacerlo en algún momento desde que vi su nombre en la pantalla.

—Los caballeros ingleses no son unos cobardes —dijo haciendo referencia a su famoso

vídeo del aeropuerto, una auténtica joya audiovisual.

—Eso pensaba yo. ¿Qué tal el día? ¿Qué has hecho?

—Escribir, escribir, comer, escribir, escribir y ahora estoy cenando. ¿Y tu día, *hater* de Walker Fillion?

—Qué gracioso —murmuré, en efecto, divertida por su forma de llamarme—. Mi día superbién. He estado en casa de mis padres con mis hermanos y mi sobrino, y hemos almorzado juntos. Vengo de allí. Y tengo unas ganas de echarme una siesta... Estoy llenísima.

—Señal de que has comido bien. No sabía que tenías un sobrino. ¿De cuál de tus hermanos es?

—De Mathys, el mayor. Su pareja de la uni se presentó en la puerta de casa con un crío en brazos y se vio con un hijo sin siquiera esperarlo.

—¡Joder! ¿Pero están juntos o...?

—Se marchó en el mismo momento en el que dejó a Marcel en la puerta. Paga la manutención que le mandó el juez, y nada más. No ha vuelto, no hemos sabido nada de ella, no se ha interesado por si su hijo sigue vivo... No le damos mayor importancia porque ese niño tiene una familia y somos nosotros. Esa mujer no es su madre ni es nada.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba. Es bonito que, a pesar de todo, tenga una familia que lo quiera. Eso es lo importante.

—Sí. Tiene una tía muy guay, por cierto.

—No lo dudo. Seguro que es majísima —me siguió la broma.

—Ya ves. Incluso le deja tocarle el pelo porque le parece curioso que sea lacio y no afro como el suyo o el de su abuela.

Walker se rio y yo agarré el móvil antes de quitar el altavoz y bajar del coche. Ya había aparcado delante del teatro.

—Acabo de llegar al teatro, pero me queda una hora todavía hasta empezar —informé, yendo hacia la puerta marrón de entrada.

—¿Por qué no vas un rato a tu casa a descansar aunque sea media hora?

—No me apetece. Prefiero descansar en las butacas de alguno de los palcos; son muy cómodas, ¿sabes?

—Me lo puedo imaginar.

Vi a Camilla a lo lejos hablando con uno de los técnicos de luces, así que la saludé con la mano antes de subir las escaleras hacia los balcones.

—¿Has ido alguna vez al teatro?

—Sí, muchas veces. Siempre me ha gustado mucho.

—Escribes con pluma. Claro que te gusta ir al teatro —murmuré haciéndolo reír.

—También escribo en una máquina de escribir, envío mis manuscritos por correo ordinario a mi editor y, agárrate a la butaca, a veces hago mi comida en una cocina de gas.

Jadeé exageradamente, dejándome caer en la butaca y con ganas de acurrucarme.

—¡No!

—Incluso voy a comprar el pan en carruaje.

—Y no me digas que pasas tus tardes cazando y recolectando fruta, Walker Fillion.

—Todo el mundo sabe que la caza debe ser por las mañanas, que por las tardes está todo muy oscuro.

Ambos nos reímos.

Y no perdí esa sonrisa hasta que me obligaron a bajar a ensayar, porque mi conversación con Walker se estaba alargando más de lo que pensaba. Me costó despedirme porque las

conversaciones con él eran todo un soplo de aire fresco para mí. O podríamos llamarle soplo de aire cálido, que era lo que más necesitaba esos días de tantísimo frío.

—¡Vamos, vamos, vamos! —nos metió prisa Camilla—. La escena de la cama de Margareth. Ya ni me acuerdo de qué escena del segundo acto es.

—Cuarta escena del tercer acto, Cami —canturreé lanzándome a la cama.

¿Había dicho ya que adoraba esa cama?

Capítulo 14

Walker

Las navidades se acercaban cada vez más rápido, y cuando me quise dar cuenta estaba en mi supermercado de siempre, con Richard pisándome los talones y contándome qué le había parecido el último documental sobre el apareamiento de las gacelas que le había recomendado irónicamente para que me dejara en paz un día que tenía mucha prisa, comprando lo que cocinaría en casa para nochebuena.

—Es impresionante, tío. Los machos, cuando están en celo, emiten una especie de balido... O sea, un ronquido o resoplido.

—Sé lo que es un balido —murmuré mientras metía un saco de patatas en mi cesta.

—Es algo así.

Y entonces, el muy animal (nunca mejor dicho) soltó un berrido que hizo que las cuatro personas que había en los otros pasillos asomaran las cabezas por encima de las estanterías. Le di un codazo que lo dejó sin aire unos segundos, pero no se achantó ni un poco; sacó pecho cual palomo, orgulloso por ese sonido agónico y bastante desagradable.

«A Harper le caería genial», pensé.

Ignorando el hecho de que había vuelto a pensar en Harper más de lo que debería últimamente, seguí con mi compra.

—No quiero saber cuánto tiempo has estado practicando eso, Rick.

—Alrededor de una hora, mientras hacía el inventario anoche.

—He dicho que... Bah, déjalo.

—Recomiéndame otro documental, así del estilo.

—¿De animales manteniendo relaciones sexuales? Tío...

—¡No! De animales, en general.

—Busca alguno de ornitorrincos, que estoy seguro de que no tienes ni idea de que no son de color turquesa chillón ni tienen el pico naranja.

—Sabía que tú también habías visto algún que otro episodio de *Phineas y Ferb*. Eres de los míos.

—¿Las especias dónde las habéis puesto?

—En el pasillo cuatro. —Y allí que me fui, pero él me siguió—. Dicen que los ornitorrincos tienen veneno.

—Sí. Los machos tienen espolones venenosos que pueden causar tanto dolor como cientos de picaduras de avispa.

—Qué pasada.

—Infórmate y ya me contarás. Vete a la caja, anda, que tienes a la señora Marcy esperándote.

—Joder, con lo plasta que es... Verás la chapa que me da —susurró girándose hacia la caja—. ¡Ahora voy, señora Marcy!

Respiré tranquilo cuando se marchó y seguí con mi compra, siguiendo la lista que me había hecho antes de salir de casa para no olvidarme de nada. Pasé por la caja y agradecí a la señora que se puso detrás de mí en la cola; si yo no era el último, Richard no se entretendría mucho hablándome y contándome datos del apareamiento de las gacelas. Llevaba un poco de prisa.

Había quedado en hablar con Harper a la una de Montreal, las seis de Londres.

Y eran las seis menos cinco.

No quería que me llamara ella. No tenía tarifa internacional; yo sí, pues tenía familia en Montreal y solía llamarles. Por ello, si Harper me llamaba, le costaría muchísimo dinero. Normalmente cuando ella llamaba, colgaba y la llamaba yo de vuelta.

—Tres días para Nochebuena y todavía no sé qué voy a hacer —se quejó nada más descolgar.

—Buenas tardes a ti también, Harper Cameron.

—Hola, Walker Fillion —murmuró. Noté su sonrisa sin tener que verla.

—¿Qué ocurre?

—Cada año nos partimos. Nochebuena con la familia de Neil, y la comida de Navidad con la mía. Y él todavía no me ha dicho absolutamente nada.

—Deberías decírselo tú, Harper.

—¿Tú crees? No quiero ser una pesada. Últimamente le estoy reprochando muchas cosas...

—Es tu novio desde hace años, joder, claro que debes ser pesada con él.

El tema de su novio me enfadaba bastante, y eso que ni siquiera lo conocía. Un tío egoísta y ciego, incapaz de ver que tenía a una chica maravillosa a su lado que estaba ahogándose mientras intentaba que su barco no se hundiera.

Ignorante como pocos.

Lo que más rabia me daba era que ella seguía intentando recuperar lo que algún día tuvieron mientras él no se esforzaba ni un poco.

—Dame su número y se lo digo yo.

Ella soltó una carcajada. Pero yo lo decía totalmente en serio.

—Bueno, no quiero hablarte de Neil. Ya pensaré qué hago. ¿Tú y tu familia qué vais a hacer? Dame envidia.

—El día 24 por la noche, mis hermanos y yo cenaremos en casa juntos y se quedarán a dormir para la mañana siguiente darnos los regalos. Luego, el 25, desayunaremos juntos e iremos a casa de mi madre, que irá su pareja y mi padre con la suya. El 26, aquí es El día de las Cajas, y aprovecharemos para ir a ver a mis tíos.

—A ver, a ver. Por pasos. ¿Le han dado el alta a tu hermana y no me lo has contado?

—No tardarán en dársela. Si todo va bien, la semana que viene.

—¡Qué bien, Walker!

—Sí. Todavía no me creo que vaya a volver a casa. A la de mi madre. En la mía no quiero a absolutamente nadie.

Se rio por lo bajo.

—Seguro que no le dirías que no a tu hermana.

—No te falta razón.

—¿Y tus padres se llevan lo suficientemente bien como para poder juntarlos en un almuerzo?

—Depende del día. Suelen discutir por memeces, pero ahora que Naomi estará allí, probablemente hagan un esfuerzo por no lanzarse las cosas a la cabeza. Espero, vaya.

—Tendrás unas vacaciones entretenidas.

—No lo puedo negar.

—¿Cómo fue en Dublín? Ni siquiera me has avisado de que has vuelto.

—¿Qué te hace pensar que no sigo allí?

—Lo sé, te escucho guardar la compra.

—¿Cómo has...? —Negué con la cabeza sonriendo mientras, efectivamente, guardaba lo que

había comprado en la nevera y los estantes—. Vale, sí, estoy en casa guardando la compra.

—¿Qué has comprado?

—¿En serio hemos llegado a este punto de hablar sobre lo que he comprado en el supermercado, Harper Cameron?

—Espero que no. —Carcajeó—. Era simple curiosidad.

—Mejor cuéntame tú qué tal el ensayo de hoy.

—Regular. El ensayo en general, perfecto. Pero cuando ya me iba, choqué con un foco bajo y ahora tengo un chichón en la ceja. Mira, espera.

Y me colgó.

Confundido y divertido a la vez, me quedé pendiente del teléfono. Solo fueron unos segundos los que estuve sin escuchar la voz de Harper porque su nombre volvió a aparecer en la pantalla, esa vez en una videollamada. Los nervios me comieron por dentro durante unos segundos. No sabía qué aspecto tenía ni recordaba qué ángulo me dijo Naomi que era el mejor para las videollamadas. Con prisas, me peiné un poco con una mano y dejé el móvil en un estante vacío para poder seguir guardando las cosas.

—¡Hola! —Harper apareció, pero solo se veían sus ojos, su nariz y sus labios—. No te asustes.

—A mí solo me asustan esas arañas tan grandes que parecen capaces de empuñar un cuchillo.

Se rio.

Y la imagen fue preciosa.

Se alejó un poco y pude ver un bulto del tamaño de una pelota de ping-pong en su ceja. «Ay, la madre».

—Ostras, Harper. ¿Te duele?

—Sí, y durante un rato vi borroso. Pero ya he ido al médico, antes de que digas nada.

—¿Y te han hecho algo?

—Algunas pruebas. Todo bien. Solo me han recetado una pomada que ha costado casi treinta dólares y me han recomendado ponerme hielo para ayudar a bajar la inflamación. Pero es que está muy frío.

—Es lo que tiene el hielo. Que está frío.

—Ja, ja.

—Tienes que envolver el hielo con un trapo, no aplicarlo directamente. —Ella miró hacia a un lado e hizo una mueca—. No me digas que te lo has estado aplicando directamente.

—Puede.

—Eres un caso.

—Voy a probar...

Dejó el móvil apoyado y pude ver que también estaba en la cocina. Mientras ella se dedicaba a envolver una pequeña bolsa de hielo con un trapo azul, yo seguí guardando la comida.

—Oh, qué gustito.

La miré y sonreí, viendo que había vuelto a entrar en plano con el hielo sobre el ojo.

—¿Ha sangrado en algún momento? —pregunté curioso, a lo que ella asintió con la cabeza y me enseñó el cortecito que había pasado por alto unos segundos antes—. Pues siento decirte que vas a llevarte un recuerdo como este para toda la vida.

Me retiré un poco el pelo que me caía por la frente y le mostré mi ceja derecha, la cual estaba partida casi al final.

—Oh... ¿y eso?

—Choqué con la puerta de uno de los armarios de la cocina de mi primer apartamento. Y te hablo de hace doce años.

—¿Pero qué edad tienes, Walker? ¿Cuarenta y cinco?

—No sé si ofenderme —murmuré ganándome su risa—. ¿Aparento tener más de cuarenta? No me jodas.

—¡No! —Carcajeó de nuevo—. Pero, ¿tu primer apartamento hace doce años? Por ese entonces, mi padre todavía me llevaba a la cama en brazos cuando me dormía en el sofá, por Dios.

—Pero porque tú eres más joven que yo, pero no mucho más.

—Treinta y siete.

—No me fastidies.

—Treinta y cinco.

—Joder.

—¡Treinta y dos!

—Casi.

—¿Treinta? —probó.

—Más.

—Treinta y uno —respondió, sonriendo victoriosa.

—Aleluya.

Harper aplaudió, contenta por haberlo adivinado.

—Y no aparentas más, tranquilo. Pero tenía que probar. Todos los hombres ingleses que he conocido aparentan mucho menos de la edad que realmente tienen. —Se mantuvo en silencio unos segundos y ensanchó su sonrisa—. Bueno, eres el segundo que conozco, por cierto. El otro es John.

Lancé una carcajada que ella me siguió, pero todo seguido soltó un gemido lastimero.

—Auch, cómo duele —musitó, todavía riendo.

—No sé si pedirte que dejes de reír, porque tienes una risa preciosa, pero no quiero que te hagas daño.

Sus dientes se clavaron en su labio inferior, tratando de impedir que la sonrisa volviera a dejarse ver. Se cubrió las mejillas con las manos.

—¿Eso que me impiden ver tus manos es un sonrojo, Harper Cameron?

—Creo que tengo la piel lo suficientemente oscura como para que no se viera un *posible* sonrojo.

—De hecho, no. No tienes la piel lo suficientemente oscura como para que no se vea tu *evidente* sonrojo.

Su risita llegó a mí, provocándome una sonrisa.

Estaba preciosa cuando reía.

—Maldito sea mi bisabuelo blanco —susurró en un tono excesivamente dramático.

—Rompió la pureza malgache —le seguí el juego.

—¡Colonizadores del demonio! —Alzó el puño y yo lancé una carcajada—. No sé por qué he dicho «del demonio». Nunca había usado esa palabra.

—¿Me estás queriendo decir que querías decir «colonizadores de mierda»?

—No puedo decir tal barbaridad delante de un inglés que todavía escribe con pluma, lo siento.

Capítulo 15

Harper

Llevaba unos días de trabajo mental bastante agotadores. Se me habían juntado muchísimas cosas y el estrés se estaba acumulando en mi vida más rápido que nunca. Entre la angustia que sentía con un bulto del tamaño de Plutón en la ceja, que Neil pasaba de absolutamente todo y Walker de absolutamente nada, mi cabeza era todo un caos.

—Quedan dos días para Nochebuena —le dije a Neil en cuanto salí de la habitación ya vestida para irme a ensayar.

—Lo sé.

—Vale. ¿Y qué vamos a hacer?

Me miró de reojo, por fin dejando de prestar atención a la televisión. Al menos un par de segundos.

—¿Cómo que qué vamos a hacer?

—¿Estás de broma, Neil? Cada año hablamos de lo que vamos a hacer por Navidad y Nochebuena, y estos días no has dicho ni mu. Por no decir que no me has dado ni los buenos días los últimos cinco días, pero eso ya es un tema aparte.

—¿Y por qué debo sacar yo el tema? ¿No puedes hacerlo tú?

Lo miré incrédula, poniéndome la chaqueta. La segunda. Fuera hacía un frío de cuidado.

No tuvo ni que decirme nada más. Sabía por dónde iban los tiros, por dónde saldría a continuación.

—Como tú no me dijiste nada, pensé que... Ya he hecho planes, Harper.

Y acerté.

Bastaba que, por una vez en la vida, no fuera yo la que llevara la iniciativa y todo se fuera a la mierda. Si Harper no daba el primer paso, Neil no lo daba e iba hacia el camino opuesto. Eso estaba siendo mi último año. Y agotaba. Muchísimo.

—Ah. ¿Y pensabas decírmelo en algún momento o estabas esperando al día de Nochebuena, cuando estuviera arreglada y con el vino comprado a punto de salir hacia casa de tus padres?

—Se me pasó. No puedes pretender que, con la de trabajo que tengo, me tenga que acordar de absolutamente todo.

—¡¿Trabajo?! —Prácticamente grité. Yo nunca gritaba—. ¡Si trabajas cuatro horas al día y cuando vuelves tienes la comida hecha! Y por si fuera poco, luego te vas con tus amigos o Dios sepa con quién, y no vuelves hasta la tarde-noche. Te haces TU cena, no me esperas a que vuelva del teatro para preguntarme qué tal me ha ido el día o darme las putas buenas noches y al día siguiente lo mismo. ¡Tienes tiempo de sobra para acordarte de las cosas, de hacer algo en esta maldita casa y de darme al menos las gracias o los buenos días por todo lo que hago por ti!

Prácticamente no. Grité.

Y sentí que sacaba de dentro de mí cosas y sentimientos que tenía encerrados desde hacía semanas. Meses. Un año, podríamos decir; incluso un poco más. Llegado a ese punto, no solo liberé las palabras, también las lágrimas que día tras día me había prohibido dejar caer porque eran signo de que, evidentemente, nada en nuestra relación iba bien.

Nada.

No quedaba absolutamente nada.

—Harper... —murmuró.

—¡No! No. Ni Harper ni nada. Joder.

Agarré la bufanda y la bolsa del mueble de la entrada y me fui de casa, dejando allí a Neil y mi cabreo con él. Me sequé las lágrimas con mi manga de la chaqueta y los restos de enfado con ellas, y acabé de abrigarme mientras el ascensor bajaba hasta el portal.

Nada más salir del edificio, mi móvil sonó.

La una de la tarde.

Me dio un pinchacito en el corazón cuando vi que era Walker.

Él.

Y no Neil.

Corrí hacia el teatro dejando que mi móvil sonara. Ya lo llamaría cuando llegara.

Durante los dos minutos de trayecto no pensé en absolutamente nada. Mantuve la mente en blanco y el piloto automático activado. Es que realmente no había nada que pensar. Nada lograría disipar la tristeza, el enfado y la decepción que sentía en esos momentos.

Salvo...

Mi móvil sonó de nuevo en cuanto llegué al teatro. Walker de nuevo.

—Ei, hola, Walker Fillion —saludé—. Perdona que no te lo haya cogido antes, estaba corriendo bajo la nieve para llegar al teatro.

—¿Has ido caminando pudiendo ir en coche, Harper Cameron?

—Corriendo —le corregí, subiendo las escaleras para llegar a los palcos.

—Corriendo —me imitó el tono. Sonreí—. No tienes remedio.

—Me va el riesgo.

—No me gusta nada tu yo arriesgado, que lo sepas.

—Es una lástima. Mola bastante.

—¿Sabes qué cosa tampoco me gusta? —preguntó cuando me dejé caer en una de las sillas. No esperó a que respondiera—. Lo desanimada que pareces.

—¿Y eso lo dices porque...?

—Tu voz. Estás triste —afirmó. No preguntó.

—Solo un poco.

Con Walker no me hacía falta ocultar cómo me sentía.

Sabía leerme mejor que nadie, sin tener siquiera que verme.

—¿Qué ocurre?

—Hoy he sacado todo lo que tenía dentro con Neil. Le he gritado. Bastante. Y yo nunca grito, no me gusta hacerlo.

—¿Qué pasó para que acabaras explotando?

Su tono suave de voz me hizo sonreír. Me acurruqué en la silla abrazándome a mí misma y cerré los ojos.

—Le pregunté que qué íbamos a hacer en Nochebuena y Navidad, y dijo que ya había hecho planes. Me enfadé, creo que lógicamente, y me dijo que no podía acordarse de todas las cosas porque tiene mucho trabajo. Y allí no pude callarme más.

—Está bien.

—No está bien.

—Sí, Harper. Neil merece escuchar lo que piensas y saber cómo te estás sintiendo por su culpa. Porque todo esto ha sido causado por él. ¿Que quizá los dos habéis sido los responsables de que la relación se haya ido deshinchando poco a poco? Puede. Pero tú eres la que ha estado remando y sacando el agua del barco mientras este se hundía, mientras él se sentaba a contemplar

el mar, sin prestarte atención. Así que sí, está perfecto lo que has hecho.

Respiré hondo. Esa calidez que solo sentía cuando hablaba con Walker se instaló en mi pecho, y con ella trajo un bivaque de mariposas que aletearon por toda mi barriga.

—Estás soportando más de lo que deberías y mereces explotar. Ojalá pudieras verte con los mismos ojos que te ve el resto de gente, porque estoy seguro de que te darías un poquito más de valor; el que mereces.

—No sabes cómo me ven las otras personas...

—Sé cómo te veo yo y con eso me basta.

Y de nuevo esas mariposas que no me molesté en tranquilizar.

«Vosotras como si fuera vuestra casa», pensé frotando mi pecho, al cual sí quería calmar un poco.

—Gracias por tus palabras, Walker —musité.

—No es nada. Es lo que pienso y, aunque no vayas a hacer nada con ellas, a lo mejor en un futuro te puedan servir.

—¿Por qué crees que no voy a hacer nada con ellas? Yo...

—No estás ciega —me interrumpió—. Tú sabes perfectamente cómo van las cosas con tu pareja, no necesitas que nadie te lo diga. Pero, aun así, sigues intentando salvarlo aunque seas consciente de que es muy complicado. Por eso creo que no vas a hacer nada con ellas, porque lo más seguro es que cuando el ensayo de hoy acabe, vayas a volver a lo mismo de siempre.

—Tú lo has dicho: complicado, no imposible.

—¿Estás tan enamorada de él como para remar hasta ahogarte?

Él sabía perfectamente que no, que no estaba enamorada de Neil.

Y si esas palabras me las hubiese dicho otra persona, estaría enfadada como nunca. Pero es que el puto Walker Fillion siempre usaba ese tono que me obligaba a prestarle atención y asentir con la cabeza como una boba.

Poco a poco, estaba convirtiéndose en una pequeña debilidad para mí.

Su voz.

Ese tonito.

Él, en general.

Respiré hondo, tratando de no venirme abajo.

—Walker.

—Estoy aquí.

—Prefiero no hablar de Neil. No ahora.

Pasaron cinco segundos. Seis. Siete. Hasta quince en los que ninguno de los dos dijo nada; en los que simplemente nos escuchamos las respiraciones.

—¿Prefieres que hablemos de que el martes 10 de enero vas a venir a la presentación de mi libro en Montreal?

Eso me dibujó una sonrisa en la cara que fue imposible de hacer desaparecer en mucho rato.

—El día 9 estrenaré mi obra.

—Te mando mi correo por mensaje. Quiero mi invitación —canturreó.

—¿Vendrías?

—Por supuesto; la duda ofende.

Y de nuevo esas mariposas.

Y la calidez en el pecho.

Y la sensación de vértigo acechando.

—Cuenta con la entrada en tu correo. Me hace feliz que vayas a venir —admití.

—Espero una primera fila. O segunda.
—Palco privado para ti.
—Solo si es el mismo en el que estás sentada ahora mismo.
Sonreí, mirando mi palco favorito y asentí con la cabeza a pesar de que no me viera.
—Dalo por hecho, Walker Fillion.



Llegué a casa a las ocho y media. Habíamos cenado pizza que Camilla había pedido allí en el teatro, y eso significaba que tendría un rato para leer antes de irme a dormir; estaba agotada. Por lo normal, me haría la cena y me sentaría en el sofá para hablar con Walker, pero ya le había dado las buenas noches hacía un par de horas.

Al entrar al salón, me encontré con Neil viendo las noticias de la noche.

No le dije nada, simplemente me quité las chaquetas y el resto de abrigo para colgarlos en el perchero.

—Harper, cariño.

—¿Qué?

—Tienes la cena hecha en el horno.

—Gracias, pero ya he cenado.

Había hecho la cena *solo* porque yo se lo había dicho horas atrás cabreada como pocas veces. Y eso me cabreaba todavía más.

—Bueno, para el almuerzo de mañana...

Me limité a guardar mis guantes en el cajón y el gorro encima del mueble.

—¿Podemos hablar un minuto? Ya no te molestaré más hoy, que debes estar cansada.

—No finjas que te importa lo cansada que esté, por favor. No lo has hecho en el último año, no empieces ahora.

—Claro que me preocupa.

—Por supuesto que sí —dije mirándolo con una sonrisa que era de todo menos verdadera. Me señalé el bulto que adornaba mi ceja—. ¿Habías visto esto?

—Oh, joder. ¿Qué te has hecho? —preguntó con los ojos muy abiertos, levantándose del sofá.

—Hace DOS días que me lo hice y me llevaron a urgencias porque veía borroso. ¿Qué tan poco miras a la cara a tu novia para darte cuenta de esto solo porque te lo he dicho yo, Neil?

—Yo...

—Mira, yo solo te pido que me digas qué coño pasa. ¿Hay alguien más? ¿Te has cansado de esto? ¿Necesitas espacio?

—No a las tres cosas —respondió al instante.

—¿Entonces qué, Neil?

Se limitó a encogerse de hombros.

Y me dio una rabia terrible.

Nunca tenía nada que decir.

—Perfecto. Solucionado todo, entonces —ironicé, dándome la vuelta para irme al dormitorio—. Buenas noches.

—Yo... —Sabía que no iba a abrir la boca para decir algo que fuera a arreglar aquello—.

Dormiré en el sofá.

—Sí, mejor.

Capítulo 16

Walker

¿Conocéis ese dicho de «no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes»?

Pues en mi vida se acaba de aplicar uno similar: «no sabes cuánto te gusta Harper hasta que pasas un día entero sin hablar con ella».

Y es que había pasado un día entero sin tener noticias sobre ella, lo cual me inquietaba bastante, ya que Harper solía estar pegada al teléfono aunque no lo usara. Primero entré un poco en pánico, pues sabía que volvía sola desde el teatro hasta su casa, de noche, y eso no me gustaba ni un pelo. Después, me tranquilicé al ver que resubió una historia de Instagram en la que la habían etiquetado unos compañeros de la obra. Y, por último, me di cuenta de que probablemente necesitaba su espacio para aclararse las ideas.

Eso, o se había reconciliado con Neil y estaban pasando un día de amor y pasión en el que no quería ni pensar.

Todas las fases por las que pasé acabaron en una conclusión que venía oliéndose desde hacía días. Esa chica me gustaba más de lo que quisiera admitir.

Y me había tenido todo el día inquieto, incapaz de concentrarme en absolutamente nada.

Estábamos a día 24, Nochebuena, y estaba de camino al centro en busca de mi hermana, cuando mi móvil sonó por un mensaje. Harper. Era una nota de voz, por lo que, como estaba conduciendo, no pude responderle y tuve que esperar a llegar y aparcar.

—Hola, Walker Fillion. Tengo un problema.

«Yo también tengo uno», pensé en un suspiro cuando noté un cosquilleo en todo el cuerpo al escuchar su voz.

—Buenos días, Harper Cameron. ¿Ocurre algo? Y, por cierto, debería darte vergüenza decirme tan solo esto después de desaparecer un día entero.

Metí mi móvil en el bolsillo de mi pantalón y crucé el camino de piedra hasta la entrada del Saint Phillip. Sería la penúltima vez que cruzaría esas malditas piedras. La penúltima vez que entraría en ese centro.

Naomi ya me esperaba sentada delante de la recepción mientras miraba algo en su móvil. Me vio aparecer con la auxiliar que me había abierto la puerta y sonrió ampliamente. Esa vez, no solo su sonrisa lo iluminó todo; también lo hizo su jersey. Navideño. Con luces led.

—La madre que la...

—¿Qué te parece? —canturreó con una sonrisa que parecía que fuera a darle la vuelta a la cabeza.

—Horrible. Vamos. —Reí mientras ella enlazaba su brazo con el mío—. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo regaló una auxiliar, Sarina. A mí me parece una pasada.

Sonreí negando con la cabeza. Había que ver lo distintos que éramos el uno del otro. Mientras ella combinaba unos pantalones de pata ancha de color turquesa con un jersey negro navideño, con un reno y luces led rodeándolo, yo me limitaba a vestir con colores neutros y sin atreverme a nada.

Ella subió al coche antes y yo aproveché para escuchar el mensaje que Harper me había dejado antes de entrar.

—Perdona, me tomé el viernes de descanso y apenas cogí el móvil —dijo con una risa suave, pero desanimada—. La noche del jueves volví a casa, la cena estaba hecha y Neil quiso hablar, pero volvimos a discutir, me fui a la cama y él al sofá, donde lleva durmiendo ya dos noches con la de hoy. Ese no es mi problema, por cierto, pero quería que supieras las razones por las que no me apeteció hablar con nadie ayer. Bueno, en realidad sí es parte de mi problema porque no quería hablar con nadie salvo contigo.

El corazón me dio un vuelco.

¿Recordáis ese «no sabes cuánto te gusta Harper hasta que pasas un día entero sin hablar con ella»? Pues en ese momento cobró todavía más sentido.

—Voy a llevar a mi hermana a casa. Te llamo en cuanto llegue —fue lo único que le dije.

Subí al coche, todavía con el corazón acelerado y un cosquilleo recorriéndome la espalda.

—¿Qué hacías?

—Responder un mensaje.

—¿De tu novia?

—¿Qué novia?

—Harper Cameron.

—Ya quisieras —murmuré arrancando el coche.

—No, ya quisieras tú —se burló.

En ese momento pensé muchas cosas y no dije absolutamente ninguna.

No me convenía largar las cosas delante de mi hermana, que tenía un pico... El día de Navidad montaría una fiesta a costa de mis confesiones, así que mejor me las ahorra.

Escuchando a Taylor Swift a todo trapo a petición de Naomi, nos dirigimos a casa.

Pero es que no puede pensar en cosas agradables o simplemente no pensar en nada cuando Taylor Swift dice «*please don't be in love with someone else*», quedándose tan pancha y sin saber lo que un «por favor, no te enamores de otra persona» significaba para mí en esos momentos.

Llegamos a mi casa y Naomi saltó del coche. Literalmente. Junior ya nos esperaba en la puerta de casa refugiándose del viento bajo el porche. Con lo fácil que hubiese sido esperar dentro del coche. Mi hermana le besó la mejilla y le lancé las llaves a ella para que abriera.

—Voy a hacer una llamada. Poned la tele mientras tanto —les dije mientras subía las escaleras hacia mi dormitorio.

—Creo que va a tener sexo telefónico —escuché que dijo Edward a Naomi.

—¡No digas burradas delante de Naomi, imbécil!

—¡Que no soy una niña!

Me encerré en la habitación con una sonrisa inevitable en los labios. Qué feliz estaba porque le dieran el alta en un par de días a Naomi, joder.

Llamé a Harper y esperé un tono, dos, tres y hasta cuatro.

—Buenos días, tardes para ti, Walker Fillion —musitó.

Sonreí inmediatamente al notar la sonrisa en su tono de voz. ¿Era eso posible?

—Buenas tardes, días para ti, Harper Cameron.

—¿De qué querías hablar?

Me dejé caer en la cama con una risa y ella me la siguió.

—¿Me estás preguntando *tú* que de qué quería hablar, minutos después de decirme que la única persona con la que querías hablar ayer era yo? Tienes que estar de broma.

—¿Sabes? Pensé durante horas sin decirte que había estado deseando hablar contigo durante todo el día porque me daba miedo que te lo tomaras mal, porque... es raro.

—¿Te sentirías mejor si te dijera que yo no pude escribir en todo el día porque no sabía nada de ti?

—Oh... —susurró por lo bajo.

—Ya.

Escuché su respiración profunda y pensé que a mí también me hacía falta. Bueno, respirar a secas, porque estaba conteniendo el aire sin darme cuenta.

—Me gustaría tanto haber nacido con un manual de instrucciones de la vida bajo el brazo... No me vendría mal leer el apartado cinco ahora mismo.

—¿Y cuál es el apartado cinco del libro de instrucciones de la vida? —pregunté divertido.

—Después de los apartados de «hermanos», «amigos», «menstruación» y «cómo huir de un alce que persigue tu coche», está el de «los sentimientos». Es importantísimo.

—Sobre todo el cuarto.

—En especial ese, sí.

—A todos nos vendría bien un manual de esos, no cabe duda.

—Es que... —Suspiró sonora y dramáticamente, lo cual nos arrancó una risa a los dos—. Joder, Walker. Esto es muy complicado. Nunca me había sentido así. Y, por favor, no me preguntes cómo me siento porque no sabría cómo responder a ello.

—Nadie nos enseña cómo gestionar nuestros sentimientos, Harper. Lo único que podemos hacer es un balance entre nuestro corazón y nuestro cerebro y hacerles caso.

Su leve y frustrada risa llegó a mis oídos.

—Mi corazón está en conflicto con mi cerebro, así que no sé si les debo hacer demasiado caso por el momento.

—¿Me harás saber a qué conclusión llegan?

—Serás el primero, no tengas dudas.



Edward se había ido a dormir a una de las habitaciones y Naomi se quedó conmigo en el salón. Acabábamos de comer y de darnos los regalos. Miré a mi hermana, que observaba el ramo de libros que Junior le había hecho con una sonrisa.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté cuando por fin dejó de admirar todas las portadas. Me miró y sonrió. Sonrió de verdad.

—Muy bien.

—¿Sientes que esta vez es diferente?

—Completamente —murmuró, tumbándose y apoyando su cabeza en mis piernas—. Las otras veces, cuando recibía el alta, me iba del centro con miedo porque en el fondo sabía que algo dentro de mí seguía estando mal. Pero ahora... Nunca me había sentido así de bien, así de segura.

Me incliné y besé su frente.

Ella no podía hacerse ni un poco a la idea de lo que suponían para mí esas palabras.

—Cuando te digo que no quiero a nadie en mi casa, no lo digo en serio. Lo sabes, ¿verdad? Yo estaría encantado de que pasaras una temporada o las que necesites aquí. Siempre y cuando tengas consciencia de que estoy todo el día escribiendo y que en temporadas de firmas no estaré aquí.

—Lo sé. Y te lo agradezco, Wal. Si mamá se pone un poco intensita, ya te avisaré para que me despejes bien una habitación. Aunque he estado pensando en pasar unos meses o lo que surja en Quebec con los abuelos.

No me extrañaba nada.

Ambos adorábamos Canadá. Al contrario que Edward, cuando éramos pequeños, tanto Naomi como yo acabábamos llorando cuando nos obligaban a volver a Londres después de pasar todas las vacaciones de verano en Quebec. Siempre queríamos quedarnos y nunca nos habían dejado. No era una sorpresa para mí que Naomi se estuviese planteando marcharse allí.

—Total, aquí solo os tengo a vosotros y podéis venir a verme. En Quebec al menos tengo amigos que incluso han cruzado el charco para venir a verme al centro.

Y es que eso era el colmo.

Sus «amigas» de Londres, sus compañeras de toda la vida de la escuela, se habían desentendido de ella y su situación en el mismo momento en el que Naomi fue internada por primera vez. En cambio, sus amigos de Quebec, a los que conocía de los veranos que pasábamos allí, se juntaron los cinco para viajar a Inglaterra y poder ver a Naomi en el Saint Phillips cuando más lo necesitó. Creo que ese fue un momento de inflexión para ella y algo dentro de mí me dijo que a mi hermana no le quedaba mucho tiempo viviendo en su ciudad natal.

—A mí me da igual lo que quieras hacer, como si te vas a vivir a Tuvalu, siempre y cuando eso te haga feliz.

—Gracias por estar siempre para mí, Wal.

—No tengo otra, mamá me obligó a firmar un contrato cuando naciste y estoy atado a él hasta que te mueras.

—Entonces procuraré seguir viva ciento cinco años más —bromeó con una risa. Sonreí negando con la cabeza—. ¿Y me vas a contar ya qué pasa entre Harper de Montreal y tú?

—Es complicado.

No hacía falta mentirle u ocultarle nada a mi hermana, porque al final me lo acabaría sacando, así que mejor le ahorraba el esfuerzo.

—El amor lo es, genio, ¿qué esperabas?

—¿Quién te ha dicho que hablo de amor?

—Porque se te pone una cara de tonto cuando hablas de ella... —Soltó una risita y yo la pellizqué, escondiendo mi sonrisa—. ¿Has pensado en volver a verla?

—Nos vamos a ver cuando vaya a Montreal en unos días.

—¿Ella lo sabe o vas de sorpresa?

—Lo sabe.

—¿Y qué pasa con su novio?

—Eso me gustaría saber a mí. —Suspiró—. Es un imbécil que la tiene agotada mentalmente, pero algo dentro de mí me dice que no lo dejará nunca. Se aferra y sigue luchando para que lo suyo salga bien, sin darse cuenta de que se ha ido todo a pique. Pero yo no soy nadie para decir nada al respecto, porque si se quieren... Respeto su espacio, respeto sus decisiones, pero eso no quita que esté sintiendo cosas por ella. Y creo que Harper también las siente por mí, pero eso ya no puedo asegurarlo.

—¿Tú le has dicho lo que sientes?

—No creo que lo haga —admití—. Se debe intuir cosas, pero ninguno de los dos ha dicho nada.

—¿Quién te iba a decir a ti que acabarías enamorándote de una chica que puso a parir tu libro?

—Eh, eh, eh. Esas son palabras mayores; no hables de enamoramiento.

—Todavía.

—Lo que sea, pero no te vengas arriba.

—¿Es muy diferente a Claire?

—Polos opuestos —dije al instante—. No se parecen en absolutamente nada.

—Menos mal.

¿Qué tan típico es que a mi hermana no le cayera bien mi exnovia? El primer año todos la adoraban porque creó un personaje incluso de cara a mí. Pero con el tiempo fue mostrándose tal y como algunos compañeros de la universidad me dijeron que era (y que yo no me había creído de un principio). Y no fue capaz de llevarse bien con nadie de mi familia. Ni siquiera conmigo.

Mis hermanos llamaban a esos cinco años «la época oscura de los Fillion».

Exagerados.

Bueno, en realidad ese título no distaba mucho de la realidad.

—¿Antes has tenido sexo telefónico con...?

—Joder, no me preguntes esas barbaridades. Eres todavía muy joven para saber siquiera que existe el sexo telefónico.

—Por Dios, que tengo casi diecinueve años, Walker. —Carcajeó—. Entonces, sí lo has tenido.

—No, Naomi, no. Solo hemos hablado. Está pasando por unos días complicados.

—Oh... Espero que no se haya muerto nadie. Me sentiría fatal y más después de haber dicho lo del sexo telefónico.

—No se ha muerto nadie, tranquila.

—Perfecto. Supongo. ¿Queréis que se muera alguien?

—Suficiente por hoy —dije mientras me levantaba del sofá, ganándome otra risa suya—. Venga, a dormir, que mañana hay lío.

—Qué soso eres, Walker, de verdad.

Capítulo 17

Harper

Ni siquiera mi enfado o mis palabras bastaron para que Neil abriera los puñeteros ojos.

Y eso estaba haciendo que cada día el vaso se llenara más y más y estuviera a punto de derramar la primera gota.

Cené con mi familia en Nochebuena y comí con ellos también en Navidad, y fue ideal para desconectar de todo. Aunque echaba de menos a Susan, con la cual no había podido verme más que unos minutos por culpa de nuestros horarios de trabajo. Mantuvimos una larga conversación antes de irnos a dormir y nos deseamos una feliz Navidad la una a la otra.

La tarde del 25, tras comer con toda mi familia, me fui al apartamento. Neil todavía no había llegado y probablemente no lo haría hasta la noche, así que me fui a la ducha y, antes de tumbarme en el sofá, revisé el móvil.

Tenía una nota de voz de Walker y que, sin siquiera escucharla, me removió todo por dentro.

—Me siento abandonado, roto, triste, decepcionado. Son las seis de aquí, la una de all , y no tengo nadie con qu n hablar.

Su tono dramático me hizo sonreír.

— Hola!  Qu  te parece tener alguien con qu n hablar a las tres de Montreal y las ocho de Londres?

Echaba de menos hablar con él por teléfono, y eso que solo hacía un día que no lo hacíamos. Pero se había vuelto una rutina muy agradable para mí hablar durante rato con él. Me tranquilizaba, pero a la vez me aceleraba el corazón como nadie.

No tard  ni dos minutos en recibir su llamada.

—Buenas tardes, Harper Cameron.

—Buenas tardes, Walker Fillion.  C mo ha ido la comida de Navidad?

—Ha sido agotadora; mucha gente. Al final han venido mis tíos y mis primos también, que en teoría no iban a venir.

— Tus padres qué tal?

—Se han comportado como los adultos que son. Y no me sorprenden, porque seguramente quieren aparentar que son personas civilizadas delante de sus parejas.

—Algo es algo,  no?

—Algo es algo —confirm —.  Y t ?  C mo ha ido?

—Bien, como cada año, con la única diferencia de que no ha estado Neil y mi hermano ha traído a una chica. Todavía no me lo creo.

— Su novia?

—Dicen que son amigos, pero no se lo creen ni ellos. Ni Marcel. Me dijo que ella se había quedado algún día a dormir en su casa. Blanco y en botella, leche.  Es normal que  st  emocionada porque mi hermano tenga novia después de tantos años?  Adem s es de Guinea Ecuatorial! Mi abuela siempre ha dicho que se va a morir sin ver a uno de sus nietos ennoviarse con una persona negra y mira. No sabes lo feliz que estaba, incluso diciéndole que son amigos.

Walker soltó una risa que, como siempre, me contagió.

—Qué bien dormir  hoy tu abuela.

—Ya te digo. Descansar  más tranquila que nunca. Encima le ha caído fenomenal; ha

hablado más con ella que conmigo, y eso que soy su nieta favorita. No se lo digas a mis hermanos.

—Mis labios están sellados. Mierda.

—¿Qué pasa?

—Me he tropezado mientras me quitaba los zapatos y casi clavo mis dientes en el parque —musitó—. Odio ponerme zapatos. De vestir, quiero decir.

—No me digas que has ido en traje a la comida familiar. Yo he ido con un jersey navideño con luces led y todo.

Él lanzó una carcajada.

—Vale, espera, te voy a mandar una foto... Te pongo en altavoz para así poder escucharte mientras te la mando.

—A ver, a ver.

—Resulta que ayer fui a buscar a mi hermana al centro y mira lo que llevaba puesto.

En ese momento me llegó una foto al chat y fue inevitable no reirme. Naomi llevaba puesto un jersey con Rudolph rodeado de luces, muy parecido al mío. La foto la hacía ella, mientras detrás se veía a un hombre (que supuse que era el famoso Edward) rodear los hombros de Walker con un brazo.

«Qué guapo es el muy jodido», pensé mientras ampliaba un poco para verlo bien. «¿Tendrá siempre ese aspecto de profesor sexi?».

—Se parece mucho al mío, solo que en vez de un reno yo tengo un pingüino. Mira.

Le mandé la foto que mi madre me había hecho con Julian. Escuché su risa.

—Un jersey precioso —murmuró, y pude notar la sonrisa en su voz—. Y tú también, Harper.

—Gracias, Walker —musité, agradeciendo no tener que esconder mi sonrojo porque no me estaba viendo.

—Y no, no he ido con traje hoy. Sí me he puesto camisa y zapatos, pero porque fueron regalos de mi abuela de las navidades pasadas y quería que viera que me los pongo. Pero no lo hago. Odio las camisas y los zapatos.

—He visto un montón de fotos tuyas con camisas y zapatos...

—Así que buscas fotos mías, Harper Cameron —murmuró con un tono malicioso.

—¡No he dicho eso!

—¿No lo haces?

—Puede que alguna vez lo haya hecho. Pero solo lo hice cuando me escribiste ofendido por mi opinión. Quería saber si Walker Fillion era un señor mayor poco adaptado a las redes sociales o era un joven escritor poco adaptado a las críticas negativas. Al final me he encontrado con una fusión de todas las cosas.

—Pero serás...

Lancé una carcajada y él chasqueó la lengua.

—Un joven poco adaptado a las redes y a las críticas negativas, admítelo. Bueno, joven entre muchas comillas —bromeé.

—Escúchame, pensaba que hoy era Navidad, no el día de burlarse de Walker Fillion, autor superventas y adaptado totalmente a las redes y las críticas negativas.

—Te ha faltado decir que eres historiador y que tus novelas han sido traducidas a tropecientos idiomas.

—A la próxima lo añadiré.

Sonreí negando con la cabeza y me tumbé boca abajo, dejando mi móvil en la almohada

todavía con el altavoz.

—¿Cuánto queda para el 9 de enero?

—Quince días.

—Qué rápido has contado —murmuré.

—Llevo días con la cuenta atrás activada, Harper.

No me cansaba de escuchar mi nombre en ese acento. En ese tono. De su voz.

Pero justo en ese momento, cuando iba a responderle, la puerta de casa se abrió y a mí se me escapó un suspiro lastimero, el cual me reprendí rápidamente. ¿Desde cuándo alguien no quería que su pareja llegara a casa?

—Tengo que dejarte, Walker. Neil ha llegado a casa.

—Está bien. Pasa buena tarde y, si más tarde te apetece hablar, no dudes en mandarme un mensaje.

—Cuenta con ello.

Cuando colgó, Neil todavía no había asomado la cabeza por la habitación. Escuché la televisión encenderse y fue inevitable negar con la cabeza.

Harper

Estaría hablando contigo durante horas, Walker Fillion.

Walker

Si supieras lo que me haces sentir con tus palabras, no repetirías esa frase, Harper Cameron.



El lunes fue un día extraño. Fue un día en el que, aparte de haberme encontrado el desayuno hecho, pensé muchísimo. Dormí un total de dos horas gracias a las historias que me montaba en la cabeza, con hipotéticas situaciones, y que me impidieron dormir. Además, pasé una media de cuatro horas llorando o tratando de no hacerlo. No desayuné, porque tenía el estómago totalmente cerrado, pero sí me tomé un café con chocolate antes de marcharme a ensayar. Ese día solo ensayaríamos por la mañana, lo cual me descolocaba un poco.

—Buenos días, Walker Fillion. Hoy ensayo por la mañana, así que no creo que pueda hablar hasta que termine, a las tres. Así que... bueno, feliz día y dale un abrazo a Naomi de mi parte, que si no recuerdo mal me dijiste que es hoy cuando le dan el alta.

Me alegraba mucho por los Fillion, en especial por Naomi. Le daban el alta y ella se sentía fuerte, que era lo más importante. Estaba deseando conocerla, porque la única vez que hablamos me pareció una chica super maja.

Una vez en el teatro, Camilla vino con su querido (y del que jamás se separaba) iPad. Si lo llevaba fuera de la funda, significaba que iba a tomar apuntes.

—A ver, niños —exclamó a la vez que chasqueaba los dedos un par de veces—. Atendedme.

Siena bajó de la escalera en la que estaba subida, la cual estaba tras el decorado del balcón número dos. El resto se acercaron.

—Necesito que me digáis el número de entradas que queréis para vosotros y los nombres de las personas que queráis llevar a un palco. Esto es el día del estreno.

Todos comenzaron a decir números y nombres, y yo tardé todavía unos segundos en contar.

Fui la última.

—Siete para las butacas y dos palcos a ser posible...

—Eres la prota, tienes ventajas. —Me guiñó un ojo—. Dime los nombres, nena.

—En uno, River McDaniels y Susan Hughes, y en otro Walker Fillion.

—¿Cómo que River McDaniels? —exclamó Dayton—. ¿Conoces a River McDaniels?

—Sí —me limité a decir, aunque jamás había hablado con él.

Debo confesar que era mi primer acto como casamentera. Ni Susan ni River se atrevían a dar el paso, así que les estaba organizando una cita sin que ellos lo supieran. A ver, Su sí sabía que iba a tener un palco, como siempre, pero lo que no se esperaba era que la butaca de al lado era para el tío del que llevaba enamorada AÑOS en secreto.

Además, River nos había dado entradas para su partido de regreso de la lesión, lo cual para mí era como una declaración de amor. No hacia mí, sino hacia mi mejor amiga; pero es de cajón que, si se la hacía a ella, era el equivalente a hacérmela a mí.

Cuando Camilla acabó de tomar apuntes, me miró y giró la cabeza a un lado; su señal de que debía ir tras ella.

—¿Pasa algo? —pregunté extrañada. Nunca solía llevarnos a ninguno aparte. No al menos en horario de ensayos.

—¿Walker Fillion? Entonces lo que decía la gente de Twitter de vuestra complicidad y esas mierdas era verdad. ¿Cómo no me lo dices? ¡Admiro mucho a ese hombre! Su último libro es oro. Igual que *Soles y Vientos*, o *William de Northumberland*, o...

—Jamás pensé que me apartarías del grupo solo para *fangirlear*, Camilla. —Carcajeé.

—Es Walker Fillion —insistió.

—Sí, lo sé. Y no te creas las cosas de Twitter, es un amigo.

«Amigo», pensé con recochineo y quise negar con la cabeza.

Habíamos empezado una relación de amistad que poco había durado, porque Walker era... Joder, era Walker. Me escuchaba sin criticarme, me aconsejaba cuando lo necesitaba y ni siquiera le preguntaba, respetaba que no quisiera contar ciertas cosas, quería mucho a su familia, ¡iba al psicólogo y no se avergonzaba de decirlo! Si alguna vez tuve un prototipo de mi hombre ideal, probablemente era la descripción de Walker Fillion.

Físico a parte.

Porque también tenía mucha tela que cortar.

Estuve bastante desanimada todo el ensayo, pero luché para que no se me notara o al menos escudándome tras la siempre efectiva excusa del «no me encuentro del todo bien». No era capaz de dejar de pensar, de darle vuelta a todo y de seguir martirizándome de la misma forma en la que lo hice durante toda la noche.

Necesitaba contárselo a mi mejor amiga.

Así que nada más salir del teatro, le mandé un mensaje a Su.

Harper

Tenemos que hablar urgentemente.

Harper

Deberíamos retomar el código de colores que inventamos en la uni para indicar el nivel de gravedad de los problemas.

Harper

Alerta roja. Pero roja, roja; roja tirando a muy roja.

Susan

Eso es un rojo muy rojo...

Harper

MUY rojo. Dime que estás en la tienda.

Susan

Son las tres de la tarde de un miércoles. CLARO QUE ESTOY EN LA TIENDA.

Harper

Yendo.

En la universidad, que fue cuando nos conocimos, inventamos un código de colores basado en el nivel de gravedad de los problemas que teníamos. Un mensaje en el que pusiera «TENGO UN PROBLEMA» podía significar mil cosas: desde «me he quedado encerrada en el baño» o «mi novio se está acostando con la secretaria de su padre», hasta «me han spoileado el final del libro que estoy leyendo». Así que decidimos diferenciarlos para darles más o menos prioridad. Es obvio que no íbamos a dejar pasar un *C. Rojo*, porque el nivel de gravedad es máxima; en cambio, un *C. Violeta* podía esperar incluso hasta veinticuatro horas.

Prioridades.

No sé si fue por la tranquilidad de saber que Su estaba disponible justo en ese momento, o porque ya llevaba horas conteniéndome, pero un par de lágrimas bajaron libres por mis mejillas. Las limpié rápidamente.

Llegué a Sounds Of Hughes y nada más entrar, Su levantó la vista.

—Ei, ¿qué ha pasado? —preguntó en un murmullo mientras yo rodeaba el mostrador.

—He dormido como una mierda, Su.

—Has estado llorando toda la noche —adivinó.

—Sí.

Harper, aparte de mi madre, era la única persona sobre la faz de la tierra capaz de saber que había estado llorando durante horas. Nadie lo notaba, solo ellas.

—¿Ha pasado algo con Neil?

—No. Sí. No sé exactamente qué...

—Harper, cuéntame —me pidió, algo preocupada.

—Es que...

Ni siquiera sabía cómo contárselo. No estaba acostumbrada a contar mis problemas a nadie, no me gustaba hacerlo, siempre había preferido salir de los pozos yo sola. Además, no sabía cómo se lo podría tomar Susan.

—Si me lo cuentas sin darle cincuenta vueltas para no hacerlo al final, yo te cuento algo que quizá te suba los ánimos.

—Si no es que te has morreado con River McBuenorro, no me interesa —musité.

Ella sonrió.

Y yo no cupe en mí de la sorpresa y la emoción que me invadió.

—¡No!

—Te dejaré con la duda hasta que me cuentes.

Suspiré sonoramente, resignada y lastimera, echando mi cabeza hacia atrás. Susan deslizó su brazo por mis hombros y me atrajo hacia ella; no era la mayor fan de las muestras de afecto, pero la necesitaba. Me aferré a su cintura y ella me apretó fuerte contra ella.

—Sea lo que sea que haya ocurrido, estaré aquí para ti, Harper. Pero si no me dices qué pasa, no podré ayudarte.

Me separé un poco de ella, sintiendo cómo una pequeña lágrima volvía a caer por mi mejilla. La hice desaparecer rápidamente con la manga de mi chaqueta y disimulé sacando rápidamente el móvil de mi bolsillo. Respiré hondo y busqué la conversación con Walker sin activar el internet, pues sabía que me entrarían mensajes.

Se lo enseñé.

Ella leyó durante unos segundos mientras yo dejaba mi vista fija en el suelo, como si este fuera la cosa más interesante del mundo.

—¿Quién es este hombre? —preguntó mientras pulsaba la pantalla. Imaginé que estaba mirando su foto de perfil, pues a continuación dijo—: Un hombre muy guapo, desde luego.

—Walker Fillion. Es escritor...

—¿Por qué te ha dicho eso, Harper?

Apagué la pantalla del teléfono antes de guardármelo de nuevo, me pasé las manos por la cara y respiré hondo antes de mirarla.

—Me siento muy mal, Su.

—Harper... ¿Le has puesto los cuernos a Neil? —preguntó con cautela.

—¡No! No, no. A no ser que... —Sentí que mis ojos se empezaron a aguar—. A no ser que empezar a sentir algo por otra persona sean cuernos.

Susan no dijo nada.

Sabía lo que estaba pasando por su cabeza, pues la conocía más que su propia madre.

Hacía unos meses que había pasado por una ruptura bastante dolorosa, en la que él la había engañado durante dos años y, por si fuera poco, había embarazado a la amante. Susan empezó a sentir un rechazo enorme (todavía más grande al que ya tenía) hacia las deslealtades de cualquier tipo a partir de ese momento.

—¿Cómo ha pasado?

—Hice una reseña negativa de su libro, una cosa llevó a la otra, y hemos acabado hablando por Instagram.

—¿Cómo has llegado a... sentir algo por él?

Le conté todo, le enseñé conversaciones y le expliqué con todo lujo de detalles cómo me sentía con todo eso y con Neil. Las charlas con Susan nunca acababan siendo irrelevantes; siempre me aconsejaba de la mejor forma posible, siendo totalmente objetiva y no regalándome los oídos y compadeciéndose por ser mi amiga. Y eso era lo que más me gustaba de ella, que no me mentía, era clara conmigo. Y, aunque a veces no me lo tomara bien, era lo que necesitaba.

—Sabes que yo voy a estar para ti siempre y voy a apoyarte en las decisiones que tomes, siempre y cuando lo hagas mirando por tu bienestar, Harper. Pero si quieres un consejo, no engañes a Neil. Acaba las cosas antes de empezar otras.

Asentí con la cabeza.

En ningún momento se me había pasado por la mente ponerle los cuernos a Neil.

De hecho, hasta hacía poco había tenido la intención de seguir remando para que nuestra relación funcionara.

Susan no se equivocó cuando me dijo que lo que tenía que contarme iba a subirme los ánimos.

—¡¡Lo sabía!! Me muero. ¡Es que ya te lo dije! Estáis destinados a estar juntos.

—Tampoco te pases de intensa.

—La chica y el chico se enamoran de niños, pero no se atreven a decírselo, y ella decide

besar un día al hermano del chico para llamar su atención y...

—Por favor, basta —pidió con una risa de boba que aún me puso más feliz.

—¡Es que es para escribir un libro y una obra de teatro! No solo te estás liando con una estrella del hockey norteamericano, también con el amor de tu infancia. Es tan bonito...

—No hay nada claro todavía.

—Pero...

Su se calló porque la puerta de la tienda se abrió y con ella sonó la campanita, anunciando la llegada del protagonista de nuestra conversación con una bolsa en la mano y las llaves de un coche en la otra.

—La hostia. Es la primera vez que lo veo de cerca —le susurré a Susan.

Qué hombre.

Qué guapo era en persona.

—River, hola —saludó mi amiga. Y yo sonreí, porque se la veía realmente feliz.

—Hola, Su. Y tú debes ser Harper, ¿verdad?

—La misma. Es un placer conocerte por fin, River. Susan habla *mucho* de ti.

Él sonrió y miró a mi amiga con diversión justo cuando me dio un codazo para que me callara. Un poco más y me desmontó en cinco partes.

—Bueno, me voy a ir ya. Hablamos luego, ¿vale, Su? —dije por lo bajo mientras le besaba la mejilla.

—Claro. Llámame por cualquier cosa, por favor.

Sonreí al ver la preocupación en sus ojos, para que supiera que no debía preocuparse.

—Cuenta con ello. Hasta la próxima, McBu... River —rectifiqué a tiempo. O no tan a tiempo, porque su mirada confusa me indicó lo contrario.

—Hasta pronto, Harper.

Y salí de allí pitando. Un poquito más tranquila y contenta por mi amiga, a la cual vi engancharse al cuello de River y besarle desde fuera.

Activé el internet de mi móvil y al momento comenzaron a llegarme las notificaciones. Fui directamente al chat de Walker, el cual me recibió con una foto suya con su hermana. Ambos con una sonrisa amplia, preciosa y casi idéntica. El corazón me dio un pequeño vuelco.

Harper

Qué feliz estoy por vosotros, Walker.

Capítulo 18

Harper

El miércoles me desperté después de otra noche sin dormir.

Después de otra noche dándole mil y una vueltas a la cabeza y planteándome el hecho de mandarle un *C. Azul* a Susan (no dejo de pensar, necesito una borrachera), podríamos decir que me encontraba igual de confusa que el día anterior. Y el anterior. Y el anterior. Y así sucesivamente.

Walker

Buenos días, Harper Cameron. Quedan once días para que se estrene tu obra. Doce para la presentación de *Los Niños de Norfolk* en Montreal. Mi hermana insiste (mucho) en que quiere conocerte, así que quizá podríamos tomarnos un café los tres alguno de los días que estaré en tu ciudad. Sino no pasa nada, pero tendrás que decírselo tú a Naomi.

Sonreí y le respondí al instante, sin siquiera sentarme en la cama.

Harper

Buenos días, Walker Fillion. Me encantaría tomarme ese café con tu hermana (y contigo, si no hay más remedio). Todavía no me has dicho si quieres que pida una entrada para Naomi.

No tardó en responder, así que no me esforcé en salir de la cama. Total, no tenía que ensayar hasta la tarde.

Walker

¿Cómo que «si no hay más remedio»? Y no te preocupes por la entrada de Naomi. El día del estreno va a estar en Quebec con mis abuelos.

Harper

¿Tomarme un café contigo? Es todo un suplicio para mí.

Como no respondió al instante, decidí levantarme ya de la cama y empezar a concienciarme para afrontar el día que tenía por delante. Iba a ser un día un poco largo, algo duro, pero no peor de lo que habían sido los últimos.

Llevaba casi toda la última semana sintiendo que flotaba. Pero no en el buen sentido. Era como si fuera una espectadora más de mi vida, alguien que veía desde fuera mis desgracias, pero no podía intervenir. No era capaz de tomar decisiones porque sentía que iba a perjudicar a alguien 100%. Así que decidí que mis días de indecisión debían acabar y que debía hacerle caso a Susan.

Tenía que hacer lo que me hacía feliz, lo que era mejor para mi bien.

Así que, tras lavarme la cara y vestirme, salí al salón. Neil estaba preparando los desayunos, cosa que había empezado a hacer hacía cuatro días, y tuve que respirar hondo para no enfadarme.

No había entendido nada.

Se creía que el motivo de mi enfado era que yo le hacía la comida cada día y él no hacía nada, y creía que lo remediaba haciéndome el desayuno. Como si eso fuese a solucionarlo todo.

No me había escuchado ni una sola palabra.

—Neil, tenemos que hablar —le dije. Él se giró y forzó una sonrisa.

—Te he hecho el desayuno.

—Ya, muchas gracias. ¿Podemos hablar?

—Sí, claro.

—Necesito que... —nos señalé a ambos— tomemos distancia. Un tiempo.

—¿Cómo?

Decidí soltar de carrerilla todas las palabras que habían rondado por mi mente durante toda la noche. Si lo hacía de golpe, dolería menos.

Supuse.

—Me da igual que no me hagas el desayuno o la cena, no me quejaba de eso, sino de la poca atención que recibo por tu parte, los dos planes juntos que hemos hecho en todo el año, en la poca comunicación que tenemos... Esto se está yendo a la mierda y los dos lo estamos viendo, solo que estoy siendo la única de la relación que sigue luchando para que esto funcione. Me duele decir esto, pero cada vez que te veo me cabreo como nunca Neil porque o me ignoras o no te interesas ni un poco por mí. Así que sí, necesito un tiempo para mí. Me marcharé a casa de mis padres, o con Mathys, o Susan y...

—No tienes que irte tú —murmuró—. Al fin y al cabo, la mayoría de los gastos corren por tu cuenta.

—¿Solo vas a decir eso?

—¿Qué quieres que te diga, Harper? Si ya sé que tienes razón y que lo mejor es que tomemos distancia para que puedas darte cuenta de que estás viendo cosas que no son.

Y dale.

—¿Cosas que no son? —pregunté incrédula.

—Cielo... —Se acercó a mí y por el tono que estaba usando supe qué iba a decirme—. Sabes que siempre has querido llevar la razón en todo, y no me molesta, así me enamoré de ti. Pero no es cierto que tengamos poca comunicación, que te ignoro y que no te presto atención. Creo que estás tan enfocada en que esto está yendo mal, que...

—Venga, no me fastidies, Neil.

—Déjame acabar de hablar, por favor.

Y usó ese tono que todos los adultos usamos con los niños pequeños, lo cual me enrabiaaba todavía más. Porque lo usaba cuando quería hacerme creer cosas que no eran, cuando quería hacerme parecer una loca (y es que me lo estaba volviendo a ese paso), cuando no sabía cómo argumentar sus excusas. Ese tonito fue la gota que colmó mi preciado vaso de paciencia.

—Me voy a ensayar.

—No ensayas hoy por la mañana... No quieras evadir nuestros problemas, Harper.

«Definitivamente me está vacilando».

—¿Ves cómo no me prestas atención? Te lo dije hace dos días, Neil.

—¡Es verdad!

—No, no lo es porque me lo acabo de inventar y ensayo por la tarde, como siempre.

Cerró la boca.

El silencio que se hizo entre nosotros fue bastante definitivo y probablemente hizo que se diera cuenta de que no me faltaba razón. Me parecía increíble que de verdad se pensara que las cosas iban perfectamente. ¡Si ni siquiera me había felicitado mi cumpleaños hasta la noche!

—Me voy —aceptó—. Me quedaré en casa de Frank. Pero esto no se termina, Harper. Te prometo que haré lo posible para que volvamos a lo de antes...

—No tenemos que volver a lo de antes. Solo quiero no ser la única que lucha por esto.

—No lo serás, te lo prometo.

Y se le veía tan comprometido y seguro de lo que decía que casi le creí.

Digo casi porque se marchó sin siquiera darme un beso o con la intención de hacerlo.

Se fue sin más.



Pedí que me trajeran el almuerzo a casa. Probé por primera vez el nuevo restaurante tailandés de la calle principal que había abierto justo al lado de la tienda de Susan. En cuanto me llegó, ya era tarde para mí, la una, pero de todas formas me senté en el suelo delante de la mesita de centro y comí con tranquilidad.

Con tanta tranquilidad que incluso llamé por videollamada a Walker.

Lo echaba de menos y todavía no me había respondido el último mensaje de la mañana.

Respondió a los cuatro tonos. Su imagen apareció en mi pantalla. Estaba colocando su móvil en una de sus estanterías de la cocina; ya la reconocía. Seguramente acababa de volver del supermercado, porque sobre su encimera se veía la bolsa con el logo.

Sonrió.

Y yo sonreí de forma inevitable.

—Hola, Harper Cameron.

—Buenas tardes, Walker Fillion.

—Eres preciosa, pero con ese trocito de zanahoria en la barbilla lo eres todavía más.

—Joder —me quejé frotándome la barbilla y sacando, efectivamente, un trocito de zanahoria. Escuché su risa y no pude evitar sonreír. Maldito fuera—. Estoy almorzando tailandés y parece que tengo cinco años. No sé comer.

—No he probado el tailandés en mi vida.

—Cuando vengas te llevaré a probarlo. Está riquísimo.

—Me parece bien. —Sonrió.

Vi cómo se ponía de puntillas para alcanzar algún estante que estaba por encima del móvil y la camiseta se le subió un poco. ¡Si es que incluso su torso era bonito!

—Neil se ha ido de casa.

Su cara apareció de nuevo en la pantalla, con el ceño fruncido y los ojos teñidos de confusión.

—¿Cómo?

—Le he pedido que nos tomemos unos días de distancia. Mejor no te cuento la conversación que hemos tenido, pero ha sido surrealista porque él dice que no estamos mal. Pero eso, que se ha ido a petición mía. Mi intención era marcharme yo a casa de mis padres, pero al menos ha sido un poco lógico y ha sabido intervenir porque soy la que paga el alquiler de este apartamento.

—Vale, esto no me lo esperaba, Harper. ¿Tú cómo estás?

—No sé si puedo responder esto sin parecer una insensible, Walker.

—¿Cómo estás? —repitió con una media sonrisa comprensiva.

—Sorprendentemente bien. Cuando me imaginé la conversación en mi cabeza, pensé que pasaría el resto de horas llorando por las esquinas y arrepintiéndome de esto, pero... —Me encogí de hombros—. Me siento bien. ¿Sueno muy insensible?

—Sueno lógico. Pero no sé si soy apto para opinar, dado que contigo soy muy poco objetivo.

Sonreí un poco y, para disimularlo, comí un poco de mi *Kai Pad* no sé qué.

—Necesito que me expliques por qué es un suplicio para ti tomarte un café conmigo —añadió.

—Necesito que *tú* me expliques por qué me has dejado en leído —canturreé.

—Porque han aparecido mis hermanos en casa y mi calma y mi tiempo han desaparecido. He perdido de vista el móvil, el caos ha pasado a formar parte de mi acogedor y tranquilo hogar, y ya se me ha ido por completo la cabeza.

—Vale, me parece una buena excusa.

—Responde. —Me apuntó con el dedo mientras con su mano libre colocaba ¿tofu? en un estante.

—¿Eso es tofu? ¿Quién no vegetariano come tofu?

Chasqueó la lengua y yo lancé una carcajada.

—Yo como tofu.

—Qué hombre más raro. Será cosa de la edad, quizá.

—¡Oye!

Sonrió negando con la cabeza.

—Obviamente, es un suplicio tomarme un café contigo —retomé la conversación anterior—. No tienes conversación, eres aburrido y bastante desagradable a la vista. Y te lo digo con todo el cariño que te tengo.

—Creo que voy a colgar y bloquear tu contacto —bromeó, haciéndose el ofendido.

—Por favor y gracias.

Negó con la cabeza, cerrando un armario tras guardar el último paquete de comida. Dobló la bolsa y la metió dentro de otra.

—Entonces vamos a tener que tomarnos dos cafés. Para que te acostumbres al aburrimiento y a las vistas desagradables.

—Dejémoslos en tres.

—Cinco. Ni para ti ni para mí —añadió, arrancándose una carcajada.

—Trato hecho, seis.

—Que así sea, Harper Cameron.

Capítulo 19

Walker

El nuevo año nos recibió con una lluvia que le fastidió la fiesta a mi hermano y por ende también a mí, porque decidió que era buena idea venir a molestarme el día 1 por la mañana cuando yo seguía en mi quinto sueño.

Walker

Tu hermano ha venido a molestarme. Hazte cargo y ven a por él.

Naomi

Ha sido tu hermano más tiempo que el mío, así que jódete.

Naomi

Aunque si me invitas a un helado de turrón, quizá me piense el ir a hacerte compañía para que lo soportemos juntos.

Walker

Cómpralo de camino aquí y te lo pago cuando llegues. Dos tarrinas, si quieres.

Naomi

Una y un libro.

Walker

Una y dos libros si vienes YA.

Naomi

Saliendo.

Así daba gusto.

Mi hermana llegó en medio de la explicación de Junior sobre las ventajas del *crossfit*, práctica que había empezado hacía solo un par de semanas y con ello ya se creía un erudito del *fitness*. Inmediatamente le hice un Bizum para el helado y los dos libros que quisiera comprarse, y la arrastré hacia el sofá.

—Ven, que Edward nos va a explicar qué se hace en el *crossfit*, que es superinteresante.

La mirada que me lanzó Naomi podría haber enterrado a cualquiera, pero me lo debía. Antes de nada, fue a por una cuchara a la cocina y amenizó las explicaciones de mi hermano con su helado de turrón y disfrutando de mi cara de fastidio, porque al fin y al cabo ella tenía una forma alucinante de dejar de escuchar lo que le decían como si tuviese un botón en la nuca que le desconectase los oídos.

—Ya que estamos, almorzamos aquí, ¿no? —le preguntó Naomi a Junior.

Su explicación había finalizado hacía ya mucho rato y habían sacado la *Play* de mi hermano para jugar un rato mientras yo aprovechaba para leer, pues con la gira de promoción y el nuevo libro no había tenido tiempo para ello. Y en mi estantería había *muchos* libros que tenían que ser

leídos en algún momento.

—O pedimos a domicilio o lo hacéis vosotros. A mí no me apetece nada cocinar.

—Pedimos. ¿Tailandés? Dicen que está todo buenísimo lo del restaurante de...

—No. Tailandés, no —interrumpí a Edward—. Pedimos en otro restaurante.

Harper me había dicho que me llevaría sin falta a un restaurante tailandés y yo pensaba recordárselo para que esa cita sucediera, así que no podía ir habiendo probado ya la cocina tailandesa.

Al final se decantaron por pedir comida de aquí, comida inglesa, en un restaurante común. Pasamos por alto el rollo internacional, que parecía que siempre que teníamos que pedir a domicilio tenía que ser comida de países del otro lado del globo y no unos simples *Fish and Chips* (aunque a mí no me gustara demasiado) o *Bangers and Mash*.

—Ayer hablé con tu no-novia —dijo Naomi mientras comíamos sentados en el sofá.

La velocidad con la que se giró Edward hacia mí me hizo temer por la integridad de su cuello.

—¿No-novia? ¿Quién tiene no-novia? —preguntó inquisitivo y con las cejas alzadas.

—Walker.

—No digas estas cosas porque se lo cree.

—¿Quién es la no-novia de Walker? —le preguntó Ed a Naomi.

—Harper Cameron, una chica de Canadá que le puso una estrella y media a *Los Niños de Norfolk*, hablan cada día y se están enamorando. Lo mejor es que van a verse cuando vayamos a Montreal. Y yo también la voy a conocer.

—¿Cómo que hablaste con ella?

—Porque le felicité el año nuevo, cosa que seguramente tú no hayas hecho todavía porque eres un no-novio horrible, y estuvimos hablando un rato después de aquello. ¿Sabes que conoce también a River McDaniels? Es el casi novio de su mejor amiga Susan y le ha dado entradas para su vuelta al hielo. Resulta que han estado enamorados durante años y no han empezado a tener nada hasta ahora, porque resulta que ella estuvo saliendo con el hermano de River, que le puso los cuernos con una mujer a la que incluso dejó embarazada. Me parece maravilloso esto. La historia, no los cuernos.

—Me da igual con quién mantenga relaciones River. A mí ahora me interesa el hecho de que has estado hablando con Harper. Pero vamos a ver. ¿Hablo yo con...?

—¿Con quién? Si no estoy saliendo con nadie —se burló al ver que no tenía ningún nombre que decir.

—¡Entonces es verdad! Es tu no-novia —exclamó Edward.

—¿Me podéis explicar qué cojones es una no-novia?

—Tu novia secreta. Porque es tu *novia*, pero *no* lo decís a nadie.

—Vaya gilipollez —murmuré—. Ella tiene novio.

—A medias, porque lo ha echado de casa.

—¿Pero cuánto tiempo has estado hablando con ella, Naomi?

No daba crédito.

—Pues una hora bien buena. Nos mandamos audios. Me cae superbién y tiene madera de mejor amiga canadiense, fíjate lo que te digo. Por primera vez, voy a poder ser amiga de mi cuñada. No hay cosa que me emocione más.

Y es que realmente se la veía emocionada, y más después de haberse llevado fatal con las exnovias tanto mías como de Ed.

Yo no cabía en mí. Habían estado hablando y Harper no me lo había dicho, y eso que

habíamos hablado durante horas antes de que yo me fuera a dormir y ella a cenar. Mientras mi hermana divagaba y hablaba sin parar, yo le dejé un mensaje.

Walker

¿Cómo es esto de que has hablado con mi hermana y no me has dicho nada, Harper
Cameron?

—Me gustaría saber por qué soy el último en enterarme de esto.

—Porque en teoría no tenía que saberlo ni esta metiche, pero ya no hay nada que hacer

—murmuré acabando mi plato de comida y levantándome para llevarlo a la cocina.

—Enséñame una foto de esa chica —escuché que susurró Edward a mi hermana.

Capítulo 20

Harper

Pasé la primera noche del año con pizzas y las películas de *Harry Potter* en casa de Susan mientras despotricábamos contra River, que se había comportado como un auténtico imbécil con ella. Se iban a reconciliar, yo ya lo sabía, porque estaban hechos el uno para el otro. Pero aun así mi amiga merecía unos momentos de desahogo y apoyo por mi parte. Si ella hablaba mal de su casi novio, yo también lo haría, aunque con un poco de cordura para que supiera que no era el fin de todo lo que tenían.

Ese día ensayé por la mañana, pues por la tarde haríamos una prueba de vestuario, así que me marché rápidamente tras dejar a Susan en su tienda.

El día anterior había sido un poco complicado. Vino el resto de mi familia a almorzar a casa de mis padres, y todos me preguntaron, evidentemente, por Neil. Mi madre supo evadir las preguntas, pero no pude librarme de todas, así que no mentí a nadie y dije que estaba comiendo en casa de sus padres. No indagaron más tras mi escueta respuesta, lo cual agradecí infinitamente. Aunque escuchar cuchichear a mis primas mayores sobre lo probable que era que ya lo hubiésemos dejado no hizo que mi mañana mejorara. Menos mal que tuve a Walker hablándome por mensajes durante todo el día. Fue un gran apoyo. Y más después de que Neil ni siquiera me deseara un feliz año nuevo.

Nada.

Ni un mensaje.

Ni una llamada.

Nada.

Y no me dolía tanto como debería dolerme. O como pensaba que debía dolerme.

Cuando acabé el ensayo, decidí estrenar mi nueva tarifa de llamadas internacionales, que no negaré que la contraté para hablar con Walker y no tener que depender de sus llamadas. A la que dio dos tonos, me colgó. ¡Me colgó! A su favor diré que volvió a llamarme al instante.

—No me llames tú, ya te lo tengo dicho —me regañó.

—Ya puedo llamarte sin problema.

—Pero tú pagas las...

—Ahora tengo tarifa internacional —admití—. Y antes de que te vengas arriba, diré que ya la tenía, pero no lo sabía.

Mentira.

Pero grande, grande.

Él lanzó una carcajada y yo sonreí negando con la cabeza. Me subí la bufanda hasta la nariz y salí del teatro.

—Qué mal mientes, Harper Cameron. Acabas de decir que *ya* puedes llamarme y que *ahora* tienes tarifa internacional, así que no me engañes.

—Si admito cualquier cosa, se te va a hinchar el pecho como nunca, que ya nos conocemos.

—Así que has contratado una tarifa internacional, ¿eh? —murmuró, y supe que estaba sonriendo solo por el tono de su voz.

—Pero por cuestiones de trabajo.

—Por mí —canturreó haciéndome reír.

—Si lo admito, ¿vas a dejar de usar ese tonito?

—Lo prometo.

—Vale, sí. Lo admito.

Se rio por lo bajo y esas mariposas que se habían instalado en mi estómago siguieron aleteando sin cortarse ni un pelo.

Y es que, madre mía, me gustaba más de lo que era capaz de admitir.

—Oye. Gracias por hacerme compañía durante el día de ayer. Incluso habiendo hablado con tu hermana a espaldas tuyas.

—Te haría compañía siempre que me lo pidieras, Harper. Incluso cuando no, yo estaría allí para ti.

Ese sería un momento perfecto para dejarme caer de espaldas encima de mi cama con una sonrisa de idiota en la cara y pensando en lo perfecto que podía llegar a ser ese hombre, pero estaba en la calle y tenía que cruzar corriendo antes de que se pusiera el semáforo en rojo.

—¿Estás bien? —preguntó entonces al ver que no respondía.

—Sí, sí, sí. Perdona, estaba cruzando la calle corriendo.

—Joder, Harper, me habías preocupado.

—Todo bien —murmuré cuando por fin pude hablar con normalidad—. Y... tú ya sabes que también estaré al otro lado del teléfono siempre que lo necesites, ¿verdad?

—Y a un viaje en avión.

Sonreí un poco.

—¿Tienes ganas de empezar la gira promocional por Canadá?

—Tengo ganas de ir a Montreal.

En ese momento, si me viese, se burlaría de mi piel poco oscura como para ocultar el sonrojo. Porque sí, mi cara estaba ardiendo. Y el contraste que hacía la temperatura de la calle con la de mis mejillas en esos momentos era digno de estudiar. Si a eso le sumamos ese bivaque de mariposas revolucionadas y alteradas que vivían en mí desde que había conocido a Walker... Ayuda.

—Y yo de que vengas —admití—. Me debes un café.

—Pensé que eran seis. —Reímos—. Y tú a mí una cena en el restaurante tailandés.

—No se me va a olvidar. Esto, Walker... Acabo de llegar a mi edificio. Te voy a colgar para poder abrir y subir, y en cuanto llegue arriba te llamo, ¿vale? Si no tienes nada que hacer, claro.

—Sí tengo algo que hacer, lo siento. He quedado con alguien para hablar, como cada día a mis seis de la tarde.

Sonreí ampliamente. Tanto, que hasta mis labios, cortados por culpa del frío, dolieron.

—Vale, entonces ya hablaremos cuando te hayas librado de ella.

—Creo que nunca lo haré, pero ya veremos. Adiós, Harper Cameron.

—Adiós, Walker Fillion.

Colgué.

Y la sonrisa de idiota que debí llevar hasta que llegué arriba fue increíble. Cuando me vi reflejada en el espejo de la entrada, tuve que reírme de mí misma.

No veía esa sonrisa desde que había empezado a salir con Neil.

Hacía muchos años que sentía ese puntito de ilusión dentro de mí.

Me quité todas las capas de abrigo, me peiné un poco con los dedos tras quitarme el gorro y me hice un café mientras llamaba por videollamada a Walker, que respondió rápidamente.

—Hola. Tanto tiempo sin hablar contigo.

Walker, que iba en manga corta y el pelo medio despeinado, sonrió negando con la cabeza. Estaba en la cocina. Probablemente iba a hacer la cena.

—Han parecido años —imitó mi dramatismo.

—Décadas. Ha sido hasta doloroso. —Reí—. ¿Vas a hacerte la cena?

—Sí. Estoy viendo qué hago... No tengo mucha hambre, pero si no ceno ahora, no lo haré. ¿Qué sugieres que cene?

—Mm... Yo muchas veces, cuando me da pereza cocinar, me hago un revuelto de verduras con un poco de carne y huevo. Está rico.

—Creo que tengo verdura congelada. La compré hace dos semanas para convencerme a mí mismo de que por fin iba a empezar a comer un poco más de verde, pero como podrás imaginar... —Se agachó, desapareciendo del plano—. Como podrás imaginar, no lo he logrado.

Volvió a aparecer con la bolsa de menestra de verduras en la mano. Su cara no era la más feliz del mundo y yo no pude evitar reírme.

—No está mal, ya veras. Si lo mezclas con algo de carne, camuflarás mucho el gusto de las verduras.

—A ver —murmuró abriendo la nevera, que estaba justo al lado. Yo me llevé mi taza de café recién hecha al sofá—. Tengo beicon, queso, carne picada que compré para hacer hamburguesas...

—Pues todo junto. Queso y beicon incluidos. Pero haz un poco antes la carne, luego echas la verdura y el beicon, y por último el queso y lo que le quieras añadir.

—Si está asqueroso, no me deberás una cena, sino dos.

—Trato hecho. —Reí—. Si te quedas con hambre, siempre puedes comerte el helado que tu hermana deja en el congelador.

—Esto de que te hayas hecho amiga de mi hermana no sé si me encanta o me horroriza.

Adoraba a su hermana, no había más. Era una chica increíble. Habíamos estado hablando mucho rato el último día del año, cuando me felicitó el año nuevo. Me parecía muy divertida y parecida a Walker en muchos aspectos; desde opiniones hasta expresiones. Me caía genial y, oye, no me molestaría para nada quedar algún día con ella si es que al final se quedaba en Quebec. Al fin y al cabo estábamos a tres horas de distancia en tren.

—A mí me parece maravilloso.

—Claro, ¿cómo no?

—Me cayó genial.

—Y tú a ella.

Sonrió de lado, y un bonito hoyuelo se dibujó en su mejilla.

—Yo ya sabía que os gustaríais —añadió—. A las dos os falta un tornillo. Supongo que os complementáis.

—¡Pero bueno! Que parece que es ella la que me gusta. —Reí.

Creo que los dos nos dimos cuenta a la vez de lo que había dicho. Y yo, que la interpretación se me daba de miedo, traté de hacerme la tonta y seguir con la conversación como si nada.

—Nos vamos a tomar un café en cuanto pise Montreal. Ya hemos...

—¿De verdad estás haciendo como que no has dicho eso, Harper Cameron? —preguntó con una mezcla de diversión y reproche. También un poco de incredulidad.

—¿Que no he dicho qué?

—Que te gu...

—Ostras, que se corta, Walker. La conexión por culpa de la nieve va fat...

Vale, sí, colgué.

¡¿Qué iba a hacer?! Ni siquiera había dicho conscientemente eso. ¿Había dicho en otras palabras que Walker me gustaba? Sí. ¿Quería admitirlo tan pronto TENIENDO TODAVÍA

NOVIO y sin saber con exactitud qué sentía por él? También. Y tenía claro que él era consciente de que estaba evadiendo de la forma más absurda y ridícula del mundo una conversación que íbamos a tener sí o sí, pero en ese momento me vi un poco superada y fue lo único que se me ocurrió.

Buena en la interpretación, regular en la improvisación. O al menos en mi día a día.
Al instante me entró un mensaje suyo.

Walker

¿DE VERDAD ACABAS DE COLGAR FINGIENDO QUE SE TE CAÍA LA CONEXIÓN?

Harper

¿Yo?

Walker

Voy a llamarte y vamos a hablar de esto ahora mismo, Harper.

Walker

Y no te hagas la tonta, por favor. Porque puede no parecerlo, pero me parece lo suficientemente importante como para que no me dejes así.

Harper

No puedes usar en mi contra algo que he dicho de forma inconsciente. NECESITO MIS TIEMPOS.

Walker

¿Pero qué tiempos? Si ya me has dicho que te gusto.

Harper

Bueno... No en esas palabras.

Walker

Pero lo has dicho.

Walker

Y, ¿sabes? Tú también me gustas a mí, Harper.

Walker

Mucho más de lo que puedas creer.

Si el timbre no hubiese sonado justo en ese momento, probablemente habría actuado como una adolescente a la que acaban de declararse y... Vale, eso era lo que había pasado. Pero sin ser adolescente. Fui prácticamente flotando hacia el interfono, con una sonrisa que no pude borrar ni queriendo.

—¿Diga? —pregunté por el telefonillo.

—¿Harper Cameron?

—Sí, soy yo.

—Traigo un paquete para usted.

—Ahora mismo bajo.

Extrañada, bajé hasta el portal. No había pedido nada y las editoriales no me habían avisado de que fueran a mandarme ningún libro. Y fue una sorpresa para mí encontrarme al repartidor con un ramo de flores enorme. ¿Eso eran tulipanes? Firmé conforme lo había recogido y subí por el ascensor con ese ramo mientras buscaba alguna nota.

En efecto, había una tarjetita.

Al llegar a mi apartamento, dejé el ramo sobre la mesa y leí la nota de color beige que estaba clavada en el papel que envolvía los tulipanes.

«Para: Harper

De: Neil»



—¿Estás bien, Harper?

Vi a Susan acercarse a mí tras salir del ascensor.

Me había encontrado la puerta de su edificio entornada, así que decidí esperarla sentada delante de la puerta de su apartamento. Necesitaba hablar con ella, que me regañara, que me aconsejara, algo. Pero no era capaz de quedarme en casa esa noche.

—Estoy averiguándolo.

—Ven, levanta —dijo mientras me agarraba de las manos y tiraba de mí—. Vamos dentro. Me sobra un poco de tarta de queso que hizo mi madre y la tengo en la nevera.

—Gracias, te quiero. A tu madre un poco más.

Se rio por lo bajo y me empujó dentro de su apartamento. Dejé mi abrigo sobre una silla y me dejé caer encima de su sofá, o también llamado *El paraíso hecho cojines*. Susan fue a dejar su bolsa en la cocina y luego volvió, ya sin el abrigo. Se sentó a mi lado y me dio una palmadita en la rodilla.

—El otro día le pedí a Neil que tomáramos distancia, que necesitaba unos días de... tiempo.

Asintió lentamente con la cabeza.

—¿Con qué fin?

—Quería ver si mi vida sin él era tan horrible como me esforzaba en creer que sería.

—¿Y qué tal?

—Joder, es que... Muy bien. Susan, ni siquiera lo echo de menos —susurré, como si él fuese a escucharme, como si su abuela Madeline estuviera en la otra punta del salón y me reprochara que no me hubiese portado bien con su nieto pequeño.

—¿Y cuál es el problema entonces?

—Que, aparte de que se fue diciéndome que no creía que estuviéramos mal, pero que lucharía para que todo volviera a ser como antes, no me ha felicitado el año nuevo y me ha mandado unos putos tulipanes con una nota en la que solo ponía «para Harper».

—Odias los tulipanes.

—¡Son feísimos! Y, por si fuera poco, Walker me ha dicho que le gusto. Que le gusto mucho.

—Joder —murmuró con los ojos muy abierto.

—Pero es que a mí se me escapó básicamente lo mismo.

—¿Cómo se escapa eso?!

—Yo qué sé, Susan, es que me pone muy nerviosa.

—Te pone de otra forma, marrana. No me vengas con excusas de mierda.

—Sí, ya, de esa forma también me pone —me quejé haciéndola reír. Le di un codazo con todo el cariño del mundo y suspiré un poco más dramática de lo que pretendía—. No sé qué hacer.

—Sí lo sabes, cielo. Pero, por alguna razón que desconozco, prefieres seguir amargándote. Yo ya sé que eres una masoquista de cuidado, pero...

—Me van las cosas raras, sí.

—Idiota —susurró con una risa—. Pero creo que deberías seguir mirando por ti. Si haciéndolo ya te has dado cuenta de que estás mejor sin el incompetente de Neil en casa...

Respiré hondo.

—La vida es una mierda.

—Y tú eres una dramática de cuidado.

—Me quedo aquí a dormir —añadí sin venir a cuento, tumbándome y apoyando mi cabeza en sus muslos.

—Vale. Oye, ¿y cómo ha sido ese momento de confesión con Walker?

—Raro. No le he respondido desde que me ha dicho que le gusto mucho.

—¿Cómo?!

Capítulo 21

Walker

Me parece increíble que Harper no me respondiera en veinticuatro horas.

Un día entero sin decirme absolutamente nada tras decirle que me gustaba. No tenía pensado hacerlo, debo decir, porque seguía con novio, y ella tampoco tenía intención de decírmelo, pues se le escapó. Sin embargo, para no verla tan apurada y temeroso por su inminente bomba de humo, adelanté mi confesión. Aun así ella desapareció.

Y no me hizo demasiada gracia.

Por lo que decidí no decirle nada tampoco. Era ella la que debía reaccionar.

—Sois como dos niños pequeños —dijo mi hermana, que me vio poner el usuario de Harper en el buscador de Instagram—. Tienes más de treinta añazos, Wal. Ella está cagada, deberías entenderla.

—Siempre que tiene un problema hace bomba de humo, y cuando vuelve, hace como si nada.

—Debes entender que para ella no es fácil haberse confesado accidentalmente a ti, y que encima tú le digas que también estás hasta las trancas. Teniendo en cuenta que acaba de dejarlo con su novio y que todo es muy precipitado...

—¿Cómo dices?

—He dicho muchas cosas —dijo con fastidio.

—¿Lo ha dejado con su novio? ¿Te lo ha dicho ella o lo supones?

—Lo sé sin que me lo tenga que decir. Ha borrado las fotos de Instagram que tenía con él y también las historias destacadas. Eso es claramente una ruptura en toda regla.

Y, en efecto, en su perfil no había ni rastro del tal Neil. Ni una foto. Nada.

—Deberías llamarla.

—Claro, ¿y qué le digo? Mira, te he espiado el...

—Ahora se dice *stalkear*, Walker.

—Lo que sea. No puedo decirle que...

—Te está llamando ella.

Bajé rápidamente mi vista hacia mi teléfono, el cual estaba en silencio, y en efecto, su nombre estaba en la pantalla.

—Qué soso. ¿Cómo le pones solo «Harper Cameron» sin corazones ni apodos ni nada?

—Me voy a la cocina. —Bufé mientras me levantaba con el móvil en la mano.

—¡Pero coge la llamada antes de que cuelgue!

—Que sí, que sí.

Me encerré en la cocina para que no me escuchara y descolgué la llamada rápidamente.

—Ei, Walker Fillion —murmuró.

—Hola.

—Estás enfadado.

«Menos de lo que me gustaría», pensé. Era imposible para mí enfadarme con ella.

—¿Tú qué crees?

—Que hace veinticuatro horas que no te hablo después de que me dijeras eso y...

—No sé cómo tomarme que ni siquiera quieras decirlo en voz alta. Dije que me gustas,

Harper, no que asesino animales domésticos y me los como asados.

—Ya lo sé, perdona, es que... —Gimió lastimera—. No sé cómo tomarme algunas cosas. Llevo unos meses caóticos, sentimentalmente hablando, y me veo un poco superada a veces. Además, por respeto a Neil no quería decirte que me gustas, porque creo que ya suficiente poca consideración le he tenido habiendo seguido hablando contigo, siendo consciente de lo que despertabas y despiertas en mí, Walker. Entiendo que estés enfadado, entiendo que no quieras hablar conmigo y entiendo que esta situación no te haga ni una poca de gracia. Y te pido perdón por ello, pero las últimas horas han sido un caos para mí. Aunque no es excusa, porque no haberte respondido ha sido de cobarde, y lo admito. Si me perdonas, te perdono yo a ti lo de comerte los animales asados.

Sonreí y negué con la cabeza.

Me era imposible enfadarme con ella.

Escuché su suspiro a la vez que me pareció que se tumbaba en algún sitio; su cama, probablemente.

—Vale, no respondas, me lo merezco. A lo mejor sirve que te cuente lo que he hecho en las últimas veintitrés horas y media. Me dijiste que te gustaba mucho después de que a mí se me escapara que también me gustas, sonó el timbre justo cuando te iba a responder (porque sí, te iba a responder) y resultó ser un repartidor con un ramo enorme de tulipanes con una nota. Era de Neil. ¿Sabes que ponía en la nota? «Para Harper, de Neil». ¿Sabes cuáles son las únicas flores que detesto? Los tulipanes. Cuando acabé la prueba de vestuario de la obra, fui a casa de Susan, que no estaba, y la esperé en la puerta. Cuando llegó, le conté todo lo que había pasado. Me regañó por no responderte, pero no me obligó a nada, aunque sé que quería hacerlo porque es bastante mandona. Dormí allí con ella, fui al apartamento en el que ahora vive Neil para romper la relación de una puñetera vez, fui a almorzar a casa de mis padres y ahora, que por fin he llegado a casa, he cargado el móvil, he eliminado todo lo que tenía con Neil en Instagram y te he llamado para disculparme contigo.

—Mhm...

—¿Mhm? —inquirió con un tono que mostraba un poco de exasperación—. Walker...

—No puedo estar enfadado contigo, Harper. Claro que me ha fastidiado no tener noticias tuyas en un día entero después de eso, salvo que lo has dejado con Neil.

—¿Cómo lo sabías? Si ni siquiera se lo he dicho a Su.

—Mi hermana ha visto que has borrado las fotos con él y me lo ha dicho. Hace dos minutos, en realidad.

—Oh. ¿Y por qué no me lo has dicho?

—Porque te has puesto a hablar y hablar y hablar hasta ahora.

—Pero antes... Bueno, da igual. ¿Y no tienes nada que decir?

Se me escapó la risa y ella resopló, pero todo seguido rio.

—Sí. ¿Cómo no sabía que tu flor favorita es la rosa blanca? Tu exnovio es un incompetente de cuidado, Harper.

—¿Pero tú cómo sabes que...?

—Puede, y solo *puede*, que le haya echado un vistazo a tus fotos de Instagram más de una vez y viera una foto en la que Susan te había regalado una flor blanca. Tú pusiste en la descripción algo así como «mi flor favorita de mi chica favorita». No voy a pedir perdón porque puede servirme en un futuro.

Ella lanzó una carcajada que provocó que mi corazón diera un pequeño vuelco.

Podría escucharla reír a todas horas.

—¿Me vas a regalar una rosa?

—Sí.

—¿Cuándo?

—No quieras saberlo todo, listilla.

Capítulo 22

Walker

—Del uno al once, ¿qué tan nervioso estás? —me preguntó Naomi mientras la llevaba en coche a la estación de tren.

Su escala *nunca* iba del uno al diez. Siempre llegaba al once.

—Diez y medio.

—Eso es mucho, ¿eh?

—Ya, ya.

Hacía solo media hora que habíamos pisado suelo montrealés y ya estaba llevándola al tren para que fuera a Quebec para ver a nuestra familia y sus amigos. Solo iba a pasar ese día allí, porque al siguiente por la mañana volvería a Montreal para estar presente en la firma y presentación de mi libro. Además, tenía entre ceja y ceja verse con Harper, así que era imposible que no viniera.

Me despedí de ella con un beso y un abrazo y le pedí que me llamara si ocurría cualquier cosa. Naomi, más feliz que en mucho tiempo, se metió en el tren y se fue a Quebec. Y yo volví al coche de alquiler para pisar de una vez el hotel y poder dormir aunque solo fueran dos horas antes de arreglarme un poco para ir al teatro.

—Buenos días, Harper Cameron. Es la primera vez en muchos días que compartimos zona horaria y ciudad. No te lo había dicho todavía porque cuando lo digo en mi cabeza suena bastante más romántico de lo que yo soy, pero tengo unas ganas increíbles de verte.

Le dejé el mensaje, aunque sabía que tardaría en verlo, pues era la hora del almuerzo. Llevaba todo el día ensayando, y tras acabar, probablemente ya se vestiría para la obra que empezaba por la tarde, en unas pocas horas.

Comí algo en el restaurante del hotel y dormí una hora y media, que fue lo que los nervios me permitieron. Si la primera vez que la vi ya estaba nervioso y muerto de ganas, esta vez en la que mis sentimientos habían cobrado forma y ya me había atrevido a verbalizar el ansia que tenía por verla lo estaba el doble.

Preferí llegar con tiempo, así que me duché con algo más de prisa de la necesaria y me vestí. Todavía tenía que pasar por la floristería más cercana al teatro para ir a buscarle la rosa blanca.

Nunca había sido alguien demasiado detallista o romántico; mi hermana decía que era un poco seco, pero que no iba a morirme por ello, aunque debía trabajarlo. Podríamos decir que nunca había nacido de mí. Pero con Harper sentía que era diferente; como si de verdad quisiera tener detalles con ella, por muy pequeños que fueran.

Como la rosa.

En mi vida había pisado una floristería hasta ese día.

Llegué al teatro algo más justo de tiempo de lo que me hubiese gustado. Tenía entrada preferente, por lo que no tuve que hacer fila; esta rodeaba la calle. Menos mal que no nevaba porque esa pobre gente se hubiese congelado en el sitio.

No sabía que tanta gente iba al teatro hoy en día.

Me senté en un palco vacío y crucé los dedos para que se mantuviera así toda la obra. No era el mayor fan de la gente, en general, y tener que pasar mis nervios solo era algo que necesitaba. Me apoyé en el pequeño balcón y observé a todas las personas que iban entrando y sentándose en

sus butacas. No conocía a nadie de Montreal salvo a algunos jugadores de los Canadiens que dudaba que estuvieran allí, por lo que era un poco inútil buscar caras conocidas. Aun así, sí pude ver a personas que me resultaron conocidas. Los había visto en fotos y eran, ni más ni menos, la familia de Harper. Eran como un pequeño ejército que caminaba en fila hacia las primeras butacas, las más cercanas al escenario. Pude reconocer a sus padres, que iban tomados de la mano, a sus dos hermanas mellizas, e imaginé que el resto eran Mathys y Julian.

Mientras esperaba a que todo se llenase, la cortina de mi palco se abrió. No era nadie que fuera a sentarse, sino Camilla Saint-Bernard. Si no me equivocaba, era la actual dueña de la compañía, cuya existencia conocía gracias a su difunto padre, James, autor de la obra que iban a interpretar ese día y un gran amigo y mentor.

—Señor Fillion. Disculpe que le moleste. Harper me dijo que iba a estar aquí, así que no podía perder la oportunidad de darle esto. —Me entregó *Las Siete Cartas del señor Coolidge*, el libro de James—. Mi padre lo tenía en su mesa firmado para usted, pero nunca llegó a entregárselo.

—Oh, muchas gracias. Camilla, ¿verdad?

—Sí. Es un placer tenerlo aquí, se lo aseguro.

—El placer es mío. Siempre pensé que las obras de James debían salir de sus páginas, y que vaya a ser un libro tan especial como *Las Siete Cartas* me hace inmensamente feliz. Y más con el reparto que tiene. Ya he escuchado que es impresionante.

—Los mejores actores y actrices de teatro de todo Canadá están en esta compañía, se lo aseguro.

—No dudo de ello.

Sonrió encantada.

—Bueno, me voy a marchar para verificar que todo esté perfectamente. De nuevo, gracias por venir. Disfrute mucho de la obra.

—Seguro que lo haré. Muchas gracias.

Se despidió con un asentimiento de cabeza y se marchó tan rápido como había aparecido.



Las Siete Cartas del señor Coolidge resultó ser una obra trágica que le hacía justicia perfectamente al libro de James Saint-Bernard. La obra en sí ya era oro, una maravilla, pero si encima lo comparábamos con la novela...

Era, probablemente, la mejor adaptación de un libro que había visto nunca.

Ni series ni películas.

Esa obra de teatro.

Y Harper estuvo sublime. Esa tarde se había convertido en Margareth; no había duda de que cuando James le dijo que era la viva imagen de su protagonista, no se equivocaba. La había interpretado a la perfección, había hecho que sintiéramos todos y cada uno de los sentimientos de un personaje tan importante para la literatura canadiense como era Margareth, y había logrado tener a medio teatro llorando a moco tendido. En el palco de al lado había una chica que sollozaba como si su perro acabara de fallecer. Con eso os lo decía todo.

Esos minutos de obra habían aplacado un poco mis nervios, pero el fin los había traído de vuelta. Me limpié las manos con el pantalón y me levanté de la silla. Cogí la rosa antes de salir

del palco.

—Oh, Walker, tío —me llamó una voz que conocía perfectamente.

Me giré hacia la derecha y vi a River acercarse a mí con una sonrisa que me contagió al instante. Nos dimos un abrazo.

—¿De qué os conocéis? —preguntó la chica que lo acompañaba. Me era muy familiar.

—Colega de Twitter que trascendió fuera de la pantalla hace muchos años. La persona a la que le he dado más entradas para vernos jugar a lo largo de mi vida —le respondió sin perder la sonrisa. Luego me miró a mí de nuevo—. ¿Qué haces aquí? Anda que avisas, cabrón.

—Es un viaje exprés. No pensaba informar prácticamente a nadie —admití. Solo iba a estar allí unos pocos días.

—¿Harper sabe que estás aquí?

Miré a la chica. Y entonces me di cuenta.

—¿Qué? —preguntó River, que no se enteraba de mucho.

—La rosa blanca es para ella. Dime que sabe que estás aquí, porque puede darle un infarto si...

—Lo sabe. Ella misma me ha reservado este palco... Imagino que eres Susan, ¿verdad?

—Sí. No me puedo creer que estés aquí —admitió sorprendida—. No me ha dicho nada la muy cabrona.

—Ya, suele hacer esto de callarse las cosas cuando se ponen complicadas.

—¿La vas a ver ahora?

—Sí.

—¿Y es la primera vez que os véis?

—No, pero sí aquí en Montreal.

—Y estás nervioso.

—Joder, creo que voy a desmayarme. —Sonreí un poco inquieto.

—Pues relájate un poco, Walker Fillion, porque ella se pone nerviosa si su alrededor lo está.

—Ya, ya. Hago lo que puedo...

—¿Puedes decirle que he tenido que marcharme y que mire el móvil cuando pueda? Debo irme y sé que no mirará el móvil hasta dentro de unas horas.

—Sin problema.

—Pues... Ha sido un placer, supongo. Al menos de momento; todavía no sé de qué pasta estás hecho. Si eres de la que se pega, quizá...

—Una buena pasta. Hoy no se amenaza a nadie —intervino River, colocándole la bufanda alrededor del cuello—. Tío, si te quedas más días por aquí, llámame y nos vemos, ¿vale? Nos tenemos que ir, que la novia o lo que sea de mi hermano está dando a luz.

—Oh. —Miré a Susan. ¿No era su ex y la amante?

—Sí, voy a ver a la novia de mi ex parir.

—Es raro —murmuré.

—¿A que sí? —exclamó River.

—Sí, lo sé, pero más raro es enamorarte de alguien por haberte hecho una reseña negativa, amigo mío.

No negaré que probablemente me sonrojé, porque noté las mejillas arder.

Se marcharon de allí, dejándome algo más nervioso de lo que ya estaba. No sabía dónde ir ni qué hacer ni nada. Me había imaginado mil situaciones, pero no esa, no la del momento en el que se acababa la obra. ¿Harper se iría con su familia? ¿Harían una cena con los compañeros de reparto?

Antes de bajar las escaleras, mi móvil vibró en mi bolsillo.
Era Harper.

Harper

Cenamos en el tailandés, Walker Fillion. Espérame en la recepción, por favor. No tardaré en salir.

Respiré tranquilo.

Parecía que me leía la mente.

Esperé donde me había dicho durante unos minutos. No mucho, en realidad. Mientras esperaba, vi salir a su familia, algunas personas me reconocieron e incluso empezó a nevar. Los quince minutos pasaron a parecerme una eternidad por culpa de lo nervioso que estaba; si es que, además, dentro del teatro hacía mucho calor. Decidí salir fuera, pero mirando al interior de vez en cuando.

Alguien tocó el cristal detrás de mí y, en cuanto me giré, la vi. Lo había tocado mientras se dirigía a la puerta, así que solo me dio tiempo a verle la melena cubierta parcialmente por un gorro blanco. Salió fuera mientras se abrochaba la chaqueta hasta el cuello y, mientras se acercaba adonde estaba yo, nos miramos fijamente, casi tratando de memorizar nuestros rasgos. Una sonrisa nerviosa apareció en nuestros rostros. Sin decir nada, Harper me abrazó por la cintura y yo la envolví con fuerza con mis brazos.

Pude sentir nuestros latidos y las emociones en aumento antes de separarnos. Depositó sus manos en mi pecho y me miró con una amplia sonrisa que todavía contenía trazas de nerviosismo. Igual que la mía.

—Has estado espectacular —murmuré. Sus ojos brillaron.

—Gracias...

—Y estabas... Dios, estás preciosa.

Sus mejillas cambiaron a un tono rojizo que me hizo sonreír todavía más. Me sentía como en un sueño en esos momentos. Acaricié su sonrojo con mis pulgares.

—Maldito sea mi bisabuelo blanco...

—Rompió la pureza malgache, qué vergüenza.

Los dos nos reímos y mis nervios se fueron disipando poco a poco con cada respiración. Sus ojos se pasearon por todos y cada uno de mis rasgos. Me estaba examinando al detalle, pero es que yo también lo estaba haciendo. No me pasó por alto el pequeño lunar de su barbilla ni sus labios, llenos y perfectos. Era preciosa.

—Sigue bastante decente, así que... —Le di la rosa, la cual recibió con una sonrisa que parecía que fuera a darle la vuelta a la cara.

—Gracias, Walker. Es todo un detalle —musitó. Su mano libre subió, colocándose entre nosotros. Me la estaba ofreciendo. —¿Cenamos, señor?

Deslicé mi mano sobre la suya y fue ella la que se encargó de entrelazar nuestros dedos mientras yo me guardaba el libro de James en el bolsillo interno de la chaqueta. Me hormigueó hasta el último de mis nervios.

—Está a dos calles —dijo antes de tirar un poco de mí y comenzar a caminar calle abajo—. En menos de media hora estarás probando la mejor comida del mundo, Walker Fillion. Bueno, quizá no del mundo, pero sí de Asia.

—Superar la comida china es complicado...

—Pocas cosas has probado —canturreó sacándome una sonrisa.

—Aquí estás tú para hacerme probar algunas nuevas.

—Vas a ver.

Capítulo 23

Harper

Estaba tan guapo...

Lo era.

Con esa camisa negra que tan bien le quedaba, los anillos que tan bonitas hacían las manos de los hombres y ese acento inglés que sonaba todavía mejor en persona.

Habíamos cenado en el restaurante tailandés y, como cuando lo hicimos en el italiano, hablamos tanto que se nos hizo tarde. Se estaba poniendo la chaqueta para marcharnos y era incapaz de dejar de mirarlo. A él y a la rosa blanca que me había dado. Salimos del restaurante y nos miramos.

«¿Y ahora qué?», me pregunté. Aunque yo tenía claro que no quería separarme todavía de él.

—¿Te gustaría venir a mi casa? Tengo helado de yogur de fresa y de chocolate —fue lo único que me atreví a decir.

—Iba a ofrecerte mi habitación del hotel y mi portátil con Netflix, pero no tengo helado, así que acepto la invitación.

Sonreí aliviada y enlacé mi brazo con el suyo. Lo guí rápidamente hacia mi apartamento; hacía un frío de cuidado, estaba nevando, y ninguno de los dos estaba lo suficientemente abrigado como para estar demasiado tiempo en la calle. Nada más pisar mi casa, encendí la calefacción y le indiqué dónde podía dejar la chaqueta.

—Estás en Canadá y vas con una sola chaqueta... Es para hacérselo mirar —murmuré mientras colgaba mi segundo abrigo en el perchero.

—Ya he traído más abrigo, pero como solo iba al teatro, no pensé que dentro fuera a hacerme falta.

Me dio un pequeño empujoncito cuando me reí por lo bajo.

—Voy a por el helado, tú pon lo que quieras en Netflix, HBO, Prime Video, donde sea.

—Oído.

Llevé las dos tarrinas y dos cucharas al salón, donde él ya se había sentado mientras ponía una película de suspense en HBO. Sus ojos se fijaron en mí y me siguieron hasta que dejé las tarrinas encima de la mesita de centro. Le sonreí divertida mientras ponía mis brazos en jarra.

—¿Qué ocurre?

—No sabría decirte qué ocurre —admitió con una media sonrisa—. Pero...

No dijo nada, solo me ofreció su mano, la cual tomé sin pensármelo ni un momento. Tiró de mí hacia él y caí encima de sus piernas. Casi salí volando por la fuerza con la que las mariposas de mi barriga aleteaban. Sería imposible negar que había deseado estar encima de él mil y una veces las últimas semanas, así que no dudé en pasar mis manos por su nuca con suavidad mientras las suyas se deslizaban hacia mi cintura. Me levantó un poco y me colocó a horcajadas.

Era un momento tan esperado que sentía mi corazón latir con más fuerza que nunca.

Y fue en ese instante que sus labios se encontraron con los míos en un beso suave y tierno, con el que parecía que nos estuviésemos tratando de decir todo lo que habíamos sentido las últimas semanas. Fue un beso largo, dulce, que nos dejó a ambos sin aliento. Sus manos, tan grandes que casi abarcaban mi cintura, me apretaron más contra él y jadeé.

Sus labios se separaron de los míos y nos miramos, con sonrisas radiantes en nuestros rostros. Y fue entonces cuando supe que, aunque había estado esperando mucho tiempo para estar así con él, había valido la pena cada segundo que habíamos estado hablando.

—He elegido una película buenísima para ver —susurró antes de depositar un pequeño beso en la comisura derecha de mi labio.

—Y yo he traído un helado riquísimo.

—Prefiero besarte durante horas y dejar el helado para otro momento —admitió, volviendo a besar mi comisura, pero esta vez la izquierda.

—Voy a dejar el helado en su sitio.

Salté de sus piernas como un muelle y en unos pocos segundos volvía a estar sentada en ellas. Nuestros cuerpos volvían a estar casi pegados, pero estos se acercaban cada vez más y más. Los labios volvieron a rozarse, provocando una pequeña explosión de fuego en mi interior. Ese beso no tenía nada que ver con el anterior; ese era caliente, lleno de pasión y deseo.

Las manos de Walker se deslizaron por mi cintura, mientras yo pasaba mis brazos alrededor de su cuello. Los besos se hacían cada vez más intensos, y nuestras respiraciones se aceleraban notoriamente. La temperatura aumentaba a medida que el beso continuaba. Mis labios se movían rápidamente, explorando y saboreando los suyos. Apreté mi cuerpo todavía más, sintiendo el calor y la intensidad del momento, y tuvimos que detener el beso un instante para recuperar aliento. Tiempo justo para que una de las manos de Walker soltara mi cintura y se agarrara a mi nuca.

Nos miramos a los ojos y ambos supimos que queríamos más.

Así que nuestros labios volvieron a encontrarse, esta vez con más fuerza. Nos movimos juntos, en perfecta armonía, hasta quedar tumbados sobre el sofá. Se me escapó un jadeo justo en el momento en el que me apretó contra él.

—Walker —gemí en sus labios.

—Mejor de lo que podría haber imaginado, Harper Cameron.

—Mhm... —Separé un poco mis labios de los suyos y acaricié su torso—. Esto fuera.

—¿Vas a sacar tu vena mandona ahora?

Desabroché los botones de su camisa sin perder la sonrisa, aunque me sentía medio aturdida por el beso, y asentí con la cabeza.

—Vale, perfecto, me gusta. —Rio por lo bajo—. Espera, mejor me siento.

Me sujetó con fuerza para no tirarme y se sentó conmigo encima. Se deshizo de su camisa, pero no se quedó todo allí.

—Esto fuera —repitió mis palabras mientras agarraba el bajo de mi jersey.

—Llevo más cosas aquí debajo...

Me ayudó a quitarme el jersey, luego la camiseta, y por último la camiseta interior. No pude evitar reírme.

—Hace frío —me justifiqué cuando dejó todas las prendas en la mesita de centro.

—Espero que ahora no lo tengas —murmuró inclinándose hacia mí.

Besó mi cuello, bajó poco a poco y depositó un pequeño beso en el valle de mis pechos. Respiré hondo, echando mi cabeza hacia atrás. Sus dientes se clavaron suavemente sobre mi piel y tiraron de ella sin fuerza.

Me sentía en el cielo.

Me agarré a su cabeza y bajé hacia sus labios.

—Creo que va a ser una noche larga —musité en ellos.

—Ojalá pudiera tener más noches largas contigo, Harper.

—Dijiste que no eras nada romántico y no dejas de decirme cosas bonitas.

—Porque las mereces todas y cada una de ellas.

Lo miré a los ojos mientras acariciaba mi espalda con suavidad.

—Vamos a la cama.

—Sí, mejor.

Se me escapó un grito en cuanto se levantó conmigo y me reí contra su cuello, agarrándome con fuerza.

—Oye, esta no es la cama que salía en tus videollamadas.

—La he cambiado —admití antes de que me dejara sobre ella—. Vida nueva, cama nueva.
¿No era así?

—Algo así, sí —dijo antes de volver a juntar nuestros labios.

Capítulo 24

Walker

Me había tenido que marchar antes de lo que me hubiese gustado del apartamento de Harper. Ella tenía un desayuno con el reparto de la obra, y yo debía ir a ducharme y cambiarme al hotel y a buscar a mi hermana a la estación de tren. La vi salir de este con una sonrisa enorme, feliz. Y a mí se me llenó el pecho al verla tan contenta.

—Venga, venga —canturreó tras darme un beso en la mejilla—. Que he quedado para almorzar con una amiga.

—¿Qué amiga? —inquirí.

—Tu novia.

—¿Has quedado con Harper? ¿Cuándo? Si no me ha dicho nada...

—Ahora mismo hemos hablado. Le he dado mi número. Como tú almuerzas con John y esos tíos de la editorial, yo voy a conocer a mi cuñada.

—No es tu cuñada, Naomi.

—Todavía.

Subió al coche en cuanto quité el seguro.

En ese momento deseé no haberme comprometido a almorzar con los de H. L. Publishing Canadá para poder ir con mi hermana y Harper. Que tuvieran un primer encuentro ellas dos solas me daba miedo. Naomi era una auténtica bocazas.

—¿Dónde te llevo?

—A casa de Harper.

—¿A su casa?

—Sí, vamos a almorzar allí. Su madre le ha dado pasta para las dos.

Hice silencio el resto del camino mientras la escuchaba hablar de lo que había hecho en Quebec y de la cantidad de saludos que me mandaba la familia. Iba a verles pasado mañana de todas formas. Llegamos a casa de Harper y, como todavía tenía cinco minutos para tener que ponerme en marcha hacia el almuerzo, subí con Naomi en cuanto nos abrió.

—¡Hola! —saludó Harper con una gran sonrisa cuando vio a mi hermana.

—Hola, Harper.

Se abrazaron con fuerza las dos, como si se conocieran de antes. Se alabaron mutuamente la colorida ropa que llevaban y Harper la invitó a pasar.

—Vas a almorzar con mi hermana —dije mientras me acercaba a ella. Sonrió con inocencia.

—Ajá. No te quejes, porque voy a cenar contigo.

—¿Ah, sí?

Se colgó de mí, agarrándose a mi nuca y yo de su cintura.

—Sí.

—Entonces, estamos en paz. Ahora tengo que marcharme, que John ya me está mandando mensajes. Os espero esta tarde en la presentación, ¿vale?

—Perfecto. Espero asiento en primera fila.

—Cuenta con ello.

Se puso de puntillas y besó mis labios fugazmente, separándose rápidamente de mí. O intentándolo, porque la volví a atraer a mí y la besé de nuevo.

Definitivamente sus labios se habían convertido en mi cosa favorita del mundo.

—Portaos bien y si necesitas ayuda, llámame.

—Es tu hermana. —Rio.

—Por eso. La conozco perfectamente.

Besó mis labios un par de veces más y me sonrió antes de separarse y darme un empujoncito.

—Venga, fuera. Hoy es día de chicas.

—Qué miedo me dais.

—Y con razón —se burló antes de cerrar la puerta.



La presentación había dado inicio y en primera fila tenía a mi hermana y a Harper mirándome fijamente. Estaba seguro de que Naomi solo trataba de incomodarme, porque me miraba a los ojos y no apartaba la mirada en ningún momento; de pequeña lo hacía siempre. En cambio, Harper me miraba con atención, con una sonrisa que deseaba besar desde que la había visto aparecer a toda prisa agarrada del brazo de mi hermana.

Algo me decía que se habían llevado genial.

Y me alegraba muchísimo.

Cuando pasamos a la ronda de preguntas, mi hermana fue la primera en levantar la mano y John, que ya sabía quién era, le concedió la primera pregunta.

—¿Cómo lo haces para afrontar las críticas negativas? Se dice y se comenta que la primera reseña que obtuviste en Canadá fue de una estrella y media.

«Qué hija de...».

No me pasó desapercibida la risita que soltó Harper y la sonrisa maquiavélica de mi hermana. Definitivamente eran tal para cual.

—Recibir una crítica negativa puede ser difícil y es normal sentirse herido o frustrado. Sin embargo, es importante recordar que las críticas son la oportunidad perfecta para aprender y mejorar. Aun así, debemos tener siempre en cuenta que los gustos son complejos y objetivos. Siempre y cuando una crítica se haga con respeto y sin desprestigiar el trabajo de nadie, bienvenida es.

Harper me guiñó un ojo y tuve que reprimir la sonrisa que quiso desvelar las ganas que tenía de volver a llevármela a la cama.

Las preguntas siguieron durante unos largos minutos y por fin empezó la firma. Se montó una fila a lo largo de la librería en la que nos encontrábamos, y mi hermana y Harper se colocaron las últimas. Ya tenía la mano entrenada de haber firmado por toda Inglaterra, así que no me hormigueó la mano hasta los últimos minutos.

—Soy superfan, por favor, firmame todos mis libros —pidió Harper, cuando por fin llegó, impostando una voz algo más aguda que la suya. Delante de mí dejó los cuatro libros anteriores a *Los Niños de Norfolk*.

—Gracias por venir. ¿A qué nombre los firmo?

Sonreí divertido mientras ella hacía una mueca pensativa.

—¿Puedes poner «para la mayor fan de Walker Fillion»? Me haría mucha, mucha ilusión. *Los Niños de Norfolk* me encantó, de verdad, le di cinco estrellas. Sublime. Increíble.

—Qué idiota eres, Harper —susurré con una risa mientras le firmaba el primer libro.
Ella se rio por lo bajo.

Se los firmé y dediqué todos mientras ella golpeteaba la mesa con sus uñas. Y mi hermana estaba preparada con el móvil para hacer la foto. ¿O estaba grabando? Harper rodeó la mesa para ponerse a mi lado para la foto. No pude evitar reírme al ver que posaba varias veces como si de una fan loca se tratara. La última ya fue normal.

—¿Te esperamos fuera? —me preguntó por lo bajo.

—Sí. Solo me tengo que poner la chaqueta y despedirme de los de la editorial.

—Perfecto.

Harper besó mi mejilla sin perder la sonrisa y las dos se marcharon de la librería. Mientras me ponía la chaqueta y me iba despidiendo de los organizadores de la presentación, John se acercó a mí con una sonrisa canalla que ya me conocía perfectamente.

—Veo que estás aprovechando bien los días en Montreal.

—No como tú, que pasaste la noche en vete a saber qué discoteca.

Sonrió.

Claro que había pasado la noche por ahí.

—Cuando me pediste que invitara a Harper a Londres, estuve a nada de pedir una corona de flores para honrar la muerte de tu eterna soltería.

—¿Eterna soltería?

—Tu última relación no fue una relación ni fue nada. No tienes novia de verdad desde que nos conocimos en la uni, y solo durasteis un mes y medio.

—Dejemos mi pasado universitario fuera de esto, por favor.

—Estaré encantado de contárselo a Harper —dijo en voz alta justo cuando salimos de la librería.

Si mi hermana pequeña no estuviese mirando, ya hubiese golpeado a John.

—¿Contarme qué? —inquirió Harper.

—Nada.

—Sus hazañas en la universidad —dijo John al mismo tiempo. Me palmeó el pecho—. Estudiamos en la misma uni y soy la única persona sobre la faz de la Tierra que ha estado presente en todas y cada una de las borracheras de cerveza que este señor se ha...

Un golpe no, pero el codazo sí se lo llevó.

—No me puedo creer que Walker, un hombre que escribe con pluma y tiene una máquina de escribir que seguramente no usa porque no funcionan algunas teclas, se emborrachara a base de cerveza barata en la universidad. —El tono divertido que usó Harper y la risa de mi hermana me hicieron resoplar.

—Hoy no es el día de humillar a Walker. ¿Podemos marcharnos de aquí?

—Sí, que he quedado —se apresuró a decir mi hermana, mirando su móvil.

—¿Con quién?

—Con June. Estudia aquí y hemos quedado para cenar.

—Avísame si tengo que llevarte a algún sitio y llámame si pasa cualquier cosa, ¿vale? No vuelvas sola al hotel.

—No, tranquilo. —Me besó la mejilla, también la de John y abrazó con fuerza a Harper—. Mañana nos tomamos un café y nos despedimos. Aunque espero que me vengas a visitar a Quebec, porque me quedo casi dos semanas hasta que el señor de la pluma y la cerveza barata acabe la gira por Canadá.

«El señor de la pluma y la cerveza barata... Buen nombre para un libro», pensé mientras las

dos se despedían.

John también se marchó y nos quedamos Harper y yo solos. Se giró hacia mí sonriendo mientras le quitaba la bolsa que tenía colgada en el hombro con mis libros para llevarla yo.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. —Le ofrecí mi mano y la tomó sin dudarlo—. ¿Dónde dices que vamos a cenar?

—Pues no tengo ni idea —admitió con una risa.

—Oh, entonces estamos caminando sin rumbo a -4°C .

—En efecto.

—Me parece estupendo. ¿Pizza?

—Sí. La pedimos desde mi casa y hoy, sí que sí, vemos alguna peli. Que ayer me engañaste y te aprovechaste de mi vulnerabilidad y mis ganas de verte —dijo con un tono excesivamente dramático que me arrancó una risa.

—Eres lo peor.

Me condujo hacia su casa, pues desde allí no me sabía orientar, y de camino hablamos de su almuerzo con mi hermana y de lo bien que se habían caído, tal y como había supuesto.

—Algo que pensé en los momentos antes de vernos fue que había una posibilidad de que no fuera lo mismo. Esto. —Nos señaló—. De que no tuviéramos conversación, que no fuéramos capaces de estar así de bien si no era a través de una pantalla.

—Espero que ese pensamiento se haya ido.

—Desapareció en cuanto nos sentamos en la mesa del restaurante. Es todo... igual.

—O mejor

—Definitivamente mejor.

Harper, sin dejar de caminar, me abrazó por la cintura y yo le pasé el brazo por los hombros, atrayéndola más hacia mí. Quizá era demasiado típico decir esto, pero sentía que encajábamos de todas las formas habidas y por haber. Aunque fuéramos algo distintos, teníamos más en común de lo que pudiera parecer y eso me tranquilizaba mucho; y las diferencias nos servían para complementarnos el uno al otro.

Posé mis labios en su frente y se apretó más a mí.

—¿Y es obligatorio que te vayas mañana por la noche?

—¿Quieres que me vaya mañana por la mañana?

Harper me dio un pellizco en el costado y sonreí, un poco triste al tener que recordar que al día siguiente nos tendríamos que despedir.

—No, pero sí pasado mañana por la noche. O ya la semana que viene.

—Ah, claro. Y que le den al resto de ciudades de Canadá.

—Exacto, que les den.

—Pedí que Montreal fuera la primera ciudad a la que ir, cuando en realidad la que teníamos en el itinerario era Quebec. Así que ahora no se me permite ponerme exquisito.

Ella me miró un poco sorprendida mientras buscaba la llave de su apartamento en el bolsillo de su chaqueta, pues ya habíamos llegado.

—¿Lo cambiaste?

—Poco después de que te fueras de Londres —confesé.

—Esto —me señaló antes de meter la llave en la cerradura y abrir— es *otro* gesto romántico, Walker Fillion.

—Tonterías. Quería venir a ver a una amiga.

—¿Te besas con todas tus amigas? —inquirió divertida.

—Solo con una.

—Qué afortunada.

Me reí por lo bajo, siguiéndola hasta el ascensor.

—Diría que el afortunado soy yo. Tendrías que conocerla.

—¿Ves? Si es que dices cosas románticas sin siquiera saberlo. Ven aquí.

Se agarró al cuello de mi chaqueta y me atrajo a ella para juntar nuestros labios, pero fue imposible que ese beso fuese medianamente decente porque a mí se me escapaba la risa y ella sonreía al escucharme.

Capítulo 25

Harper

Estaba de camino a la estación de tren de Montreal junto a John, Naomi y Walker. Ellos iban a marcharse a Quebec y yo iba a quedarme allí, lógicamente. No quería despedirme de ellos (bueno, a ver, de John tampoco me molestaba tener que hacerlo) pero no había otra.

Y me sentía extraña.

Había pasado media noche en vela, a pesar de tener el cuerpo de Walker abrazado a mi espalda y sus besos en la nuca de vez en cuando. No había dejado de hacerme la misma pregunta una, y otra, y otra vez. Y todas esas veces acabaron con la misma respuesta inútil: y yo qué sé.

La pregunta era, ni más ni menos: «¿y ahora qué?».

«¿Y ahora qué hago con Walker?».

«¿Y ahora qué pasará con nosotros?».

Sí, se iba a quedar en Canadá unos diez días, pero... ¿y luego?

Las horas que habíamos compartido esos últimos días habían sido como un soplo de aire fresco para mí y mi corazón, a la vez que un cálido abrazo demasiado breve. No podía decir que ya me había acostumbrado a dormir abrazada a él y a amanecer con nuestras piernas entrelazadas, pero sí que lo echaría tanto de menos que, probablemente, hasta soñaría noche tras noche con esos momentos.

Bajamos de mi coche, en el que los había llevado hasta allí, y ayudé a Naomi con su maleta. De camino al andén, revisaron que tuvieran los billetes y que no se estaban dejando nada, mientras que Naomi me explicaba que alguno de los próximos días vendría a Montreal a verme, pues ella no acompañaría a su hermano; se quedaría en Quebec con su familia. Y yo estaba encantada porque, junto a Susan, era la única persona con la que había tenido una química instantánea.

No tenía mucho más tiempo, pues tenía ensayo, ya que esa tarde, y la de todos los miércoles y sábados hasta primavera, el teatro se abriría para *Las Siete Cartas del señor Coolidge*, lo cual me hacía inmensamente feliz. Me despedí de John con un corto abrazo, antes de que se fuera a por un café al interior de la estación, y también de Naomi, aunque sabía que le volvería a ver el sábado cuando viniera a ver la obra. Ella se fue tras John, dejándome mi espacio para que pudiera despedirme de Walker.

—Hoy estás demasiado metida dentro de ti y no sé si me gusta —musitó atrayéndome hacia él. Coloqué mis manos en su pecho, mirándolo.

«Cómo me conoce...», pensé mientras me encontraba con sus ojos.

—Todo está bien.

—Definitivamente no me gusta esto.

—Solo... me da pena que te vayas ya. Han sido muy pocos días.

—Antes de marcharme a Londres, pasaré dos días más aquí —me prometió, acariciando mi nariz con la suya. Todo seguido la besó—. Entonces, hablaremos de todo lo que está pasando por esta cabecita, ¿vale? Pero no huyas.

Asentí con la cabeza, pero con muy poca convicción.

Tenía el corazón apretado y las emociones a flor de piel. Walker me tomó de las manos y nos acercamos un poco más, ambos conscientes de que sería el último beso en muchos días y que nos

íbamos a echar mucho en falta. Nuestros labios se encontraron con ternura, tratando de expresarnos todo lo que sentíamos y lo que habíamos sentido esos pocos días juntos y que no habían sido suficientes.

El beso fue suave y delicado, como una reconfortante caricia en los labios. Walker me acarició las mejillas con ternura y yo envolví su cuello con los brazos. Todo parecía detenerse cuando nos besábamos, como si los dos tratáramos de prolongar esos segundos que siempre se nos quedaban cortos. Pero finalmente él se separó con suavidad de mí, pero yo no lo hice hasta que no besé castamente sus labios por última vez.

—Vete o llegarás tarde —me pidió, aunque sabía que lo hacía porque sino ninguno de los dos sería capaz de despegarse del otro.

—Adiós, Walker.

—De adiós nada, Harper Cameron. Hasta pronto.

Sonreí un poco y acaricié su mano antes de marcharme.

—Hasta pronto, Walker Fillion —murmuré, llevándome su sonrisa antes de marcharme.

Capítulo 26

Walker

Si es que cuando nos dicen que tenemos que hacerle caso a nuestro instinto y a nuestro corazón, es por algo. No es palabrería barata, no.

Cuando la vi tan callada, tan pensativa, tan dentro de sí, supe lo que se avecinaba aunque tratara de convencerme a mí mismo que realmente estaban siendo impresiones equívocas y no una realidad. Pero no, mis instintos no habían fallado. La bomba de humo protagonizada por Harper había vuelto. En otras palabras, había desaparecido. Hacía casi un día entero que había dejado de responder al móvil. Si fuera otra persona, ya me hubiese preocupado por si le había ocurrido algo, pero siendo ella y tras la despedida, sabía que estaba físicamente perfecta, pero emocionalmente tambaleándose.

Y no me daba la oportunidad de estar allí con ella para ayudarla, porque no me lo permitía y porque yo había sido el causante de tal inestabilidad y confusión.

Estaba sintiendo cosas por Harper que no pensé sentir. No al menos por ella, pues todo fue muy repentino; mi reclamación, su respuesta, las charlas que fueron más allá de la cordialidad, la confianza que sentimos el uno hacia el otro a pesar de no conocernos de nada, mi invitación a Londres, las conversaciones en horas pactadas, los sentimientos surgiendo, su ruptura, los besos, todo lo demás...

Era alguien que se había ganado un hueco especial en mi corazón, pero me jodía como nada que desapareciera cuando las cosas se ponían difíciles. No era una forma madura de afrontar los problemas, porque simplemente no los afrontaba, y yo sabía que no sería capaz de mantener una relación con alguien que huyera para evitar los conflictos ya generados y no luchara para resolverlos.

Las mariposas de mi barriga podían aletear con la fuerza que quisieran y el corazón podía latir tan fuerte como le viniera en gana al pensar en ella, pero no era tonto y no podía (ni quería) pasar por eso.

Capítulo 27

Harper

Sabía que no estaba haciendo bien las cosas. Era totalmente consciente y lo fui todavía más cuando, después de más de un día sin responder los mensajes de Walker, leí el último que había mandado.

Walker

No me gusta estar haciéndolo, pero no voy a seguir con esto. Se acabó. Esto de hacer una bomba de humo y desaparecer cuando a ti te viene en gana porque no quieres afrontar los problemas no es la forma de solucionar absolutamente nada. Entiendo que quieras buscarle una solución tú sola, pero este es un problema que me incumbe también a mí, por lo que no deberías apartarme o castigarme, porque eso es lo que parece que estés haciendo. No busques soluciones, porque ya no es necesario encontrarlas; hasta aquí hemos llegado, Harper. Dejemos el «hasta pronto» a un lado y dejémoslo en un «adiós», tal y como tú querías.

Pocas cosas me habían dolido tanto como ese mensaje en el que de verdad parecía estar despidiéndose de mí.

«¿Se acabó?».

—¿Qué pasa? —me preguntó Susan.

Estaba en su casa; había dormido allí desde que se había marchado Walker y estaba siendo mi mayor apoyo emocional en esos momentos. Le di mi móvil y ella estuvo leyendo ese mensaje y los anteriores durante unos cuantos segundos.

Tenía el corazón encogido y las lágrimas luchando por salir.

—Es que... —Suspiró y me devolvió el móvil—. Es que estás haciéndolo todo mal, Harper. Está bien que necesites tu espacio para pensar y que quieras solucionar las cosas tú sola; eres la hermana mayor, según mi abuelo soléis ser los que queréis acarrear con los conflictos solos. Pero, cuando un problema no es solo tuyo, sino que implica a otra persona, lo último que debes hacer es desaparecer. Walker merece que le des su sitio...

—Él sabe que lo tiene...

—Sabe que lo tienes aquí —dijo señalando mi pecho—, pero, lógicamente, quiere ser partícipe en las alternativas que queráis usar de cara a vuestra relación. No sé si este mensaje va en serio, si es un ultimátum o qué es, pero deberías hacer algo porque lo vas a perder.

—Yo solo... Necesitaba pensar en lo que tenemos y en lo que podríamos tener, porque cuando miro a lo lejos, nos veo, pero él en Londres y yo aquí. Y no es algo que me guste, porque el amor es muy bonito, pero no en la distancia. Me alegra que la gente lo consiga, pero yo no me veo capaz.

—Eso es lo que deberías estar diciéndole a él.

—Lo sé, pero es que me gustaría hablar con él cuando supiera qué hacer. Que no supiera que tengo dudas sobre lo nuestro.

—¡Ya sabe que tienes dudas sobre lo vuestro si has desaparecido casi dos días, Harper!

Lo sabía.

Vaya si lo sabía.

—Realmente no tengo dudas sobre lo nuestro. Sé lo que siento por él, creo que sé lo que él siente por mí... Lo que no sé es cómo seguir con todo esto. En otras circunstancias, incluso me podría plantear la posibilidad de irme allí con él, pero ahora no lo veo posible.

—¿Cuántas veces me has dicho que si no arriesgo, no gano absolutamente nada y pierdo muchísimo?

—No lo sé...

—Muchas veces. Y eso mismo voy a decirte yo a ti. Si no arriesgas, lo perderás. No hay más.

Capítulo 28

Walker

Winnipeg era una ciudad que jamás había visitado, pero que me parecía muy bonita. No más que Montreal o Quebec, pero sí a un nivel muy cercano a estas. Creo que objetivamente Winnipeg era algo más bonita, pero no tenía lo que las otras dos: a Harper y a Naomi.

Con la segunda desayunaba cada día vía videollamada y escuchaba atentamente todo lo que me contaba, porque se la veía realmente feliz de por fin estar en Quebec. Cada día se hacía más real en mi cabeza la posibilidad de que se quedase allí. Tenía otra luz cuando estaba en Canadá y esperaba de corazón que esta permaneciera en ella mucho tiempo.

Y la primera... Nada.

Ni un mensaje.

Ni una llamada.

Pero por ninguna de las dos partes.

Claro que mi último mensaje había sido un ultimátum, pero no había parecido surgir efecto alguno sobre ella. Le dije adiós, pero creo que ambos sabíamos que era un «adiós, a no ser que...». O al menos pensé que ella también lo sabía, pero me estaba dando cuenta de que quizá me había despedido de ella con ese mensaje y Harper no había hecho nada al respecto.

No había dicho nada.

No le había importado.

Eso me hizo replantearme sus sentimientos. Los míos no, pues los tenía más que claros.

La presentación en Winnipeg fue la más ligera de todas las que había hecho hasta el momento; eran menos personas, pues lo habíamos dividido en dos días, ya que la librería era pequeña y el aforo era bastante limitado. Una fila única que parecía que iba a acabar justo a tiempo para poder pedir cena para que me la trajeran a la habitación del hotel para comer tranquilo viendo alguna película.

Lo parecía, solo eso.

Porque la última persona de la fila puso delante de mí una primera edición de mi primer libro autopublicado. Este pasó a formar parte de H. L. Publishing unos meses después y era la primera vez que alguien me lo traía para que se lo firmara.

—Vaya, esto es realmente... —Mis labios se sellaron en el momento en el que vi a Harper—. ¿Qué...?

—A nombre de Harper, por favor.

Ella misma abrió el libro por la página en la que solía firmar. Lo firmé rápidamente, casi sin mirar la página.

—Te espero fuera.

—Harper, estamos a -10°C , no esper...

Y se marchó.

Algo que también hice yo, porque no tardé ni dos minutos en ponerme la chaqueta y despedirme de los encargados de haber montado la presentación y de la dueña de la librería que nos había prestado amablemente su establecimiento fuera de su horario habitual. Salí fuera, donde nevaba sin demasiada fuerza, y busqué con la mirada a Harper. Estaba bajo el toldo de la cafetería de al lado.

Mi corazón latió descontrolado. Creo que cuando la había visto allí dentro, no había acabado de ser consciente de que realmente estaba allí. Pero al volver a verla cobramos conciencia; mi corazón, mi cerebro, las mariposas de mi estómago y yo.

—Soy una imbécil y una inmadura. Lo sé y lo sabes —fue lo primero que me dijo al ver que me acercaba—. Tenía miedo de que esto se acabara, porque cuando tú te fueras de Canadá, ¿qué? ¿Qué pasaría conmigo? ¿Qué pasaría con nosotros? Las parejas que son capaces de ignorar la distancia que hay en su relación me parecen de lo más valientes, pero yo no me veo así. No me veo no pudiendo llamarte para quedarte para dar un paseo o ir al teatro, o... No es lo que busco.

—Lo entiendo, y es algo que deberías haberme hecho saber antes de desaparecer, Harper.

—Soy una inmadura de cuidado y no mereces estar yendo detrás de mí cada vez que monte esta «rabieta» y me aparte de ti cada vez que tengamos un problema. Es algo que llevo años tratando de mejorar, pero que no soy capaz de dejar de hacer. Por eso te pido perdón y te prometo que voy a hacer todo lo posible para que no vuelva a suceder. Hablaremos las cosas cada vez que ocurra algo y les buscaremos solución a los problemas...

—Harper...

—No quiero llevar una relación a distancia, pero a la vez necesito intentarlo porque no creo que la solución a todo esto sea dejarte ir sin más. Quiero que sigamos conociéndonos, dando pasos pequeños y sin prisa, descubriéndonos hasta que no nos quede ni un solo detalle por conocer el uno del otro... Quiero que me ayudes a dejar de huir.

Mi cabeza era incapaz de pensar mientras ella hablaba, porque se llevaba mi absoluta atención. Así que, para que hiciera silencio unos segundos y para darnos el gusto después de una semana, la atraje hacia mí y la besé.

Respiró con tranquilidad cuando nuestros labios se encontraron y me abrazó el cuello a la vez que yo rodeaba su cintura con mis manos. La besé con fuerza, mostrándole cómo la había echado de menos, cómo me había cabreado su bomba de humo y cómo me gustaba que estuviese allí, a más de dos mil kilómetros de su casa, para disculparse y decirme que quería intentarlo.

En cuanto despecué mis labios de los suyos, sus manos palparon mis brazos, mi abdomen, mi pecho, mi cuello y hasta mi rostro. Quise mostrarme un poco más serio, pero me fue imposible hacerlo.

—Susan me dijo que viniese mentalizada, porque era posible que no quisieras saber nada de mí —murmuró, acariciando el hoyuelo de mi mejilla con su dedo—. ¿Si me has besado es que sí quieres saber de mí?

Me reí por lo bajo y ella se puso de puntillas para besar castamente el trozo de piel que había estado acariciando.

—He estado muy enfadado contigo —admití—, pero mi mensaje no era un adiós, porque sabía que en algún momento íbamos a hablar de esto. No quería creer que tú sentías tan poco por mí que lo estabas dando por acabado.

—Tonterías —susurró negando con la cabeza.

—Prácticamente una semana sin hablarme, Harper.

—Ya, y lo siento mucho... Te prometo que no volveré a hacerlo, que a partir de ahora voy a acudir a ti y lo resolveremos juntos.

—¿Y la distancia?

—No lo sé —confesó en voz baja, meneando la cabeza de lado a lado—, pero ya lo veremos.

—¿Sin desaparecer?

—Sin desaparecer.

Epílogo

Harper

No había mejor celebración de San Valentín que ver de nuevo a Walker después de dos semanas. Estaba en plena gira por los Estados Unidos, pero se había desviado durante tres días para venir a Montreal el día de San Valentín y el de mi cumpleaños, que era el siguiente.

Estaba esperando su vuelo en el aeropuerto, ansiosa por verlo de nuevo. Llevaba días contando los minutos para que llegara el momento de abrazarlo de nuevo, y por fin se iba a cumplir.

Tras unos cuantos minutos de espera, vi a Walker caminar hacia mí en la terminal. Me miró con una sonrisa y eché a correr hacia él para abrazarlo; acortar unos segundos la espera era necesario. Lo abracé con fuerza cuando llegué a él y sus labios buscaron rápidamente los míos para acariciarlos en breves y suaves besos.

—Por fin —musité deslizando mis labios hacia su mejilla.

—Por fin. Estaba deseando volver para ver el partido de los Canadiens.

—Ah, muy bien —murmuré divertida en cuanto nos separamos.

—Sí. Seguro que River vuelve más fuerte que nunca.

—Ajá.

Sonrió ampliamente y volvió a atraerme hacia él para besarme de nuevo. Dios mío, cómo lo había echado de menos.

Para no obstaculizar el paso, nos apartamos y decidimos que lo mejor era ir saliendo de la terminal e ir en busca de mi coche. Eso sí, con mi mano aferrada a la suya, como si tuviera miedo de que se fuese en el próximo vuelo destino a Chicago. Le pregunté cómo le había ido el vuelo, si había comido y dormido, dónde era la próxima firma y un total de veinte preguntas más que respondió como si no lo estuviera agobiando.

River McDaniels, también conocido como McBuenorro, el novio de mi mejor amiga o también el mejor jugador de los Montreal Canadiens, nos había dado entradas para su vuelta que era esa misma tarde a las seis. Es decir, en una hora y media. Había cedido mi entrada a Xavier, el hermano de River, y a mí me había dado dos nuevas; una para mí y otra para Walker, que resultó ser un buen amigo suyo junto a otros tíos del equipo. ¡Y yo sin saberlo!

Siempre me había apasionado el hockey, venía de familia, pero hacía un par de meses que no había podido ver sus partidos porque coincidían con el horario de ensayos. Pero aun así, en el grupo familiar me mantenían informada de cada victoria y cada derrota (que eran pocas) entre mi padre y mis hermanos. A mi madre no le gustaba, así que pasaba bastante de nosotros.

—Has dicho que te quedas cinco días, ¿verdad?

—Treeeeees.

—No te viene de dos más... —murmuré mientras lo miraba de reojo.

Estábamos parados en un semáforo.

—Si echarte de menos y querer que te quedas más días a mi lado es un crimen, que me arresten porque soy culpable.

«Añadir un poco de dramatismo al asunto siempre ayuda», pensé mientras seguía mirándolo de reojo. Su sonrisa me hizo sonreír a mí. Posó la mano en mi rodilla y la apretó sin demasiada fuerza.

—Me encantaría quedarme más días, ya lo sabes. Pero hasta que no acabe la gira, no podré.

—Lo sé, lo sé.

—Entonces, deja el dramatismo, por Dios.

Reí por lo bajo a la vez que él se inclinaba y besaba mi mejilla.

Habíamos decidido ir poco a poco y no apresurarnos en ningún aspecto. Queríamos seguir juntos, no teníamos dudas, y éramos totalmente conscientes de que el único inconveniente que había era la distancia. Prometimos hablar de ello cuando la gira por Estados Unidos acabara, y para eso solo quedaban diez días. Aun así, habíamos barajado algunas ideas. Él veía muy clara la posibilidad de trasladarse a Montreal, puesto que su trabajo era escribir y podía hacerlo desde cualquier lado, y, además, su hermana ya estaba establecida en Quebec.

Tras la gira por Canadá, fueron a Londres y ella no tardó en mandar sus cosas a la ciudad de su familia y sus hermanos la ayudaron con el papeleo. Allí era realmente feliz.

A mí me emocionaba mucho la idea de tener a Walker en Montreal. Como él me había dicho, no tenía demasiados amigos cercanos y los pocos que tenía estaban en Canadá. Su familia estaba repartida entre los dos países, pero la persona a la que más quería estaba en Quebec, así que eso hacía que sus dudas cada vez se hicieran más y más pequeñas.

Yo en ningún momento le dije que dejara Londres, no era quién para hacerlo ni me veía en la posición de poder forzarle a nada, pero sí que deseaba con todas mis fuerzas que lo hiciera. No podía dejar de imaginarme a Walker viniendo a buscarme al teatro, saliendo a cenar con él junto a Su y River, poder presentárselo a mi familia... Quería todo eso.

Fuimos a mi apartamento a dejar su maleta y nos fuimos directamente a Centre Bell, el estadio en el que los Montreal Canadiens jugaban ese día contra los Boston Bruins.

—Es la primera vez que voy a ver un partido con alguien a quien no tendré que explicarle qué ocurre en cada jugada —dijo Walker contento tras haber pasado el control de la entrada.

—Es más probable que yo tenga que explicarte alguna cosa —bromeé.

Buscamos nuestro asiento, que estaba a más de cincuenta asientos de distancia de Susan, pero al menos estábamos juntos, ya que las entradas habían sido vendidas tan rápido que ya era un milagro encontrar asientos libres juntos.

Ni Walker ni yo éramos muy fans de comer mientras veíamos el partido, así que no compramos nada y simplemente nos sentamos a esperar a que empezara.

Cuanto más lo miraba, más fuera de lugar me parecía. Tenía aspecto de haberse escapado de una reunión de profesores y... Jo, a mí me encantaba.

—¿Te sigue pareciendo bien lo de venir mañana a almorzar a casa de mi familia?

—Estoy deseando que tu abuela se enfade conmigo por ser blanco.

Lancé una carcajada y él sonrió divertido, dándome un suave beso en la mejilla.

—Luego me dirá por lo bajo que le gustas y que eres guapísimo, así que no te preocupes.

Los vítores y aplausos de la gente cuando los jugadores salieron a la pista interrumpieron nuestra conversación y eclipsaron cualquier sonido que pudiera haber en el pabellón. La afición le dio la bienvenida al equipo por todo lo alto, en especial a River, pues la mitad de las personas ocupantes de los asientos rojos estaban allí para verle regresar al hielo.

El mítico *Are you ready?* previo al inicio del partido se escuchó en los altavoces en cuanto los jugadores estuvieron bien colocados en sus posiciones, y el juego empezó.

Siempre me había encantado el hockey y los partidos en vivo los disfrutaba como pocas cosas. Era probable que mis gritos se escucharan hasta en Ottawa y que Walker no supiera dónde meterse, pero yo me lo pasaba bien. Y él me había comprado así; no había ticket de devolución.

Aprovechamos el primer tiempo para ir al baño y el segundo lo pasamos en los asientos

charlando sobre el partido. Aun así, eran minutos de *Kiss Cam* y a mí siempre me había encantado ver las caras de la gente que iban a darse el beso.

¿Cuántas parejas habría creado la *Kiss Cam* de Centre Bell? Seguro que muchas. Podría parecer una chorrada, pero algo tan simple como un beso de *Kiss Cam* podía emparejar a la gente durante mucho, mucho tiempo.

En cuanto comenzó, el marco en forma de corazón adornó la pantalla y esta buscó y buscó hasta que encontró a una pareja.

Bueno, una pareja...

Xavier y Susan.

Mira que le dije que no era buena idea sentarse al lado de él.

A mí se me escapó una carcajada que mi mejor amiga debió escuchar desde su sitio. Walker jadeó sorprendido.

—¿Esa no es...?

—Sí, sí, sí —dije divertida mientras sacaba el móvil del bolsillo—. Dios mío, eso se lo voy a enseñar a sus futuros hijos.

—No seas mala con ella.

—Que se chinche.

Empecé a grabar hacia la pantalla, partiéndome de la risa, viendo cómo mi amiga negaba efusivamente con sus brazos mientras, cómo no, Xavier se quedaba paralizado. Ese chaval nunca cambiaría. Trataba por todos los medios de decirle a la cámara que él no era su novio (de hecho, era su exnovio y el hermano de su novio actual), pero no había forma. La imagen seguía fija en ellos. Parecía que Susan fuera a marcharse de ahí, pero River apareció en la imagen.

—¡Venga ya! —grité, deseando que me escucharan—. Eso no vale.

—Susan te odiaría ahora mismo —me dijo Walker divertido.

River nos mostró su bonito dedo corazón antes de besar a Su y todo el mundo gritó. Y, vale, sí, yo también. No todos los días podía ver a mi mejor amiga besarse con la estrella del equipo de hockey de la ciudad. Además, lo tenía grabado.

—Con esto me hago viral en Tik Tok —bromeé tras detener el vídeo y sentarme de nuevo.

—No tienes remedio, Harper Cameron.

—Eso dice de mí un escritor famoso con el que estoy tonteando.

—Oh, qué afortunado debe ser.

—Sí, la verdad es que le ha tocado la lotería conmigo —seguí con la broma y besé su mejilla un par de veces—. Y a mí con él.

Me miró con una sonrisa que quise besarle en ese momento.

Y no lo hice entonces porque la gente de nuestro alrededor comenzó a gritar. Supe que la *Kiss Cam* estaría enfocando cerca, pero no fui capaz de saber dónde hasta que no miré la pantalla y nos vi a Walker y a mí.

—Tiene que ser una broma. —Carcajeé mirándolo.

Su sonrisa cómplice me lo dijo todo.

—Ven aquí, Walker Fillion.

Lo agarré de la barbilla con los dedos, nos acercamos y nuestras sonrisas chocaron a medio camino. Fue un beso suave, no demasiado largo, que levantó gritos y aplausos, pero que nosotros fuimos capaces de hacer que desaparecieran. Lo que no pude ahuyentar fueron las mariposas rebeldes de mi barriga, que no habían desaparecido desde que conocí a Walker, ni las cosquillas que sentía siempre que lo besaba.

—¿Habrás grabado esto tu amiga?

—Apostaría mi cabeza a que sí —susurré en sus labios tras separarnos, no sin antes darle un casto beso.

Mi primer beso de *Kiss Cam*.

Y había sido maravilloso.

Agradecimientos

Esta suele ser la parte más complicada del libro, porque creo que tengo tantas personas a las que agradecerles que esta historia haya salido adelante, que estoy 100% segura de que me voy a dejar a alguien por el camino.

Como no puede ser de otra forma y como en todos los libros que he escrito, debo agradecer antes que a nadie a mis chicas de Wattpad. Llevan a mi lado hace muchísimos años, han tenido una paciencia de medalla de oro conmigo y siempre me apoyan haga lo haga y escriba lo que escriba. Si no fuera por el apoyo que me han dado con la serie Ideales, este libro no habría salido a la luz. Las quiero mucho, y ojalá sigan a mi lado muchos años más.

También a Natalia, la persona que se ha encargado de corregir este libro y con la que espero poder contar con ella mil veces más, porque me ha parecido una chica de lo más bonita y comprometida.

A Jessica y Manu, por leerme y apoyarme siempre. No puedo adorarles más.

Por supuestísimo, a Aitana López; amiga, bookstagramer y escritora (“Mi accidente con cara de ángel”, espero que lo leáis). Se ha convertido en alguien muy importante para mí y ha sido una protagonista más de este libro. Me ha apoyado desde el principio con mi idea, ha visto crecer el libro y ha ido leyendo todos los capítulos conforme los escribía, me ha aconsejado para poder mejorar... Este libro también es suyo.

Y por último, a ti. Gracias, por darle la oportunidad a este libro, a una autora a la que no conocen ni en su casa, y espero de todo corazón que lo hayas disfrutado, aunque sea una cuarta parte de lo que yo lo he hecho mientras lo escribía. River, Susan, Walker y Harper también son tuyos.

Puedes seguirme en Instagram:

@laurasbookcase

@lau154.autora

^[1] *1000 De La Gauchetière es el segundo edificio más alto de Montreal.*

^[2] *Red River Jig es uno de los bailes tradicionales de Canadá más reconocidos y curiosos de la cultura del país.*

^[3] *En la provincia de Quebec, el idioma oficial es el francés. Por lo que Montreal, perteneciente a dicha provincia, es una ciudad francófona y sus habitantes, francoparlantes.*